

COMENTARIO

BÍBLICO HISTÓRICO

ILUSTRADO

TOMO

2

ÉXODO / LEVÍTICO /
NÚMEROS / DEUTERONOMIO

ALFRED EDELSHEIM

Libro 2

El Éxodo

y

la travesía por el desierto

INTRODUCCIÓN

al Libro 2

El período tratado en los libros centrales del Pentateuco es el más importante del Antiguo Testamento en muchos aspectos, no sólo por lo que se refiere a Israel, sino también a la iglesia de todos los tiempos. Empezando con algunos siglos de silencio divino y de lo que parecía ser olvido durante la esclavitud en Egipto, el orgullo y el poder de Faraón son interrumpidos bruscamente por medio de una serie de milagros, que culminaron en la liberación de Israel y la destrucción de las huestes de Egipto. En esa noche de pascua y bajo la sangre rociada, Israel nació de Dios como nación, y el pueblo redimido es llevado a continuación para ser consagrado en el monte con ordenanzas, leyes y juicios. Finalmente, vemos cómo Jehová trata a su pueblo, tanto con juicio como con misericordia, hasta que al terminar lo lleva a salvo a la herencia prometida. En todo ello no sólo observamos la historia del antiguo pueblo de Dios, sino también una magnífica figura de la redención y la santificación de la iglesia. Queda todavía un aspecto por comentar, puesto que esta obra muestra el fundamento de la iglesia en el pacto de Dios y también los principios del gobierno de Jehová en todos los tiempos. Porque, por destacada que sea la diferencia en su desarrollo, la esencia y el carácter del pacto de la gracia siempre son los mismos. El Antiguo Testamento y el Nuevo son esencialmente un pacto (no dos, sino uno), que se despliega gradualmente hacia la perfección, «siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo», la piedra angular del fundamento que es tanto de los apóstoles como de los profetas.¹

Además de todo esto, debemos considerar también la importancia intrínseca de este relato. Ha sido representado de un modo tan equivocado, especialmente en época más reciente, y tan a menudo se entiende mal o se lee sin prestar atención (sin obtener comprensión ni provecho) que parecía necesario investigar de nuevo en ello, siguiendo el relato sagrado consecutivamente capítulo por capítulo, y casi sección por sección. Para ello, he realizado un cuidadoso estudio del texto original, con la ayuda de las mejores técnicas críticas. Hasta el momento y según tengo conciencia de ello, no he olvidado ninguna dificultad real, ni he dejado desatendida ninguna pregunta que tuviera motivo razonable de ser planteada. Aunque ello implicara un examen más detallado, espero que, con la bendición de Dios, también haga el volumen más útil a largo plazo. Además, ha sido mi objetivo aportar mayor luz al relato, con la ayuda de estudios afines, a fin de hacerlo vivo y gráfico, capacitando a los lectores para darse cuenta por sí mismos de las circunstancias en las cuales se desarrolló el acontecimiento. Así, en los dos primeros capítulos he intentado leer la historia de Israel en Egipto a la luz de sus monumentos, y también retratar el estado político, social y religioso del pueblo antes del éxodo. Análogamente, al seguir la travesía de Israel hasta la orilla oriental del Jordán, he hecho uso de las investigaciones geográficas más recientes, para que el lector pueda casi ver ante sus ojos la ruta seguida por Israel, el paisaje y todos los demás aspectos complementarios.

Casi huelga decir que el estudio de este relato debe ir siempre acompañado por una Biblia abierta. Pero quisiera recordar, a los demás y a mí mismo, que la única comprensión verdadera de la Santa Escritura es la que el Espíritu de Dios da al corazón. Y, sin lugar a dudas, en toda esta obra, mi objetivo no ha sido reemplazar el constante uso de la Biblia en oración, sino guiarnos a las Escrituras, las cuales solas «pueden hacer sabio para salvación por medio de la fe que es en Cristo Jesús».

ALFRED EDERSHEIM
HENIACH, BOURNEMOUTH

¹ Efesios 2:20.

1

El Éxodo

Capítulo 1

(Éxodo 1:1–7)

Egipto y su historia durante la estancia de los hijos de Israel, tal como nos la muestran la Biblia y los monumentos antiguos

Un buen estudiante de historia no puede por menos que darse cuenta que está analizando las maravillosas disposiciones de la providencia, y que el comienzo y el final de la revelación divina a la humanidad estaban ambas relacionadas con la más elevada cultura intelectual del mundo. Cuando los apóstoles entraron en el mundo romano, podían hacer uso de la lengua griega, hablada entonces universalmente, y de la cultura y las maneras de pensar griegas. Y lo que Grecia representaba en el mundo en la época de Cristo era tanto como lo que había significado Egipto cuando los hijos de Israel se convirtieron en una nación escogida por Dios. En ninguno de estos dos casos la verdad de Dios necesitaba la sabiduría del mundo, sino que, en cierto sentido, se opuso a la misma. Y a pesar de ello, al proseguir la historia en lo que parecía ser un camino independiente, una filosofía, ciencia y un arte aparentemente desvinculadas de la revelación, al final todo era usado para el avance del reino de Dios. Y siempre sucede así. Dios usa maravillosamente los medios naturales para finalidades sobrenaturales, y hace que todas las cosas colaboren para su propia gloria y el bien de su pueblo.

Tal como lo vemos ahora, fue altamente importante que los hijos de Israel fuesen llevados a Egipto y moraran allí durante siglos antes de ser una nación independiente. La temprana historia de los hijos de Jacob también debió demostrar tanto la necesidad de su separación de la gente de Canaán, como de ser fundidos en el horno de la aflicción, a fin de estar preparados para heredar la tierra prometida a sus padres. No obstante, esto podía haber acontecido en cualquier lugar fuera de Egipto. Pero no sucedía lo mismo con su formación como nación. Para esa finalidad, Egipto era el único lugar que podía ofrecer, en aquella época, el escenario adecuado. Aunque debemos admitir que su morada allí también implicaba algunos peligros que vemos en su historia posterior. Pero los peligros los podían correr en cualquier otra circunstancia, mientras que los beneficios dimanantes de la relación con los egipcios eran únicos y de carácter particular. Y todavía nos queda un punto por considerar al respecto. Cuando San Pablo estaba ante el rey Agripa, podía apelar confiadamente al aspecto público de la historia de Cristo, que no tuvo lugar en un oscuro rincón de alguna tierra bárbara, sino que fue plenamente presenciada por el mundo romano: «porque no se ha hecho esto en un rincón».¹ Y del mismo modo, la esclavitud de Israel y la maravillosa liberación de Dios acontecieron en el escenario más notable del imperio y del mundo egipcio.

De hecho, la relación entre Israel y Egipto fue tan estrecha que resulta imposible comprender perfectamente la historia del primero sin conocer algo de la del segundo. Por ello, ofrecemos en este capítulo preliminar una breve descripción de Egipto. Aunque algunos historiadores no concuerden con nosotros sobre las fechas de algunos acontecimientos en particular, la tierra en cuestión está plagada de reminiscencias de la historia de Israel. Dichos restos han sido sacados a luz por medio de investigaciones recientes, que casi cada año se añaden a nuestro conocimiento. Y en este punto, cabe prestar especial atención al hecho que cada nuevo descubrimiento histórico tiende a aportar mayor luz sobre los relatos bíblicos y los confirma. No obstante, algunos de los principales argumentos esgrimidos contra la Biblia tenían su fuente en una historia supuesta de Egipto. Así,

¹ Hechos 26:26.

mientras que los hombres siguen alzando nuevas objeciones contra la Santa Escritura, las que eran tenidas por fundamento en el pasado han sido rechazadas por los estudios más avanzados, realizados bastante independientemente con respecto a la Biblia, del mismo modo en que un conocimiento más completo eliminará las objeciones presentadas en la actualidad. Los monumentos asirios, la piedra que recoge la historia de Moab,² los templos, las tumbas y los antiguos papiros de Egipto, ya han sido examinados para explicar, cada uno de ellos, su propio relato, y todos evidencian maravillosamente la verdad del relato de la Escritura. Veamos lo que podemos aprender de dichas fuentes del estado antiguo de Egipto, en cuanto a lo que se refiere a una mejor apreciación de la historia de Israel.

La relación entre Israel y Egipto puede decirse que empezó con la visita de Abraham a dicho país. Cuando llegó allí, ya debió encontrar al pueblo en un estado elevado de civilización. La historia del patriarca obtiene nueva luz de parte de los monumentos y de los antiguos papiros. Así, un papiro (ahora en el Museo Británico), conocido como *Los Dos Hermanos* y que probablemente sea la obra de ficción más antigua en existencia, demuestra que Abraham tenía motivos para temer por Sarai. Cuenta el relato de un Faraón, que envió dos ejércitos para tomar la hermosa esposa de un hombre y matar al mismo. Otro papiro (en la actualidad en Berlín) contiene la historia de la esposa y los hijos de un extranjero, que le fueron arrebatados por un Faraón. Es curioso notar que este papiro está fechado casi en la misma época en la cual el patriarca fue a Egipto. De este período también tenemos una pintura en una tumba, que representa la llegada de un jefe nómada, como Abraham, con su familia y sus servidores, en busca de la protección del príncipe. El recién llegado es recibido como una persona distinguida. Para hacer todavía más sorprendente la coincidencia (aunque no creemos que dicho jefe se trate de Abram) se evidencia que es de descendencia semita, lleva una «túnica de colores», es llamado *Hyk*, o príncipe, el término equivalente a *Sheich*, o jefe de la tribu, e incluso recibe el nombre de *Abshah*, el «padre de una multitud».³ Otro relato egipcio —el de *Sancha*, «el hijo del sicómoro»— nos recuerda la historia de José por el hecho que su héroe es un nómada, que asciende hasta el rango más elevado en la corte de Faraón y llega a ser su consejero principal. Estos son algunos ejemplos de cómo la historia egipcia ilustra y confirma el relato bíblico.

Una inscripción egipcia descubierta recientemente nos ofrece suficiente información, como veremos, sobre el uso obligado de los hijos de Israel en la construcción de ciertas ciudades y en obras en las mismas. También tenemos una representación pictórica de los cautivos semíticos, probablemente israelitas, haciendo ladrillos del modo descrito en la Biblia; e incluso otra inscripción, de un reino posterior, en la que unos israelitas (ya sea cautivos de guerra o, como se ha sugerido recientemente, mercenarios que se quedaron después del éxodo) son empleados para Faraón en la extracción y el cortado de piedras en las canteras, y en el acabado o extensión de las ciudades fortificadas de Ramsés, que sus padres habían construido. Los constructores descritos en esta segunda representación son llamados explícitamente *Aperu*, cuya equivalencia a la palabra *Hebreo* resulta evidente incluso en español. Aunque estas dos representaciones pertenecen a fechas posteriores al éxodo, ilustran sorprendentemente lo que leemos sobre el estado y la ocupación de los hijos de Israel durante el período de su opresión. Pero esto tampoco termina con la aportación de los monumentos egipcios sobre la historia antigua de Israel. De hecho, podemos seguir las dos historias casi contemporáneamente, y ver cómo una da más luz sobre la otra.

En términos generales, nuestro conocimiento de la historia egipcia procede de los monumentos, de los cuales ya hemos hablado, de algunas referencias de *historiadores griegos*, que no son de gran valor, y especialmente de la obra histórica de Manetho, un sacerdote egipcio que escribió sobre el año 250 antes de Cristo. En esa época los monumentos de Egipto estaban casi intactos. *Manetho* tenía acceso a todos ellos; estaba completamente versado en la literatura antigua de su país y escribía bajo las instrucciones y el patrocinio del

² 2 Reyes 3.

³ Es preciso hacer referencia al gran ensayo sobre «The Bearings of Egyptian History upon the Pentateuch», como apéndice del vol. I. de lo que normalmente se conoce como *The Speaker's Commentary*. Ver un grabado de este extraordinario fresco en *The Land of the Pharaohs: Egypt and Sinai, Illustrated by Pen and Pencil*, p. 102 (Religious Tract Society).

monarca del lugar. No obstante, su obra se ha perdido y los fragmentos de la misma que existen aparecen en la forma distorsionada en la cual los presenta Josefo según su propia conveniencia, y en una crónica, escrita por un cristiano converso culto del siglo III (*Juliano Africano*). Pero este escrito también ha desaparecido, y lo conocemos por una obra parecida escrita un siglo más tarde (por *Eusebio*, obispo de Cesarea), donde se da forma a las investigaciones de Africano.⁴ Tales son las dificultades con las que se enfrenta el estudiante. Por otro lado, tanto Africano como Eusebio tomaban su material de Egipto y eran competentes en su trabajo; Africano, por lo menos, disponía de la obra de Manetho; y finalmente, según se acepta generalmente, los monumentos de Egipto confirman de forma sorprendente lo que fueron las afirmaciones no dudosas de Manetho. Como suele suceder con la mayoría de cronologías paganas, también Manetho empieza con dioses, después de los cuales enumera treinta dinastías hasta llegar al año 343 antes de Cristo. Sin embargo, algunas de estas dinastías, evidentemente, no fueron sucesivas, sino contemporáneas, es decir, presentan varias líneas de reyes que gobernaron sobre diversas partes de Egipto de manera simultánea. Esto se aplica de forma especial a las dinastías conocidas como séptima, octava, novena, décima y undécima. Es totalmente imposible hacer conjeturas sobre el período de tiempo que ocuparon. Sabemos que todo Egipto estaba sometido a un solo dominio bajo la duodécima dinastía. Por lo que se refleja en los monumentos, entendemos que el país se hallaba en un momento de elevada prosperidad y civilización. Suponemos que la visita de Abram tuvo lugar al principio de esta dinastía. El reinado de esta dinastía duró más de dos siglos,⁵ y el ascenso y gobierno de José lo encuadramos al final de la misma o al comienzo de la decimotercera. Desde el cuarto rey de la decimotercera dinastía al ascenso de la decimotercera, la historia de Egipto es prácticamente desconocida. Dicho período fue ocupado por el gobierno de los así llamados Hyksos, o Reyes Pastores, una raza bárbara y extranjera de invasores, odiados y combatidos por el pueblo, y hostiles ante su civilización y religión antiguas. Aunque Josefo presenta como si Manetho asignara un período muy largo al reinado de «los Pastores», sólo da seis nombres. Sólo estos seis son corroborados por los monumentos egipcios, y podemos deducir con toda garantía que sólo estos seis gobernaron sobre Egipto. El tiempo ocupado por su reinado puede cubrir un total de dos o tres siglos, y concuerda con la cronología de la Escritura.

«Los Pastores», evidentemente, eran una raza oriental, y probablemente de origen fenicio. Así los nombres de los dos primeros reyes de su lista son claramente semíticos (*Salatis*, «poderoso», «gobernador», y *Beon*, o *Benon*, «el hijo del ojo», o el «amado»); y hallamos evidencias que esa raza trajo con ellos su culto a Baal y la práctica de sacrificios humanos (ambos de origen fenicio). Es importante tener esto en mente, porque veremos que hubo una guerra, casi sin interrupción, entre los fenicios de la costa occidental de Palestina y los Hititas, y los reyes egipcios nativos, quienes los tenían sometidos en su gobierno. Este estado de ánimo constantemente exaltado también explica, con sobrada razón, que «era abominación todo pastor» a los egipcios realmente nativos.⁶ También explica por qué los Reyes Pastores dejaron en paz a los pastores israelitas en la tierra de Gosén, donde los habían encontrado. Así, pues, la comparación de la cronología de la Escritura con la historia de Egipto, y el estado evidentemente pacífico y próspero del país, unificado bajo el dominio de un solo rey, tal como lo describe la Biblia, nos lleva a la conclusión que la estancia de José allí debió suceder al final de la duodécima dinastía, o, a lo más tardar, al comienzo de la decimotercera. No podía haber llegado durante el gobierno de los Hyksos, porque en aquella época se hallaba en un estado desorientado, dividido y caótico; y no pudo ser posteriormente, porque cuando los Reyes Pastores fueron expulsados y los gobernantes nativos restaurados, ningún «rey nuevo», ni «nueva dinastía», «se levantó en Egipto». Por otro lado, la segunda descripción es aplicable con exactitud a un rey que expulsó a los Hyksos cuando fue restaurado.

Y en este caso, los monumentos de Egipto nos proveen de nuevo una notable confirmación de la historia de José. Por un detalle, los nombres de tres de los faraones de la decimotercera dinastía muestran una sorprendente

⁴ Incluso esta obra existe sólo en una traducción armenia, pero no en el original.

⁵ Remitimos de nuevo, a los lectores que deseen una información más completa, al ensayo ya citado, cuyas conclusiones adoptamos virtualmente.

⁶ Génesis 46:34.

semejanza con los que el Faraón de la Biblia dio a José (Safnat-panéaj). Luego sabemos que los faraones de la duodécima dinastía mantuvieron una relación muy especial con la ciudad sacerdotal de On,⁷ y que su sacerdote principal era casi siempre un familiar cercano de Faraón. Así los monumentos de la época nos permiten entender la historia del casamiento de José. Pero también aportan luz sobre una cuestión de una importancia mucho mayor: cómo podía, un siervo tan devoto y piadoso del Señor, entrar en una relación tan íntima con el sacerdocio de Egipto. Aquí nuestro conocimiento de la religión egipcia más antigua nos permite dar una respuesta completa. Sin lugar a dudas, toda la humanidad tenía algún conocimiento de Dios al inicio, y una religión pura heredada del paraíso. Esta religión primitiva parece haber sido conservada durante un período especialmente largo en Egipto. Ciertamente, cada edad presenciaba nuevas corrupciones, hasta que, al final, la de Egipto se convirtió en la superstición más abyecta. Pero los registros egipcios más antiguos, tal como los encontramos conservados en la notable obra, *El Ritual de los Muertos*, muestran una situación diversa. No cabe duda alguna que, una vez despojados de las glosas posteriores, contenían la creencia en «la unidad», la eternidad, la existencia propia de una divinidad desconocida, la inmortalidad del alma, en la recompensa y el pago futuros, y además inculcaban los más elevados deberes de moralidad. Cuanto más detenidamente estudiamos estos escritos de Egipto, tanto más nos impresionan positivamente con su carácter elevado y puro de su religión y legislación primitivas. Y cuando los hijos de Israel fueron al desierto, se llevaron de Egipto muchas lecciones al respecto que no tenían que ser aprendidas de nuevo, a pesar de que debían adquirir una grandiosa verdad fundamental, que la Divinidad desconocida de los egipcios era Jehová, el Dios vivo y verdadero. Por todo esto podemos comprender cómo la relación íntima entre José y el sacerdocio egipcio fue posible y probable.

Pero esto no es todo. Únicamente bajo un gobernante nativo y poderoso podía darse la nueva división del país y la reestructuración del sistema presupuestario propuestos por José. Además, sabemos que bajo el gobierno del último gran rey de esta dinastía nativa (la decimotercera) se introdujo un sistema completamente nuevo de regadío del Nilo, como podemos imaginar, para evitar otro período de hambre, y, lo más sorprendente, un lugar al lado del lago artificial construido por aquella época lleva el nombre de *Pianeh*, «la casa de la vida», que se parece muy particularmente al que José recibió de Faraón. Si pasamos por alto la breve dinastía decimocuarta y el período de los Hyksos, durante el cual podemos creer fácilmente que Israel permaneció en paz en Gosén, llegamos al restablecimiento de una nueva dinastía nativa (la llamada decimoctava). Después de la expulsión de los «Pastores», la población israelita, que quedaba relegada a la tierra fronteriza de Gosén, debería parecer peligrosamente grande ante los ojos del «nuevo rey», y mucho más al tener en cuenta que los israelitas estaban emparentados por descendencia y ocupación con los «Pastores»,⁸ y habían sido favorecidos por ellos. Bajo tales circunstancias un monarca sabio intentaría debilitar una población así por medio de trabajos forzados. Con este propósito los empleó en la construcción de ciudades fortificadas, tales como Pitom y Ramsés.⁹ Ramsés lleva el nombre de la región donde se halla, pero *Pitom* significa «fortaleza de los extranjeros», indicando así su origen. Además, aprendemos por los monumentos que este «nuevo rey» (Aahmes I) empleó para la construcción de su fortaleza los llamados *Fenchu* —una palabra que significa «los que llevan el bastón del pastor», la cual, por lo tanto, describe exactamente a los israelitas.

El período entre el «nuevo rey» de la Biblia (Aahmes I) y Thothmes II (su segundo sucesor), cuando suponemos que tuvo lugar el Éxodo, concuerda bastante bien con la Escritura. Este Thothmes II empezó su reinado de un modo excelente. Pero al cabo de poco tiempo se da un silencio total sobre él en los monumentos. Leemos acerca de una revuelta general después de su muerte entre las naciones que su padre había conquistado. Evidentemente, no podíamos esperar ver un relato en los monumentos egipcios sobre los desastres sufridos por la nación por causa del éxodo, ni de cómo perecieron Faraón y sus huestes en el Mar Rojo. Pero sí que encontramos en su reinado las condiciones que cabía esperar en tales circunstancias; a saber, un reino breve y

⁷ Génesis 41:45.

⁸ Éxodo 1:9, 10.

⁹ Éxodo 1:11.

próspero seguido de una caída inesperada; el rey muerto; ningún hijo que pudiera sucederle; el trono ocupado por la viuda de Faraón y, en el transcurso de veinte años, no se da ningún intento de recuperar la supremacía de Egipto sobre las naciones rebeldes de Canaán y del este del Jordán. Finalmente, el carácter de la reina, según aparece en los monumentos, es el de una mujer orgullosa y amargamente supersticiosa, tal como nos la imaginábamos animando a Faraón a «endurecer su corazón» contra Jehová. Pero la cadena de coincidencias no se rompe ni siquiera aquí. Sabemos por los documentos egipcios que en el reinado anterior (es decir, justo antes de entrar los hijos de Israel en el desierto del Sinaí) los egipcios dejaron de ocupar las minas en las cuales habían trabajado hasta el momento en aquella península.

Además, vemos que, durante el último período de la estancia de Israel en el desierto, el rey egipcio, Thothmes III, realizó y completó sus guerras en Canaán, y que justo antes de la entrada de Israel en Palestina la gran confederación de reyes cananeos contra él quedaba bastante destrozada. Esto explica el estado en el cual Josué encontró el país, tan diferente del poder compacto que había aterrorizado a los espías cuarenta años antes; y también nos ayuda a entender cómo, en la época de Josué, cada pequeño rey sólo cubría su propia ciudad y región, y cuán fácilmente el temor de una nación, ante la cual incluso el temido Faraón y sus huestes habían perecido, podía caer sobre los habitantes de la tierra (comparar las palabras de Balaam en Nm. 23:22; 24:8).

No seguiremos con el estudio paralelo de las relaciones entre ambas historias, pero durante todo el difícil período desde los primeros jueces hasta Barak y Débora, la historia egipcia, según se descifra de los monumentos, aporta ilustración y confirmación constantes del estado de Canaán y de la historia de Israel, de acuerdo con la descripción bíblica. De este modo actuó la providencia de Dios para llevar a cabo los propósitos de Dios, y tan notablemente levanta él mismo testigos, donde su testimonio era menos esperado.

Recordamos que Abram fue primeramente llevado a Egipto por el hambre. La misma causa llevó a los hermanos de José a buscar grano para su sustento. Porque, desde los tiempos más lejanos, Egipto fue el granero del mundo antiguo. La fertilidad extraordinaria del país depende, como es bien sabido, del desbordamiento anual del Nilo, causado a su vez por las lluvias en las montañas de Abisinia y África Central. Basta con que las aguas del Nilo cubran el terreno, para que la tierra sea un huerto colmado de fruto; más allá, se encuentra solo el desierto desolado. Incluso en «la tierra de las maravillas», como ha sido llamado Egipto, el Nilo es una de las peculiaridades más notables. Otra, como hemos visto, consiste en los monumentos. Estas dos características serán útiles para agrupar lo que nuestro espacio nos permita decir sobre el país y su gente.

El nombre del país, Egipto (en griego Ai-gyptos), corresponde perfectamente al vocablo egipcio Kah-Ptah, «la tierra de Ptah» (uno de sus dioses) de donde parece derivar también el nombre de los coptos. En las Escrituras hebreas su nombre es Mizraim, es decir, «los dos Mazors», que de nuevo corresponde a otro nombre egipcio del país, Chem (el mismo que «la tierra de Cam»¹⁰), tanto Mazor como Chem significan en sus lenguas respectivas el fango o la tierra roja que constituye la parte cultivada del país. Probablemente se llamara «los dos Mazors» por su antigua división en Alto y Bajo Egipto. El rey del Alto Egipto era designado por un título cuyo signo inicial era una caña doblada, que ilustra textos como 2 Reyes 18:21; Isaías 36:6; Ezequiel 29:6; mientras que los gobernantes del Bajo Egipto llevaban el título de «abeja», a lo que seguramente se refiere Isaías 7:18.¹¹ El país ocupa menos de 10.000 millas cuadradas geográficas, de las cuales unas 5.600 son cultivables en la actualidad y unas 8.000 lo eran en la antigüedad. La historia de la Escritura se relaciona principalmente con el Bajo Egipto, que es la parte norte del país, mientras que los monumentos más magníficos se hallan en el Alto Egipto o Egipto del Sur.

Como ya hemos indicado, la fertilidad de la tierra depende de las inundaciones del Nilo, que empieza a crecer a mediados de junio y alcanza su altura máxima hacia finales de setiembre, cuando empieza a decrecer de nuevo. Si se mide en El Cairo, cuando el Nilo no crece veinticuatro pies, la cosecha no será muy buena; cualquier altura por debajo de dieciocho amenaza con el hambre. A mediados de agosto, las turbias aguas rojas del río creciente son distribuidas por la tierra por medio de canales, y traen fertilidad. Al retirarse, el Nilo deja tras sí una gruesa tierra roja, traída por sus aguas desde África Central, y las semillas son sembradas sobre este rico depósito. Allí la lluvia no existe, ni tampoco es necesaria para fertilizar la tierra. El Nilo también provee la

¹⁰ Salmos 105:23, 27.

¹¹ Ver también el artículo «Egypt» en el *Dictionary of the Bible* de Smith.

más encantadora y nutriente agua potable, y algunos médicos le han atribuido propiedades curativas. Es casi redundante añadir que el río está lleno de peces. Las orillas del Nilo y de sus muchos canales, verdes y ricos en lujos, en medio de una desolación, son como un jardín bien regado bajo un cielo tropical. Allí donde el clima y la tierra son los mejores que se pueden imaginar, la fertilidad debe ser incomparable. Los antiguos egipcios parecen haber prestado también una gran atención a sus jardines de fruta y flores, los cuales, como los nuestros, están junto a nuestras casas. En los monumentos se ven jardineros que regalan hermosos ramos; jardines cruzados por caminos y adornados con pabellones y columnatas; huertos llenos de palmeras, higueras, granados, cidros, naranjos, ciruelas, moreras, albaricoques, etc.; mientras que en las viñas, como en Italia, las plantas se entrelazaban por palos de madera y colgaban en ricos festones. Tal era la tierra por la que Israel, cuando se hallaba en la triste desolación y hambre del desierto, era tentado a contemplar con añoranza y deseo pecaminoso.

Cuando Abram entró en Egipto, su atención, como la de los viajeros modernos, debe haber sido atraída por las grandes pirámides. Se han contado unas sesenta, pero las más grandes son las que están cerca del antiguo Menfis, a unas diez millas por encima del Cairo. Menfis (en la Escritura Nof)¹² era la capital del Bajo Egipto, mientras que Tebas la del Alto Egipto (la Patrós de la Escritura).¹³ Resulta prácticamente imposible ofrecer una idea adecuada de las pirámides. Imaginemos una estructura con una base con un área de 65.000 pies, que se alza con una pendiente de 600 pies;¹⁴ o, para dar una idea mejor que la que ofrecen estas cifras, «más de la mitad de la longitud en cada lateral de Westminster Abbey, ochenta pies más alta que la cúspide de la catedral de St. Paul, sobre trece acres de terreno y, según se calcula, contenía siete millones de toneladas de trabajo de albañilería». ¹⁵ Aquí no podemos detenernos a considerar las finalidades de estas construcciones tan maravillosas, en todo caso, algunas tenían objetivos científicos. Cerca de las grandes pirámides se hallaba la antigua On, relacionada con la historia de José, y probablemente el lugar donde Moisés fue preparado inicialmente. Pero todos los alrededores están llenos de interés: sepulcros, monumentos, registros históricos y lugares de antiguas ciudades. Nos encontramos en una tierra de sueños, y todo el entorno lleva esbozos soñados; piezas gigantescas, que parecen aún más impresionantes por su disposición. Probablemente los monumentos más admirables del Alto Egipto (el Patrós de la Escritura) sean los de la capital, Tebas, la No, o No Amón de la Biblia.¹⁶ Resultaría imposible describir su templo en pocas palabras. El santuario en sí era pequeño, pero delante del mismo un patio daba paso a una sala donde se podría colocar la gran catedral de París, sin que llegara a tocar los muros a los lados. Esta sala es mantenida por ciento cuarenta columnas, cuyos pilares centrales tienen una altura de sesenta y seis pies, y con una anchura tal que se necesitarían seis hombres con los brazos extendidos para abrazarlos. La mente casi se confunde con unas dimensiones tan gigantescas. Las paredes tienen representaciones, inscripciones y registros (entre otros, los de Sisac, que capturó Jerusalén durante el reinado de Rehoboam). Pero el templo en sí es casi insignificante en comparación con el camino de llegada al mismo. Es preciso pasar entre una doble hilera de sesenta o setenta esfinges con cabeza de carnero, colocadas con una separación de once pies. Otra avenida llevaba a un templo que contenía un lago para ritos fúnebres; y finalmente una tercera avenida de esfinges cubrían una distancia de 6.000 pies hasta un palacio. Estos datos han sido seleccionados para ofrecer una ligera idea de la magnificencia de Egipto.

Sería bastante difícil formarse una idea demasiado elevada de la cultura y civilización del mundo antiguo expuestas aquí ante nosotros. Las leyes de Egipto parecen haber sido moderadas y sabias; sus modales sencillos

¹²¹² Isaías 19:13; Jeremías 2:16; 46:14, 19; Ezequiel 30:13, 16.

¹³¹³ Isaías 11:11; Jeremías 44:1, 15.

¹⁴¹⁴ La altura perpendicular es de 479 pies.

¹⁵¹⁵ Canon Trevor, *Ancient Egypt*, p. 40.

¹⁶¹⁶ Jeremías 46:25; Ezequiel 30:14–16.

y domésticos; su pueblo satisfecho, próspero y culto. La mujer ocupaba un lugar muy elevado y la poligamia era prácticamente la excepción. Se cultivaba la ciencia, la literatura y el arte; el comercio y la navegación continuaban, mientras que un ejército valiente y una flota eficiente mantenían el poder de los Faraones. En términos generales el país parece antiguo en su civilización, puesto que tanto los más antiguos sabios de Grecia como los legisladores de Israel aprendieron de su sabiduría. Pero cuán diferente fue el uso que Israel haría de todo ello del que sería objeto del saber de los filósofos. Lo que era cierto, bueno y útil tenía que introducirse como elemento de la vida de Israel. Pero esta vida fue formada y moldeada de manera bastante diferente de la de Egipto. Israel, como nación, nació de Dios; redimida por Dios; llevada victoriosa al otro lado de las aguas por Dios; instruida también por Dios; preparada por Dios; y separada para el servicio de Dios. Y a este Dios le tenía que conocer como Jehová, el Dios vivo y verdadero. Las ideas que habían obtenido, el conocimiento que habían adquirido, la vida que habían aprendido, e incluso las verdades que habían oído en Egipto, podían ir con ellos, pero, por así decirlo, para ser bautizadas en el Mar Rojo, y consagradas a los pies del Sinaí. Lejos de ellos, a sus espaldas, quedaba el Egipto que habían abandonado, con sus gigantescos esbozos de ensueño. Del mismo modo que la arena del desierto cubriría la tierra, también el polvo de la superstición enterraría gradualmente las antiguas verdades.

Estamos dispuestos a admitir que Israel obtuvo un provecho de lo que había visto y aprendido en Egipto. Pero es muy sorprendente ver el contraste final entre la superstición egipcia, que se fue degradando hasta hacer dioses para casi todo lo que hay en la naturaleza, y la adoración gloriosa y espiritual del Israel de Dios. Nos encontramos con este contraste junto con la semejanza de lo que había en Egipto, y se hace mucho más palpable por medio de la yuxtaposición. La religión de Israel no es nunca tan sorprendentemente contraria a la de Egipto como cuando descubrimos similitudes entre ambas; y sus leyes e instituciones no son nunca tan diversas como cuando trazamos una analogía entre ellas. Tal vez Israel adoptara y adaptara muchas cosas de Egipto, pero aprendió sólo del Señor Dios, quien, en todos los sentidos de la expresión, sacó a su pueblo con mano poderosa y brazo extendido.

Notas sobre el libro de Éxodo

Es conveniente ofrecer en este punto un esbozo del Libro de Éxodo a fin de obtener una comprensión más clara. Como Génesis (ver *Historia Patriarcal*, Introducción al Libro 1 p. 18), consta de dos grandes partes; de las cuales la primera describe la redención de Israel, y la segunda la consagración de Israel como el pueblo de Dios.

La primera parte (caps. 1–15:21) acaba muy adecuadamente con el «Cántico de Moisés»; mientras, que de modo similar, la segunda parte termina con la construcción y consagración del Tabernáculo, en el cual Jehová moraría en medio de su pueblo, y donde tendría comunión con ellos.

A su vez, cada una de estas dos partes puede ser dividida en siete secciones (siete es el número del pacto), como sigue:

Parte I:

1. Preparatoria: Israel crece, y es oprimida en Egipto (1); nacimiento y conservación del libertador (2);
2. Llamamiento y formación de Moisés (3, 4.);
3. Su misión ante Faraón (5–7:7);
4. Las señales y maravillas (7:8–11);
5. Israel separado por la Pascua y conducido hacia adelante (12–13:16);
6. Paso por el Mar Rojo y destrucción de Faraón (13:17–14);
7. Cántico de triunfo al otro lado (15:1–21).

Parte II:

1. Travesía de Israel hasta el Monte de Dios (15:22–17:7);
2. Actitud doble de las naciones Gentiles para con Israel: La hostilidad de Amalec y la amistad de Jetro (17:8–18);
3. El pacto en Sinaí (19–24:11);

4. Instrucciones divinas sobre la construcción del Tabernáculo (24:12–31);
5. Apostasía de Israel y su restauración para ser el pueblo de Dios (32–34);
6. Construcción real del Tabernáculo y de sus recipientes (35–39);
7. Instalación y consagración del Tabernáculo (40); esta última corresponde, como sección final de la Parte II, al Cántico de Moisés (15), con el cual había terminado la primera parte (ver Keil, *Bibel Com.*, vol. I, pp. 302–311).

El lector notará estas partes y secciones en su Biblia y verá la grandeza y la unidad del diseño del Libro de Éxodo, y comprenderá cuán perfectamente cumple la idea de narrar la historia del reino de Dios.

Capítulo 2

(*Éxodo 1:8–22*)

Tres siglos transcurrieron entre el final del libro de Génesis y los acontecimientos que empiezan el relato de Éxodo. Pero durante este largo período la historia de los hijos de Israel es casi un silencio total. Nos han llegado los nombres de sus familias, pero sin crónicas de su historia; aparece su condición final en el tiempo del Éxodo, pero sin comentario alguno de su desarrollo social o nacional. Exceptuando unas pocas alusiones diseminadas por todo el Antiguo Testamento, no sabríamos nada de su situación, vida o religión durante dicho intervalo. Este silencio de tres siglos y medio es casi terrible en su grandeza, como la soledad de Sinaí, el monte de Dios.

Dos cosas habían sido predichas como características de ese período, y sólo estas dos aparecen como hechos notables en el relato bíblico.

En la frontera de la Tierra Santa el Señor había dado ánimos a Israel: «No temas descender a Egipto, porque allí yo haré de ti una gran nación».¹ Y el libro de Éxodo empieza con el registro que esta promesa se había cumplido, porque «los hijos de Israel fueron fecundos y aumentaron abundantemente y se multiplicaron y fortalecieron en extremo, y se llenó de ellos la tierra».² Todavía tenía que cumplirse otra predicción hecha siglos antes a Abram. Su descendencia debía «morar en tierra ajena», y ser esclava y afligida allí.³ Y al terminar los siglos determinados, «se levantó en Egipto otro rey», que «maltrató a nuestros padres».⁴ Así, en el período más oscuro de su esclavitud, Israel debió entender que, con la misma seguridad con la que estas dos peticiones habían sido cumplidas literalmente, también se cumpliría la doble promesa: «Te levantaré de nuevo», y esto «con gran riqueza». Y aquí vemos una analogía muy cercana a la condición presente de los judíos. En ambos casos el futuro prometido destaca con gran contraste con el estado real de las cosas. Pero, como el Israel antiguo, nosotros también tenemos «la palabra profética, más segura», como una «luz que brilla en un lugar oscuro hasta el alba».

Los hijos de Israel en Egipto: sus moradas

Los años finales de los tres siglos y medio desde su entrada en Egipto encontraron un Israel pacífico, próspero y, probablemente, en muchos aspectos, integrado con los egipcios de su alrededor. «Los padres» habían dormido, pero sus hijos todavía poseían con tranquilidad la región que se les concediera originalmente.

¹Génesis 46:3.

²Éxodo 1:7.

³Génesis 15:13–16.

⁴Hechos 7:19.

La tierra de Gosén, donde estaban situados, todavía hoy se considera la provincia más rica de Egipto, y podría, incluso ahora, sostener un millón de habitantes más de los que tiene.⁵ Gosén se extendía entre la más oriental de las siete desembocaduras del Nilo y Palestina. La tierra fronteriza probablemente fuera ocupada por las ramas más nómadas de la familia de Israel, para cuyos rebaños sus amplias extensiones debían proveer abundante pasto; mientras que las ricas orillas del Nilo y sus canales eran la residencia escogida de los que practicaban la agricultura. Muy probablemente, estos últimos se desplazaron al otro lado del Nilo, donde encontramos varios indicios suyos en diversas ciudades del lugar.⁶ Allí seguramente adquirieron el conocimiento de las artes e industrias de Egipto. Parece bastante natural que, en un país que ofrecía tales incentivos, la mayoría de israelitas abandonaran sus tareas iniciales como pastores y se volvieran a la agricultura. Hasta la fecha, siempre se ha notado una tendencia similar con los nómadas que se asientan en Egipto. Tampoco se trataba de una nueva vida totalmente ajena a su propia historia. Su antepasado, Isaac, sembró y segó durante su estancia con los filisteos.⁷ Además, a su asentamiento en Egipto, la cesión de la tierra (y la mejor del país) les fue dada «en posesión», un término que implica propiedad y herencia fijas.⁸ Sus últimas reminiscencias de Egipto concuerdan con esta opinión. En el desierto volvían su mirada hacia atrás con un deseo pecaminoso del tiempo cuando echaban sus redes en el Nilo, y las sacaban repletas de peces; y cuando sus huertos y campos al lado de las aguas producían ricas cosechas («los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos»)⁹. Y posteriormente, cuando Moisés les describía la tierra que iban a heredar, les comparó su cultivo con su experiencia pasada en Egipto, «donde sembrabas tu semilla, y regabas con tu pie, como huerto de hortaliza».¹⁰ A modo de mayor prueba de este cambio de dedicación pastoral a agrícola, también se ha hecho notar que, a pesar de que los patriarcas habían tenido posesión de camellos, no se hace mención alguna de este hecho en el relato de su descendencia. Sin duda alguna este cambio de ocupación tenía un propósito más elevado. Porque el asentamiento y la agricultura implican la civilización que necesitaba Israel para llegar a ser una nación.

Los hijos de Israel en Egipto: sus oficios

De hecho, tenemos evidencias de que adquirieron la mayoría de artes e industrias del antiguo Egipto. La preparación de los diversos materiales para el Tabernáculo, como también su construcción, implican este hecho. De nuevo, tenemos afirmaciones tan directas como, por ejemplo, que algunas de las familias de Judá eran «carpinteros»¹¹ (1 Cr. 4:14), «de los que trabajan lino» (v. 21), y «alfareros» (v. 23). Esto debe ser considerado sólo como ejemplos de las diversas ocupaciones aprendidas en Egipto.

Los hijos de Israel en Egipto: su situación social

⁵ Robinson, *Bibl. Res.* (2ª ed.) vol. I, p. 54.

⁶ Éxodo 12.

⁷ Génesis 26:12.

⁸ Génesis 47:11, 27.

⁹ Números 11:5.

¹⁰ Deuteronomio 11:10.

¹¹ Es probable que se refiera a «gremios», como los de Egipto. La palabra se suele traducir por «artífices» y significa «carpinteros».

La separación entre Israel y los egipcios no era lo suficiente como para causar aislamiento. Gosén estaría, evidentemente, poblada en su mayor parte por israelitas, pero no totalmente. Seguramente se mezclaron con sus vecinos egipcios en las regiones agrícolas, pero lógicamente, mucho más en las ciudades. Por ello, se precisaba la división de la sangre de la pascua para distinguir las casas de los israelitas de las de los egipcios;¹² Éxodo 3:22 parece indicar que no sólo se trataba de vecinos, sino tal vez, en ciertas ocasiones, de residentes en las mismas casas. Esto también explica la «multitud mixta» que acompañó a Israel en su éxodo, y, posteriormente, en el desierto, la presencia en la congregación de hijos de casamientos entre mujeres judías y maridos egipcios.¹³

Mientras que la mayor parte de Israel ya había adquirido las costumbres asentadas de una nación, los habitantes de la región fronteriza entre Gosén y Canaán continuaban con su vida nómada. Esto explica que las tribus de Rubén, Gad y Manasés poseyeran unos rebaños mucho mayores que los de sus hermanos y pidieran las amplias extensiones de pasto al este del Jordán.¹⁴ También disponemos entre los «registros antiguos»,¹⁵ un comentario sobre algunos de los descendientes de Judá que ejercían dominio en Moab, y leemos sobre una incursión preparatoria a Gat por obra de algunos descendientes de Efraín, que tuvo un final fatal.¹⁶ Es justo inferir que estos son sólo ejemplos, mencionados, uno por su éxito sintomático, y el otro, por su fracaso, y que ambos implican costumbres nómadas e incursiones a Canaán por parte de los que habitaban en la tierra fronteriza.

Los hijos de Israel en Egipto: su constitución y religión

Pero ya sea establecido o nómada, Israel conservó su *constitución* y *religión* antiguas, a pesar de que aquí también hallamos modificaciones y adaptaciones, causadas por su larga estancia en Egipto. La división original de Israel era de *doce tribus*, según los doce hijos de Jacob, una disposición que continuó, aunque los hijos de José formaron dos tribus (Efraín y Manasés), ya que la tribu sacerdotal de Leví no formaba una entidad política independiente. Estas doce tribus, a su vez, estaban divididas por *familias* (o mejor dicho, clanes), la mayoría fundadas por los nietos de Jacob, de las cuales encontramos una lista en Números 26, y sumaban un total de sesenta. En Josué 7:14 se nos da a entender que esas «familias» se habían dividido por esa época, si no antes, en «casas», y éstas a su vez en lo que define la expresión «hombre a hombre» (en hebreo, *Gevarim*). No obstante, este último término equivale, en realidad, a nuestra «familia», como se desprende de la comparación de Josué 7:14 con vv. 17, 18. Así tenemos en los tiempos antiguos *tribus* y *clanes*, y en los de Josué, si no antes, los clanes de nuevo se dividen en *casas* (parentela) y *familias*. Los «cabezas» de aquellos clanes y aquellas familias eran sus jefes; los de la tribus, «príncipes».¹⁷ Estos doce príncipes eran «los príncipes de la congregación».¹⁸ Junto a estos legisladores, que formaban una *aristocracia hereditaria*, encontramos dos tipos de *oficiales por*

¹²¹² Éxodo 12:13.

¹³¹³ Levítico 24:10.

¹⁴¹⁴ Números 32:1–4.

¹⁵¹⁵ 1 Crónicas 4:22.

¹⁶¹⁶ El texto de 1 Crónicas 7:21 es complicado y difícil. Pero los mejores críticos lo han interpretado tal como se explica en nuestro texto.

¹⁷¹⁷ Nm. 1:4, 16, 44; 2:3, etc; 7:10.

elección,¹⁹ como «representantes» de la «congregación».²⁰ En Deuteronomio 29:10, se les llama «ancianos» y «oficiales», o mejor, «escribas». Así el gobierno del pueblo estaba en manos de los «príncipes», los «ancianos» o los «oficiales».²¹ La institución de «ancianos» y «escribas» ya había existido entre los hijos de Israel en Egipto antes del tiempo de Moisés. Porque Moisés «reunió a los ancianos de Israel» para anunciarles su comisión divina,²² y por medio de los mismos comunicó al pueblo la ordenanza de la Pascua.²³ La mención de «escribas» como «oficiales» se da incluso antes de la de los ancianos, y a ellos, por ser la clase social letrada, parece ser que los capataces egipcios les confiaron la superintendencia de los trabajos designados para el pueblo.²⁴ Por los monumentos de Egipto conocemos la importancia del papel desempeñado por los «escribas» en aquel país, y cuán frecuentemente son mencionados. Posiblemente, la orden de los escribas se introdujera así en Israel. Como clase letrada, los escribas deberían ser naturalmente los intermediarios entre sus hermanos y los egipcios. Por ello, podemos considerarlos también como los representantes del saber, tanto israelita como egipcio. Hoy en día se admite generalmente que el arte de escribir era conocido por los israelitas en tiempos de Moisés. Claramente, el saber egipcio había penetrado en Canaán mismo, y Josué encontró a sus habitantes, en su mayoría, en un estado de civilización muy avanzado; una de las ciudades llevaba incluso el nombre de *Kijath-sepher*, la ciudad de libros, o *Kirjath-sannah*, que casi podría traducirse por «ciudad universitaria».²⁵

En cuanto a la *religión* de Israel, es importante tener en cuenta que, durante tres siglos y medio a partir de la muerte de Jacob, todos los mensajes directos del cielo, ya sea por profecía o por visión, habían cesado, al menos por lo que nosotros sabemos. Ni siquiera el nacimiento de Moisés fue comunicado por obra divina. En esas circunstancias los hijos de Israel dependían del conocimiento que habían adquirido de los «padres», y que, sin duda, había sido conservado entre ellos. Casi resulta innecesario explicar, aunque demuestra la sabiduría de los preparativos providenciales de Dios, que las sencillas formas de adoración de los patriarcas encajaba mucho mejor con las circunstancias del pueblo en Egipto que las que recibió posteriormente la religión de Israel. En este punto resaltan preeminentemente *tres grandes observancias*. Podemos decir que tanto la fe como el culto de los antiguos patriarcas, y posteriormente de Israel, se agruparon alrededor de estos tres aspectos. Se trata de: *circuncisión*, *sacrificios* y el *sábado* (o día de reposo). Tenemos testimonio directo de que el rito de la circuncisión era practicado por Israel en Egipto.²⁶ En cuanto a sacrificios, incluso la sugerencia de celebrar un

18¹⁸ Éxodo 34:31; Números 7:2; 30:13; 32:2; 34:18.

19¹⁹ Comp. Deuteronomio 1:9–14.

20²⁰ Números 27:2.

21²¹ Comp. Deuteronomio 31:28. Parece ser que en el desierto la reunión de estos tres legisladores se convocaba con el toque de dos trompetas de plata, mientras que el sonido de una sola anunciaba un consejo de príncipes (Nm. 10:3, 4). Merece la pena decir que esta forma de legislación mixta de oficiales hereditarios y por elección continuó como gobierno constitucional del pueblo, no sólo durante el período de los Jueces, sino también bajo los Reyes. También encontramos su analogía en la regla de la sinagoga.

22²² Éxodo 3:16; 4:29.

23²³ Éxodo 12:21.

24²⁴ Éxodo 5:6, 14, 15, 19.

25²⁵ Josué 15:15, 49.

gran banquete de sacrificio en el desierto,²⁷ indica que el culto con sacrificio había sido conservado en el pueblo. Finalmente, la instrucción de recoger dos porciones de maná el viernes,²⁸ y la introducción del mandamiento del sábado con la palabra «Acuérdete»,²⁹ nos da a entender una observancia previa del sábado por parte de Israel. De hecho, el modo en que muchas cosas, como, por ejemplo, la práctica de votos, son mencionadas en la ley, parecen indicar ritos religiosos anteriores entre los israelitas.

Hasta aquí las observancias exteriores, las cuales indican cómo, incluso durante aquellos siglos de silencio y soledad en Egipto, Israel todavía acariciaba las verdades fundamentales de su religión ancestral. Pero todavía queda otro tema referente, no a sus artículos de creencia y observancias, sino a la vida religiosa de la familia y de los individuos en Israel. Aparece en los *nombres* que los padres daban a los hijos durante la larga y dura esclavitud en Egipto. Es bien conocida la importancia que el Antiguo Testamento da a los *nombres*. Cada suceso espiritualmente importante daba su nombre nuevo y característico a una persona o un lugar. Algunas veces, como en el caso de Abram, Sarai y Jacob, era Dios mismo quien daba el nombre nuevo; en otras ocasiones, era la expresión de corazones que reconocían la actuación de Dios especial y decisiva, o manifestaban sus esperanzas o experiencias, como en el caso de los hijos de Moisés. Pero si consideramos nombres tan frecuentes entre los «príncipes» de Israel, como *Eliasaf* (mi Dios que reúne), *Elizur* (mi Dios una roca), y otros con matices similares, veremos cuán profundamente había arraigado en los corazones y en las convicciones del pueblo la esperanza de Israel. Este punto será tratado más extensamente en el libro siguiente. Mientras, sólo resaltamos los nombres de los jefes de las tres familias de los Levitas: *Eliasaf* (mi Dios que reúne), *Elizafán* (mi Dios que mira alrededor), y *Zuriel* (mi roca es Dios); siendo el nombre divino (Él) el mismo que Dios usó para revelarse a los padres.

Además de sus propios ritos heredados, los hijos de Israel debieron aprender muchas cosas de los egipcios, o fueron fortalecidos en ellas. Ya hemos visto que originalmente la religión de los egipcios contenía mucha verdad, pero que se fue pervirtiendo gradualmente hasta convertirse en superstición. Los egipcios e Israel podían tener la misma verdad, pero con la diferencia de comprensión y aplicación entre una vaga tradición y la clara revelación divina. Así, tanto unos como otros creían en las grandes doctrinas de la inmortalidad del alma y de las recompensas o castigos futuros. Pero, en relación con esto, Israel recibió otra lección, mucho más difícil para nuestra fe, la cual los antiguos egipcios no aprendieron jamás: que Dios es el Dios tanto del *presente* como del futuro, y que incluso aquí sobre la tierra él *reina*, dispensando bien y mal. Y tal vez fuera por esto que se insistió tanto sobre las consecuencias temporales del pecado en la ley mosaica. No había ninguna necesidad especial de referirse a las consecuencias en otra vida. Los egipcios, como también Israel, reconocieron lo último, pero los egipcios no conocían lo primero. No obstante, esta nueva verdad enseñaría a Israel a pensar constantemente en Jehová como el Dios vivo y verdadero. Por otro lado, el parecido entre ciertas instituciones de Israel y de Egipto demuestran claramente que la ley fue dada a los que salieron de Egipto y en un período inmediato después de su salida. Al mismo tiempo, también se adquirió mucha maldad con la relación con los egipcios. En algunos puntos del Pentateuco encontramos alusiones, no sólo a las corrupciones morales presenciadas, y tal vez aprendidas, en Egipto, sino también a las prácticas idólatras usuales en el lugar. Posiblemente, no era el magnífico ritual de Egipto el que causara una impresión tan profunda, sino que las ceremonias presenciadas allí constantemente debieron acostumbrar gradualmente su mente al culto de la naturaleza. Como ejemplos de esta tendencia entre los israelitas, recordamos la adoración del becerro de oro,³⁰

26²⁶ Éxodo 4:24–26; Jos. 5:5.

27²⁷ Éxodo 8:25–28.

28²⁸ Éxodo 16:22.

29²⁹ Éxodo 20:8.

30³⁰ Éxodo 32.

la advertencia del sacrificio al «macho cabrío»,³¹ y la exhortación expresa incluso de Josué (24:14), «quidad de entre vosotros los dioses extraños a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río».

Con el mismo sentido tenemos la retrospectiva en Ezequiel 20:5-8, en Amós 5:26 y en el discurso de Esteban ante el consejo judío.³² No obstante, merece la pena notar que, a pesar de que las formas de idolatría mencionadas aquí eran todas practicadas en Egipto, existen buenas razones para pensar que no eran estrictamente egipcias en su origen, sino ritos extranjeros importados, probablemente de los fenicios.³³

Tal era, pues, el estado político, social y religioso de Israel cuando su larga paz fue repentinamente interrumpida por las noticias que Aahmes I estaba luchando con éxito contra la dinastía extranjera de los Hyksos. Avanzando victorioso, finalmente tomó Avaris, el gran fuerte y capital de los reyes Pastores, y los expulsó del país junto con sus seguidores. Luego, continuó hacia las fronteras con Canaán, tomando muchas ciudades por asalto. Los monumentos conmemorativos de la desastrosa legislación de los Pastores fueron sacados rápidamente; el culto que habían introducido fue abolido, y las antiguas formas egipcias fueron restauradas. Ahora llegaba un reino de gran prosperidad.

«Un nuevo rey que no conocía a José»

Aunque hay diferencias de opinión sobre este tema, parece, no obstante, que con toda probabilidad (como se muestra en el capítulo anterior) el ascenso de la nueva dinastía coincide con el período cuando «se levantó un rey que no conocía a José».³⁴ Por razones ya explicadas, una de las primeras y más importantes medidas de su administración interior debía ser obligatoriamente debilitar el poder de los colonos extranjeros, que se hallaban en tan abundante mayoría en la provincia fronteriza de Gosén. Temía que en caso de guerra con extranjeros, se unieran con el enemigo, «y los sacaran de la tierra». El segundo temor también muestra el hecho que él conocía las circunstancias bajo las cuales se habían asentado en la tierra. De nuevo, en los monumentos de Egipto, parece haber sido siempre la política de Faraón introducir un número inmenso de cautivos en Egipto, y retenerlos allí en esclavitud para trabajos forzados. Ahora se estaba aplicando un procedimiento parecido a Israel. Aunque se les permitía conservar sus ganados y campos, fueron puestos a hacer trabajos forzados para el rey. Se les designó «capataces» egipcios, quienes «los afligían con sus cargas». Se ve una notable ilustración de este hecho en un monumento egipcio. Los trabajadores, que son claramente extranjeros, bajo la superintendencia de cuatro egipcios, dos de los cuales parecen ser oficiales superiores, mientras que los otros dos son supervisores armados con látigos pesados, gritan: «Trabajad sin desmayar».

El trabajo que habían recibido los israelitas consistía en hacer ladrillos, regadío artificial de la tierra, incluyendo, probablemente, cavar o restaurar canales, y la construcción, o restauración y ampliación de las dos «ciudades-almacén»³⁵ de Pitón y Ramsés, cuya situación ha sido trazada en Gosén, y que sirvieron de depósito tanto para el comercio como para el ejército. Según algunos historiadores griegos era el orgullo de los egipcios

31³¹ Levítico 17:7. Traducción incorrecta en castellano por «demonios».

32³² Hechos 7:43.

33³³ Esto es argumentado muy hábilmente por el Sr. R. J. Poole en el *Smith's Dictionary of the Bible*, vol. III. «Remphan».

34³⁴ La palabra hebrea «se levantó» casi siempre se usa para describir un comienzo nuevo (como en Dt. 34:10); la palabra «nuevo» se da en relación con un cambio total (como en Dt. 32:17; Jueces 5:8), mientras que la expresión, «no conocía» (Dt. 28:36) no se aplica tanto a la falta absoluta de conocimiento, sino a la ausencia de relación *amistosa*. Si este rey empezó una nueva dinastía, tenía que ser el primero de los Hyksos o el que los echó fuera. Puesto que la primera suposición es casi imposible, debemos quedarnos con la segunda.

35³⁵ Ésta es la traducción literal y no «ciudades-tesoro».

que, en sus grandes obras, solo empleaban cautivos y esclavos, jamás su propio pueblo. Pero Aahmes I necesitaba muy especialmente la mano de obra israelita, puesto que sabemos por una inscripción, fechada en el año veintidós de su reinado, que estaba muy ocupado restaurando los templos y edificios que los «Pastores» habían destruido.

Pero esta medida inicial contra Israel produjo el resultado opuesto al esperado. En lugar de disminuir, su anterior crecimiento se aceleró, de modo que los egipcios «temían a³⁶ estaban alarmados por causa de) los hijos de Israel». ³⁷ Por ello Faraón recurrió a una segunda medida, por medio de la cual todos los bebés varones, tenían que ser destruidos al nacer, probablemente sin llegar a ser conocidos por sus padres. Pero las dos mujeres hebreas, quienes, según suponemos, estaban al mando del «gremio» de las parteras, no parecen haber comunicado la orden del rey a sus subordinadas. Sea como fuere, la orden no se cumplió. La Escritura ha conservado los nombres de estas valientes mujeres, y nos dice que su motivo era que «temieron a Dios» (en hebreo con artículo, «el Dios», indicando el Dios vivo y verdadero). Y como que eran el medio para «hacer» o construir las casas de Israel, así Dios «les hizo casas». Es cierto que cuando se enfrentaron con el rey no presentaron su motivo real; ahora bien, como destaca San Agustín, «Dios perdonó el mal de ellas por su bien, y recompensó su piedad, pero no por su engaño».

La tercera medida adoptada por Faraón nos demuestra cuán poco podía impedir la ruina de Israel una medida solamente humana. Dejando a un lado cualquier tipo de freno, y olvidando, en su determinación, incluso sus intereses, el rey publicó una orden general de echar al Nilo todo bebé judío varón, al nacer. Esta orden, tal vez dada en un momento de ira, no fue cumplida por mucho tiempo; ya sea porque los egipcios no deseaban caer en semejante crueldad permanentemente, o porque los israelitas encontraron medios para apartar a sus hijos de dicho peligro. Pero lo que es cierto es que, a pesar de que muchos debieron sufrir, y todos necesitaban ir con mucha precaución, este último intento despiadado de exterminar Israel resultó vano.

Así se *cumplieron* las dos profecías. Incluso bajo las circunstancias más adversas Israel había crecido tanto como para alarmar a los egipcios; y la «aflicción» de Israel había alcanzado su cúspide. Y ahora debía aparecer también la liberación prometida. Y, como en tantos otros casos, llegó bajo lo que los hombres llamarían las circunstancias más improbables.

Capítulo 3

(Éxodo 2)

Para el lector atento de la Escritura, el hecho de que precisamente la medida adoptada por Faraón para destruir Israel, al final les llevara la liberación, no le parecerá extraño (únicamente notable). Si no hubiese sido por la orden de echar los niños hebreos al río, Moisés no hubiera sido rescatado por la hija de Faraón, ni instruido en toda la sabiduría de Egipto a fin de ser apto para su llamamiento. Pero, a pesar de todo ello, esta historia maravillosa sigue un curso *natural*; es decir, natural por su acontecimiento, pero sobrenatural por sus finalidades y resultados.

Nacimiento de Moisés

³⁶³⁶ La expresión aquí es la misma que en Números 12:3, e implica «ser presa del temor».

³⁷³⁷ Éxodo 1:12.

Un miembro de la tribu de Leví, y descendiente de Coat,¹ llamado *Amram*, se casó con *Joquebed*, que pertenecía a la misma tribu. Su unión ya había sido bendecida con dos hijos, María y Aarón,² cuando se proclamó el edicto homicida de Faraón. El nacimiento de su siguiente hijo les produjo más dolor y preocupación, porque «viéndole que era hermoso» no sólo les ganó el corazón, sino que parecía señalarlo como destinado por Dios para alguna causa especial.³ En esta lucha de afecto y esperanza contra el temor del hombre, obtuvieron la victoria, como siempre se obtiene la victoria, «por la fe». No recibieron ninguna revelación especial, ni tampoco la necesitaban. Se trataba simplemente de una cuestión de fe, contraponiendo la orden de Faraón a la orden de Dios y de la esperanza de ellos. Decidieron confiar en el Dios vivo de sus padres, y desafiar cualquier peligro aparente. Fue en este sentido que «por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres durante tres meses, porque vieron que el niño era hermoso, y no temieron el decreto del rey». Al ser imposible esconderlo por más tiempo en casa, la misma confianza de fe hizo que ahora la madre dejara al niño en una arquilla hecha, como lo eran en aquella época las embarcaciones ligeras del Nilo, de «juncos» o papiros (un fuerte junco de tres aristas que alcanzaba una altura de diez o quince pies).⁴ La «arquilla» (un término usado en la Escritura solo aquí y en relación con la liberación de Noé por medio de un «arca») fue endurecida con barro del Nilo o con asfalto, e impermeable con una capa de «brea». Protegida de este modo, la «arquilla», con su preciosa carga, fue depositada entre los «carrizos» a la orilla, o embocadura del río, precisamente donde la hija de Faraón solía tomar un baño, aunque el texto sagrado no nos da información explícita sobre si el lugar fue escogido a propósito o no.

La alusión en Salmos 78:12 a «los portentos» hechos «en el campo de Zoán», quizás nos lleven al mismísimo lugar de esta liberación. Zoán, como sabemos, era la antigua Avaris, la capital de los reyes Pastores, arrebatada por la nueva dinastía. Era muy probable que continuase siendo la residencia de los Faraones, especialmente por estar en la frontera oriental de Gosén, y además es confirmado por el hecho que en aquel tiempo, de todas las residencias egipcias, solamente *Avaris* o Zoán estaban en un recodo del Nilo no plagado de cocodrilos, donde, consecuentemente, la princesa podía tomar su baño. En un monumento egipcio hallamos una curiosa ilustración de la escena descrita en el rescate de Moisés. Se ve una dama noble bañándose en el río con cuatro sirvientas que la atienden, tal como la hija de Faraón en la historia de Moisés. Pero volviendo a nuestro tema, el descubrimiento de la arquilla y del niño, que lloraba al levantarlo la persona extraña, es puramente natural. La princesa es conmovida por la atracción del niño a sus sentimientos de mujer. Tiene compasión de él incluso perteneciendo a una raza condenada. Arrojar el niño sollozante al río hubiese sido inhumano. La hija de Faraón actuó como hubiese actuado cualquier otra mujer en las mismas circunstancias.⁵ Salvar a un niño hebreo no podía ser un crimen muy grave para la hija del rey. Además, es sorprendente notar que, según los monumentos, precisamente por aquella época, las princesas reales ejercían una influencia notoria (de hecho, dos de ellas eran regentes simultáneamente). Así, cuando María, que había estado observándolo todo a poca

¹ Éxodo 6:20; Números 26:59.

² El relato implica que nacieron antes de la proclamación del edicto homicida de Faraón. Aarón tenía tres años más que Moisés (Éx. 7:7), mientras que María ya era adulta cuando Moisés fue expuesto (Éx. 2:4).

³ La expresión en Hechos 7:20 es «hermoso ante Dios».

⁴ Todos los detalles son estrictamente egipcios; incluso algunos de los términos usados en hebreo se derivan del egipcio. El papiro ya no se cultiva por debajo de Nubia, pero los monumentos egipcios muestran muchas «arquillas» parecidas y botes hechos con esta planta y dispuestos de modo semejante. Los «carrizos» eran una especie más pequeña de papiro.

⁵ En lo que se conoce normalmente como *The Speaker's Commentary*, se ofrece una ilustración de esto del *Ritual of the Dead* (Ritual de los Muertos), el documento egipcio más antiguo en existencia. Parece ser que una de las preguntas que el espíritu sin cuerpo debía responder ante el Señor de la verdad era esta: «No he afligido a ningún hombre; No he hecho llorar a ningún hombre; No he sacado la leche de la boca de los amamantados».

distancia, se presentó en el momento oportuno y propuso llamar a alguna mujer hebrea para alimentar al niño que lloraba (un extraño regalo concedido a la princesa al parecer por el mismo dios del Nilo),⁶ aceptó de buen ánimo. La nodriza llamada fue, evidentemente, la madre del niño, quien recibió el niño como un encargo precioso, confiado a ella por la hija de quien ideara la destrucción del bebé. Así de maravillosos son los caminos de Dios.

Uno de los antiguos escritores eclesiásticos ha comentado que «la hija de Faraón es la comunidad de los gentiles», queriendo ilustrar con ello esta gran verdad, que encontramos por toda la historia, que de algún modo la salvación de Israel estaba relacionada con la utilización de los gentiles. Así fue en la historia de José, e incluso antes de esto; y continuará así hasta que al final, por su misericordia, Israel obtenga misericordia. Pero mientras esto sucedía, aquellos padres hebreos creyentes tuvieron la gran oportunidad de moldear la mente del hijo adoptivo de la princesa de Egipto. Los tres primeros años de la vida, el tiempo común oriental para la crianza, a menudo son, incluso en nuestros climas nórdicos, donde el desarrollo es mucho más lento, un período decisivo para la vida posterior. No requiere ningún esfuerzo de imaginación pensar que el pequeño Moisés aprendía en el regazo de su madre, y que ella estaba en un pueblo perseguido. Cuando un niño conservado y preparado así se vio destinado a dejar su casa hebrea para entrar en la corte de Faraón (su cabeza repleta de las promesas hechas a los patriarcas, y su corazón apesadumbrado por causa de sus hermanos), resulta casi natural que pasaran por su alma pensamientos sobre una futura liberación de su pueblo por medio de sí mismo. Muchos de nuestros propósitos más profundos tienen su raíz en la más tierna infancia, y las lecciones aprendidas entonces, han sido realizadas firmemente hasta el final de nuestras vidas.

Pero, como sucede con todos los propósitos más intensos de toda una vida, no existía la temeridad de llevarlo a cabo. Cuando Joquebed devolvió el niño a la princesa, ésta puso a su hijo adoptivo el nombre egipcio de «Moisés», el cual curiosamente también aparece en varios papiros egipcios antiguos, entre otros, como el de un príncipe real. La palabra quiere decir «sacado hacia adelante» o «sacado fuera», «porque», como dijo ella al ponerle el nombre, «de las aguas lo saqué».⁷ Por el momento Moisés posiblemente no residiera en el palacio real en Avaris. San Esteban dice⁸ que «fue instruido Moisés en toda la sabiduría de los egipcios».

Formación de Moisés, en Egipto y en Madián

Ningún otro país valoraba tanto los estudios, ni se iniciaba con ellos tan pronto como en Egipto. Tan pronto como un niño era destetado, era enviado a la escuela, y recibía su instrucción de manos de escribas designados regularmente. Al no usar letras en la escritura, sino jeroglíficos, que podían ser representaciones pictóricas o símbolos (un cetro para rey, etc.), o un tipo de signos fonéticos, y según parece existieron jeroglíficos para letras, sílabas y palabras, para este arte solamente deberían necesitar, por su complicación, casi una vida entera para dominarlo perfectamente. Pero al margen de esto, los estudios eran grandemente prolongados, y en los casos destinados a profesiones superiores, incluían no sólo diversas ciencias, tales como matemáticas, astronomía, química, medicina, etc., sino también teología, filosofía y cierto conocimiento de las leyes. No cabe duda que, como hijo adoptivo de la princesa, Moisés tenía que recibir la formación más elevada. La Escritura nos dice que, en consecuencia, era «poderoso en palabras y obras», y podemos tomar la afirmación en su sencillez, sin introducirnos en las muchas leyendas judías y egipcias que loan su sabiduría y sus logros militares.

Así pasaron los primeros cuarenta años de la vida de Moisés. Sin lugar a dudas, con su disposición, una labor incluso más elevada que la de José podía abrirse delante de él. Pero, antes de entrar en ella, tenía que tomar una decisión sobre esa cuestión preliminar: ¿con quién iba a ser su parte? ¿Con Israel o con Egipto? ¿Con

⁶ Los egipcios adoraban al Nilo como a un dios.

⁷ Otros han interpretado el nombre como derivado de dos antiguas palabras egipcias que literalmente significan: «agua», «salvado».

⁸ Hechos 7:22.

el mundo o con las promesas? En las circunstancias de persecución de los hebreos resultaba imposible «ser llamado el hijo de la hija de Faraón» al mismo tiempo que formar parte del «pueblo de Dios», como uno de ellos. Lo uno significaba «los placeres del pecado» y «los tesoros de Egipto» (diversión y honores), lo otro «aflicción» y «el vituperio de Cristo» (o el sufrimiento y la deshonra contra Cristo y su pueblo) y también, muy especialmente, a los que se aferraban al pacto cuya substancia era Cristo.

Pero «la fe», que es «la substancia de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve», capacitó a Moisés no solo para «rechazar» lo que Egipto ostentaba, sino también para «escoger antes la aflicción», y, más que esto, para «tener por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios», porque «tenía puesta la mirada en el galardón».⁹ Con este ánimo «salió a sus hermanos, y los vio en sus duras tareas».¹⁰ Pero su fe, aunque era auténtica y profunda, todavía estaba lejos de ser pura y espiritual. Los antiguos egipcios eran conocidos por la severidad de su disciplina, y sus monumentos presentan a los «capataces» armados con látigos pesados, hechos con madera dura flexible, que usaban sin piedad. La escena de tales sufrimientos infligidos por siervos a sus hermanos, lógicamente levantó el mayor resentimiento del hijo de la princesa real. Esto, junto con la resolución acariciada durante tanto tiempo de tomar la causa de sus hermanos, y el pensamiento naciente de ser su libertador, le condujeron a matar al egipcio, al cual había visto maltratando a «un hebreo, uno de sus hermanos». Pero tampoco se trató de un exceso de ira frenética, porque «miró a todas partes» para ver que «no aparecía nadie» para presenciar sus obras; más bien se trataba de realizar fines espirituales con medios carnales, tales como los que en la historia de los antepasados de Moisés habían conducido tan a menudo al pecado y al sufrimiento. Quería ser un libertador antes que Dios le llamara a ello; y lo realizaría con unos medios distintos de los que Dios iba a utilizar. Un padre de la iglesia comparó acertadamente este acto con el de Pedro al cortar la oreja del siervo del sumo sacerdote; indicando al mismo tiempo el hecho de que el corazón de ambos (Moisés y Pedro) era semejante a un campo cubierto de malas hierbas, pero que precisamente por su lozanía prometían mucho fruto, una vez arado el campo y sembrado con la buena semilla.

Preparación para su llamamiento

En la dispensación de gracia de Dios, había llegado aquel momento. Moisés, antes de ser trasplantado, por así decirlo, tenía que ser talado. Tenía que echar raíces antes de poder brotar. Como dice San Esteban, «sus hermanos no comprendieron que Dios les daría libertad por mano suya», que es precisamente lo que significaban su aparición entre ellos y su conducta. Por ello, posteriormente, cuando intentó interferir en una pelea entre dos hebreos, el malhechor repudió su autoridad con palabras duras y le reprochó por su crimen. Entonces quedaba claro que el asunto era conocido por todos. También alcanzó los oídos de Faraón. Por lo que conocemos de la sociedad egipcia una ofensa así no podía ser pasada por alto, ni siquiera tratándose del hijo de una princesa, y esto suponiendo que la mujer que salvara a Moisés estuviese todavía viva al cabo de cuarenta años, y que el Faraón que reinaba entonces fuese su padre. Pero, además, Moisés no solamente había matado a un oficial que cumplía su labor, sino que se había puesto de parte de los hebreos, y los había animado a rebelarse. El hecho de que Moisés ocupase una posición de influencia tan grande como para que Faraón no pudiese ordenar su ejecución inmediatamente, sino que «procuró matar a Moisés», simplemente agravaba el problema y convertía a Moisés en una persona más peligrosa. La resistencia abierta contra Faraón era lógicamente imposible. La única posibilidad de salvación parecía ser renunciar a cualquier tipo de contacto con su pueblo, o escapar. Por otro lado, la huida podía provocar mayor ira al rey, y bajo tales circunstancias era lógico dudar sobre la posibilidad de recibir refugio seguro de parte de alguno de los países vecinos. Por lo tanto, se trataba una vez más claramente de un acto de «fe», cuando Moisés «abandonó Egipto, no temiendo la cólera del rey; porque se mantuvo firme» (es decir fiel a su elección y su pueblo), «como viendo al Invisible», eso es, como uno que, en vez de considerar al rey de Egipto, miraba por la fe al rey invisible.¹¹

Como Jacob mucho antes, y José en circunstancias parecidas, ahora Moisés debía ir a una tierra extranjera. Ya había obtenido todo lo que Egipto podía enseñarle. Lo que todavía le faltaba sólo podía ser aprendido en la

⁹ Hebreos 11:24–26.

¹⁰ ¹⁰ Éxodo 2:11.

soledad, humillación y con el sufrimiento. Dos cosas iban a manifestarse en el curso de su historia. Lo que, bajo su propio punto de vista, tenía que liberar a su pueblo de la miseria, simplemente había conseguido hacerle caer personalmente en la miseria; mientras que lo que aparentemente le alejaba de su llamamiento especial, iba a preparar el camino de su logro final. Así también sucede en los acontecimientos más importantes de nuestras vidas, a fin que aprendamos las lecciones de fe y la entrega personal implícita, y que sólo a Dios sea la gloria.

Repudiado por su pueblo y perseguido por el rey, la providencia de gracia de Dios preparó un refugio y un hogar para el fugitivo. Los madianitas, descendientes de Abraham por medio de Cetura,¹² se habían establecido a lo largo de la costa oriental del Mar Rojo, de donde vagaban como nómadas, por un lado al sur de la península del Sinaí, y por otro, hacia el norte, hasta llegar al territorio de Moab. La fuga de Moisés se dio entre los madianitas, como sucediera antaño con José. Al llegar al «pozo» consiguió proteger a las hijas de Reuel, «el sacerdote de Madián», contra la violencia de los pastores, que apartaban sus rebaños.¹³ En consecuencia fue invitado en casa de Reuel, continuó allí y finalmente se casó con Séfora, hija del sacerdote. Esto, junto con el nacimiento de sus dos hijos, a los que nos referiremos más adelante, es lo único que Moisés escribe sobre su estancia de cuarenta años en Madián.

Pero podemos inferir otros detalles importantes. El suegro de Moisés parece haber adorado al Dios de Abraham, como también lo implica su nombre: *Reuel*, «el amigo de Él»; siendo «Él» el nombre que los patriarcas daban a Dios, como *El Shaddai*, «Dios Todopoderoso».¹⁴ Esto es confirmado por su conducta posterior.¹⁵ Reuel también es llamado *Jetro* y *Jeter*,¹⁶ que significa «excelencia», y probablemente fuera su nombre oficial como sacerdote de la tribu, el mismo que el *iman* de los árabes modernos; la palabra tiene un significado semejante.¹⁷ Pero la vida de Moisés en casa de Reuel debió ser de humillación y soledad. Por su conducta posterior¹⁸ suponemos que Séfora era una persona de temperamento violento e imperioso, que sentía muy poca simpatía por las religiosas convicciones de su marido. Cuando le conoció como «un egipcio», debió quedar impresionada en su corazón por su valentía. Pero el conocimiento más profundo de sus objetivos en la vida debió llevarla a considerarlo un fanático lóbrego, que ocupaba su mente con proyectos visionarios. Hasta tal punto parece haber tenido muy poco en común con su marido que, en el período más delicado y noble de su vida, en su misión ante Faraón, tuvo que hacerla marchar.¹⁹ Tampoco pudo existir mucha confianza entre Moisés y su suegro. Precisamente su posición subordinada en la familia de Jetro (3:1); el hecho de su reticencia ante la

¹¹¹¹ 1 Timoteo 1:7.

¹²¹² Génesis 25:2–4.

¹³¹³ Tanto en Éxodo 2:16, como en 3:1, la expresión hebrea para «rebaños» implica que eran de ovejas y de cabras, no de ganado vacuno, dando así otro testimonio indirecto sobre la realidad del relato, porque sólo ese tipo de rebaños podía vivir normalmente en aquella región.

¹⁴¹⁴ Éxodo 6:3.

¹⁵¹⁵ Éxodo 18.

¹⁶¹⁶ Éxodo 3:1; 4:18.

¹⁷¹⁷ Tenemos que hacer una distinción entre Jetro Reuel y Hobab, quien parece haber sido el hijo de Reuel y cuñado de Moisés, y que acompañó a Israel en su viaje (ver Jue. 4:11). Aquí nos hallamos con cierta dificultad, porque la palabra traducida por «suegro», de hecho significa cualquier familiar por matrimonio.

¹⁸¹⁸ Éxodo 4:25.

visión exacta concedida a él por Dios (4:18); y el modo humilde con el que Moisés fue enviado de vuelta a Egipto (v. 20), todo da una visión triste de las relaciones mutuas. No obstante, los más profundos sentimientos y las experiencias de su corazón se reflejan en los nombres que puso a sus hijos. El mayor *Gersón* (expulsión, destierro),²⁰ «porque dijo: forastero soy en tierra ajena»;²¹ al segundo lo llamó *Eliezer*, «mi Dios es mi ayuda» (18:4).

Desterrado a una tierra extranjera, lejos de sus hermanos y de la tierra de la promesa, Moisés desea ver su hogar auténtico. Pero este sentimiento no es producido por abatimiento, y mucho menos por incredulidad. En cambio, «los frutos apacibles de justicia», brotando del «castigo» del Señor, aparecen en el nombre de su segundo hijo; «porque dijo: el Dios de mi padre me ayudó, y me libró de la espada de Faraón». La confianza propia y el celo manifestados en su inicial intento de liberar a sus hermanos en Egipto se habían apagado en la tierra de su destierro, y en la escuela del dolor. Y el resultado de todo lo que sufrió y aprendió fue fruto total en el Dios de sus padres, el Dios de la promesa, que, ciertamente, iba a cumplir su propia palabra.

Capítulo 4

(*Éxodo 2:23; 4:17*)

Cuando Dios está a punto de realizar una de sus grandes obras, lo prepara todo en silencio y con antelación. No sólo pertenece a Él echar la buena semilla, sino también abrir la tierra para su recepción. Sus instrumentos, que no son conocidos en el momento, trabajan silenciosamente; y, junto al buen don que va a dar a los suyos, les proporciona la necesidad y el deseo de buscarlo. Así, las oraciones y las respuestas son, por así decirlo, la balanza de la gracia en equilibrio.

No podía ser diferente cuando Dios llevara a cabo la liberación de su pueblo de la tierra de Egipto. Una vez más parecía como si las nubes sobre sus cabezas fueran más oscuras y más densas. Había muerto un rey y otro le había sucedido;¹ pero el cambio de gobierno no comportó para los israelitas el alivio que seguramente esperaban. Su esclavitud parecía la política fija de los Faraones. Ningún rayo de esperanza alumbraba sus sufrimientos, excepto los derivados de la fe. Pasaban siglos sin revelación alguna o comunicado del Dios de sus padres. Por ello debió ser considerado como un despertar religioso cuando, bajo tales circunstancias, el pueblo, en vez de desesperarse o rebelarse contra Faraón, recurrió al Señor con oraciones diligentes, o, como lo expresa el texto sagrado, al añadir significativamente el artículo a Dios,² «clamaron» «al Dios», es decir, no a cualquiera entre tantos, sino al único Dios vivo y verdadero. Este espíritu de oración, que aparecía ahora por primera vez

¹⁹ ¹⁹Éxodo 18:2, 3.

²⁰ ²⁰El Sr. Cook lo considera un compuesto de una palabra hebrea y una egipcia, que significa «forastero» en «una tierra extranjera».

²¹ ²¹Éxodo 2:22.

¹ ¹Éxodo 2:23. Debemos pedir al lector que lea este capítulo con una Biblia abierta a su lado.

² ²Éxodo 2:23.

entre ellos, fue el primer voto y presagio, ciertamente, el comienzo de su liberación.³ Porque aunque era solamente un «clamor», podríamos decir, inarticulado espiritualmente, no hubo ningún tiempo entre su oración y la respuesta. «Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó Dios de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los reconoció Dios»; es decir, los reconoció como la descendencia escogida de Abraham, y al hacerlo les manifestó su amor para con ellos.

El extremo sur de la península de Sinaí, adonde nos lleva ahora el relato sagrado, consta de una confusa masa de picos (el más alto sobre los 9.000 pies), algunos de pórfito de color verde oscuro, pero la mayoría de granito rojo con diferentes tonos, que aparece roto con fajas de arena y grava, con intersecciones de vadis o pequeños valles, que forman los lechos de los torrentes de invierno, además de pequeños puntos verdes, principalmente debido a fuentes perennes. El gran grupo central entre las montañas es Horeb, y un pico bastante especial del mismo Sinaí, el «monte de Dios». Sorprendentemente es también en medio de esta terrible desolación donde se hallan los lugares más fértiles del «desierto». Allí llevan sus rebaños los beduinos cuando el verano seca todas las regiones inferiores. En sus valles crecen exuberantes y ricos árboles frutales, y «los alrededores son los mejor regados de toda la península, encontrándose allí corrientes veloces que se hallan por lo menos en cuatro de los valles adyacentes».⁴ Allí fue donde Moisés, probablemente al inicio del verano,⁵ condujo al rebaño de Reuel para encontrar pasto y agua. Detrás suyo, al este, quedaba el desierto; a sus pies se alzaba con grandeza la montaña de Dios. El silencio de este lugar permanece inquebrantado; su desolación sólo es aliviada por la variedad de tono en los picos de color verde oscuro o rojo, algunos de los cuales «resplandecen a la luz del sol como cobre bruñido». La atmósfera es tan límpida que incluso las siluetas más lejanas destacan claramente definidas, y el más ligero sonido ataca claramente el oído. Todo el conjunto es ciertamente «un cuadro extraño». En un despeñadero solitario, o en algún valle abandonado, una de tantas acacias, con sus pinchos y guirnaldas punzantes, que forman una característica tan notable en los vadis del «desierto», del cual son ciertamente «el único árbol de madera dura de medidas considerables»,⁶ se alzaba envuelta en llamas, y no obstante «la zarza no se consumía». Ante esto Moisés se volvió para «ver esta gran visión».

El llamamiento de Moisés

Y mucho más sorprendente era lo que le esperaba. Ahora aparecía una visión que no había sido vista durante muchos siglos; una voz que había guardado silencio tanto tiempo, ahora hablaba. «El Ángel de Jehová» (v. 2), quien es llamado inmediatamente después «Jehová» y «Dios» (v. 4, 5), le habló «de en medio de la zarza». Sus primeras palabras fueron advertir a Moisés sobre la necesidad de descalzarse, por hallarse sobre tierra santa; luego se reveló como el Ángel del Pacto, que se había aparecido a los padres como «el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob». El motivo de la primera instrucción, no fue solamente reverencia, sino que surgía del propio carácter del que hablaba. Porque en oriente los zapatos se llevan como protección de corrupción y polvo, y por ello se sacaban al entrar en un santuario, a fin de no introducir en el lugar puro la corrupción del exterior. Pero el lugar donde Jehová se manifiesta, sea cual sea, es «tierra santa»; y quien debe hablar con Él ha de dejar la corrupción que lleve. Al anunciarse como el Dios de los padres, Jehová estaba declarando la continuidad de su propósito de misericordia, su recuerdo de Israel y su veloz cumplimiento de las promesas hechas antaño. Durante estos siglos de silencio había continuado siempre pensando en su pacto, y

³ Éxodo 3:7; Deuteronomio 26:7.

⁴ Palmer, *Desert of the Exodus*, vol. I, p. 117.

⁵ Esto se demostrará al describir las diez plagas.

⁶ Ver la ilustración y descripción en Canon Tristram, *Natural History of the Bible*, pp. 391, 392.

ahora, justo cuando podría parecer que su propósito había fracasado totalmente, llegó el tiempo establecido, cuando se manifestaría públicamente como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob.⁷

La visión de la zarza que ardía

La misma verdad era expresada simbólicamente por la zarza ardiente. Israel, en su estado actual bajo y despreciado, era como la zarza en el desierto (comp. Jueces 9:15), ardiendo en el caliente «horno de Egipto»,⁸ pero «no entregados a la muerte», porque Jehová, el Ángel del Pacto, estaba «en medio de la zarza»; un Dios que castigaba, pero «no consumía». Y esta visión no era solo para Moisés, sino para todos los tiempos. Simboliza la relación entre Dios e Israel en todos los tiempos, y análogamente la de Dios y su iglesia. Porque las circunstancias en las que se halla la iglesia, y el propósito de Dios para con ella, continúan siendo siempre los mismos. Pero este Dios en medio de las llamas de la zarza es igualmente un fuego consumidor, en el caso de olvido por parte de su pueblo,⁹ y como un «fuego», que «abrasará a sus enemigos alrededor».¹⁰ Esta manifestación de Dios bajo figura de fuego, que aparecerá a modo de comparación por toda la Escritura, se cumplirá totalmente cuando el Señor Jesús venga a juzgar: «Sus ojos son como llama de fuego, y sobre su cabeza hay muchas diademas».¹¹ Pero Moisés «cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios».

La visión concedida y las palabras que la acompañaban nos preparan para el siguiente mensaje que el Señor se complacía en comunicar a su siervo. Había oído el clamor de su pueblo; conocía sus dolores y había venido para liberarlo y llevarlo a la Tierra de la Promesa, «una tierra buena», se añade, «y ancha», una tierra que «fluye leche y miel»; suficientemente ancha y fértil como para haber sido en alguna ocasión el territorio de por lo menos seis razas cananeas (v. 8). Finalmente, el Señor dijo a Moisés que fuera a Faraón para sacar a su pueblo de Egipto.

No podría darse mayor contraste entre el Moisés de cuarenta años antes y el de ahora, que suplicaba para ser librado de su tarea. Si previamente su confianza propia le había llevado a tomar todo el asunto en sus manos, su falta de confianza en este momento le hacía sentir la máxima aversión a realizar su cometido, incluso sólo como mensajero y ministro del Señor.

La misión ante Faraón y ante Israel

Sus primeros y profundos sentimientos se verbalizan con preguntas, «¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?» (v. 11). Pero no se podía aplicar de nuevo el recuerdo del primer fracaso interior y exterior, porque ahora Dios mismo estaba con él. Como señal de esto le fue dicho: «Cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte.» Claramente esta «señal» apelaba a su fe, como lo hace toda señal, de ahí su mala interpretación de parte de los que «no son de la casa de la fe» (comp. Mt. 12:38, 39; Lc. 16:31). Del mismo modo, mucho tiempo después, un suceso futuro distante (el nacimiento del Hijo de la virgen) sería una señal para la casa de Acáz sobre la conservación de la línea real de David.¹² ¿No

⁷Incluso la expresión «Yo soy el Dios de tu padre», en singular, implica la identidad de su actuar por toda la historia. Todos los padres eran como un solo padre antes de él. Con tanto detalle debemos estudiar las palabras de la Escritura.

⁸Deuteronomio 4:20.

⁹Deuteronomio 4:24.

¹⁰Salmo 97:3.

¹¹Apocalipsis 19:12.

sería pues que Dios veía en el corazón de Moisés un deseo de hacer la fe, y que ahora Dios la quería hacer brotar?

Esta primera dificultad, por parte de Moisés, había sido dejada a un lado. Su siguiente pregunta fue sobre qué debía responder a la pregunta de Israel sobre Dios: «¿Cuál es su nombre?» (v. 13). Esto significa: ¿qué les debía decir ante las dudas y los temores de ellos sobre los propósitos de Dios para con ellos? Porque, en la Escritura, el nombre se considera una manifestación de carácter o de propósito más profundo, porque también, en general, se daba un nuevo nombre después de algún suceso decisivo, el cual confería el carácter definitivo para siempre a una persona o un lugar.

En respuesta a esta pregunta, el Señor explicó a Moisés, y le ordenó que hablara a Israel, de la introducción del nombre Jehová, con el cual se había manifestado Dios al establecer el pacto con Abraham.¹³ Era, «Yo soy el que soy» (indicando estas palabras su naturaleza inmutable y su fidelidad). Así pues, «Yo soy» envió a Moisés, y, como para eliminar todas las dudas, debía añadir: «el Dios de vuestros padres, de Abraham, Isaac y Jacob». «Este», declara el Señor, «es mi nombre para siempre, éste es mi memorial por todas las generaciones»; es decir, como tal se manifestaría siempre, como tal desea ser conocido y recordado, no solo por Israel, sino «por todos los siglos». Aquí, pues, justo al inicio, cuando el pacto de Abraham era traspasado a su descendencia, la promesa también fue repetida, la cual incluía a todas las naciones en su bendición.

Para una mayor preparación de Moisés para su misión, Dios le dirigió, a su llegada a Egipto, para que reuniera a los ancianos de Israel, y, utilizando las mismas palabras de la profecía de José cuando murió,¹⁴ para anunciar que el tiempo prometido había llegado, y que, sin lugar a dudas, Dios había visitado a su pueblo. Le fue dicho también que Israel escucharía su voz; pero no lo haría Faraón, aunque la primera petición debía ser dejar ir al pueblo a tres días de camino en el desierto. Pero Faraón no iba a ceder, «ni siquiera forzado por mano poderosa» (v. 19); es decir, incluso cuando la mano poderosa de Dios estuviese sobre él. Pero, al final, el poder de Jehová, autor de maravillas, rompería la voluntad obstinada de Faraón; y cuando Israel dejara Egipto no sería como fugitivos, sino como conquistadores cargados con los despojos de sus enemigos.

Así la predicción claramente dejaba entrever que Faraón sólo cedería después de un severo enfrentamiento. ¿Podría la fe de Israel soportar una prueba tan dura? Seguramente esto es lo que significa la siguiente pregunta de Moisés, en apariencia extraña por ser plantada a estas alturas: «He aquí que ellos no creerán, ni oirán mi voz; porque dirán: No se te ha aparecido Jehová».¹⁵ Ante tales dudas, ya fuera de parte de Israel, de Faraón o de los egipcios, se ofrecía una respuesta triple, y no simplemente para acallar objeciones de los que las pusieran, sino también para animar a Moisés. Esta respuesta implicaba la concesión del poder de hacer milagros en favor de Moisés. Remarcamos que aquí, *por primera vez* en la historia del Antiguo Testamento, este poder se concedía al hombre, y en la ocasión era el primer gran conflicto entre el mundo y la iglesia. Estos milagros tenían por objetivo ser como «una voz» del cielo, que daba testimonio sobre la veracidad de la misión de Moisés. Por ello leemos en Éxodo 4:8 sobre Israel «oyesen» y «creyesen» «a la voz» de las señales, y en el Salmo 105:27 (traducción literal) que Moisés y Aarón «les mostraron las palabras de las señales de Dios». Pero, aunque este era el propósito general de *las tres señales* mostradas en este momento (primero para Moisés), cada una también tenía su referencia especial: la primera a Faraón, la segunda a Israel y la tercera al poder de Egipto.

Las tres «señales» y su significado

¹²¹² Isaías 7:10–14.

¹³¹³ Génesis 15:7.

¹⁴¹⁴ Génesis 50:24.

¹⁵¹⁵ Éxodo 4:1.

En la *primera señal* Moisés recibió órdenes de mirar a la vara que tenía en su mano. Era simplemente el bastón normal de un pastor. Debía echarlo al suelo cuando lo ordenara Dios, entonces se convirtió en serpiente, de la que Moisés escapó aterrorizado. De nuevo Dios ordena y cuando Moisés toma la serpiente por la cola, una vez más «se volvió vara en su mano». El significado era sencillo. En adelante Moisés debía esgrimir el cayado. Cuando Dios lo ordenase tenía que arrojarlo; su llamamiento tenía que ser cambiado, y debería encontrarse con «la serpiente»; no solo el antiguo enemigo, sino también el poder de Faraón, del cual la serpiente era el emblema público y famoso.¹⁶ «La serpiente era el símbolo del poder real y divino de la corona de cada Faraón»¹⁷; el emblema de la tierra, su religión y gobierno. A continuación, por orden de Dios, Moisés agarró esta serpiente, la cual se convirtió de nuevo en una vara con la que guiaba a su rebaño; con la diferencia que ahora el rebaño era Israel, y la vara de pastor la «vara de Dios»¹⁸ que hacía maravillas. En resumen, el humilde pastor, que hubiese escapado de Faraón, debía, por la fuerza divina, derrotar todo el poder de Egipto.

La *segunda señal* mostrada a Moisés se refería directamente a Israel. La mano que tuvo que meter en su seno se cubrió de lepra; pero la misma mano, cuando fue introducida de nuevo, fue totalmente restablecida. Este maravilloso poder de infligir y sacar una plaga, aceptado por todos como proveniente de Dios, mostraba que Moisés podía infligir o sacar los más severos juicios de Dios. Pero dijo otras «palabras» al pueblo. Israel, de quien Dios dijera a Moisés, «llévalo en tu seno»,¹⁹ era la mano leprosa. Pero con la misma certeza y velocidad con la que fue restaurada al ser introducida de nuevo en el seno de Moisés, Dios les sacaría de la miseria y la desolación de su estado en Egipto, y los restablecería en su propia tierra.

La *tercera señal* dada a Moisés, por la cual el agua del Nilo se convertía en sangre cuando era derramada sobre el suelo, no sólo era persuasiva para los israelitas, sino que hacía referencia especial a la tierra de Egipto. El Nilo, del cual dependía toda su fertilidad, y que los egipcios adoraban como divino, tenía que convertirse en sangre. Egipto y sus dioses tenían que ser humillados ante el poder absoluto que Dios iba a manifestar.

Estas «señales», que no podían ser contradecidas, seguramente eran suficientes. Y no obstante Moisés dudaba. ¿Era él el representante adecuado para dicho trabajo? No poseía la elocuencia cuyo fuego enciende el entusiasmo de una nación y cuya fuerza barre todos los obstáculos que se le ponen por delante. Y cuando esta objeción también fue respondida con la indicación que era necesario depender directamente de aquel que podía soltar la lengua y abrir ojos y oídos, se manifestó el rechazo velado pidiendo directamente que alguna otra persona fuese empleada para tal misión. Entonces fue cuando «se encendió la ira de Dios contra Moisés». No obstante, por su tierna misericordia, sintió pena por la debilidad de la fe de su siervo y le ayudó. Con esta doble finalidad anunció Dios que incluso entonces Aarón ya estaba de camino para unirse a él, y que tomaría la parte del trabajo para la cual Moisés no se sentía apto. Aarón iba a ser el compañero y, por así decirlo, «el profeta» de Moisés.²⁰ Aarón iba a declarar el mensaje divino encargado a Moisés, del mismo modo que un profeta entrega la palabra recibida. «ASÍ SE FUE MOISÉS.»²¹

A estas alturas, nos encontramos con dos detalles que necesitan una breve explicación. Porque, *primero*, parecería que la primera petición que Moisés había recibido para comunicar a Faraón era de ir «camino de tres días por el desierto», mientras que la intención era que Israel se fuera de Egipto para siempre. *Segundo*, se había

¹⁶¹⁶ La Escritura a menudo usa la serpiente como símbolo de poder hostil al reino de Dios y aplica esa figura no sólo a Egipto (como en Sal. 74:13; Is. 51:9), sino también a Babilonia (Is. 27:1).

¹⁷¹⁷ Speaker's Commentary, vol. I, p. 265.

¹⁸¹⁸ Éxodo 4:20.

¹⁹¹⁹ Números 11:12.

²⁰²⁰ Éxodo 7:1.

²¹²¹ Éxodo 4:18.

dado una promesa divina que Israel no se iría «con las manos vacías», sino que Dios daría al pueblo gracia ante los ojos de los egipcios, y que toda mujer «pidiera prestado de su vecina», de modo que «despojara a los egipcios».

Al principio, observamos el modo altamente formal con el cual Israel debía dirigirse a Faraón, según las instrucciones recibidas. En términos absolutos Faraón no tenía ningún derecho para detener al pueblo en Egipto. Sus padres habían venido con la condición de no quedarse, sino para «morar» temporalmente, y bajo estas condiciones habían sido recibidos. Y ahora no sólo estaban siendo oprimidos erróneamente, sino que se veían detenidos injustamente. Pero, a pesar de ello, no tenían que escapar a hurtadillas, ni alzarse en rebelión. El poder divino con el que estaba armado Moisés tampoco podía ser usado para vengar las maldades pasadas ni para asegurar su libertad. Por el contrario, debían solicitar a Faraón el permiso incluso para realizar una expedición tan inofensiva de tres días de peregrinación en el desierto para hacer sacrificios a Dios; una solicitud muy razonable, si consideramos que los sacrificios de Israel eran, desde un punto de vista religioso, «una abominación» para los egipcios,²² y podían producir problemas. El mismo exceso de consideración por Faraón provocó una petición tan moderada al inicio. Fue una concesión infinita a la debilidad de Faraón, por parte de Dios, no insistir pidiendo una salida total e inmediata de Israel. *No se podía* pedir menos a Faraón, ni la obediencia podía ser planteada de un modo más fácil. Sólo la determinación más tiránica para aplastar los derechos y las creencias del pueblo, y el desafío más osado a Jehová, podían haberle impulsado a rechazar dicha petición, y ello ante todas las señales y maravillas que respaldaban la misión de Moisés. Así, al principio, su sumisión iba a ser puesta a prueba donde era más fácil hacerlo y la desobediencia sería «inexcusable».

Podía haber existido alguna razón por parte de Faraón para rechazar de inmediato la idea de dejar ir totalmente a los que habían sido sus siervos durante tanto tiempo; pero no existía ninguna en absoluto para resistirse a una petición tan moderada y respaldada por una autoridad tan impresionante. Ciertamente un hombre así estaba en el tiempo adecuado para el juicio del endurecimiento; del mismo modo que, por el contrario, si hubiese sido obediente a la voluntad divina desde el principio, sin lugar a dudas hubiese sido preparado para recibir una mayor revelación de la voluntad de Dios, y la gracia necesaria para someterse a la misma. Así es como Dios siempre trata con el hombre usando su misericordia. «El que es fiel en lo muy poco, también es fiel en lo mucho; y el que es injusto en lo muy poco, también es injusto en lo mucho». Lo que Dios nos pide es para poner a prueba lo que hay en nosotros. Así fue en el caso de la obediencia de Adán, del sacrificio de Abraham, y ahora de Faraón; con la diferencia que en el último caso, como con la promesa de salvar Sodoma si se hallaban diez hombres justos entre sus malvados habitantes, la paciencia divina llegó a las máximas concesiones. El mismo principio de gobierno también aparece en el Nuevo Testamento, y explica cómo el Señor a menudo hablaba de «cosas terrenales», a fin de que la incredulidad para con las mismas convenciera a los hombres de su incapacidad para escuchar «las cosas celestiales». Así el joven legislador²³ que pensaba estar deseoso de heredar la vida eterna, y el escriba que profesaba disposición para seguir a Cristo,²⁴ a pesar de recibir solo una prueba de «cosas terrenales», sucumbieron ante ella. Esto nos enseña una lección aplicable a nuestro propio caso; porque «sólo entonces sabremos si continuamos para conocer al Señor».

La segunda dificultad acerca de las instrucciones recibidas por Israel para que «pidan prestado²⁵ alhajas de plata, alhajas de oro y vestidos», y así «despojar a los egipcios»,²⁶ se basa en una sencilla comprensión errónea del texto. Incluso el sentido común indicaría que, dadas las circunstancias finales bajo las cuales Israel dejó la tierra, ningún egipcio pensaría en la posibilidad de prestar temporalmente joyas, para ser devueltas al cabo de

²² ²² Éxodo 8:32.

²³ ²³ Mateo 19:16; Marcos 10:16; Lucas 18:18.

²⁴ ²⁴ Mateo 8:19, 20; Lucas 9:57, 58.

²⁵ ²⁵ Nota del traductor: Según traduce la Authorised Version en inglés. Traducimos estos párrafos para mantener la obra en su estado original y a fin de dejar este punto claro, aunque la mayoría de versiones españolas traducen simplemente: «pedir».

poco tiempo. Sino que, de hecho, la palabra traducida por «pedirá», no significa en préstamo, y no se emplea con dicho significado en todo el Antiguo Testamento. *Siempre* significa únicamente «pedir» o «requerir». Esta «petición» o «demanda» (según la llamaremos al tener en cuenta la justicia del caso) fue satisfecha con mucho gusto por los egipcios. El terror de Israel había caído sobre ellos, y en lugar de escapar como fugitivos, salieron como un ejército triunfante, llevándose «los despojos» de los enemigos conquistados divinamente.

Es más importante comentar otro detalle. *Moisés fue el primero en llevar una comisión divina a otros. También fue el primero en realizar milagros.* Los milagros nos presentan la unión de lo humano y lo divino. Todos los milagros apuntaban hacia el mayor milagro de todos, «el misterio de la piedad, el cual los ángeles desean ver»; la unión de lo divino con lo humano, en su aparición más completa en la persona del Dios-Hombre. Así en estos dos aspectos de su servicio, como también en su misión de redimir a Israel de la esclavitud y santificarlos para con el Señor, Moisés fue una eminente figura de Cristo. «Por tanto» «consideremos al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús; el cual fue fiel al que le designó, como también lo fue Moisés en toda la casa... como un criado, para testimonio de lo que había de anunciarse después; pero Cristo como hijo sobre su casa, cuya casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gozo de nuestra esperanza».²⁷

Capítulo 5

(Éxodo 4:17–31)

La historia de la Escritura está llena de aparentes contrastes. Parece ininteligible al observador superficial, pero el corazón del creyente se regocija en analizar, paso a paso, la diferencia entre lo que parece al ojo humano y lo que realmente es ante Dios; y luego entre el poder de Dios y la humildad de los medios y las circunstancias que él escoge para manifestarlo. El objeto de lo uno es hacer surgir nuestra fe y animarla en las circunstancias que parecen menos prometedoras de éxito; mientras que lo otro es para dar toda la gloria a Dios, e incluso para hacer levantar nuestra vista de la tierra al cielo. Éste era el estado de cosas cuando, en los días de su carne, ni Israel ni los gentiles reconocieron la dignidad real de Cristo en la persona que entró en Jerusalén, «manso, y sentado sobre un asna y un pollino de asna».

Moisés vuelve a Egipto

Y así pareció también cuando, en el lenguaje sencillo de la Escritura, «Moisés tomó su mujer y sus hijos, y los puso sobre un asno, y volvió a tierra de Egipto. Y Moisés tomó la vara de Dios en su mano».¹ Qué contraste. El que lleva la vara de Dios es despedido de modo tan pobre (su esposa y sus hijos, y todas sus pertenencias sobre un solo asno) ¿Quién hubiese reconocido con este aspecto tan humilde al que iba a herir el orgullo de Faraón y el poder de Egipto?

A su vuelta del «monte de Dios», Moisés anunció a su suegro simplemente que tenía el propósito de visitar Egipto de nuevo. Probablemente Jetro no tenía suficiente luz como para que Moisés le comunicara la visión divina. Además, las relaciones entre ellos en aquel momento (como adivinamos incluso por el modo en que Jetro le dejó marchar) no parecen haber sido las adecuadas como para entrar en confidencias; posiblemente, solo hubiese conseguido provocar tropiezos de parte de Jetro o de Séfora. Pero, en cambio, era una indicación

²⁶Éxodo 3:22.

²⁷Hebreos 3:1, 2, 5, 6.

¹Éxodo 4:20.

de que la mano de Dios estaba favoreciendo su camino el hecho que tanto su suegro como su esposa accedieron tan rápidamente a una expedición que, por sus circunstancias, debía incurrir en grandes peligros. Y esto no era todo. *Una vez que hubo decidido ir, pero antes de empezar la marcha*, Dios le animó con la noticia de la muerte de todos los hombres que buscaban la vida de Moisés. De nuevo, durante el viaje, le dio refuerzos triples para la obra que tenía por delante. Primero, le hizo notar la vara divina que llevaba en su mano, con la que debía secundar su misión ante Faraón con milagros.² En segundo lugar, por si acaso se desanimara debido al fracaso de estas señales para asegurar la sumisión a Dios de Faraón, Dios no sólo le anunció de antemano el endurecimiento del corazón del rey, sino que al decir, «yo endureceré su corazón» (v. 21), le demostraba que aquel acontecimiento también estaba bajo su control y gobierno. Finalmente, había una doble seguridad en el mensaje que tenía que dar a Faraón (v. 22, 23). Jehová requería libertad para el pueblo, porque «Israel es mi hijo, mi primogénito», y amenazaba, en caso de rechazo de Faraón, «con matar» su «hijo», incluso el «primogénito» del rey. Por otro lado, el título dado a Israel implicaba que Dios no dejaría «a su primogénito» en su esclavitud en la tierra de Egipto. Sin lugar a dudas Dios iba a ganar en su lucha con Faraón. Esa relación preciosa entre Dios y su pueblo, que fue establecida totalmente en el Monte Sinaí,³ puede decirse que inició con el llamamiento de Abraham. Israel era «el hijo de Dios» por elección, por gracia y por adopción.⁴ Por ello, el Señor nunca quitaría su amor de en medio de ellos,⁵ sino que sentiría pena por ellos, como un padre con sus hijos;⁶ y, aunque castigara al pueblo por sus pecados, nunca les dejaría sin su misericordia. En todo el Antiguo Testamento no se registra otra relación como esta entre Dios y otra nación. Pero es muy significativo el hecho que Israel es llamado sólo «primogénito». Porque esto nos da a entender que Israel no iba a estar solo en la familia de Dios, sino que, de acuerdo con la promesa hecha a Abraham, otros hijos nacerían en la casa del Padre. Así, incluso la más elevada promesa pronunciada en favor de Israel incluía la seguridad de una bendición futura para los gentiles.

Y, a pesar de ello, el que iba a revelar a Israel el heredero de su precioso legado era el mismo que en ese tiempo vivía en abandono de ese mismo pacto. Su propio segundo hijo⁷ no había sido circuncidado según el mandamiento divino (ya sea por abandono, por causa de una fe en desánimo, o más probablemente, según adivinamos por la posterior conducta de Séfora, debido a la oposición de su esposa, la cual, en sus circunstancias de depresión, no pudo superar). Pero el juicio debe empezar en la casa de Dios; y nadie puede ser apto para ser utilizado como instrumento de Dios si en algún modo vive en abandono o descuido de los mandamientos divinos.

Despedida de Séfora

Dios, incluso a su siervo Moisés, le trató como un enemigo. Su vida corría un peligro inminente, y Séfora debía someterse, por poco deseosa que fuera, a las órdenes de Dios. Pero su estado de ánimo y conducta

² Éxodo 4:21.

³ Éxodo 19:5.

⁴ Deuteronomio 32:18; Isaías 64:8; Jeremías 3:4; Malaquías 1:6; 2:10.

⁵ Oseas 11:1; Jeremías 31:9–20.

⁶ Sal. 103:13.

⁷ Por Éxodo 4:25, adivinamos que solamente un niño fue circuncidado. Se trataba, seguramente, del más joven.

mostraban que todavía no estaba preparada como compañera de trabajo de Moisés en la obra que le estaba esperando. Parece ser que él comprendió esto y que envió a su esposa e hijos de nuevo a la casa de su suegro. Sólo más tarde, cuando «oyó todas las cosas que Dios había hecho con Moisés, y con Israel su pueblo», Jetro se los devolvió a Moisés.⁸

Habiendo sido limpiado de este modo de toda levadura de pecado, Moisés continuó su viaje. Una vez más Dios había previsto las dificultades de su siervo; podríamos decir también, el cumplimiento de sus promesas. Ya había dado instrucciones a Aarón para que «fuera al desierto a encontrar a Moisés».

Moisés se encuentra con Aarón

Los dos hermanos se encontraron en el monte de Dios, y Aarón se unió a la misión divina de Moisés de buen grado. Tras llegar a Egipto, pronto «reunieron a todos los ancianos de los hijos de Israel». Al oír las buenas noticias de misericordia anunciadas por Aarón, y al presenciar «las señales» que las avalaban, se dice que: «inclinaron sus cabezas y adoraron».

Acogidos por los hijos de Israel

Entonces Dios no había abandonado a su pueblo al que antes conociera. Así, pues, no se cumplieron los temores incrédulos de Moisés (4:1), sino las promesas de gracia de Dios (3:18). Ni su larga estancia en Egipto ni su esclavitud habían conseguido apagar la fe del pueblo en el Dios de sus padres, ni su esperanza de liberación. Por muy seriamente que erraran o pecaran más tarde, las noticias que «Jehová ha visitado» a su pueblo no les parecieron extrañas o inverosímiles. Mucho más que esto, su fe se asoció con humillación y adoración.

Antes de pasar al relato de las maravillas con las cuales Moisés iba tan prontamente a demostrar ante Faraón la realidad de su misión, sería conveniente considerar brevemente aquí un elemento realmente solemne en la historia de estas negociaciones; nos estamos refiriendo al endurecimiento del corazón de Faraón. No se trata de poder jamás entender lo que mueve las decisiones de Dios, sino de la administración de su gobierno, la conexión misteriosa entre la criatura y el Creador, y los solemnes juicios con los cuales reivindica su poder sobre los rebeldes. Pero un estudio reverente de algunos detalles, extraídos directamente del texto, nos pueden ayudar por lo menos, como al Israel antiguo, a «inclinarnos nuestras cabezas y adorar». Ya hemos mencionado que, antes que Moisés volviera a Egipto,⁹ Dios ya había dicho sobre Faraón, «yo endureceré su corazón», poniendo esta fase en el plano inicial, a fin de que Moisés estuviese seguro de la existencia de la voluntad de Dios reinando en todo el asunto. Con una finalidad semejante, aunque expresado mucho más completamente, Dios ahora anunció a Moisés, *antes de empezar con las diez plagas*,¹⁰ «Yo endureceré el corazón de Faraón, y multiplicaré en la tierra de Egipto mis señales y mis maravillas». Aquí nos hallamos con dos afirmaciones iniciales sobre el endurecimiento del corazón de Faraón. En ambos casos el agente recae sobre Dios; pero en ambos casos también, el suceso es futuro, y se comunica sólo para explicar a Moisés lo que su fe necesitaba saber.

Algunos comentarios sobre el endurecimiento del corazón de Faraón

⁸ Éxodo 18:1–7.

⁹ Éxodo 4:21.

¹⁰ Éxodo 7:3.

Unas veinte ocasiones aparece la expresión endurecer en el curso de este relato en relación con Faraón. Aunque en nuestras versiones castellanas se utiliza solamente la palabra «endurecer», en el original hebreo hallamos tres términos diferentes, de los cuales uno (como en Éx. 6:3) significa literalmente hacer duro o insensible, el otro (como en 10:1) hacer pesado, es decir, inimpresionable, y el tercero (como en 14:4) hacer firme o tieso, de modo que no se puede mover. Pues, bien, es destacable que de veinte textos que hablan del endurecimiento de Faraón, diez exactos lo atribuyen a Faraón mismo, y diez a Dios,¹¹ y en ambos casos se usan los mismos tres términos. Así, el «endurecimiento», «hacer pesado», y «afirmar» del corazón se atribuye con la misma frecuencia y en los mismísimos términos a Faraón y a Dios. Como comenta de forma muy acertada un escritor alemán: «El efecto de uno es el endurecimiento del hombre hacia su propia destrucción; el del otro, el endurecimiento del hombre para la gloria de Dios». Más adelante, encontramos, exceptuando los dos textos¹² donde se anuncia de antemano la actividad divina de endurecimiento a Moisés para su propia instrucción, que el endurecimiento durante el curso real de la historia es atribuido, en primer lugar, solamente a Faraón. Así, antes de las diez plagas, y cuando Aarón demostró su misión divina convirtiendo la vara en serpiente,¹³ «el corazón de Faraón fue endurecido», es decir, él mismo lo hizo (v. 13, 14).¹⁴ De modo similar, después de cada una de las cinco primeras plagas (7:22; 8:15; 8:19; 8:32; 9:7) también se atribuye explícitamente el endurecimiento a Faraón. Solo cuando todavía se resistía después de la sexta plaga leemos por primera vez, que «Jehová endureció (hizo firme) el corazón de Faraón» (9:12).

Pero incluso así, debió existir lugar para el arrepentimiento, porque después de la séptima plaga leemos de nuevo (9:34) que «Faraón endureció su corazón»; y únicamente después de la octava plaga se atribuye la autoría exclusivamente a Dios.

Además, debemos tener en cuenta el progreso de este endurecimiento de parte de Faraón, por medio del cual su pecado finalmente estuvo preparado para el juicio. No se trata sólo de su resistirse a la solicitud de Moisés, incluso al ver las señales milagrosas que secundaban su misión, sino que, paso a paso, la mano de Dios se manifestaba más claramente, hasta que llegó a ser, según su propia confesión, «inexcusable». Porque aunque la primera señal de la conversión de la vara en serpiente fue parcialmente respondida por los magos egipcios, no obstante, la vara de Aarón se tragó la de ellos (7:12). Pero después de la tercera plaga, los mismos magos confesaron su incapacidad para seguir compitiendo, afirmando: «Éste es el dedo de Dios» (8:19). Si aún quedaba alguna duda en la mente de Faraón, tuvo que desaparecer con la evidencia presentada después de la quinta plaga (9:7), cuando «Faraón envió, y he aquí que del ganado de los hijos de Israel no había muerto uno». Por lo menos algunos de los egipcios aprovecharon esa lección, y al ser anunciada la séptima plaga encerraron su ganado para protegerlo del granizo y el fuego predichos (9:20, 21). Finalmente, después de la séptima plaga, el mismo Faraón reconoció su pecado y su mal (9:27), y prometió dejar ir a Israel (v. 28). No obstante, al final de todo esto, una vez más endureció su propio corazón (v. 35). ¿Podemos, por tanto, extrañarnos de ver que una rebelión tan elevada e inexcusable fuese considerada madura para el juicio que apareció con el endurecimiento divino de su corazón? Sin duda alguna, en una competición tal entre el orgullo y la osadía de la criatura y el

¹¹ Tal vez debamos hacer notar que *diez* es el número de la plenitud. Los diez pasajes donde el endurecimiento se atribuye a Faraón son: Éxodo 7:13 («el corazón de faraón estaba firme» o «tieso»); v. 19 (era «firme»); v. 32; 11:7, 34 («pesado»); v. 35 («firme»); 13:15 («Faraón endureció» su corazón). Los diez pasajes donde se atribuye a Dios son: Éxodo 4:21; 7:3; 9:12; 10:1; 10:20; 10:27; 11:10; 14:4; 14:8; 14:17.

¹² Éxodo 4:21 y 7:3.

¹³ Éxodo 7:10.

¹⁴ La traducción castellana puede darnos una impresión incorrecta, como si Dios hubiese endurecido el corazón de Faraón.

poder de Dios, la verdad de esta afirmación divina debía ser manifestada: «Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra».¹⁵

Porque la longanimidad y la paciencia de Dios no esperará para siempre. Es absolutamente cierto que Dios «no se complace en la muerte del malvado, sino en que se vuelva el malvado de su camino, y viva»;¹⁶ y que «todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad».¹⁷ Pero «el hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él remedio».¹⁸ La misma manifestación de Dios que representa «un salvador de vida en vida», es para los que la resisten «un sabor de muerte para muerte». Como alguien escribió, «la luz del sol que brilla sobre nuestra tierra produce resultados diversos según la naturaleza del terreno». Con lenguaje bíblico:¹⁹ «la tierra que bebe la lluvia que muchas veces viene sobre ella, y produce hierba provechosa a esos por los cuales es labrada, recibe bendición de parte de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es desechada, está próxima a ser maldecida, y termina por ser quemada». O, como expresa un autor alemán: «es la maldición de pecado lo que hace más duro al corazón endurecido contra las muestras de gracia del amor divino, de su paciencia y de su longanimidad». Así, los que se endurecen a sí mismos finalmente caen bajo el juicio divino del endurecimiento, con todas las consecuencias terribles implicadas en ello.

Hasta aquí solo hemos seguido este asunto según aparece en el curso de la historia de Faraón. No obstante, hay implicaciones más profundas relacionadas con el trato divino, la soberanía y el poder de Dios. Lógicamente este no es el lugar para dichos estudios. Pero sírvannos algunas lecciones de carácter altamente práctico. En primer lugar, en tiempo e importancia, aprendemos sobre la insuficiencia de los milagros más espectaculares a fin de someter la voluntad rebelde, para cambiar el corazón, o para sujetar el hombre a Dios. Sobre un caso más o menos análogo, nuestro bendito Señor dijo que los hombres no creerían aunque alguien se levantara de los muertos.²⁰ Y dicha afirmación ha sido ampliamente verificada en la historia del mundo desde su propia resurrección. La religión es algo que atañe al corazón, y no a convicciones intelectuales sin la obra del Espíritu Santo, que afecta las fuentes más íntimas de nuestras vidas. En segundo lugar, es difícil imaginar una extremada manifestación del osado orgullo humano, la confianza en el poder mundano, y un engaño de pecado mayores de los que hallamos en la historia de este Faraón. Y no obstante esta lección parece haber sido ignorada por demasiadas personas. Los ejemplos de una tendencia parecida nos los pueden proveer, no solo la historia sagrada, sino también nuestra propia experiencia; y en las profundidades de su misma alma cada creyente debe haber sentido este peligro, porque «engañoso es el corazón sobre todas las cosas, y perverso».²¹ Finalmente, la resistencia a Dios tiene que acabar sin duda con un juicio temible. Cada convicción de pecado eliminada, cada admonición apagada y cada oferta de amor rechazada, tienden a aumentar la falta de sensibilidad espiritual, y a provocar el final implicado. Es sabio y es seguro prestar atención a las benditas influencias del Espíritu de Dios y abrir nuestros corazones a la luz de su gracia.

¹⁵¹⁵ Romanos 9:17.

¹⁶¹⁶ Ezequiel 33:11.

¹⁷¹⁷ 1 Timoteo 2:4; comp. 2 Pedro 3:9.

¹⁸¹⁸ Proverbios 29:1.

¹⁹¹⁹ Hebreos 6:7, 8.

²⁰²⁰ Lucas 16:31.

²¹²¹ Jeremías 17:9.

Capítulo 6¹

(Éxodo 5–12:30)

El juicio predicho llegó pronto. Había sido provocado por la osadía del hombre, que quería poner su fuerza a prueba contra la de Dios, y serviría para establecer dos hechos para todas las edades y toda la humanidad. Ante los ojos de Egipto (Éx. 7:5) y de Israel (10:2) servía para demostrar que Dios era Jehová, el único Dios vivo y verdadero, muy por encima del poder del hombre y de los dioses.² Éste era un aspecto de los juicios que iban a explotar sobre Egipto.³ El otro es que Él era el fiel Dios del pacto, que recordó sus promesas y sacaría a su pueblo «con brazo extendido y grandes juicios», para llevarlos a Él mismo como pueblo, y para ser Dios su Dios (6:1–8). Éstas son las verdades eternas subyacentes a la historia de la liberación de Israel del poder de Egipto. Como lo entendieron los israelitas y lo enseñaron a sus hijos, se ve en muchos textos de la Escritura, especialmente en Salmos 78 y 105. Esta aplicación a nosotros no podía ser más adecuada. Manifiesta tanto la Ley como el Evangelio (la severidad y la bondad de Dios) y puede resumirse con esta gran proclamación por todo el mundo: «Jehová reina».⁴

Este relato sagrado consta de dos partes: una de preparación, por lo que se refiere a todas las partes implicadas en esta historia (Faraón, Israel y Moisés); y otra que describe las «señales» sucesivas por las cuales Jehová manifestó su poder y a sí mismo, y por medio de las cuales consiguió tanto la liberación de Israel como los juicios divinos sobre Faraón y Egipto. Y aquí encontramos un progreso sucesivo: *exteriormente* en el carácter de las *plagas* enviadas por Dios, e *internamente* en el efecto de las mismas sobre Faraón y su pueblo.

Moisés y Aarón entregan su mensaje a Faraón

Dos veces, antes de que las plagas humillasen el orgullo de Egipto, Moisés y Aarón tenían que presentarse ante Faraón: una vez con un mensaje sencillo (vv. 1–5), la segunda vez con un mensaje y una señal para secundar su misión (6:10–13; 7:8–13). En esto también vemos la condescendencia y la bondad divinas. Si en su primer encuentro el rey podía decir «¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?» (v. 2), resultó imposible apelar a esta pregunta de nuevo cuando, por el desafío del rey, «Mostrad milagro» (7:9), la vara de Aarón se transformó en serpiente. Esto demostraba sin lugar a dudas que Jehová era Dios, y que Él mismo había enviado a sus siervos, ya que ejercía Su poder. La única pregunta posible era saber si los dioses servidos por Faraón eran iguales al Señor. Con esta finalidad el rey hizo llamar a sus magos, quienes imitaron, en parte, el milagro de Aarón. Pero, pese a ello, se demostró la inferioridad del poder de ellos cuando «la vara de Aarón devoró las varas de ellos». Esto seguramente (incluso en su profesión de obradores de milagros) debía bastar para indicar a Faraón que «Jehová es Dios», si su dureza de corazón hubiese admitido dicha convicción. Pero al sucederse importantes acontecimientos entre la primera y la segunda entrevista con Moisés y Aarón, será oportuno reseñarlos de nuevo brevemente en su orden correcto.

Después del primer encuentro, en el cual Moisés y Aarón simplemente entregaron la orden divina, Faraón, que había alegado su desconocimiento de Jehová (es decir, sobre su deidad y sus afirmaciones), aparentó

¹ La comprensión de este capítulo será especialmente facilitada por la comparación de su totalidad con el texto bíblico. El objetivo no ha sido solamente contar la historia, sino, dentro de nuestros límites, explicar las afirmaciones de la Escritura.

² Éxodo 9:14.

³ Romanos 9:17.

⁴ Salmos 99:1.

contemplar la petición de Moisés como un mero pretexto para conseguir una serie de vacaciones para el pueblo. Eran «palabras mentirosas» (v. 9) para hacer «cesar al pueblo de su trabajo» (v. 4).

La opresión de Israel aumenta

Como «pueblo de la tierra» (es decir, los israelitas, la clase trabajadora) eran «muchos» para «hacerles cesar de su trabajo» (v. 5) y significaría un gran perjuicio para el rey. Para evitar que tuvieran el tiempo necesario o sintieran siquiera el deseo de prestar atención a dichas propuestas, el rey ordenó que, al mismo tiempo que la antigua cantidad de trabajo tenía que seguir siendo producida, la paja necesaria para hacer los ladrillos de barro (como los que se hallan en los monumentos egipcios) no les sería provista.

El tiempo necesario para recoger «rastroy en lugar de paja» les impedía, lógicamente, cumplir con su «tarea de cada día». El castigo cayó entonces sobre los «oficiales» israelitas, o mejor dicho «escribas» israelitas, a quienes los «capataces» egipcios habían designado como supervisores del trabajo y como responsables del mismo.

La apelación a Faraón sirvió solamente para conocer la causa de su severidad, y los «oficiales» de un pueblo que habían reconocido solo recientemente que Dios les había visitado, al no ver tal visitación, sino aparentemente todo lo contrario, se aventuraron a dirigirse a Jehová contra Moisés y Aarón. Así de rápidamente cede y se desanima la fe que viene sólo por el oír.

Desánimo de Moisés

En cuanto a Moisés, había llegado la hora de su prueba más dura. Con las palabras de queja de Israel fue directamente al Señor, como dice San Agustín, no con palabras contumaces o airadas, sino preguntando en oración. Ante esta pregunta: «Señor ¿por qué afliges a este pueblo?» (v. 22), y como sucede muy a menudo con nuestras preguntas a Dios «¿Por qué?», no recibió respuesta alguna. «Lo que yo hago no lo sabes, pero lo sabrás después.» A nosotros, ciertamente, la «necesidad» de hacer el yugo de Egipto lo más ofensivo posible nos parece ahora evidente, al recordar cómo los corazones del pueblo se aferraban a las ollas de carne de Egipto, incluso después de haber probado el maná celestial;⁵ y la más elevada «necesidad» era que cuanto más baja fuera el estado de Israel y más tiránica la opresión de Faraón, más glorioso iba a ser el triunfo de Jehová, y más completa la manifestación de la impotencia de su enemigo. Pero a Moisés se le ocurrió, en esa circunstancia de depresión, una vez más, la duda sobre su capacidad para cumplir la obra tomada. Porque cuando Satanás no puede oponerse de otro modo, nos crea dudas de incredulidad sobre nuestra capacidad o nuestro llamamiento para un trabajo. Las instrucciones que Moisés recibió de parte de Dios son aplicables, en principio, a todo caso parecido. Le conferían una nueva seguridad que Dios, sin lugar a dudas, cumpliría su propio propósito; recibió mayor revelación de su carácter como Jehová, con las promesas especiales implicadas en ello (6:2–8); y el encargo a Moisés de cumplir la misión fue renovado para que tomara la obra, acompañándolo con la animación y seguridad apropiadas para el momento.

Aquí tenemos un punto que requiere atención especial, no solo por lo que respecta a las dificultades que presenta al lector en general, sino también por sus preciosas lecciones. Cuando, en la situación que acabamos de citar, Dios dijo a Moisés (Éx. 6:2, 3): «Yo soy Jehová. Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob en *El Shaddai* (Dios Omnipotente), mas en cuanto a mi nombre *Jehová* no me di a conocer a ellos»,⁶ no puede, obviamente, significar que los patriarcas desconocían la designación especial de *Jehová*, ya que aparece con frecuencia en su historia.⁷ Para entender este texto correctamente, hemos de tener en cuenta el significado de la expresión «nombre» aplicada a Dios, y el del término «Jehová». Por el «nombre de Dios» debemos obviamente entender no una mera designación de Dios, sino aquella con la cual Él mismo se da a conocer al hombre. Así, la Escritura nos enseña que solo *conocemos* a Dios en la manera que Él se *manifiesta*, o se revela a sí mismo. Por ello el

⁵ Números 11.

⁶ Es la traducción literal, que puede eliminar algunas dificultades.

nombre de Dios usado en cada momento indica el modo preciso en que Él se había manifestado, o, en otras palabras, su carácter o tipo de tratos de la época en cuestión. Ahora bien, el carácter de los tratos de Dios (y por lo tanto su nombre) en la época de los patriarcas era indudablemente *El Shaddai* (Gn. 17:1; 35:11; 48:3). Pero su manifestación como Jehová (cuando se manifestó a todos los hombres en su trato como tal) no eran de ese período, sino de uno posterior. Porque el término «Jehová» significa literalmente «el que es», que concuerda con la explicación que Dios mismo da: «El que es el que es» (Éx. 3:14). En este uso, la palabra «*ser*» no se refiere a la naturaleza esencial de Dios, sino a su relación para con el hombre. Dios se manifestó con esa relación, y era conocido como Jehová (como «el que es el que es», es decir, como inmutable) cuando, después de siglos de silencio, y cuando el estado de Israel había llegado a ser casi sin salida, Él demostró que no había olvidado su promesa hecha a los padres, y que había estado preparando su cumplimiento durante todo el tiempo; y que ni la resistencia de Faraón ni el poder de Egipto podrían mantenerse ante su mano. Bajo esta perspectiva, la distinción entre la manifestación original a los patriarcas como *El Shaddai* y el conocimiento de Jehová otorgado a los hijos de Israel se ve clara y enfática.

Pero volviendo a nuestro tema, la primera entrevista de Moisés con Faraón había servido para determinar la relación de todas las partes con referencia a la orden divina. Manifestó la enemistad de Faraón, que estaba madurando para recibir juicio; la incredulidad de Israel, que necesitaba mucha disciplina; e incluso la debilidad de Moisés. Allí, en el comienzo de su obra, incluso como el Señor Jesús al principio de su ministerio, fue tentado por el enemigo, y lo superó por medio de la palabra de Dios. Pero incluso en este caso vemos la gran diferencia entre la figura y la contrafigura.

Aarón da una señal

Así pues, aunque casi sin luchar, la competición fue ganada, y Moisés y Aarón se enfrentaron por segunda vez al rey de Egipto. En esta ocasión Aarón, cuando Faraón le desafió, demostró su derecho a hablar en nombre de Dios. Arrojó su vara al suelo, la cual se convirtió en serpiente, y aunque «los hechiceros de Egipto» «hicieron también lo mismo con sus encantamientos», la superioridad de Aarón se vio cuando su «vara devoró las varas de ellos». Sin entrar aquí en todos los pormenores del tema general de la magia antes de la venida de nuestro Señor, o del poder que el diablo y sus agentes ejercitaron en la tierra antes de que el Señor subyugara su poder, y llevara cautiva la cautividad, no había realmente nada de lo que hicieron los magos egipcios que los malabaristas orientales no digan que pueden hacer incluso hoy. Hacer endurecer una serpiente hasta que parezca una vara, y luego restablecerle súbitamente en su forma viva, es uno de los trucos más comunes presenciados por los viajeros. San Pablo menciona a Janés y Jambrés como los que «resistieron a Moisés»,⁸ y su afirmación no es confirmada solamente por la tradición judía, sino también mencionada por el escritor romano Plinio. Sus nombres son egipcios, y uno de ellos aparece en un documento egipcio antiguo.

Con relación a esto también es importante ver que el término hebreo para designar la «serpiente», en la que se convirtió la vara de Aarón, no es el usado más generalmente, sino que lleva un significado más específico. No es el mismo término con el que se designa la serpiente (*nachshah*) por medio de la cual Moisés iba a acreditar su misión ante su propio pueblo,⁹ sino que indicaba el tipo de serpiente (*tannin*) usado especialmente por los conjuradores egipcios, y hacía referencia a la serpiente como gran símbolo de Egipto.¹⁰ Por esto también la

⁷ A pesar de ello, este punto de vista es respaldado por algunos; especialmente Josefo, que afirma que el nombre de Jehová fue revelado por primera vez a Moisés.

⁸ 2 Timoteo 3:8.

⁹ Éxodo 4:3, 4.

¹⁰ «Aparece en el ritual egipcio, c. 163, casi con la misma forma, “Tanem”, como símbolo del monstruo serpiente que representa el principio de antagonismo contra la luz y la vida.» *Speaker’s Commentary*, vol. I, p. 276, nota 10.

expresión «dragón», que es la traducción correcta de la palabra, se usa a menudo en la Escritura refiriéndose a Egipto.¹¹ Según todo esto Faraón debería haber comprendido, cuando la vara de Aarón devoró las demás, que se estaba indicando la subyugación de Egipto, y la ejecución de juicio «contra todos los dioses de Egipto».¹² Pero, deseando cerrar sus ojos ante dicha evidencia y considerar a Moisés y Aarón como magos cuyo poder era igualado por los suyos, iba a endurecer su corazón y a conseguir las terribles plagas que cayeron en juicio sobre Faraón y su pueblo.

Consideración general de cada uno de los diez «azotes» o plagas

Antes de describir en detalle las plagas de Egipto, unas pequeñas aclaraciones nos ayudarán para comprender el tema.

1. Las plagas eran *milagrosas*; pero no tanto en sí mismas sino por el tiempo, el modo y la medida en que se cernieron sobre Egipto. Ninguna de ellas era totalmente desconocida en Egipto, porque había pasado por aquella tierra alguna vez y en alguna medida. Como sucede tan a menudo, el Señor usó aquí sucesos naturales comunes. El aspecto sobrenatural de las plagas es su severidad, su sucesión, su llegada y desaparición según la palabra de Moisés, su extensión parcial y la estación y manera poco normales bajo las cuales se presentaron.

2. Vemos en ellas una disposición regular y un progreso firme. Hablando con exactitud, hubo sólo nueve plagas (3 × 3), siendo el décimo «azote»¹³ el comienzo del juicio de Jehová, cuando *Él* «salió en medio de Egipto» para matar al primogénito de ellos. De estas nueve, las tres primeras estaban relacionadas con el río y la tierra que formaban el orgullo de Egipto, y el objeto de su culto. Se extendieron *por todo el país*, y en la tercera los magos confesaron: «Esto es el dedo de Dios». Con ellas la tierra fue humillada en cuanto a su orgullo y su religión. Las otras seis cayeron exclusivamente sobre los egipcios, como había dicho el Señor: «Y yo haré distinción entre mi pueblo y el tuyo» «a fin que sepas que yo soy Jehová en medio de la tierra».¹⁴ Si las tres primeras plagas evidenciaron la impotencia de Egipto, las otras demostraron que Jehová reinaba incluso en medio de Egipto. Finalmente, los tres últimos «azotes» no solo fueron mucho más terribles que los demás, sino que tenían como finalidad dar a conocer a Faraón «que no hay otro como yo en toda la tierra».¹⁵ Para mostrar que Jehová es Dios; que lo era en medio de Egipto; y finalmente, que no había nadie como Él en toda la tierra (es decir, que Jehová era el Dios vivo y verdadero) tal era la triple finalidad de estos «azotes».

3. En cuanto a la duración de estos azotes, el intervalo entre los mismos, y el tiempo ocupado por todos, sabemos que la primera plaga duró siete días,¹⁶ y que la muerte de los primogénitos y la Pascua sucedieron en la noche del decimocuarto *Abib* (o *Nisan*), correspondiendo aproximadamente al principio de abril. En cuanto a la

¹¹ Salmos 74:13; Isaías 27:1; 51:9; Ezequiel 29:3; 32:2.

¹² Éxodo 12:12.

¹³ Éste es el significado literal de la palabra traducida por «plaga» en Éxodo 11:1. Pero Filón y la mayoría de intérpretes hablan de diez plagas y consideran este número como simbólico de la plenitud.

¹⁴ Éxodo 8:22, 23.

¹⁵ Éxodo 9:14.

¹⁶ Éxodo 7:25.

séptima plaga (la del granizo), tenemos esta afirmación que nos ayuda a esclarecer su tiempo:¹⁷ «El lino, pues, y la cebada fueron destrozados, porque la cebada estaba ya espigada, y el lino en caña. Mas el trigo y el centeno no fueron destrozados, porque eran tardíos». Esto fijaría la época sobre el final de enero o a principios de febrero, dejando un intervalo de por lo menos ocho semanas entre el séptimo azote y el décimo, y, si lo tomamos como un valor medio, más de dos semanas entre cada plaga. Si calculamos a este paso, el primer «azote» debió acontecer en setiembre u octubre, es decir, después de cesar las inundaciones anuales del Nilo. Pero esto parece poco probable, no solo porque el color rojo aparece normalmente al *inicio* del crecimiento, sino porque las expresiones (7:19, 21) parecen implicar que el río se hallaba en su crecimiento (y no en su descenso), y particularmente porque justo antes de esto se da una imagen de los israelitas recogiendo «rastros» para sus ladrillos, que debía darse inmediatamente después de la cosecha, o a finales de abril. Por ello parece más probable (como también suponen la mayoría de intérpretes) que el primer «azote» cayera sobre Egipto a mediados de junio, en cuyo caso desde la primera «plaga» hasta la muerte de los primogénitos debió pasar un período de diez meses. Durante todo este tiempo el Señor estuvo tratando con Egipto, y Faraón estuvo en su juicio.

Como ya hemos indicado, hay un aspecto terriblemente irónico de «las plagas» de Egipto, ya que en las cosas que Egipto se enaltecía fue humillado. Nos parece oírlo todo el tiempo: «el que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos».¹⁸ Este hecho se verá con más claridad al considerar brevemente cada uno de los «azotes».

El primer «azote» o «plaga». Temprano de mañana, durante el crecimiento del Nilo, Faraón descendió al río para ofrecer su culto divino habitual a las aguas. Probablemente, iba acompañado por sus sabios y magos. Allí Moisés le hizo frente con el mensaje de Dios. Ante la negativa de Faraón a prestar atención, Moisés golpeó, como había amenazado, las aguas con la vara de Dios, y el Nilo, con todas sus ramificaciones, canales, cisternas y depósitos,¹⁹ se volvió rojo como sangre. Dicho cambio de color en el Nilo no era poco común en absoluto, de otro modo Faraón no hubiese endurecido su corazón ante el milagro. En la época normal este aspecto del río viene parcialmente de la tierra roja arrastrada por las aguas crecidas, y también debido a la presencia de pequeñas plantas criptogámicas y de animálculos (infusorias). El aspecto sobrenatural del suceso yace en su acontecer repentino, al aparecer según la orden de Moisés, y en las características anormales del agua. «Los peces que había en el río murieron», eliminando así uno de los alimentos básicos del pueblo; «y el río se corrompió, tanto que los egipcios no podían beber de él», cortando, así, la principal fuente de bebida. Pero de algún modo los magos intentaron imitar este milagro, probablemente con el agua que habían sacado antes que «la vara» golpease el río. Y así, durante siete días, por toda la tierra de Egipto, el agua no potable semejante a la sangre, que se hallaba en «los vasos de madera» de todas las casas, o en los de tierra y los depósitos de piedra de uso público en las esquinas de las calles y en las carreteras de los pueblos, dieron testimonio de Jehová. Y los egipcios tuvieron que cavar alrededor del río, a fin de filtrar el agua para beber. Pero «Faraón se volvió y fue a su casa, y no dio atención tampoco a esto».

El segundo «azote» o «plaga» –la de las ranas– también estaba relacionada con el río Nilo. Debemos recordar que la rana también estaba relacionada con las formas más antiguas de idolatría de Egipto, de modo que lo que era objeto de su culto fue de nuevo su maldición. Aquí, otra vez, un suceso natural, no poco común en Egipto, no hacía imposible la incredulidad de Faraón.

Después de la inundación anual del Nilo el lodo produce fácilmente miles de ranas (llamadas por los árabes hasta la fecha con el nombre correspondiente al término usado en la Biblia). Estas ranas «son pequeñas, no saltan mucho, semejantes a un sapo. Las ranas llenaron el país entero con sus ancas y su croar. Son consumidas rápidamente por los ibis, que protegen de este modo a la tierra del hedor descrito en Éxodo 8:14».²⁰ El aspecto sobrenatural de todo ello yacía en la extraordinaria cantidad y en los grandes disturbios causados (8:3), y en su

¹⁷¹⁷ Éxodo 9:31, 32.

¹⁸¹⁸ Salmos 2:4.

¹⁹¹⁹ Ésta es la interpretación correcta de las expresiones en Éxodo 7:19.

aparición según las órdenes de Moisés. En este caso los magos consiguen de nuevo imitar a Moisés en menor escala. Pero parece ser que eran totalmente incapaces de sacar la plaga, y Faraón tuvo que pedir la intercesión de Moisés, prometiendo al mismo tiempo dejar salir al pueblo. Para dar una prueba mejor al rey que «el azote» no era natural sino de Dios, Moisés concedió a Faraón la posibilidad de escoger el momento deseado para la liberación de la plaga: «Gloria sobre mí: ¿cuándo debo orar por ti?» (8:9) (es decir: no sea yo quien establezca el momento, sino permíteme concederte la gloria de decidir el momento exacto para que cese la plaga). «Pero viendo Faraón que le habían dado este respiro (literalmente, alargamiento, lugar para respirar), endureció su corazón.»

El tercer azote, como sucedió siempre con el tercero en cada una de las series de tres plagas, llegó a Faraón *sin haber sido anunciado*, y consistía en algo parecido a lo que conocemos como «piojos», pero siendo una especie de insectos diminutos, casi invisibles, que se introducen por todas partes y resultan insoportables. Sir S. Baker describe esta plaga de mosquitos, que no es poco frecuente después de la cosecha del arroz, usando casi las mismas palabras de la Escritura: «Es como si el polvo se convirtiera en piojos». La «plaga» llegó cuando Aarón, según le ordenara Dios, golpeó el polvo de la tierra con su vara. Como sucediera en las ocasiones precedentes con el río, esta vez el fértil suelo, también adorado por los egipcios, fue su maldición. Los magos intentaron imitar este milagro en vano. Su poder había sido frustrado. Pero para eliminar la impresión causada, «dijeron a Faraón: Este es el dedo de Elohim» (8:19); el resultado del poder de Dios. Él lo ha hecho. Por ello, al no ser en modo alguno debido a Moisés y Aarón, no puede confirmar la petición de ellos. Nosotros somos vencidos, pero no por Moisés y Aarón, sino por el poder divino superior tanto a ellos como a nosotros. Por esto «el corazón de Faraón se endureció» (se afirmó y se hizo insensible).

Y ahora, con la segunda serie de plagas empezó la distinción entre los egipcios y los israelitas,²¹ siendo estos últimos eximidos de «los azotes», para demostrar que no se trataba «meramente del dedo de Elohim», sino que era «Jehová en medio de la tierra» de Egipto (8:22). Por la misma razón, Moisés y Aarón no fueron utilizados como instrumentos en las plagas cuarta y quinta. Fueron solamente *anunciadas* a Faraón por los mensajeros de Jehová, pero realizadas por Dios mismo, para demostrar que venían directamente de su mano.

El cuarto azote consistió en enjambres de moscas, que no sólo infectaron las casas, sino que también «la tierra fue corrompida» al ser depositados huevos por todas partes. Esta «plaga»²² es, aun hasta hoy, altamente molesta, dolorosa e incluso peligrosa, puesto que estos animales se aferran a todo tipo de superficie descubierta, especialmente párpados y rabillos de los ojos, y sus picaduras provocan severas inflamaciones. Le fue anunciado a Faraón, mientras iba al río de mañana (8:20), como se ha dicho, probablemente «con una procesión, para abrir el festival solemne que tenía lugar ciento veinte días después del primer crecimiento de las aguas» del Nilo (es decir, a finales de octubre o principios de noviembre). Aunque Faraón había dado su consentimiento para dejar ir al pueblo, al desaparecer la plaga, «endureció aún esta vez su corazón»; quizás porque en esta plaga y en la siguiente no vio la mediación de Moisés, y se volvió a la teoría de los magos sobre «el dedo de Elohim».

El quinto azote fue una grave fiebre (conocida por Egipto), que se supone fue de la misma clase que la «plaga del ganado» en nuestro país, pero mucho más extensiva. Y aunque Faraón comprobó, por medio de enviados especiales, que Israel no había sufrido la plaga, su corazón se endureció.

El sexto azote llegó de nuevo de mano de Moisés y Aarón. Por ser el tercero de la segunda serie, llegó sin advertencia al rey. Moisés y Aarón recibieron órdenes de tomar «ceniza de un horno» (probablemente refiriéndose a grandes edificios y pirámides, sobre los que crecía el orgullo de los egipcios) y «esparcirla hacia el cielo; y se convirtió en sarpullido que produjo úlceras tanto en los hombres como en las bestias» (9:10). Estos «sarpullidos que producían úlceras pustulosas» eran conocidos en el valle del Nilo, pero sólo afectando a los

²⁰ *Speaker's Commentary*, vol. I, p. 279, nota.

²¹ La palabra significa básicamente liberación, salvación y también separación, distinción y selección. Así el término hebreo, como la realidad, relaciona las dos ideas de salvación y separación.

²² Comp. Sal. 78:45.

hombres.²³ Parece ser que en este caso incluso los magos fueron afectados (v. 11), pero el juicio de endurecimiento ya había caído sobre Faraón.

La sexta plaga no solo castigó el orgullo y las posesiones de los egipcios, sino también sus personas. Pero las tres que se sucedieron rápidamente, azote sobre azote, fueron mucho más terribles que las precedentes, y evidentemente representaban «todas» las «plagas» de Dios (v. 14). Fueron introducidas con la advertencia más solemne, que fue desatendida por aquella persona que estaba cerca de su destrucción (vv. 15–18). La razón por la que Dios no destruyó a Faraón y a su pueblo de una vez por todas es expresada como sigue por el mismo Señor:²⁴ «Porque ahora si yo extendiera mi mano para herirte a ti y a tu pueblo con la plaga, serías quitado de la tierra. Pero ahora ciertamente por esta causa te he dejado en pie (te he puesto, te he levantado),²⁵ para mostrar en ti mi poder (quizás, para dejar que lo veas o lo experimentes; esta es la primera razón, la segunda) y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra». En Éxodo 15:14 comprendemos que éste fue el resultado real. Porque la noticia no solo se esparció entre los árabes sino que, al cabo de mucho tiempo, entre los griegos y los romanos, y finalmente, por medio del evangelio, entre todas las naciones de la tierra.

Faraón recibió un solo día para recapacitar y arrepentirse (9:18) antes de aparecer el *séptimo azote*. Se trataba de un granizo nunca visto en Egipto, mezclado con truenos y rayos de fuego. El ganado de Egipto normalmente padece a la intemperie desde enero a abril; así, los egipcios que prestaron atención a la advertencia de Moisés y pusieron a sus ganados y siervos bajo techo, no sufrieron las consecuencias, pero los demás sufrieron las pérdidas humanas y de ganado. El hecho de que algunos tuvieron «temor de la palabra de Jehová» (9:20) nos hace comprender el efecto espiritual de esos «azotes». Ciertamente el mismo Faraón confesó: «He pecado esta vez» (v. 27). Pero esta limitación, y el endurecimiento de su corazón al cesar la calamidad, muestran que se trataba solo de temor de las consecuencias, y, como había dicho Moisés, «no temeréis a Jehová Elohim» (v. 30).

Debemos hacer notar un avance muy decidido con relación al *octavo azote*. Porque Moisés y Aarón, basándose en esta confesión de pecado de Faraón, le dieron este mensaje de parte de Dios: «¿Hasta cuándo no querrás humillarte delante de mí?». ²⁶ De modo parecido, «los siervos de Faraón», advertidos por los juicios previos, protestaban ante el rey (10:7), y él mismo parecía inclinarse por dejar ir a los varones israelitas por poco tiempo, con la condición de dejar a sus familias y ganados en la tierra. Por otro lado, el endurecimiento del corazón de Faraón había aumentado hasta tal punto que, al rehusar Moisés someterse a condiciones, el rey exclamó con mofas tan osadas como (vv. 10, 11):²⁷ «Así sea. Jehová sea con vosotros porque os dejaré ir con vuestros niños. ¡Ved! porque vuestro mal está ante vuestros rostros» (es decir, vuestras intenciones son malas; o, quizás podría traducirse por: Ved la situación; porque he aquí el peligro está ante vosotros). «No será así. Id ahora vosotros varones a lo que estáis buscando» (evidentemente irónico). Y fueron sacados de la presencia de Faraón.

Y sucedió que al extender Moisés su vara sobre la tierra de Egipto, Jehová trajo un viento oriental sobre la tierra todo aquel día y toda aquella noche; y cuando fue de mañana el viento oriental trajo²⁸ las langostas. Una vez más el Señor usaba medios naturales. Porque la plaga de las langostas era conocida en Egipto, y a pesar de

²³²³ Un escritor moderno supone que se trata de las úlceras negras simbolizadas por ceniza negra y oxidada de los hornos.

²⁴²⁴ Éxodo 9:15, 16. Damos la traducción correcta de este fragmento.

²⁵²⁵ Romanos 9:17.

²⁶²⁶ Éxodo 10:3.

²⁷²⁷ Damos la traducción literal.

²⁸²⁸ O «transportó». La tormenta transporta literalmente los «enjambres de langostas».

ello, incluso los paganos la concebían como una visita de Dios. En la Escritura sirve de emblema de los juicios finales que vendrán sobre nuestra tierra.²⁹ Esta «plaga», tan temida en todos los tiempos, llegó lentamente, desde la lejana Arabia,³⁰ sobre la tierra, más terrible que cualquier otra visita parecida en todos los tiempos, y para la destrucción total de todo lo verde que quedaba en Egipto; de nuevo, con la excepción de Gosén. Faraón lo sintió, y por primera vez no solo confesó su pecado, sino que también pidió perdón, y suplicó que su «muerte» fuese quitada de él (10:16, 17). Por ello, no fue por falta de conocimiento que Faraón endurecería su corazón después de esto. Esta vez tampoco se trataba de arrepentimiento lo que impulsaba a Faraón, sino de su deseo por librarse de esa «muerte». Tan pronto como se le concedió lo que pedía, volvió su rebelión.

Una vez más llegó el *noveno azote* sin ser anunciado, siendo más terrible que los anteriores. Unas densas tinieblas cubrieron toda la tierra, excepto Gosén. Se dio ese fenómeno curioso, que, no sólo la gente no podían verse los unos a los otros, sino que «nadie se levantó de su lugar en tres días». Eran literalmente, según lo describe la Escritura, unas «tinieblas que se podían palpar»; las tinieblas de una gran tormenta de arena, como la que a veces trae el Chamsin o viento del sur a principios de primavera, solo de modo más severo, intenso y largo. Intentemos imaginar la escena. De pronto, sin previo aviso, se debió levantar el Chamsin. El aire, cargado de electricidad, levanta el polvo fino y las partículas más gruesas de arena hasta que desaparece la luz del sol, el cielo queda cubierto como si fuera con un grueso velo, y las tinieblas se ciernen en una noche tan profunda que ni siquiera la luz artificial se puede aprovechar. Y la arena y el polvo flotantes se introducen en todos los edificios, pasan por todos los poros, y consiguen atravesar incluso las ventanas y las puertas. Los hombres y los animales buscan cobijo, intentan encontrar refugio en las bodegas y en los lugares alejados de la terrible plaga. Y así, en total oscuridad y sufrimiento, pasan tres noches y tres días extenuantes, sin que nadie sea capaz de aventurarse a salir de su refugio. De nuevo Faraón manda llamar a Moisés. Esta vez estaba dispuesto a dejar ir a todo el pueblo a condición de dejar sus ganados como prenda de su retorno. Y cuando Moisés rechaza la condición, el rey «le dijo: Retírate de mí; guárdate que no veas más mi rostro; porque en cualquier día que veas mi rostro morirás» (10:28). Era un desafío que no resultaba extraño a los oídos de Moisés, porque Dios le había informado, antes de este encuentro, que esto iba a suceder así,³¹ y le había indicado que Israel debía prepararse para irse. Y entonces Moisés tomó el desafío del rey y predijo que después de esos tres terribles días de oscuridad «a medianoche», Jehová mismo «iba a salir por en medio de Egipto», para golpear a todo primogénito de los hombres y de las bestias. Entonces se alzaría un gran lamento durante la noche por toda la tierra, desde la cámara de palacio, donde yacía muerto el hijo único de Faraón,³² hasta las chozas donde las sirvientas más humildes contemplaban la corriente que se llevaba la vida de sus hijos.

Pero en Gosén, estos tres días fueron ligeros, festivos y de gozo. Porque mientras las densas tinieblas yacían sobre Egipto, los hijos de Israel, siguiendo las indicaciones de Dios, ya habían seleccionado sus corderos pascuales (cuatro días antes de la noche del dolor). Tanto las tinieblas como la luz eran de Jehová; unas simbolizaban sus juicios, la otra su favor de gracia.

29²⁹ Apocalipsis 9:3–10.

30³⁰ Generalmente no es el viento oriental el que trae la langosta, sino en el sur desde Etiopía o Libia. Esta vez fue traída de lejos con el propósito de demostrar que Jehová reinaba por todas partes.

31³¹ Los tres primeros versículos de Éxodo 11 debieron ser comunicados a Moisés antes de su entrevista con Faraón. El versículo 1 debería traducirse: «Y Jehová había dicho a Moisés», etc. Se introducen después de 10:29, porque son la causa y la explicación de la confiada respuesta de Moisés ante el desafío de Faraón. Evidentemente, 11:4, y lo que sigue, forma parte de esa respuesta de Moisés a Faraón que sigue en 10:29.

32³² Si, según hemos argumentado en este volumen, el monarca bajo el cual tuvo lugar el Éxodo era Thothmes II, cabe destacar que no dejó ningún hijo, y fue sucedido por su viuda; así el hijo unigénito de Faraón murió aquella noche con los primogénitos de Egipto.

Capítulo 7

(Éxodo 12:31–15:21)

Israel había recibido todas las ordenanzas sobre la festividad de la Pascua,¹ y las observó. En el décimo día del mes de *Abib* (el mes de las espigas, llamado así porque es cuando aparecen por primera vez las espigas de trigo), o, como se llamó después, *Nisán*,² el sacrificio de la «Pascua» era escogido por cada casa.

La Pascua y sus ordenanzas

Esto fue *cuatro* días antes de la celebración real de la «Pascua»; muy probablemente como recuerdo de la predicción de Abraham,³ que «en la cuarta generación» los hijos de Israel volverían a la tierra de Canaán. El sacrificio podía ser de un cordero o un cabrito,⁴ pero debía ser «sin defecto, macho de un año». Cada cordero o cabrito tenía que ser suficiente para la comida del sacrificio para un grupo de personas, de modo que si una familia era demasiado pequeña, debía unirse con otra.⁵ El sacrificio era inmolado «entre las dos tardes» por el cabeza del grupo, la sangre era recogida en un lebrillo, y con ella se «untaba» «el dintel y los dos postes de las casas» con «un manojo de hisopo». Éste no es el hisopo comúnmente conocido, sino que muy probablemente se trataba de *alcaparras*, que se hallan abundantemente en Egipto, en el desierto de Sinaí y en Palestina. En la antigüedad se creía que esta planta tenía propiedades purificadoras. Las instrucciones de rociar la entrada significaban que la sangre debía ser aplicada a la casa propiamente dicha, es decir, hacer expiación por ella, y en cierto sentido convertirla en altar. Al ver esa sangre, Jehová, al pasar para herir a los egipcios, «iba a pasar de

¹ Posteriormente los judíos hacen una distinción entre la conocida como «Pascua Egipcia» (es decir, tal como se ordenó en la primera noche de su celebración) y la «Pascua permanente», tal como la debía observar Israel después de la posesión de la Tierra Prometida. El cordero del sacrificio tenía que ser ofrecido «entre las dos tardes» (Éx. 12:6), es decir, según la tradición judía, desde el momento en que el sol empieza a caer hasta su máximo ascenso, digamos, entre las 3 y las 6 de la tarde.

² Ester 3:7; Nehemías 2:1.

³ Génesis 15:16.

⁴ La palabra hebrea significa tanto uno como el otro. Ver Éxodo 12:5; Deuteronomio 16:2.

⁵ Posteriormente las ordenanzas judías establecieron un mínimo de diez personas en un grupo, y un máximo de veinte.

largo esa puerta», para «no dejar entrar al heridor en vuestras casas».⁶ Así el término *Pascua* expresa literalmente el significado y el objetivo de la ordenanza.

Mientras el destructor hería las casas de los egipcios, todo grupo de personas que se hallaba dentro de las casas de Israel rociadas con sangre participaban en la comida del sacrificio. Esta comida constaba del cordero pascual, y «pan sin levadura con», o más exactamente, «sobre hierbas amargas», como si en aquella solemne hora de juicio y liberación tuviesen que tener ante ellos a modo de comida adecuada el símbolo de toda la amargura de Egipto, y sobre ello el cordero del sacrificio y el pan sin levadura para endulzarlo y convertirlo en una cena festiva. Porque todos los detalles estaban llenos de significados. El cordero del sacrificio, cuya sangre rociada protegía a Israel, indica a aquél cuya sangre preciosa es la única salvación del pueblo de Dios; el hisopo (como en la purificación del leproso, y de los contaminados con muerte, y en Sal. 51:7) era el símbolo de purificación; y el pan sin levadura el «de sinceridad y verdad», al sacar la vieja levadura «la levadura de malicia y de maldad».⁷ Además de esto, la enseñanza espiritual se extendía incluso a los detalles. El cordero tenía que ser «asado»; no podía ser comido ni «crudo» o poco cocido (como si fuese por causa de las prisas para salir), ni tampoco «hervido con agua» (porque ninguna de sus partes debía pasar dentro del agua, ni el agua debía mezclarse con ello, el cordero, y el cordero solo, era la comida del grupo del sacrificio). Por esa misma razón tenía que ser asado y servido entero; completo, sin roturas ni divisiones, sin ningún hueso roto,⁸ como ningún hueso fue roto al que murió por nosotros en la cruz.⁹ Esta falta total de división, no sólo hace referencia a la entrega total del Señor Jesús, sino también a nuestra unión y comunión sin división en y con Él.¹⁰ También por esto no podía dejarse parte alguna del cordero para otra comida, sino que lo que no había sido usado debía ser quemado. Finalmente, los que se reunían a comer en dicha festividad no eran todos israelitas, sino que todos debían profesar su fe en la liberación esperada; ya que debían sentarse a comer con los lomos ceñidos, con calzado en sus pies y un bordón en su mano, como si esperasen la señal de su redención, y preparados para salir de Egipto.

Es difícil imaginar un espectáculo de la fe de un pueblo más noble que este, que al recibir las ordenanzas, «el pueblo se inclinó y adoró» (12:27).¹¹ Cualquier intento de describir la actitud de Israel o las escenas causadas por el pasar por en medio de la tierra del Señor «a la medianoche», hiriendo todo primogénito desde el hijo único de Faraón hasta el hijo de la sirvienta y del cautivo, e incluso de las bestias, sólo conseguiría debilitar la impresión del silencio majestuoso de la Escritura. Estos sucesos no pueden ser descritos; a no ser comparándolos con lo que tiene que seguir. Sea, pues, suficiente decir que era el emblema de otra «medianoche», cuando se oirá el grito de: «¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!».¹² En esa hora de medianoche Jehová ciertamente «ejecutó sus juicios en todos los dioses de Egipto»,¹³ mostrando, como comenta acertadamente Calvino, cuán vano y falso había sido el culto de los que ahora no tenían poder para ayudar. Esa

⁶ Éxodo 12:23.

⁷ 1 Corintios 5:7, 8.

⁸ Éxodo 12:46.

⁹ Juan 19:33, 36.

¹⁰ 1 Corintios 10:17.

¹¹ No sólo con fe, sino por la gratitud de ellos.

¹² Mateo 25:6.

¹³ Éxodo 12:12.

fue también la noche del nacimiento de Israel como nación: de su creación y adopción como pueblo de Dios.¹⁴ De aquí que se cambiara incluso el orden del año. El mes de la Pascua (*Abib*) fue a partir de entonces el primero del año.¹⁵ La cena de Pascua se convirtió en una institución perpetua, con las nuevas normas para su adaptación a la observancia futura, cuando el pueblo se hubiese establecido en la tierra;¹⁶ y su observancia debía ser seguida por una «fiesta de panes sin levadura», que duraba siete días, cuando toda levadura debía ser sacada de sus casas.¹⁷ Finalmente, el hecho de que Dios tuvo que apartar a Israel en la noche de Pascua y los redimió para sí mismo, fue perpetuado con el mandato de «santificar» al Señor «todo primogénito de los hombres y de las bestias».¹⁸

Cuando finalmente descendió sobre Egipto este «azote», Faraón se apresuró a llamar a Moisés y Aarón. En esa noche horrenda despidió al pueblo sin condiciones, pidiéndoles solamente que, en vez de la maldición, dejaran una «bendición» a su partida (12:32). «Y los egipcios apremiaban al pueblo, dándose prisa a echarlos de la tierra; porque decían: Vamos a morir todos».

Los hijos de Israel salen de Egipto

Antes que llegase la mañana, los hijos de Israel partían de Ramsés, por donde debió reunirse la mayoría de ellos. Su «ejército» constaba en cifras redondas de «600.000 hombres de a pie, sin contar los niños» (12:37), o, según podemos calcular, con mujeres y niños, unos dos millones. Esto no representaba en modo alguno un aumento increíble durante los cuatrocientos treinta años que habían transcurrido desde su entrada a Egipto,¹⁹ aun sin tener en cuenta el hecho que, como Abraham había tenido trescientos dieciocho «criados nacidos en su casa»,²⁰ y por ello también circuncidados (Gn. 17:13), a quienes pudo armar contra los invasores de Sodoma, así también los hijos de Jacob debieron traer a muchos que más tarde iban a ser incorporados en la nación. Con esos dos millones de israelitas también fue una multitud de estirpe variada, atraídos al camino del pueblo de Dios por las señales y maravillas presenciadas tan recientemente; tal como sucede con todo grande movimiento

¹⁴¹⁴ Isaías 43:15.

¹⁵¹⁵ Los judíos, posteriormente, tenían un doble cálculo del año: el año eclesiástico, que empezaba en el mes de Abib, o Nisán, y según el cual se disponían todas las festividades, el año civil, que empezaba en otoño, en el séptimo mes del año sagrado. En Egipto el año empezaba con el equinoccio de verano, cuando el Nilo empezaba a crecer.

¹⁶¹⁶ Es importante ver la distribución de Éxodo 12: vv. 1–14 contienen las instrucciones divinas a Moisés para la observancia de la Pascua; vv. 15–16 dan instrucciones para la celebración futura de la fiesta, ordenada posteriormente (v. 17), pero introducida aquí en relación con su historia; en vv. 21–27 Moisés comunica la voluntad de Dios al pueblo; mientras que en v. 28 se registra la obediencia de Israel.

¹⁷¹⁷ El *Éxodo* llevó a Israel a una nueva vida. Por ello, todo lo antiguo, y que lo sustentaba, debía ser sacado (1 Co. 5:8). Comer leudado hubiese significado negar este gran hecho. La fiesta del pan sin levadura, que sucedía a la noche de Pascua, duraba siete días, en conmemoración de la creación de Israel y porque el número siete es el del pacto.

¹⁸¹⁸ Éxodo 13:1–7.

¹⁹¹⁹ Se han hecho infinidad de cálculos para demostrar que estos números son razonables; el tema puede, pues, ser considerado como cerrado. Tampoco debemos olvidar una bendición especial unida a Israel, en cumplimiento de la promesa (Gn. 46:3).

²⁰²⁰ Génesis 14:14.

espiritual, que es seguido por una muchedumbre mezclada, y que representa más bien una fuente de estorbo antes que una ayuda,²¹ forasteros que siempre siguen, la mayoría de los cuales solamente son aptos para «cortar leña y sacar agua».²² En cambio, Israel llevó un precioso legado de fe al sacar de Egipto los huesos de José,²³ que habían estado esperando todos esos siglos el cumplimiento de la promesa de Dios. Como Calvino hace notar de modo adecuado: «En todas aquellas adversidades el pueblo no había olvidado la redención prometida. Porque si, en sus actividades comunes, no se hubiese recordado el juramento que José había hecho pronunciar a los padres del pueblo, Moisés no lo hubiese sabido en modo alguno».

Sus primeras paradas

La tierra de Egipto no había presenciado jamás un espectáculo como el de la nación, una vez liberada, se detuvo en su primer descanso en *Sucot*, o «puestos». El emplazamiento de este lugar y el de su siguiente parada, *Etam*, no se puede determinar con seguridad; ni tampoco es este un lugar para tratar semejantes temas. Sucot debió haber sido decidido como el encuentro general del pueblo, mientras que en Etam llegaron hasta «la entrada del desierto», que divide Egipto de Palestina. La ruta directa les hubiese llevado en breve tiempo a la tierra de los filisteos, enfrentándolos cara a cara con un pueblo guerrero, contra los cuales a veces ni siquiera Egipto conseguía tenerse en pie. Sin lugar a dudas, hubiesen objetado al avance de Israel. Dios, en su misericordia, no iba a exponer a una prueba así a un pueblo tan poco preparado para la misma, como lo estaba Israel en aquel momento. En consecuencia, se les indicó que «giraran» hacia el sur y prosiguieran hasta «*Pihahiot*, entre *Migdol* y el mar», donde debían acampar.

La columna de nube y de fuego

Dos sucesos caracterizaban su segundo lugar de descanso, Etam, según hemos comprendido. Parece ser aquí, a la entrada del desierto,²⁴ donde Jehová «fue delante» de su pueblo por primera vez «de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos, a fin de que anduviesen de día y de noche» es decir, para capacitarles a andar en todo momento. En Éxodo (13:17, 18) leemos que «Dios (Elohim) guiaba al pueblo», pero ahora era como si *Jehová* tomase el mando (v. 21),²⁵ y, por medio de una señal visible de su presencia, afirmaba la seguridad de ellos. Esta columna era al mismo tiempo «de fuego y de nube» (14:24), «de luz» y «de nube y tinieblas» (v. 20). Normalmente, de día sólo se veía la nube, pero de noche salía resplandeciente el fuego, que la nube envolvía.²⁶ En esa nube Jehová estaba presente de forma visible en el «Ángel» del pacto;²⁷ allí aparecía la gloria de Jehová (16:10; 40:34; Nm. 16:42); desde

²¹²¹ Números 11:4.

²²²² Deuteronomio 29:11.

²³²³ Éxodo 13:19.

²⁴²⁴ Éxodo 13:21.

²⁵²⁵ La expresión es muy notable, porque, tanto en un monumento como en un documento egipcio antiguo, el general es comparado con «una llama en la oscuridad», «desfilando a la cabeza de sus soldados».

²⁶²⁶ Números 9:15, 16.

²⁷²⁷ Éxodo 14:19.

allí habló a Moisés y a Israel; y esa era la *Shechinah*, o presencia visible, que posteriormente reposara sobre el lugar santísimo. Y esta prenda y símbolo de su presencia visible aparece de nuevo en la descripción de los últimos días; y solo en esa ocasión «sobre toda la morada del monte de Sion».²⁸

En segundo lugar, fue probablemente desde Etam que llegaron las noticias a Faraón, cuando ellos iban hacia el sur, que le hicieron pensar que Israel, por su inesperado movimiento regresivo, «se había enredado» como en una red, y que caería como presa fácil ante su ejército bien entrenado.²⁹ Tal vez también en esa ocasión, por primera vez, se dio cuenta de que el pueblo había «huido» (v. 5); no se habían ido cerca, al lado de Etam, solamente durante unos pocos días para ofrecer sacrificio, como podrían haber hecho, sino que partieron para siempre. El texto sagrado no implica necesariamente que de Etam a Pi-hahiroth hubiese un solo día de camino. De hecho, las opiniones sobre la situación exacta de cada fase del Mar Rojo³⁰ no concuerdan todavía, aunque la ruta general está bastante clara.

Persecución de Faraón y de su ejército

Mientras Israel seguía así su camino, Faraón reunió su ejército rápidamente, cuya fuerza principal estaba en sus «seiscientos carros escogidos». Cada uno era tirado por dos feroces corceles entrenados y llevaban dos guerreros, uno con el escudo y conduciendo, y el otro totalmente armado. Un formidable equipo de batalla en cualquier circunstancia; y mucho más ante una multitud no entrenada, con la dificultad añadida de las mujeres y los niños, y desanimados por siglos de esclavitud bajo los mismos egipcios, cuyo mejor ejército se hallaba ante ellos en aquel momento.

Debió ser al brillar los rayos del sol poniente sobre los carros, cuando los israelitas comenzaron a avistar el acercamiento del ejército de Faraón. Seguían su camino y se acercaban por el norte. No existía escape posible en aquella dirección. Al este estaba el mar; al oeste y al sur se alzaban las montañas. La fuga era imposible; defenderse parecía una locura. Una vez más decayó la fe de Israel a modo de señal, y empezaron a murmurar contra Moisés. Pero el Señor fue fiel. Lo que sucedió a continuación, no era sólo el acto final de liberación soberana por medio exclusivo del brazo de Dios, y útil para siempre, a partir de entonces, como un memorial, por medio del cual la fe de Israel podría ser alentada y mantenida, sino también para enseñar, mediante los juicios sobre Egipto, que Jehová era el Juez justo y santo.

Hay momentos en los que incluso la oración parece incredulidad, y solamente ir adelante con seguridad y calma es un deber. «¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen.» Pero este avance se debía realizar sólo después que Moisés hubiese extendido la vara de Dios sobre el mar, y el Ángel del Señor precediese las huestes, derramando la luz de la columna sobre el camino de Israel, mientras, con la oscuridad de la nube, mantenía a Egipto separado de ellos. Sopló el «recio viento oriental toda esa noche», como nunca había barrido aquellas aguas con anterioridad.³¹ Se dividieron y formaron un muro a cada lado, por en medio pasaron

²⁸²⁸ Isaías 4:5.

²⁹²⁹ Éxodo 14:2–4.

³⁰³⁰ En hebreo llamado «el mar de los carrizos», pero la traducción griega de los 70, y el NT dan «el Mar Rojo». Él se deriva, o bien del *coral rojo* que hay en sus aguas, o bien de *Edom*, que significa «rojo» —el mar de los hombres rojos o Edomitas.

³¹³¹ Apocalipsis 15:2, 3. El siguiente texto de Palmer, *Desert of the Exodus* (vol. I, p. 37) puede resultar interesante: «Un fuerte viento que soplabá de oriente, en el momento de la marea baja, podría echar atrás las aguas de modo que del lado del mar serían algunos pies más altas que en la otra orilla. Este fenómeno se ve con frecuencia en los lagos y mares de interior; y si había, como posiblemente era el caso, a la cabeza del golfo, alguna irregularidad del lecho del mar, o alguna cadena de bancos de arena que dividía la parte superior del golfo en dos cuencas, esa porción podía ser secada por el viento, y formarse rápidamente un camino con agua a ambos lados. Al ser causada la división del mar por un

los israelitas con pie seco. Cuando el ejército egipcio llegó a la orilla del mar, seguramente había caído la noche, e Israel se hallaba mucho más adelante sobre el lecho seco. Su posición debía ser vista por el fuego de la nube que alumbraba el paso de la multitud que marchaba. Seguir hasta donde ellos habían osado llegar era cuestión de honor militar, y la victoria parecía cercana. Pero, a juzgar por lo que iba a seguir, suena a ironía divina que «los egipcios se lanzaron en su persecución, y entraron tras ellos hasta la mitad del mar». Y así pasó esa larga noche. La luz gris del alba comenzaba a iluminar el otro lado de las aguas, cuando un sol más feroz del que estaba a punto de salir en el horizonte arrojó su resplandor sobre los egipcios. «Jehová miró sobre ellos, desde la columna de fuego y nube, y trastornó el campamento de los egipcios.» Era el fuego de su presencia divina, explotando a través de la columna de nube, lo que les hizo caer en confusión y pánico. Las ruedas de sus carros se atascaron, la arena bajo sus pies parecía debilitarse con el resplandor de fuego, y avanzaban pesadamente. Con aquella luz de la nube de fuego, se persuadieron que era Jehová que estaba luchando contra ellos a favor de Israel. Intentaron escapar inmediatamente; pero Moisés, según la orden de Dios, ya había extendido de nuevo la mano sobre el mar. Y en aquella vigilia matutina, el viento viró; las aguas volvieron, y Faraón, con la flor y nata de sus huestes, se hundió, cubierto por las olas. De esta manera, usando el lenguaje de la Escritura, «Jehová sacudió³² a los egipcios en medio del mar».³³

No se requiere ninguna confirmación incidente sobre este gran acontecimiento. Es un suceso al cual se hace mención constantemente por todo el Antiguo Testamento y forma el fundamento sobre el cual Dios establece su derecho sobre su pueblo. La tradición local también ha conservado su memoria. Y tampoco se ha sugerido nada que pueda hacer tambalear nuestra fe en este relato. A pesar de que la localidad exacta de este lugar en el Mar Rojo todavía es tema de discusión, todos concuerdan que debió suceder cerca de Suez, y que las condiciones son aptas para que las huestes de Israel cruzaran el mar esa noche. Además, es un hecho curioso sobre la historia de la derrota de Faraón, que, según los documentos egipcios, pasaron diecisiete años desde la muerte de Thothmes II (a quien consideramos como el Faraón de nuestro relato) antes de que ninguna expedición egipcia fuese a la península de Sinaí, y veintidós sin que intentaran recuperar el poder sobre Siria que Egipto parece haber perdido. Y así, también, fue como Israel pudo continuar con seguridad su marcha a través del desierto, que había estado bajo el dominio de los egipcios hasta la fecha.

El cántico «al otro lado»

Pero los hijos de Israel cantaron un cántico de acción de gracias y de triunfo al otro lado del mar, la cual, al ser repetida cada sábado en el templo,³⁴ cuando se derramaba la libación del sacrificio festivo, recordaba a Israel que durante todos los tiempos el reino estaba rodeado por los poderes hostiles de este mundo; que siempre habría un combate con ellos; y que Jehová siempre se interpondría personalmente para librar a su pueblo. Así ese gran acontecimiento no queda aislado, ni su himno sin un eco. Porque es una profecía para todos los

viento oriental, el viraje repentino de este viento al cuarto contrario en el momento del retorno de la marea podría hacer volver las aguas con excepcional rapidez. Esto parece ser precisamente lo que sucedió, pues vemos que las aguas volvieron, no precipitadamente, cubriendo a los egipcios de golpe, sino gradualmente, empezando, como podemos esperar, saturando la arena, a fin que «quitó las ruedas de sus carros y los trastornó gravemente». En el huracán y la oscuridad de la noche esto debería causar un pánico tal y una confusión de tal magnitud como para retrasarles grandemente en su paso; pero, mientras eso sucedía, las aguas crecían sobre ellos con demasiada seguridad, y al romper el alba “Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar”. Este último versículo parece indicar claramente que el viento había virado al oeste, porque de modo contrario, si hubiese continuado el viento oriental, los cadáveres de Faraón y sus huestes hubiesen sido apartados de los israelitas, y arrojados a la otra orilla». Dean Stanley da ejemplos paralelos (*Sinai and Palestina*, p. 34), especialmente la del lecho del río Rhone, que fue secado por un fuerte viento noroeste.

³²³² Traducción literal.

³³³³ Éxodo 14:27.

tiempos, un consuelo y un cántico a la victoria anticipada de la iglesia. Y así, al final, los que estén sobre «el mar de cristal mezclado con fuego», que han «obtenido la victoria», y tienen «las arpas de Dios», «cantan el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero».

2

La travesía por el desierto

Capítulo 8

(Éxodo 15:22–16)

La primera parte del libro de Éxodo termina con el cántico de triunfo al otro lado del mar. Ahora Israel ya es una nación. Dios le ha hecho nación por medio de una liberación doble. Por así decirlo, la ha «creado» para sí mismo. Sólo falta que su pueblo recién nacido de Dios le sea consagrado en el monte. La segunda parte de Éxodo describe el camino por el desierto hasta Sinaí, y la consagración de ellos a Dios allí. Esto también nos puede servir a nosotros como modelo de las cosas celestiales en cuanto a nuestro paso por el desierto hacia el monte.

Al mirar Israel al mar tranquilo con el romper del alba, en cuyo mar Jehová acababa de destrozar a los perseguidores de su pueblo, su peligro pasado les debería parecer mucho más grave que antes. Sus enemigos les habían seguido por el desfiladero, el único camino posible. Evidentemente el mar era el único camino seguro hasta ellos, y en ese mar habían sido bautizados en Moisés, y en el Dios de Moisés. Y ahora, al volverse hacia el desierto, parecía hallarse ante ellos, y extenderse hasta el horizonte, al este y al norte, una baja cadena de colinas de caliza, que cerraba la perspectiva, alzándose como una muralla.

34³⁴ La tradición nos informa que «El Cántico de Moisés» era cantado por secciones (una para cada sábado) en el templo, al acabar el servicio matutino del sábado. El Cántico de Moisés consta de tres estrofas (Éx. 15:2–5; 6–10 y 11–18), de las cuales las dos primeras muestran el poder de Jehová en la destrucción de sus enemigos, mientras que la tercera da gracias por el resultado, al llamar a Israel a ser el reino de Dios, y su posesión de la heredad prometida.

El desierto de Shur

En consecuencia dieron al lugar el nombre de desierto de Shur, o de la «muralla».¹ Esto era entonces el desierto, fresco, libre e incontestable. Pero también era aquel «desierto grande y espantoso», tan lleno de terror, peligro y dificultades,² por el cual tenían que pasar entonces. Bajo la sombra de esa masa de picos rocosos, a lo largo de los torrentes secos que se entrecruzan, a través de la quietud inalterable de esa escena, cuyas características son la grandeza y la desolación, iba su camino. Un camino adecuado para un santuario como Sinaí. Pero un enorme contraste con el Egipto apenas abandonado.

La península de Sinaí. Su paisaje y vegetación

Cuando pensamos en el desierto por el cual viajó Israel, no podemos imaginar una extensión enorme, plana y llena de arena, totalmente negada al cultivo; porque, en realidad, es prácticamente todo lo opuesto. La extensión que lleva el nombre de Península de Sinaí, yace entre el Golfo de Suez al oeste, y el de Akaba (o Golfo Pérsico) al este. Tiene forma de corazón, y la parte más ancha es hacia Palestina, la más estrecha, o ápice, va hacia el sur, hasta el mar. Realmente consta de tres partes distintas. La parte del norte, llamada el Desierto de *Tih*, o «del caminar errante», está llena de guijarros, altas mesetas, cuyo color predominante es el de la arcilla gris. Luego viene una ancha faja de arenisca y arena amarilla, la única que hay en el desierto del Éxodo. Esta parte lleva el nombre de Tor, y consta al norte principalmente de arenisca roja, y en el centro granito rojo y pórvido verde. El carácter predominante de esta vista es el de una masa irregular de montañas, amontonadas en confusión salvaje. El pico más alto se alza a unos 9.000 pies. Entre ellas pasan lo que parece, y son en realidad, lechos de torrentes, que tal vez estaban llenos durante un breve espacio de tiempo en invierno, pero normalmente estaban secos. Estos torrentes se llaman vadís, y forman las autopistas del desierto. De vez en cuando aparecen pequeñas parcelas cultivadas, hermosas y fructíferas, de las cuales brota una fuente viva, o el torrente ha dejado sus marcas, o donde trabaja la mano del hombre; palmeras, incluso jardines y campos, y ricos pastos. Pero, en general, las rocosas laderas de las montañas no presentan vegetación alguna, y su colorido brillante confiere a la escena su carácter particular. Los tonos dominantes son el rojo y el verde; pero aparece la variación con lo que semeja una corriente purpúrea, rosada o carmesí, que desciende por la ladera, mientras, ocasionalmente, el verde del pórvido se torna negro. Por encima de todo esto, permanece el silencio inquebrantable, de modo que la voz se oye, a través del aire puro, a una distancia extraordinaria.

Además de los pequeños fragmentos cultivados o fructíferos ya mencionados, y pequeñas flores de roca, y hierbas aromáticas, la vegetación del desierto consiste principalmente en alcaparras, el hisopo de la Biblia, que brota de las ranuras de las rocas y cuelga en simpáticas guirnaldas; los «espinos», una especie de acacia; otra especie del mismo árbol, la madera de acacia o *Shittim* de la Escritura, con la cual se construyó la estructura del tabernáculo; la retama blanca, o juniper de la Escritura; y el tamarisco, que, en ciertas estaciones del año, produce el maná natural.

Capacidad para mantener una población

Esto nos lleva a decir que sería un error suponer que el desierto no ofrecía ninguna posibilidad para sostener a sus habitantes. Incluso ahora sustenta a una población nada insignificante, y hay abundantes pruebas de que, antes que el abandono y los estragos lo dejaran en su estado actual, podía sustentar y sustentaba a un número de gente mucho mayor. Siempre había colonias egipcias trabajando en las minas de cobre, hierro y turquesa, y esos colonos deberían tener cuidado con sus fuentes y terrenos cultivados. Tampoco podían los israelitas haber encontrado mayor dificultad en mantener a sus numerosos rebaños en el desierto de la que hallaron los beduinos. Los animales les proporcionaban leche y queso y, de vez en cuando, carne. Sabemos por la Escritura

¹ Éxodo 15:22.

² Deuteronomio 8:15; 32:10.

que, en otra época posterior, los israelitas estaban dispuestos a comprar comida y agua a los Edomitas,³ y también pudieron hacer lo mismo con las caravanas que pasaban. Del mismo modo, concluimos por textos como Levítico 8:2, 26, 31; 9:4; 10:12; 24:5; Números 7:13, y otros, que tenían algún proveedor de harina, bien fuese comprada o de su propia siembra y siega, durante su estancia prolongada en ciertos lugares, como aún los beduinos modernos cultivan cualquier suelo apto para ello que encuentran.

Así era el desierto en el que se introducía Israel. Durante los cuarenta años que Moisés había estado cuidando los rebaños de Jetro, sin duda alguna se familiarizó con los vadis y picos, los pastos y las rocas del lugar. Tampoco los israelitas podían desconocer el carácter de aquel desierto, teniendo en cuenta la relación constante entre Egipto y el desierto. Así pues, estamos dispuestos a dar crédito suficiente a los exploradores que han intentado trazar con seguridad la ruta más probable de los hijos de Israel. Esta ruta ha sido objeto de investigación por parte de eruditos altamente calificados para esta labor. De hecho se ha realizado un análisis profesional especial del Desierto de Sinaí.⁴ El resultado es que la mayoría de estaciones del viaje de Israel han sido determinadas, mientras que, en cuanto a las restantes, la opinión de los exploradores es altamente probable.

Los pozos de Moisés

El primer campamento fue, sin duda, la moderna *Ayûn Mûsa* (Pozos de Moisés), a una media hora de la orilla del mar. Incluso hoy el cuidado de los cónsules extranjeros ha convertido el lugar en un refugio de verano muy agradable, verde y fresco. Uno de los viajeros más recientes ha contado diecinueve pozos en el lugar, y los grupos de palmeras ofrecen una maravillosa sombra. Hay evidencia para creer que en tiempos de Moisés la región estaba mejor cultivada que ahora y sus fuentes de agua mejor cuidadas.

Tres días de camino a Mara

Tampoco hay dudas sobre la segunda parada del viaje de Israel por el desierto. Los relatos de los viajeros concuerdan bastante bien con el relato de la Biblia. Tres días de camino por terreno pedregoso, atravesando vadis, y finalmente, entre desnudas colinas blancas y negras de arcilla, sin nada para descansar la vista excepto, en la distancia, el «shur», o pared de montañas rocosas que dan su nombre al desierto, llevarían a la multitud agotada y desalentada a la moderna *Hawwârah*, la «Mará» de la Biblia. Entonces les oprimía algo peor que el cansancio y la depresión, estaban empezando a sufrir la falta de agua. No habían encontrado una sola fuente en tres días, y sus recursos propios debían haberse acabado totalmente. Al llegar a Hawwârah encontraron unas aguas, pero, por estar todo el suelo impregnado de nitrógeno, el agua era amarga (Mara) y no apta para su uso. Lutero hace notar acertadamente que, cuando nuestra provisión cesa, nuestra fe tiende a decaer y acabar. Esto sucedió allí. Las circunstancias parecían ciertamente sin salida. La fuente de Hawwârah todavía se considera la peor en todo el camino a Sinaí, y jamás se ha sugerido un método para hacer sus aguas potables. Pero Dios detuvo el murmurar del pueblo, y encontró la respuesta a su necesidad con una intervención milagrosa. Se le indicó a Moisés un árbol que debía arrojar en el agua, y ésta se endulzó. Tanto si se trataba como no del arbusto espinoso tan abundante en Hawwârah, no es un detalle importante. El auxilio vino directamente del cielo, y la lección fue doble. «Allí les dio estatutos y ordenanzas, y allí los probó»⁵ Los «estatutos» o principios, y las «ordenanzas» o derechos, eran esto, que en cualquier momento de necesidad y de aparente imposibilidad, el

³ Deuteronomio 2:6.

⁴ Los capitanes Wilson y Palmer, R. E., cuatro miembros no oficiales de la Royal Engineers, el Rev. F. W. Holland, y los señores Wyatt y Palmer, bajo la dirección de Sir Henry James, R. E. han realizado un servicio topográfico oficial regular. El resultado se ha publicado en un espléndido volumen tamaño folio, con mapas e ilustraciones fotográficas, y una introducción excelente por Canon Williams.

⁵ Éxodo 15:25.

Señor les enviaría liberación de lo alto, y que Israel podía esperarlo durante su viaje por el desierto. Estos «estatutos» son, para todos los tiempos, el *principio* de la guía de Dios; y estas «ordenanzas» el *derecho* o privilegio de nuestra ciudadanía celestial. Pero él también nos «prueba» por medio de esto, que el gozo de nuestro derecho y privilegio depende de un constante ejercicio de fe.

Elim

Desde Hawwárah, o Mara, una breve caminata llevaría Israel a un lugar dulce y fértil, conocido en la actualidad como *Vadi Gharandel*, el *Elim* de la Escritura, «donde había doce fuentes de aguas, y setenta palmeras; y acamparon allí junto a las aguas. Ese lugar era más adecuado para acampar un cierto tiempo. De hecho, vemos que pasó casi un mes hasta su próxima parada en *Sin*.⁶ Incluso ahora este valle, regado por una corriente perenne, tiene ricos pastos para el ganado, y muchos arbustos y árboles. Aquí, y por los alrededores, los rebaños podían encontrar un buen alimento, y el pueblo descanso. Al dejar Elim, el tipo de paisaje cambia. En vez de terribles llanuras de arena, como hasta aquel punto, nos adentramos ahora con las montañas, y el verde intenso de la alfombra vegetal es un fuerte contraste con el rojo de las rocas de arenisca. Hasta allí la ruta de Israel había sido directamente hacia el sur, y al seguirla habían pasado sucesivamente al lado del Tih, y cerca de Elim una faja de arena. Pero ahora las huestes israelitas tenían que introducirse en la cadena Sinaítica propiamente dicha.

Camino hacia el desierto del pecado

En Números 33:10, se nos informa que a partir de Elim su viaje les llevó, primeramente, de nuevo a la orilla del «Mar de las Algas». La ruta que siguieron sería desde Vadi Gharandel, atravesando el Vadi Taiyebbeh, en dirección sudoeste. Aquí, de nuevo, la arenisca da paso a las colinas y rocas de yeso. Donde el camino desciende al mar (en Rás Abu Zenimeh) seguramente alcanzaba el lugar llano más desolador y terrible de todo el desierto. Este sitio fue el segundo lugar de campamento para los hijos de Israel después de Elim. Desde la orilla del Mar Rojo, la siguiente parada les llevaba al propio *Desierto de Sin*.⁷ Ese nombre cubre toda la llanura arenosa, que va a lo largo de la orilla del Mar Rojo, desde el campamento de Israel hasta el extremo sur de la Península Sinaítica.⁸ Al salir del Desierto de Sin,⁹ leemos sobre dos paradas, *Dofcá* y *Alús*, antes de llegar Israel a *Refidim*. El Desierto de Sin, el moderno *El Markhá*, es un terreno desolado y terrible, que obtiene su nombre por una larga cadena de colinas de yeso. En este desierto inhóspito empezaron a faltar las provisiones que Israel había traído de Egipto, y que habían durado ya un mes. Detrás de ellos podían ver en la distancia, por encima de los peñascos blancos, la rayas purpúreas de las montañas de granito que forman el grupo Sinaítico propiamente dicho. Al oeste estaba el mar, y al otro lado del mismo, en medio de la suave neblina, podían avistar ligeramente el rico y fértil Egipto, el cual habían abandonado para siempre. Una vez más afloró su incredulidad.

⁶ Éxodo 16:1.

⁷ Números 33:11.

⁸ Desde el Vadi Gharandel hay *dos* caminos hasta Sinaí: el conocido como superior, y el inferior. Ambos han sido descritos erudita y adecuadamente como el camino seguido por los hijos de Israel. Después de bastante estudio e investigación, hemos llegado a la conclusión que la balanza de pruebas se inclina en favor del camino inferior, el cual, por eso mismo, está descrito en nuestro texto. Esta conclusión también ha sido adoptada unánimemente por la Expedición Topográfica Científica ya mencionada, que investigó el asunto en el lugar. Es importante para la localización de Refidim.

⁹ Números 33:12–14.

Murmuración de Israel

Es cierto que su murmuración era sólo contra Moisés, pero en realidad su rebelión era contra Dios. Para demostrar este hecho, y así «para probarlos si andan en la ley de Dios, o no»,¹⁰ es decir, seguirle implícitamente, dependiendo de las provisiones que Él enviaba y aceptándolas, y bajo las condiciones que Él se las dispensaba, Dios iba a proveerles la satisfacción de sus necesidades de modo milagroso. Recibirían pan y carne, dados directamente por Dios, pero dado de manera que, a pesar de ser inexcusable, la incredulidad era posible. A fin de demostrar más claramente que dichos tratos venían del Señor, recibieron la orden: «Acercaos a la presencia de Jehová», y «he aquí la gloria de Jehová apareció en la nube».¹¹ Esa presencia debía haberles impedido murmurar, o mejor, cambiar sus lamentos por oración y adoración. Y así sucede siempre, que, antes de proveer la respuesta de nuestras necesidades, Dios nos muestra que su presencia estaba cercana, y Él revela su gloria. Esa presencia es en sí suficiente; porque nada bueno puede faltarles a los que confían en Él.

Provisión milagrosa de codornices

Al caer la tarde alrededor del campamento, los alrededores se oscurecieron. Una cantidad extraordinaria de codornices, como las que pasan en esa época del año hacia el norte alejándose de las regiones más cálidas del interior, estaba sobre el campamento. No es extraño que, cuando estén agotados, estos pájaros descendan y se detengan para reposar, de modo que puedan ser golpeados con palos fácilmente, e incluso atrapados con las manos. El milagro está en la gran cantidad, el momento y las condiciones especiales de la aparición de las codornices. Pero por la mañana les esperaba una sorpresa mayor. En su paso por Vadi Gharandel pudieron observar que el tamarisco, cuando le pica un pequeño insecto, produce unas gotas de una sustancia blanca, dulce, como miel, que se funde con el calor del sol.

El maná

Éste era el *maná* natural (un nombre tal vez derivado del egipcio), el cual, en algunas regiones, aparece a mediados de mayo y dura hasta finales de julio. Pero «¿puede Dios preparar una mesa en el desierto?» ¿Puede dominar las nubes de arriba, y abrir las puertas del cielo? ¿Puede hacer llover maná para que ellos coman? Ciertamente sería darles trigo del cielo. Verdaderamente era comida de ángeles, las provisiones enviadas directamente por Dios, «el pan del cielo».¹² El Señor hizo esto y mucho más. Como había hecho por la tarde, ahora también «hizo soplar un viento oriental en los cielos; y por su poder trajo el viento del sur; hizo llover carne como polvo sobre ellos, y aves como la arena del mar»; así, por la mañana, cuando el rocío había yacido rosa en un vapor blanco, y era llevado al cielo azul, quedó en el suelo «una cosa menuda, redonda, menuda como una escarcha». «Era como semilla de culantro, blanco, y su sabor como de hojuelas con miel.»¹³ Los hijos de Israel dijeron maná. ¿Qué es eso? *Era* maná, y al mismo tiempo no era maná; no era el maná producido por el desierto, pero era igual en algunos aspectos; era el maná del cielo, el pan que Dios les daba para comer. Así nos recuerda nuestra condición actual. Estamos en el desierto, pero no somos del desierto; nuestras provisiones son como la comida del desierto, pero no el maná del desierto; sino que, ante todo, lo envía directamente Dios.

¹⁰¹⁰ Éxodo 16:4.

¹¹¹¹ Éxodo 16:9, 10.

¹²¹² Salmos 78:19–27; 105:40.

¹³¹³ Éxodo 16:31.

Sin duda alguna éstas eran las enseñanzas que Israel (y también nosotros hasta hoy) debía aprender. El mismo parecido entre algunos aspectos del maná natural y del que venía del cielo les debía sugerir una verdad. Pero la diferencia era mayor y más evidente que el parecido. No podemos cometer ningún error en este punto. Israel no pudo jamás confundir el maná enviado desde el cielo con el natural. Este último solo aparece en determinadas estaciones (como mucho durante tres meses); es producido por la picadura de un insecto en el tamarisco; no es en absoluto como la semilla del culantro; tampoco puede ser cocido o hervido (16:32); y la máxima producción en toda la península es de unas 700 libras, y obviamente no podía alimentar a toda la multitud de Israel ni siquiera por un día, mucho menos durante todas las estaciones del año y todos los años de su travesía. Y así es, en su medida, la provisión del creyente. Incluso el «pan de cada día» con el cual son sustentados nuestros cuerpos, y por el que se nos enseña que oremos, es como maná enviado directamente del cielo. No obstante, nuestras provisiones parecen, bajo los ojos de un observador superficial, iguales al maná común, y son confundidas, e incluso nosotros, en nuestra incredulidad, con demasiada frecuencia olvidamos la dispensación diaria celestial de nuestro pan.

Queda todavía un aspecto por el cual la provisión milagrosa del maná, que duró los cuarenta años de su travesía por el desierto, se parece a la provisión divina para con nosotros. El maná era entregado de modo que «no sobró al que había recogido mucho, ni faltó al que había recogido poco».¹⁴ Esto determina el verdadero propósito de Dios al darnos algo, independientemente de la interpretación que adoptemos de este versículo: ya sea que lo veamos como el resultado final del trabajo de cada hombre en particular, o que todos echaron lo que habían recogido en un almacén común, y que cada uno tomaba de allí lo que necesitaba.

Dios santificó su don de cada día con otras dos provisiones. Primero, el maná no era enviado en el sábado. El trabajo del día anterior era suficiente para cubrir las necesidades del día del santo reposo de Dios. Pero los días corrientes el trabajo de recolección del pan que Dios enviaba no podía ser pasado por alto. Lo que era conservado de un día para otro (sólo un día) «crió gusanos y hedió» (16:20). Pero en el día del Señor cambiaba. Esto también tenía que ser para ellos «estatuto» y «ordenanza» de fe, es decir, un principio de la manera de dar de Dios y una norma para su recepción. En segundo lugar, «un homer lleno de maná» debía ser «ofrecido a Jehová» en una «urna de oro». Junto con «la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto», fue colocado posteriormente en el Lugar Santísimo, en el interior del arca del pacto, cubierto por la sombra de «los querubines de gloria».¹⁵

Así, como en la «lluvia de pan del cielo», en la ordenanza de su recolección, y en la ley del sábado de su uso santificado, Dios puso a prueba a Israel (como también nos pone a prueba a nosotros ahora) para ver si el pueblo «anda en mi ley, o no».¹⁶

Capítulo 9

(Éxodo 17–18)

Es prácticamente imposible imaginar un lugar más dulce o una vista más impresionante que el *vadi Feiran*. Finalmente nos encontramos entre esas montañas sinaíticas que se alzan con formas fantásticas y ofrecen gran variedad de colorido. Siguiendo las curvas del vadi Feiran hallamos una fértil llanura, aparentemente circundada por montañas.

¹⁴¹⁴ Éxodo 16:18.

¹⁵¹⁵ Hebreos 9:4.

¹⁶¹⁶ Éxodo 16:4.

Refidim

Se trata de *Refidim*, el campo de batalla donde Israel, al luchar bajo el estandarte de Jehová, derrotó a Amalec. El lugar ofrece demasiadas cosas interesantes para pasarlo por alto rápidamente.

Justo antes de llegar a la llanura de Refidim, los hijos de Israel debieron pasar, en su andar desde el Desierto de Sin, por una impresionante roca, enorme y desprovista de vegetación. Según una tradición árabe, cuya afirmación es bastante probable, esa es la roca que Moisés golpeó, y de la cual brotó agua viva. Ahora sabemos que, cuando Israel llegó allí, estaban sufriendo sed, ya que en todo el camino desde el Mar Rojo, durante tres días, no pasaron por ninguna fuente, mientras que su travesía a primeros de mayo por aquel desierto debía ser bastante cálida y fatigosa. De nuevo, es bastante seguro que pasaran por aquella roca, y que se detuvieran muy probablemente bajo su sombra. Porque en aquella época el valle de Refidim, con sus fuentes vivas, estaba bajo el mando de Amalec, quien, como harían los beduinos de la actualidad en circunstancias parecidas, se había reunido alrededor de los pozos y palmeras, esperando atacar al enemigo que llegase sediento, cansado y exhausto. Probablemente pues, se dio aquí la escena del milagro de la roca golpeada. Al otro lado se hallaba el campo de batalla de Refidim.

Intentemos reconstruir la situación, antes de continuar con el relato bíblico. Al pasar la roca que acabamos de describir situada sobre la ancha llanura, parece que nos encontremos en un paraíso soñado, cerrado por unas extrañas paredes de montañas. El viajero ve ahora Refidim en un estado causado por muchas tormentas de invierno, que trajeron la desolación al lugar. Porque se trata de una región de repentinas y fuertes tormentas, cuando las aguas descienden en torrentes por las montañas de granito y caen con rugido salvaje en los vadis y valles, arrastrando todo ser viviente y toda vegetación que hallan en su camino, desarraigando palmeras centenarias y apilando rocas y piedras con una grandeza desoladora. Actualmente el silencio del campamento de noche es quebrantado a menudo por el tenebroso aullido de los lobos, que en invierno rondan por allí buscando comida, mientras que por la mañana las huellas del leopardo demuestran la cercanía del peligro. Pero en los días del Éxodo Refidim y sus entornos eran regiones relativamente habitadas. No obstante, nada puede haber cambiado el tipo de paisaje permanentemente. Bastante al norte del valle hay palmeras, tamariscos y otros árboles, que ofrecen una sombra deliciosa. Aquí se oye la voz del picnonoto, y todavía más dulce al oído del viajero, el murmullo de agua viva. Esta bella extensión, una de las más fértiles en toda la península, cubre millas del valle. Al norte, a unos 7.000 pies por encima del valle, se alza una montaña (Jebel Táhúneh), la cual es considerada, con bastante probabilidad, como el lugar donde Moisés alzó al cielo la mano con la que sostenía la vara, mientras Israel luchaba contra Amalec en el valle. A modo de fondo tenemos una enorme cuenca de roca roja, gneis y porfirio, por encima de la cual se eleva un gran pico montañoso en la distancia. Volviendo nuestra mirada hacia el sur, al otro lado del campo de batalla de Refidim, el majestuoso monte Serbal, uno de los más altos de la península (6.690 pies), cierra el horizonte. A ambos lados del mismo, dos valles descienden a Refidim. Entre ellos se encuentra una masa caótica de montañas de todo color y forma. Finalmente, muy al sureste desde donde estaba Moisés, seguramente veía, por medio de una apertura en las colinas, la cadena azul del Sinaí.

Pero ante nosotros yace el precioso valle montañoso de Refidim, a casi 1.500 pies sobre el nivel del mar. Aquí, muy cerca, pero con gran contraste con las dulces arboledas y el río de agua corriente, se hallan por todas partes las fantásticas rocas de colores diferentes y muy diversos: grandes guijarros blancos, paredes de encantador porfirio rosa, de cuyas hendiduras brotan y se enroscan hierbas y flores, y rocas grises y rojas, sobre las cuales parece verdaderamente que se haya vertido un hermoso arroyo rosado. En ese lugar se decidió, y bajo un punto de vista profético, de una vez por todas, el final de todos los que se oponían al reino de Dios.

Israel ya había pasado por acontecimientos maravillosos. Los enemigos de Jehová habían sido arrojados en el Mar Rojo; las aguas amargas de Mara habían sido endulzadas; y las necesidades del pueblo de Dios habían sido cubiertas en el desierto. Pero ahora estaban a punto de presenciar un milagro mayor, o por lo menos más palpable, que todo esto, a fin de mostrar a Israel que ninguna situación podía ser tan desesperada como para que Jehová no demostrara ser «una verdadera ayuda en la tribulación».

La seguridad de que este acontecimiento debía ser interpretado así para siempre por los israelitas, aparece en el nombre de *Masah* y *Meribah*, la tentación y la rencilla, que recibe el lugar, y en las referencias posteriores al suceso en Deuteronomio 6:16; Salmos 78:15; 105:41, y en especial en el Salmo 114:8. La amonestación (Sal. 95:8) «No endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba, como en el día de Masah en el desierto, donde me

tentaron vuestros padres, me pusieron a prueba, y vieron mis obras», se refiere, no obstante, en primer lugar, a un acontecimiento posterior recogido en Números 20:2, y solo de modo secundario a lo sucedido en Refidim.

También es cierto que, cuando los hijos de Israel tuvieron su rencilla con Moisés por la falta de agua en Refidim, estaban virtualmente tentando a Jehová. Aunque en aquella ocasión no vino el juicio. Una vez más Dios se pondría a prueba a sí mismo y al pueblo. Moisés recibió instrucciones para tomar algunos ancianos de Israel y golpear la roca de *Horeb* (es decir, «seca», «abrasada») en presencia de ellos. Dios estaría ante él, para ayudar y vindicar a su siervo. Y de la abrasada roca abierta brotaron aguas vivas; un símbolo de «la roca espiritual que los seguía»; y símbolo también para nosotros de que «la roca era Cristo».¹

La derrota de Amalec y su significado

Probablemente fue cuando la sección que había avanzado estaba presenciando el milagro de la Roca Golpeada que Amalec cayó sobre los exhaustos rezagados, «se desbarató la retaguardia de todos los débiles» cuando Israel «estaba cansado y trabajado».² Se trató de una acción malvada, porque Israel no había provocado en modo alguno la arremetida, y los amalecitas, como descendientes de Esaú, eran familiares cercanos. Pero todavía queda un significado más profundo con respecto tanto a este contexto como a este suceso. Porque, en primer lugar, notamos el registro de la solemne determinación de Dios: «que traeré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo»,³ y su proclamación de «guerra con Amalec de generación en generación» (17:16). En segundo lugar, tenemos en relación con esto el mensaje profético pronunciado por Balaam:⁴ «Amalec, cabeza de naciones» (el comienzo del poder gentil y hostil), «mas su fin la destrucción para siempre»; mientras que, finalmente, vemos también el lenguaje usado por la Escritura para relatar el ataque cobarde de Amalec:⁵ «no tuvo ningún temor de Dios». La batalla de Amalec, pues, no fue dirigida tanto contra Israel simplemente como una nación, sino contra Israel como pueblo de Dios. Era el primer ataque de los reinos de este mundo contra el reino de Dios, y como tal es arquetipo de todos los que le siguen.

Por extraño que parezca, Dios no lucha por Israel como en el Mar Rojo. Israel debe luchar personalmente, y el difícil éxito sólo se concederá cuando su lucha se realice bajo el estandarte de Dios. Dicho estandarte era la vara que había recibido Moisés, y con la cual debía realizar milagros. Esa vara representaba la presencia obradora de maravillas de Jehová con su pueblo como su Pastor, su Gobernador y su Guía. No obstante, en el combate que realizaba Israel, no era suficiente sólo extender la vara como en el Mar Rojo. La mano que sostenía la vara debía ser alzada al cielo. La fe que mantiene el símbolo de la presencia obradora de maravillas de Dios debe alzarse al cielo y hacer descender, por medio de oración, la bendición suplicada, para conceder el éxito a los esfuerzos de Israel, y asegurar la victoria en los brazos de ellos. Así interpretamos esta historia. Moisés escogió un grupo de hombres para luchar contra Amalec, colocándolo bajo las órdenes de Oseas, un príncipe de la tribu de Efraín,⁶ cuyo nombre, tal vez, fuese cambiado desde aquel momento por Josué (Jehová es ayuda). Mientras tanto Moisés tomó posiciones sobre la colina, con la vara de Jehová en su mano. Al mantener la vara alzada Israel ganaba, pero cuando las manos de Moisés caían por el cansancio, Amalec vencía. Entonces

¹ 1 Corintios 10:4.

² Deuteronomio 25:18.

³ Éxodo 17:14.

⁴ Números 24:20.

⁵ Deuteronomio 25:18.

⁶ Números 13:8, 16; Deuteronomio 32:44.

Aarón y Hur (este último un descendiente de Judá, y abuelo de Bezaleel,⁷ quien parece haber tenido, en posición laica, un puesto parecido al de Aarón)⁸ mantuvieron alzadas las manos de Moisés hasta que se puso el sol, y la derrota de Amalec fue completa.

Este hecho de mantener alzadas las manos de Moisés ha sido considerado generalmente como un símbolo de la oración. Pero si esto fuese todo, resultaría difícil comprender por qué era indispensable que sus manos estuviesen siempre alzadas, de modo que cuando caían, meramente por el cansancio corporal, Amalec comenzaba inmediatamente a vencer. Además, no explica el hecho que la vara fuese alzada hacia el cielo. Ante tal dificultad, un comentarista reciente ha sugerido que el objetivo de alzar las manos no era la oración, sino alzar la vara obradora de maravillas, entregada por Dios, a modo de estandarte de Dios, al cual debía Israel su victoria mientras luchaban a su sombra, y sólo en dicha situación. Esto concuerda con el altar conmemorativo que Moisés erigió para perpetuar el acontecimiento: *Jehová-nissí*, «El Señor mi estandarte». Pero esta explicación tampoco responde al mensaje total de la Escritura.

Deberíamos combinar las dos opiniones expuestas. La vara alzada por Moisés era el estandarte de Dios; el símbolo de su presencia y su labor. Y Moisés la alzó, no por encima de Israel, ni siquiera sobre sus enemigos, sino hacia el cielo en oración, para hacer descender la ayuda prometida en su lucha real.⁹ Y así sucede siempre: Amalec se opone al avance de Israel; Israel tiene que luchar, pero la victoria es de Dios; Israel sostiene la vara del poder omnipotente con la mano de la fe; pero la vara tiene que estar siempre alzada hacia el cielo en aplicación real para obtener la bendición asegurada por la promesa del pacto.

La visita de Jetro y su importancia simbólica

Si el ataque de Amalec representaba la hostilidad del mundo contra el reino de Dios, la visita de Jetro, que sucedió a la victoria de Israel, también simbolizaba la tendencia opuesta. Porque Jetro acudió no sólo como suegro de Moisés para devolverle los hijos y la esposa (aunque incluso esto hubiese expresado su fe en Jehová y en el pueblo del pacto), sino que también «se alegró Jetro de todo el bien que Jehová había hecho a Israel». Y además, hizo esta confesión: «Ahora conozco que Jehová es más grande que todos los dioses; porque en lo que se ensoberbecieron (los egipcios) prevaleció contra ellos» (Éx. 18:11). Del mismo modo que este reconocimiento de Dios por parte de Jetro le impulsó a alabarlo, también su alabanza se manifestó con holocaustos y sacrificios, después de los cuales Jetro se sentó con Moisés y Aarón y los ancianos de Israel, para tomar la comida del sacrificio de comunión con Dios y entre ellos. Así Jetro puede ser considerado una especie de primicias para Dios de entre los gentiles, y su homenaje como un cumplimiento anticipado de la promesa;¹⁰ «Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas».

Rápidamente se percibieron las ventajas de la presencia de Jetro. Del mismo modo que después de la conversión de los gentiles al cristianismo, el saber y la investigación acumulados por el paganismo fueron usados al servicio del evangelio, así ahora la experiencia de Jetro sirvió en la disposición exterior del pueblo de

⁷ 1 Crónicas 2:18, 19. Según la tradición judía Hur era el marido de María, la hermana de Moisés. Su padre Caleb no debe ser confundido con Caleb, el hijo de Jefunné.

⁸ Éxodo 24:14.

⁹ Este punto de vista parece ser implícito en Éxodo 17:15, y nos ofrece una explicación a las palabras, de otro modo oscuras, del versículo 16, que nosotros traducimos literalmente: «Y Moisés construyó un altar, y llamó su nombre Jehová-nissí; y dijo: Para la mano sobre el altar de Jehová. Guerra a Amalec de generación en generación».

¹⁰ Isaías 2:3.

Dios. Hasta entonces todo caso de disputa era llevado a Moisés para que éste tomara una decisión al respecto. Por ello, Moisés no sólo corría el peligro de «agotarse del todo», por la gran cantidad de trabajo, sino que incluso el pueblo (18:18), puesto que el retraso que ello implicaba era muy molesto, y les podía llevar fácilmente a tomarse la justicia por su propia mano. Ahora bien, el consejo de Jetro fue enseñar al pueblo «ordenanzas y leyes», y «mostrarles el camino por donde deben andar, y lo que han de hacer». Cualquier problema que surgiera, para el cual se aplicasen las ordenanzas, leyes e instrucciones recibidas, sería considerado como «asunto pequeño», el cual podía ser decidido por jueces subordinados, quienes Moisés debía «escoger de entre todo el pueblo; varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia» (v. 21). Todo lo que no fuese abarcado por la mera aplicación de estas leyes conocidas eran «asuntos graves», que Moisés debía reservar a su decisión, o mejor dicho, «someter los asuntos a Dios». Y este consejo fue dado de un modo tan modesto y reconociendo explícitamente que sería aplicable sólo si «Dios te lo ordena», que Moisés apreció en él la guía de gracia de Dios mismo. El consejo dado por Jetro y el modo en que lo expresó representan también un hermoso ejemplo de la ayuda que puede recibir la religión del conocimiento y la experiencia, o de la sumisión religiosa de la sabiduría de este mundo al servicio y a la voluntad de Dios. En Deuteronomio 1:12–18 aprendemos que Moisés realizó el plan con el mismo espíritu con el que había sido sugerido. La elección de los jueces fue llevada a cabo por el propio pueblo, y su designación, como también lo fue su obra, fue guiada por el temor y el amor del Señor.

Capítulo 10

(*Éxodo 19; 20:17*)

Tres meses después de abandonar Egipto, los hijos de Israel llegaron al grupo montañoso más interno, del cual toma su nombre la Península de Sinaí. Se puede decir que toda esa región ocupa aproximadamente el doble del área de Yorkshire.¹ Numerosos vadis la cruzan a modo de caminos; todos parecen conducir al santuario central, donde Dios iba a dar su ley a su pueblo. Esta región montañosa recibe dos nombres distintos en la Escritura: *Horeb* y *Sinaí*. Probablemente el primero se aplicaba a todo el grupo y el segundo a una montaña concreta del mismo. El significado del nombre Horeb es probablemente «montaña de la tierra seca», y el de Sinaí «montaña del espino». En la actualidad, todo el macizo sinaítico se conoce como Jebel Músa. Forma «un enorme macizo montañoso, de unas dos millas de longitud y una milla de ancho, con un estrecho valle a cada lado, ... y una espaciosa llanura en el extremo noreste».² Esa llanura, conocida en la actualidad como Er Ráhah, puede albergar una multitud de dos millones de personas. Delante de esta llanura se alza Jebel Músa, de la que se erige un peñasco inferior, visible desde todas las partes de la llanura. Es el Rás Sufsáfeh (Cumbre del sauce) moderno, y era con toda probabilidad el Sinaí donde descendió el Señor, y desde donde dio «las diez palabras». En cuyo caso la llanura de *Er Ráhah* debió ser donde Israel estuvo, y el monte en frente de la misma, subiendo a *Rás Sufsáfeh*, el lugar donde Moisés «se separó de los ancianos que le habían acompañado hasta allí en su ascenso».

Israel al pie del monte Sinaí

Al salir de Refidim la columna principal de los israelitas debió pasar por lo que se conoce como el vadi es Sheikh, un ancho valle abierto, con tamariscos, y se halla «tallado en un muro de granito». Al llegar a una curva en el camino, «el viaje prosigue a través de rocas de granito, cuyas formas afiladas y rugosas, junto con la mayor altura y un color gris más sombrío de las montañas, imparten una magnificencia solemne a la escena».

¹Según el Servicio Topográfico el triángulo de la Península del Sinaí ocupa un área de 11.600 millas cuadradas.

²*Desert of the Exodus*, vol. I, p. 111. Las citas, cuando no se especifica nada más, pertenecen todas al mismo libro.

Un viajero elocuente describe como sigue su llegada al Sinaí: «A cada paso sucesivo los riscos se desprenden de las colinas intermedias de los alrededores, y finalmente se alzan impresionantemente –debería decir, se alza la gran masa de columna que forman– en solitario bajo el cielo. A cada lado caen infinitas combinaciones retorcidas y rasgadas de montañas. A cada lado el cielo los circunda como si se hallaran solos en el desierto. Nosotros nos acercamos a esa enorme masa pasando a través de un ancho valle, una larga llanura, que, recluida entre dos cadenas de montañas en precipitación de granito negro y amarillo, y teniendo siempre al final este prodigioso bloque montañoso, la pude comparar sólo a la inmensa avenida por la cual se llega a los grandes templos egipcios».

Al intentar recrear la escena de la entrega de la Ley, podemos comprender claramente las palabras que «se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento».³ La vasta llanura de Er Ráhah, y todos los valles vecinos, se veían chispeados con las tiendas de Israel. No podían encontrar otro lugar adecuado para acampar, el lugar mejor provisto de agua de toda la península, donde «se hallan arroyos que fluyen en, por lo menos, cuatro valles adyacentes». La llanura está a casi 5.000 pies sobre el nivel del mar. En frente, separado por valles que se entrecruzan por todas partes, se alza el grupo montañoso de Horeb (cuyo punto más elevado es de 7.363 pies), y del mismo se proyecta hacia el valle, a modo de un púlpito o un altar gigantesco, el peñasco inferior de Rás Sufsáfēh (6.830 pies), «la parte baja de nuestro monte», el Sinaí desde donde se escuchó la voz de Dios. Delante está el montículo donde Moisés se separó de los ancianos. Sufsáfēh se alza tan abruptamente «que se puede estar debajo suyo y tocar su base literalmente»; y la cadena montañosa queda tan separada de su entorno, que no habría ninguna dificultad para «establecer fronteras al pueblo del lugar», a fin de evitar que subieran al monte, o incluso que tocaran su borde.⁴ Detrás de Sufsáfēh, en algún pico o grieta, Moisés pasó cuarenta días con el Señor, y descendiendo al valle adyacente, podría oír (tal como dicen que pudieron comprobar literalmente y con frecuencia los miembros del Servicio Topográfico) los ruidos provenientes del campamento sin ver lo que estaba pasando allí.

Pero ahora, al fijar el pueblo su mirada en él, «el Monte Sinaí humeaba».⁵ Aquel bloque enorme y aislado de roca (de dos millas de longitud y una de anchura) parecía estar ardiendo. Como el «humo de un horno» se alzaba hacia el cielo «y todo el monte se estremecía en gran manera», y «había truenos y relámpagos», y «el sonido de la trompeta iba aumentando en extremo». Pero, mucho más terrible que todas esas señales físicas, «Jehová descendió sobre el Monte Sinaí», y «llamó Jehová a Moisés a la cumbre del monte», y Dios mismo «dijo todas las palabras» de los mandamientos. Porque el pueblo se había preparado con santificación constante durante tres días, y ahora se hallaba bien dispuesto al pie del monte, aunque separado del mismo. Pero pese a ello, «viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos. Y dijeron a Moisés: habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos».⁶

Esta santificación exterior de Israel había sido precedida por una preparación interior y espiritual. Como siempre, la exigencia y el mandamiento de Dios fueron predichos por su promesa. Porque Él siempre da lo que pide. Es, como lo expresa bellamente San Agustín, «Das lo que tú ordenas, y ordenas lo que tú deseas».

Preparativos para el pacto

Tras haber llegado Moisés al pie del monte Sinaí, subió al pico inferior, como para pedir las órdenes de su Señor, y Jehová le habló desde la cima de la montaña. Se le ordenó que, antes de que el pueblo se preparase para recibir la Ley, les recordase su liberación por gracia de Egipto y de los juicios de la mano de Dios, y la

³ Éxodo 19:16.

⁴ Éxodo 19:12.

⁵ Éxodo 19:18.

⁶ Éxodo 20:18, 19.

misericordia y benevolencia que habían recibido. Porque Jehová les había llevado como «sobre alas de águila», comparándose los tratos de Dios con el águila, que extiende sus alas bajo sus hijitos cuando empiezan a volar, para que, cansados o agotados, no se precipiten sobre las rocas (comp. Dt. 32:11). Pero Moisés debía explicar al pueblo que toda esa misericordia no era más que la prenda de una gracia más rica. Porque ahora Dios iba a hacer un pacto con ellos. Y si Israel obedecía su voz, y cumplía el pacto, entonces, usando sus propias palabras, «Seréis para mí una posesión preciosa⁷ de entre todas las naciones; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa».⁸

La promesa entregada así era especial y universal al mismo tiempo; y describía tanto el carácter del pueblo de Dios como su destino. Toda la tierra era de Dios, no sólo por derecho de creación y posesión, sino también como destinada a honrarlo como su Señor. Aquí subyacía una promesa de bendición universal para toda la humanidad. Y con ella quedaba íntimamente unida la misión de Israel. Pero mientras que toda la tierra era del Señor, Israel iba a ser su «posesión preciosa de entre todas las naciones», su tesoro escogido (esto es lo que implica la expresión hebrea) o, como explican San Pablo⁹ y San Pedro,¹⁰ «un pueblo de su propiedad». El modo en que aparecería esta dignidad queda expresado por los términos usados para describir a Israel como «un reino de sacerdotes y nación santa». La expresión «reino de sacerdotes» significa un reino cuyos habitantes son sacerdotes, y como tales poseen dignidad y poder reales, o con las palabras de San Pedro, «un sacerdocio real». Por lo que se refiere a Israel, la teocracia exterior visible, que Dios estableció entre ellos, era solamente el *medio* por el cual se obtendría este fin, como también la observancia del pacto por parte de ellos era su *condición*. Pero la promesa en sí iba mucho más lejos que el Antiguo Pacto, y sólo será cumplida totalmente cuando «el Israel de Dios» (a quien el Señor Jesús, «el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra», «ha hecho reyes y sacerdotes para su Dios y Padre»)¹¹ compartirá con Él su gloria y se sentará con Él en su trono. Así el objetivo final del sacerdocio real eran aquellas naciones, de entre las cuales Dios había escogido su pueblo para ser su posesión preciosa. Israel debía actuar para con ellos a modo de sacerdotes. Porque, como el sacerdote es intermediario entre Dios y el hombre, así Israel tenía que ser el intermediario del conocimiento y la salvación de Dios para todas las naciones. Y este sacerdocio suyo iba a ser el fundamento de su realeza.

Una descripción todavía más solemne de Israel, y de nosotros que somos llamados «el Israel de Dios», es la de «nación santa». Como observa acertadamente Calvino: «Esta designación no era debida a la piedad o santidad del pueblo, sino a que Dios les distinguió con privilegios especiales ante todos los demás. Pero esta santificación conlleva otra; que los que son distinguidos por la gracia de Dios cultiven la santidad, de modo que a su vez ellos santifiquen a Dios». La palabra hebrea para «santa» se interpreta generalmente como «separada, apartada». Pero este es sólo su significado secundario, derivado del propósito de lo que es santo. Su significado primario es ser espléndida, hermosa, pura y no contaminada. Dios es santo, como el absolutamente puro, resplandeciente y glorioso. De ello que esta idea se simbolice con la luz. Dios habita en luz inaccesible;¹² Él es «el Padre de las luces, en el cual no hay fases ni períodos de sombra»; una luz que nunca pierde intensidad, ni cede ante las tinieblas.¹³ Cristo es la luz que resplandece en las tinieblas de nuestro mundo, «la luz verdadera

⁷La palabra es la misma que «tesoro escogido» (1 Cr. 29:3; Ec. 2:8). Hemos traducido todo el versículo literalmente.

⁸Éxodo 19:5, 6.

⁹Tito 2:14.

¹⁰1 Pedro 2:9.

¹¹Apocalipsis 1:5, 6; 5:10.

¹²1 Timoteo 6:16.

que alumbra a todo hombre».¹⁴ E Israel tenía que ser un pueblo santo como habitantes de la luz, por medio de su relación del pacto con Dios. No es la elección de Israel de entre todas las demás naciones lo que les hacía santos, sino la relación con Dios implicada para el pueblo en dicho pacto. El llamamiento de Israel, su elección y selección, sólo eran los medios. La santidad se conseguía por el pacto, que les proveía perdón y santificación, y en el cual, por la disciplina de la ley de Dios y la guía de su Santo Brazo, Israel sería llevado hacia adelante y hacia arriba. Así, si Dios mostró la excelencia de su nombre o su gloria en la creación,¹⁵ el camino de su santidad se hallaba en Israel.¹⁶

Este análisis detallado de lo que fue ordenado a Moisés que dijera nos ayudará a comprender tanto los preparativos del pacto como el modo solemne en que fue inaugurado. Cuando Moisés presentó al pueblo el precioso propósito de gracia de Dios, ellos declararon su disposición a obedecer lo que Dios había dicho. Pero puesto que el Señor podía hacer un pacto con el pueblo únicamente por la mediación de Moisés, por causa de la debilidad y pecaminosidad de ellos, habló con su siervo en una espesa nube ante todos ellos, a fin de dejarles ver y oír, y creer para siempre. Como ya hemos mencionado, la preparación externa del pueblo tenía una doble finalidad.

Primero, pasaron por ciertas purificaciones, que simbolizaban la limpieza interior. En segundo lugar, se establecieron unos límites alrededor de Sinaí, para que nadie pasase o tocase la montaña.¹⁷ Luego, al tercer día,¹⁸ Moisés condujo a los hombres y los colocó «en el pie del monte», «que ardía con fuego». Allí proclamó Dios su santa y eterna ley entre señales portentosas, que indicaban que Él era grande y terrible en su santidad, y un Dios celoso, aunque el fuego de su ira y celo estaba envuelto por una densa nube.

Las «diez palabras»

La revelación de la voluntad de Dios, que Israel oyó del monte Sinaí, está comprendida en los diez mandamientos, o, como se llaman en el original hebreo, «las diez palabras».¹⁹ Fueron precedidas por una declaración de lo que Jehová era y de lo que había hecho: «Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre».²⁰ Esto (como dice Calvino) «para preparar las almas del pueblo para la obediencia». Las «diez palabras» fueron luego escritas sobre dos tablas de piedra, que debían ser conservadas dentro del arca del pacto, estando «el propiciatorio» colocado de modo significativo por encima de ellas.²¹ No es fácil describir su disposición sobre esas dos tablas, pero probablemente las cuatro primeras «palabras» con «el

¹³¹³ Santiago 1:17.

¹⁴¹⁴ Juan 1:5, 9.

¹⁵¹⁵ Salmos 8.

¹⁶¹⁶ Salmos 77:13; comp. Salmos 104 con Salmos 103.

¹⁷¹⁷ Cuando leemos en Éxodo 19:24, «los sacerdotes y el pueblo no traspasen el límite», no lo debemos interpretar como refiriéndose al sacerdocio Aarónico, que aún no había sido instituido, sino esos que hasta el momento desempeñaban funciones sacerdotales; probablemente los cabezas de las casas.

¹⁸¹⁸ Según la tradición judía era el día de Pentecostés, cincuenta días después de la Pascua.

¹⁹¹⁹ El Decálogo, comp. Éxodo 34:28; Deuteronomio 4:13.

²⁰²⁰ Éxodo 20:2.

prefacio» (en v. 1) ocupaban la primera, y los otros seis mandamientos la segunda Tabla de la Ley.²² Lo único que conocemos con certeza es que «las tablas estaban escritas por ambos lados; de uno y otro lado estaban escritas. Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas».²³

Considerando estas «diez palabras» «del pacto» más detenidamente, vemos, primero, su número: *diez*, el número de la plenitud. Luego, vemos que el quinto mandamiento (honrar a nuestros padres) forma un paso de la primera tabla a la segunda; la primera tabla trata nuestros deberes para con Dios, y la segunda los que se refieren a los hombres. Pero nuestro deber para con nuestros padres es superior a los de los demás hombres; de hecho, en cierto modo es divino, como también nuestra relación con un padre terrenal es símbolo de la que tenemos con nuestro padre en los cielos. Así pues, el mandamiento es de *honrar*, mientras que nuestra responsabilidad para con el hombre es únicamente de *amarlo*. Además, casi todos los mandamientos están formulados en forma negativa, indicando que la transgresión, y no la obediencia, es nuestra actitud natural. Pero el mandamiento es demasiado amplio, y requiere el correspondiente estado de mente. De acuerdo con esto vemos que la ley de los diez mandamientos se resume así: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu fuerza; y a tu prójimo como a ti mismo». Finalmente, las cinco primeras «palabras» siempre llevan alguna razón o algún motivo. Pero no sucede así con los de la segunda tabla, los cuales aparecen expresados de modo bastante general, para indicar que tales mandamientos como no matar, no adulterar, no robar, no dar falso testimonio, son aplicables a todos los casos posibles, y no solo a amigos o compatriotas.

Pasando de consideraciones generales a detalles particulares, vemos que la «*primera palabra*» no sólo prohíbe toda idolatría de pensamiento, palabra y hecho, sino que también ordena amar, temer, servir y aferrarse al Señor.²⁴ La *segunda palabra* indica la *manera* de servir al Señor; y precisando un poco más, sin imagen o representación exterior alguna. Como comenta Calvino, condena «todo culto ficticio inventado por los hombres según sus imaginaciones», que no son conforme a la palabra de Dios. La *tercera palabra* prohíbe la profanación del nombre de Jehová, en el que ha manifestado su gloria, para usarlo con palabras falsas o vanas, es decir, en juramentos falsos u ociosos, en maldiciones, en la magia, o en otras ocasiones parecidas. La *cuarta palabra*, que implica un conocimiento previo del Sábát (sábado) por parte de Israel, exige reposo personal, doméstico y público de cualquier tipo de trabajo en el día santo de Dios, que debe ser transcurrido para su servicio y gloria. La *quinta palabra* rinde honor a los padres como (usando las palabras de Lutero) «vicarios de Dios», y por ello implica una reverencia similar para con todos los representantes de Dios, especialmente magistrados y gobernantes. La *Segunda Tabla* continúa desde hechos externos (en las «palabras» *sexta*, *séptima* y *octava*) al habla (noveno mandamiento), y finalmente al pensamiento y el deseo. Las *palabras sexta*, *séptima* y *octava* conciernen tanto lo que puede herir nuestra propia vida, castidad, o propiedad como las de los demás. La novena palabra debería traducirse literalmente así: «No responderás contra tu prójimo como falso testigo» (o «como un testigo de falsedad»). Comparando esto con la frase de Deuteronomio 5:20, donde la expresión que

²¹ ²¹ Éxodo 25:16; 40:20.

²² ²² Es muy posible que no se grabaran todos los mandamientos enteros, sino simplemente la indicación básica (como «No robarás»). Esto da setenta y tres palabras para los cuatro primeros y el prefacio, y treinta y una palabras para los restantes seis mandamientos. Es hartamente conocido que los católicos romanos y la iglesia luterana reúnen los dos primeros mandamientos en uno, y dividen el décimo en dos. Pero no existe ningún tipo de base ni autoridad para respaldar dicha postura, ni en el texto hebreo ni en la tradición judía.

²³ ²³ Éxodo 32:15, 16. Cuando leemos que la ley fue «recibida por disposición de ángeles» (Hch. 7:53; Gá. 3:19; He 2:2), no debemos interpretar que no era Dios mismo quien habló todas esas palabras, sino que o bien se refiere a los «diez mil» ángeles que le acompañaban cuando habló en el Sinaí (Dt. 33:2; Sal. 68:17), o, más probablemente, a la diferencia entre las dispensaciones del Antiguo Testamento y el Nuevo. En la primera, la segunda persona de la bendita Trinidad sólo se aparecía como el Ángel del Pacto; en la segunda, se encarnó en la persona de Jesucristo, el Dios-Hombre.

²⁴ ²⁴ Deuteronomio 6:5, 13; 10:12, 20.

encontramos es «un testigo de vanidad», comprendemos que este mandamiento incluye toda afirmación infundada contra nuestro prójimo además de todas las que sean falsas. Finalmente, la *décima palabra* sondea las mayores profundidades de nuestro corazón, prohíbe todo deseo malo y desordenado con referencia a algo que pertenece a nuestro prójimo.²⁵

Ningún hombre jamás promulgó una ley como esta; ni siquiera la soñaron en sus más elevados razonamientos. Y si el hombre hubiese sido capaz, por lo menos, de observarla, sin duda la ley hubiese introducido felicidad y gozo para siempre. Pero lo que conllevó en realidad fue el conocimiento del pecado. Pero, Dios sea bendecido para siempre: «la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo».²⁶

Capítulo 11

(*Éxodo 20:18–24:12*)

La impresión causada al pueblo por los fenómenos que acompañaron la revelación de Dios de su ley era tan profunda, que suplicaron que cualquier otra comunicación divina se hiciese por medio de Moisés. Como Pedro, cuando el poder Divino del Señor Jesús se precipitó repentinamente sobre él,¹ sintió que un hombre pecador como él no podía soportar la presencia de su Señor, así también los hijos de Israel tuvieron temor de morir, si continuaban ante Dios. Pero dichos sentimientos de temor no contienen ninguna espiritualidad. Aunque Moisés accedió a su petición, tuvo el cuidado de explicarles que el objeto de lo que todos ellos habían presenciado no era la emoción del temor (Éx. 20:20), sino la introspección de corazón provocada, no como un miedo servil ante las consecuencias externas, sino como el temor verdadero de Dios, que comportaría evitar el pecado.

Ordenanzas civiles y sociales de Israel como Pueblo de Dios

Y entonces Moisés estuvo una vez más solo en «la oscuridad en la cual estaba Dios». Las ordenanzas que le fueron entregadas en aquella ocasión deben ser consideradas como la preparación final para el pacto que iba a ser ratificado tan prontamente.² Porque, como pueblo de Dios, Israel no debía ser como las otras naciones. Era igual en sustancia y forma, pero las condiciones de su vida nacional, los principios fundamentales de su estado, y los llamados derechos y ordenanzas civiles que formarían la base de la sociedad, debían ser divinos. Usando una figura: Israel era la posesión de Dios. Antes de santificarlo y separarlo formalmente, Dios le marcó y determinó los límites de su propiedad. Éste era el objetivo y significado de las ordenanzas,³ que precedieron la conclusión formal del pacto, descritas en Éxodo 24. Por ello, los principios y las «leyes» (21:1), o mejor dicho, los «derechos» y disposiciones jurídicas, sobre las que se basaba la vida nacional y la sociedad civil en Israel,

²⁵²⁵ En Deuteronomio 5:21 se usan dos expresiones diferentes; el «deseo» despertado desde el exterior por lo que se ve hermoso. Mientras que la «codicia» brota de dentro, de las inclinaciones malvadas o necesidades supuestas de la persona que codicia.

²⁶²⁶ Juan 1:17.

¹¹ Lucas 5:8.

²² Éxodo 24.

³³ Éxodo 20:22; 23.

no sólo eran infinitamente superiores a cualquier otra legislación pensada o imaginada en aquella época, sino que además debían dar cuerpo a los principios sólidos y permanentes de la vida nacional de todos los tiempos. Y ciertamente, se hallan debajo de toda legislación moderna, de modo que las ordenanzas Mosaicas son, y seguirán siendo, el maravilloso modelo para la construcción de la sociedad civil.⁴

Sin entrar en detalles, comentamos la disposición general de estas ordenanzas. Fueron precedidas por unas indicaciones generales sobre *el modo en que Israel debía rendir culto a Dios*.⁵ Puesto que Dios había hablado a Israel «desde el cielo», ellos tampoco debían hacer ninguna representación terrenal de las cosas celestiales. Por otro lado, ya que Dios «vendría a ellos» del cielo a la tierra, y allí se relacionaría con ellos, el altar que debía ser erigido desde la tierra hacia el cielo tenía que ser simplemente un «altar de tierra» (v. 24), o si era de piedra, que hubiesen sido halladas en tierra. Además, ya que el altar indicaba el lugar de la tierra donde Dios se aparecería con el propósito de bendecir a Israel, debía ser edificado donde Dios registró su nombre, es decir, donde Él lo designó. En otras palabras, el culto del pueblo tenía que ser regido por Su manifestación en gracia, y no por la elección y preferencias particulares de ellos. Porque la gracia está en el fundamento de toda alabanza y oración. Los sacrificios y el culto de Israel no eran para procurarse la gracia; la gracia había sido la causa que originó el culto. Y siempre es así. «Le amamos porque Él nos amó primero», y el don de su amado hijo a nosotros pecadores es gratuito e incondicional de parte del Padre, y posibilita nuestro retorno a Él. Y por ser gratuito, es mucho más acertado para el hombre servir a Dios con santa reverencia, que debería evidenciarse incluso en la conducta exterior (v. 26).

«Las leyes» comunicadas a continuación a Moisés determinaban, en primer lugar, *la posición civil y social de todo Israel respecto a cada uno de ellos* (Éx. 21:1–22:12), y luego su *posición religiosa en relación con el Señor* (23:13–19)».

La legislación divina *empieza*, como sin duda alguna ninguna otra lo hizo jamás, no por la parte más alta de la sociedad, sino por la más baja. Declara en primer lugar *los derechos personales de los individuos en estado dependiente: los hombres* (21:2–6) y *las mujeres esclavos* (vv. 7–11). Esto se hace con una consideración sagrada de los derechos de la persona y con una delicadeza, amabilidad y rigor mucho más allá de cualquier otro código jamás realizado sobre este tema. Si se toleraba la esclavitud, como algo existente, su principio, el de hacer de los hombres enseres o posesiones, fue erradicado, y la institución, a través de sus salvaguardias y provisiones, se convirtió en algo muy diferente de lo que ha sido en cualquier nación, tanto de los antiguos como en la actualidad.

A continuación siguen las «leyes» protectoras de la *vida* (vv. 12–14), con crímenes comparados con el maltrato y la maldición de los padres (vv. 15, 17) y el robo de personas (v. 16). Lo que está en juego aquí es la *santidad de la vida* en sí misma, en su origen y en su posesión libre, y el castigo para tales crímenes no es ideado como advertencia o corrección, sino estrictamente como castigo, es decir, como retribución.

De la *protección de la vida*, la ley pasa a *la del cuerpo* de toda herida, ya sea por *mano humana* (vv. 18–27) o por *obra de animal* (vv. 28–32). El principio aquí es de *compensación*, en cuanto sea posible, junto con el castigo en ofensas graves.

Luego, se asegura la seguridad de la propiedad. Pero antes de entrar en ello, la ley divina, divina incluso en esto, protege hasta la vida de los animales.⁶ La propiedad es tratada bajo diversos aspectos. En primer lugar tenemos el *robo de ganado* (el más importante en un pueblo agrícola) permitiendo sabiamente a los propietarios un tipo diverso de protección diurna y nocturna (22:1–4). Luego se consideran *los daños causados a los campos o a su producción* (v. 5, 6). A continuación, se habla de *la pérdida o el daño de lo que había sido confiado* para ser guardado con seguridad (vv. 7–15), y junto a ello *la pérdida del honor* (vv. 16, 17).

Sus ordenanzas religiosas en su aspecto nacional

⁴Para entender los sublimes principios de la Ley Mosaica, o mejor divina, debemos examinarlos detalladamente. Esto, es evidente, resulta imposible aquí.

⁵Éxodo 20:22–26.

⁶Éxodo 21:33–36.

Los estatutos siguientes (vv. 18–30) tienen un carácter bastante diferente al de los anteriores. Esto se ve aun en la omisión de «*si*», que introducía todas las ordenanzas anteriores. En realidad, no contemplan como las otras ningún caso posible, sino que determinan lo que jamás debe ser permitido. Están más allá del terreno de la legislación civil ordinaria, y están relacionados con Israel especialmente como el *pueblo de Dios*. Como tales expresan lo que Jehová espera de su propio pueblo, ligados a él con un pacto. Y esta es, tal vez, la parte más maravillosa de la legislación, regulando y ordenando lo que ningún otro código civil ha intentado regir jamás. Como antes, la serie de estatutos empieza vedando lo que es contrario al carácter de consagración a Dios de la nación. Así, ya al inicio se extermina todo tipo de *magia* (v. 18), y con ella todos los *crímenes contranaturales* (v. 19), y las *prácticas idólatras* (v. 20). En pocas palabras, como antes en el culto, también así en la vida, el paganismo, sus poderes, vilezas y corrupciones son eliminadas. Por otro lado, contrario a todo exclusivismo natural, el extranjero (pero no el dios extranjero) debe ser recibido amablemente (v. 21); las viudas y los huérfanos no deben ser «humillados»⁷ (vv. 22–24); los que están en necesidad temporal no deben ser gravados por la usura (vv. 25–27); Dios, como promulgador supremo de la ley, no debe ser ultrajado, ni tampoco serán maldecidas las personas designadas para gobernar debajo de Él (v. 28); el tributo debido al Señor como rey debe ser dado de buen ánimo (vv. 29, 30); y la dignidad santa de su pueblo no puede ser profanada ni siquiera en sus costumbres diarias (v. 31). De nuevo, no se debe decir, hacer ni intentar realizar nada que sea falso, falto de amor o injusto (23:1–3), y esto no sólo en asuntos públicos, sino que las preferencias personales no tienen que influir sobre la conducta. En cambio, a un enemigo en tiempo de necesidad hay que prestarle la ayuda de amor que sea necesaria (vv. 4, 5); los pobres y los perseguidos no pueden ser tratados injustamente; no se debe aceptar ningún soborno, «porque el don cierra los ojos que ven y pervierte las causas del justo»,⁸ y la misma ley debía ser aplicada al extranjero y a Israel (vv. 6–9). Finalmente, en relación con esto, se hace referencia al reposo del séptimo año y del séptimo día, no tanto en su carácter religioso como por su repercusión para con los pobres y los trabajadores (vv. 10–12).

Pasando de los estatutos que establecen la posición civil y social de todo Israel a *su posición religiosa con respecto a Jehová*,⁹ encontramos ante todo un mandato con las tres grandes fiestas anuales. A pesar de tratarse de festivales religiosos estrictamente, los repasamos aquí, en primer lugar, no por su significado simbólico y figurado (que es universal y eterno), sino *por sus repercusiones nacionales*: la fiesta Pascual como la de la liberación de Israel de Egipto, la fiesta de las semanas como la «de la siega, las primicias de tus labores», y la fiesta de los tabernáculos como la de la «recolección» final (vv. 14–17). De las tres ordenanzas siguientes (vv. 18–19), la primera se refiere a los sacrificios de la pascua (comp. Éxodo 12:15, 20; 13:7; 34:25), y la segunda a la fiesta de las primicias o de las semanas. De ello se desprende que la prohibición de «guisar el cabrito en la leche de su madre» (v. 19) debió referirse de algún modo, por lo menos inicialmente, a las festividades de la semana de los tabernáculos; tal vez, como sugiere el erudito comentador rabínico Abarbanel, porque algunas de esas prácticas estaban relacionadas con ritos paganos e idólatras de la época de la recolección de los frutos.¹⁰

⁷ Ésta es la traducción correcta y no «afligidos» como en la versión Reina Valera. Así el mandamiento va más allá de la opresión y cubre todo tipo de malos tratos.

⁸ Traducción literal del versículo 8.

⁹ Éxodo 23:13–19.

¹⁰ Debido a nuestra ignorancia sobre las circunstancias, esta resulta ser una de las prohibiciones más difíciles de comprender. El lector instruido encontrará todas las opiniones tratadas en *Bocharti Hierozoicon*, vol. I. pp. 634, 635. Es harto conocido que los judíos lo interpretan de modo que nada que sea hecho de leche puede ser cocido o comido junto con cualquier tipo de carne, cambiando incluso los cuchillos y los platos, y tomando todo tipo de precauciones extremadamente puntillosas contra cualquier mezcla posible de los dos elementos. Muchos comentaristas ven la razón de esta prohibición en la crueldad de cocer un cabrito en la leche de su madre. Pero el significado debe ser más

Las «leyes» que el Señor ordena a su pueblo son adecuadamente seguidas por *promesas* (13:20–33), en las que, como su rey y Señor, se encarga de la guía y protección de ellos, y de su posesión de la tierra que les había asignado. Ante todo, se les asegura la presencia personal de Jehová en aquel Ángel, en quien está el nombre del Señor (v. 20). No se trata de un ángel cualquiera, por muy exaltado que fuese, sino de una manifestación del mismo Jehová, en figura anticipada y como preparación de su manifestación en la carne en la persona de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Porque todo lo que aquí se atribuye a Él se dice también del Señor en Éxodo 13:21; mientras que en Éxodo 33:14, 15, Él es designado explícitamente como «mi presencia», la de Jehová. En consecuencia, hay que prestar toda obediencia a su guía, y evitar cualquier contacto con la idolatría y los idólatras. En tal caso el Señor cumpliría toda promesa buena y llena de gracia hecha a su pueblo, y les haría poseer la tierra en toda su extensión.

El «pacto por medio del sacrificio» y la comida de aceptación

Éstos eran los términos del pacto que Jehová hizo con Israel *como nación*. Cuando el pueblo los ratificó con su aceptación,¹¹ Moisés lo escribió todo en lo que fue llamado «el libro del pacto» (24:7). Y entonces el pacto propiamente dicho debía ser inaugurado con sacrificio, rociar de sangre y la comida del sacrificio. Esta transacción fue la más importante de toda la historia de Israel. Por medio de este único sacrificio, que nunca fue renovado, Israel fue separado formalmente como pueblo de Dios; y fue la base de todo futuro culto de sacrificio. Fue solamente *después* de dicho sacrificio cuando Dios instituyó el tabernáculo, el sacerdocio y todos sus servicios. Así este sacrificio único es una figura anticipada del sacrificio único de nuestro Señor Jesucristo por su iglesia, que es la base de nuestro acceso a Dios y el fundamento de todo nuestro culto y servicio. De modo muy significativo, se construyó un altar al pie de Sinaí, y fue rodeado por doce pilares «de acuerdo con las doce tribus de Israel». Unos jóvenes que servían en ministerio, puesto que aún no existía el sacerdocio, ofrecieron el holocausto, y sacrificaron las ofrendas de paz a Jehová. La mitad de la sangre de los sacrificios fue recogida en cuencos, con la otra mitad se roció el altar, reconciliándose así con Dios. A continuación se leyeron de nuevo los términos del pacto delante de todos, y con la otra mitad de la sangre, con la que se *había* hecho la reconciliación, fue rociado el pueblo con estas palabras: «He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas (o términos)».¹²

Como nación Israel se hallaba entonces reconciliada con Dios y puesta aparte; ambas cosas conseguidas por «la sangre rociada». Con ello quedaba preparada para la comunión con quien era representado simbólicamente en la comida del sacrificio que tenía lugar a continuación.¹³ Allí Dios, en prenda de su favor, alimentó a su pueblo con los sacrificios que Él mismo había aceptado. La comida del sacrificio significaba la comunión de la aceptación; su gozo era la conciencia de este bendito hecho. Y entonces Moisés y Aarón, y sus dos hijos (los futuros sacerdotes), junto con setenta ancianos de Israel, subieron al monte, «y comieron y bebieron» la comida del sacrificio, en presencia del Dios de Israel; ciertamente no bajo una forma exterior en particular,¹⁴ mas con el único resplandor del cielo debajo del Shechinah. Así, «ver a Dios, y comer y beber», eran las arras y la prenda profundo.

11¹¹ Éxodo 24:3.

12¹² En Hebreos 9:19–22 se dan más detalles, donde también se agrupan transacciones ocurridas en momentos diversos, como perteneciendo todas a esta dedicación del primer Pacto por medio de la sangre. Hebreos 9:22 demuestra que éste es el significado del texto. La acción de rociar el libro y el pueblo, como posteriormente el tabernáculo y sus vasos, se realizó del modo descrito en el versículo 19.

13¹³ Éxodo 24:9–11.

14¹⁴ Deuteronomio 4:12, 15.

de la bendición de verlo a partir de entonces. También era un símbolo y una figura de lo que será realizado cuando, mientras la aleluya de «la gran multitud» proclame el reino del «Señor Dios omnipotente», la alegre y gozosa esposa del Cordero preparada para la boda, y adornada con vestidos nupciales, escuche el sonido de bienvenida que la llama a «la cena de las bodas del Cordero».¹⁵

Capítulo 12

(*Éxodo 24:12–18; 25–33*)

Nunca encontraremos una prueba mayor del origen de lo que llamamos gracia, y de la debilidad e inutilidad de la naturaleza humana, que la reacción que a menudo encontramos después de un tiempo de privilegio religioso. Los lectores del Nuevo Testamento recordarán muchos ejemplos de esto en la historia del evangelio, y recordarán cómo nuestro Señor, cada vez, en tales ocasiones tomaba a sus discípulos aparte a un lugar desierto para el silencio y la oración. Pero tal vez el ejemplo más triste de cuán cerca está el enemigo de nuestros momentos de gozo espiritual, y cuán grande es nuestro peligro de perder el juicio, cuando estamos a esas alturas, nos lo proporciona la historia de Israel, inmediatamente después de la ratificación del pacto solemne.

Una vez que Dios hubo reconciliado a su pueblo consigo mismo, era necesario tener un lugar definitivo donde encontrarse con ellos y morar entre ellos, como también era preciso designar el medio por el cual ellos debían acercarse a Él, y el modo en que se iba a manifestar a ellos. Para revelar todas estas cosas, y para dar esas «tablas de piedra», donde se grabaron los mandamientos, Dios llamó a Moisés una vez más «para que subiera al monte». Acompañado por «Josué, su servidor», obedeció la orden divina, dejando el pueblo al cuidado de Aarón y Hur. Tuvo que esperar durante seis días, mientras «la gloria de Jehová reposó sobre el monte». En el séptimo día, Moisés fue llamado a entrar en la nube resplandeciente, la cual ante los ojos de los hijos de Israel en la llanura, parecía «un fuego abrasador»; Josué se quedó probablemente cerca pero no con él.

El modelo visto en el monte

«Cuarenta días y cuarenta noches estuvo Moisés en el monte», sin comer pan ni beber agua.¹ La nueva revelación que recibió era sobre el *tabernáculo* que debía ser construido. El *sacerdocio* que tenía que servir en el mismo, y los *servicios* que deberían ser celebrados allí. Se extendía a todo detalle sobre el mobiliario, vestido y observancia. Y las ofrendas de buena voluntad de Israel debían ser invitadas para cubrir las *necesidades de estos servicios*.²

Se nos dice con la mayor autoridad que, no sólo lo básico y general debía ser hecho «conforme a todo lo que» Dios mostró a Moisés en el monte, sino incluso los detalles más diminutos.³ Y así también leemos en Hechos 7:44, y Hebreos 8:5; 9:23, la enseñanza que Dios mostró a Moisés un modelo real de todo lo que debía hacer en y para el santuario. Este hecho puede tener un solo significado. Indicaba mucho más que la verdad general, que solamente es lícito o aceptable el modo de acercamiento a Dios que Él mismo ha indicado. Porque Dios mostró a Moisés todos los detalles para dar a entender que cada uno de ellos tenía su significado especial, y por eso mismo no podía ser alterado en ningún modo por pequeño que fuera, sin destruir ese significado, y

¹⁵ Apocalipsis 19:6–9.

¹ Deuteronomio 9:9.

² Éxodo 25:1–8.

³ Éxodo 25:9.

perder la significación que era la única cosa que le confería su importancia. Nada de todo ello era simplemente como ornamento o ceremonia, todo era *símbolo* y *figura*. Como símbolo, indicaba una verdad presente; como figura, señalaba hacia adelante (una profecía por hecho) hacia realidades espirituales futuras, mientras que, al mismo tiempo, ya comunicaba al adorador las primicias y las arras de su cumplimiento final en la «plenitud del tiempo». Repetimos, todo lo que había aquí tenía un significado espiritual: el material del arca, las vestiduras del sacerdocio y todo lo demás; los colores, medidas, números, vasos, vestidos, servicios y el sacerdocio en sí; y todo ello proclamaba la misma verdad espiritual, y señalaba hacia la misma realidad espiritual futura, es decir a Dios en Cristo en medio de su iglesia.

El tabernáculo, el sacerdocio y los servicios en su disposición y significado simbólico

El tabernáculo era «la tienda de reunión» (*Ohel Mo'ed*) donde Dios se relacionaba con su pueblo, y desde donde les dispensaba su bendición. El sacerdocio, que culminaba con el sumo sacerdote, era el agente mediador designado por Dios por medio del cual podían acercarse a Dios y a través del cual Él concedía sus dones; los sacrificios eran el medio de dicho acercamiento a Dios, tanto si se trataba de restablecer la comunión con Dios cuando se había debilitado o interrumpido, o de expresar y manifestar esa comunión. Pero, al igual que el sacerdocio, los sacrificios y el altar indicaban a la persona y la obra del Señor Jesucristo. Por lo que se refiere al tabernáculo, el atrio con el altar del holocausto era el lugar donde Israel *se acercaba* a Dios; y el Lugar Santo donde ellos tenían comunión con Dios; y el Lugar Santísimo donde el mismo Señor habitaba visiblemente entre ellos en el Shechinah, como Dios del pacto, reposando su presencia sobre el propiciatorio que cubría el arca.

Es altamente instructivo analizar el *orden* en el cual fueron dadas a Moisés las diversas ordenanzas sobre el tabernáculo y su mobiliario. En primer lugar, tenemos las instrucciones sobre el *Arca*, como la cosa más santa en el Lugar Santísimo;⁴ luego, de modo similar, las indicaciones sobre la *mesa de la proposición* y el *candelabro de oro* (25:23–40), no solo como pertenecientes al mobiliario del Lugar Santo, sino también porque espiritualmente las verdades que simbolizan (vida y luz en el Señor) eran el resultado de la presencia de Dios entre los querubines. Después de esto, se describe el habitáculo en sí y la posición en el mismo del Arca, la mesa y el candelabro.⁵ Solo entonces llega el *altar del holocausto*, con el atrio que debía rodear el santuario (27:1–19). Ahora nos introducimos en una sección diferente, *la del ministerio*. Aquí las indicaciones se dan primero sobre *el encender las lámparas del candelabro de siete brazos* (27:20, 21); después de lo cual tenemos la institución *del sacerdocio* y todo lo relacionado con el mismo.⁶ Y el último punto, por ser el más elevado, es el ministerio sobre el *altar del incienso* y su servicio (30:1–10). Esto simbolizaba la oración y, por este mismo hecho, sólo podía tener lugar después de la institución del sacerdocio de mediación. Hasta aquí, se notará que la disposición siempre es *de dentro a fuera*; desde el Lugar Santísimo al atrio de los adoradores, simbolizando una vez más que todo procede del Dios de gracia, quien, como ya citamos con las palabras de San Agustín, «da lo que pide»,⁷ y que el servicio más elevado de todos, al que sirve todo lo demás, o mejor dicho con el que se relaciona todo lo demás como el medio hacia el final, es el de la comunión y la oración; los adoradores viendo a Dios.

Estas indicaciones son seguidas por otras relacionadas estrictamente con el carácter de Israel como pueblo de Dios. Israel es su primogénito entre las naciones,⁸ y, como tal, debe ser redimido, como el hijo primogénito

⁴ Éxodo 35:10–22.

⁵ Éxodo 26.

⁶ Éxodo 28; 29.

⁷ «Da quod jubes, et jube quod vis»: das lo que pides, y pides lo que deseas; un principio, no podemos cansarnos de repetir, aplicable por medio de la dispensación de la gracia, donde se origina todo lo que respecta a Dios.

de una familia,⁹ para indicar, por un lado, que el pueblo era verdaderamente Su propiedad, y que la vida confiada a ellos pertenecía a Él; y, por otro lado, para expresar que toda la familia es santificada para con Dios en el primogénito.¹⁰ Este era el importe del «dinero del rescate».¹¹ Y pese a ello, todo acercamiento a Él requería un *lavado* especial (de ahí la *pila* 30:17–21). De nuevo, en Israel, los sacerdotes tenían que ser representantes sagrados del pueblo. Como tales, ellos, y todo lo relacionado con su servicio, debían ser ungidos con un aceite especial, símbolo del Espíritu Santo, y todo fingimiento de esto sería visitado con un castigo que recuerda el que recibe el pecado contra el Espíritu Santo (vv. 22–33). Finalmente, se describe el *material* para el más elevado servicio simbólico, el *incienso* (vv. 34–38). La sección se cierra con la designación de la gente que el Señor había levantado para llevar a cabo todo el trabajo relacionado con la preparación de su Santuario.¹²

Las instituciones hechas así fueron, en realidad, el resultado y las consecuencias del pacto que el Señor había hecho con Israel. Como «señal» de este pacto entre Jehová y los hijos de Israel,¹³ Dios ordenó entonces de nuevo la *observancia del sábado* (31:12–17); expresando su doble provisión de descanso y santificación (v. 15), los aspectos civiles y religiosos de ese pacto, y su maravillosa combinación. Así, pues, provisto de todas las indicaciones necesarias, Moisés recibió finalmente, de mano del Señor, las «tablas del testimonio», «escritas con el dedo de Dios» (v. 18).

El pecado del becerro de oro

Mientras se daban estas sagradas transacciones en el monte, se desenvolvía una escena muy diferente en el campamento de Israel. Sin intentar suavizar el pecado demencial y erróneo de hacer el becerro de oro,¹⁴ debemos aceptar, no obstante, que este asunto debe ser considerado a la luz de la realidad. La ausencia prolongada de Moisés despertó temores en el pueblo. Hacía más de un mes que le habían visto desaparecer en la nube de luz que cubría el monte. «Y la apariencia de la gloria de Jehová era como un fuego abrasador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel.»¹⁵ ¿Qué podía resultar más natural a los que esperaban, semana tras semana, en una soledad no explicada, al ver dicho fuego, que imaginar que Moisés había sido devorado por él? Su líder se había ido, y el símbolo visible de Jehová estaba en alto sobre la cumbre de la montaña, como «fuego abrasador». Debían tener otro líder; sería Aarón. Pero también necesitaban otro símbolo de la Presencia Divina. Se les ocurrió, en sus pensamientos carnales, uno solo, además del que les había precedido hasta allí. Era el Apis egipcio, quien, en forma de becerro, representaba los poderes de la naturaleza. Estaban acostumbrados a su culto; ciertamente, su sede principal estaba en el vecindario inmediato de la región de Egipto donde ellos, y sus padres, habían habitado durante siglos. Probablemente, ésta también fue la forma

⁸ Éxodo 4:22, 23.

⁹ Éxodo 22:29; 34:20; Números 3:12, 13, 16.

¹⁰ Romanos 11:16.

¹¹ Éxodo 30:11–16.

¹² Éxodo 31:1–11.

¹³ Éxodo 31:17.

¹⁴ Éxodo 32:1–6.

¹⁵ Éxodo 24:17.

bajo la cual muchos de ellos habían intentado servir, en tiempos anteriores, y de modo corrupto, a su Dios ancestral, combinando las tradiciones de los patriarcas con la corrupción a su alrededor (comparar Josué 24:14; Ezequiel 20:8; 23:3, 8). Es bastante evidente que Israel no pretendía abandonar a Jehová, sino simplemente servirle bajo el símbolo de Apis. Esto se desprende de la afirmación del propio pueblo al ver el becerro de oro: ¹⁶ «Éste es tu Dios»,¹⁷ y de la proclamación de Aarón (32:5): «Mañana será fiesta para Jehová». Su grave pecado consistía en no darse cuenta de la presencia de un Dios que no se veía, mientras que los temores de su incredulidad les llevaron de nuevo a sus antiguas prácticas idólatras, sin preocuparse del hecho que ello significaba quebrantar el segundo de esos mandamientos proclamados tan recientemente a sus oídos, y quebrantaban todo el pacto que acababa de ser ratificado tan solemnemente. Algunos comentaristas han intentado suavizar la culpa de Aarón suponiendo que, al pedir los adornos de oro para hacer «el becerro», esperaba poder contar con la vanidad y la codicia de ellos, y así alejarlos de su propósito pecaminoso. El texto, no obstante, no ofrece ninguna garantía al respecto. Ciertamente que Aarón aún no estaba, entonces, en el sacerdocio, y también que su proclamación de una «fiesta a Jehová» podría haber sido con la intención de manifestar claramente que el nombre de Jehová todavía era reconocido, como antes, por Israel. Pero su debilidad culpable (usando los términos más suaves) simplemente incrementa su participación en el pecado del pueblo. Esto se ve en la posterior confesión de Aarón a Moisés,¹⁸ que es el hecho más humillante que se registra en todo este relato. Tal vez fue bueno que Aarón, antes de ser nombrado Sacerdote, y todos los demás tras él, experimentara la evidencia de la ineptitud y la falta de valor naturales, a fin de que así se manifestara más claramente que el carácter de todo ello era simbólico y no relacionado con el valor de Aarón o su casa.

El juicio divino

Mientras Israel se dedicaba a actuar en el campamento según las típicas licenciosas danzas y orgías que acompañaban tales fiestas paganas, Moisés todavía tenía que pasar por una prueba más. Dios mismo había informado a Moisés acerca de la «rápida» apostasía de su pueblo (32:7, 8), acompañando su notificación con las siguientes palabras: «Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo haré una nación grande» (v. 10). Uno de los padres ya ha notado que las palabras divinas, «Ahora, pues, déjame», parecía implicar un llamamiento a Moisés para que ejerciera su oficio de intercesor por su pueblo. Además, también se ha comentado, que la oferta de hacer de Moisés una nación todavía mayor que Israel,¹⁹ era, en cierto sentido, una tentación, o mejor una prueba de la singularidad de los propósitos y la fidelidad de Moisés para con su misión. Sabemos que Moisés soportó íntegramente esta prueba, perseverando e intercediendo con éxito por Israel ante su Señor (vv. 11–14). Pero hay un punto que no ha sido referido suficientemente por los comentaristas. Cuando, al anunciar la apostasía de Israel, Dios habló de ellos no como su propio pueblo, sino como el de Moisés («tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto»; v. 7). Al mismo tiempo Dios presentó a Moisés el ruego acertado en su intercesión, y también señaló la necesidad del severo castigo ejecutado posteriormente, para evitar que Moisés, por una indulgencia débil, se mezclara en complicidad con el pecado de Israel. Este último punto se comprende fácilmente. En cuanto al otro, vemos cómo Moisés, en su intercesión, suplicó con el argumento que Dios le diera. Insistió muy de corazón sobre el hecho que Israel era el pueblo *de Dios*, puesto que su liberación de Egipto había sido realizada totalmente por Dios. Empleó tres argumentos especiales con Dios, y *estos tres argumentos pueden servir de ejemplo* para todos los tiempos en nuestras

¹⁶¹⁶ Éxodo 32:4.

¹⁷¹⁷ Tanto aquí como en el v. 1 la traducción ha de ser en singular («Dios»), y no en plural («Dioses») como en varias versiones.

¹⁸¹⁸ Éxodo 32:21–24.

¹⁹¹⁹ Deuteronomio 9:14.

súplicas pidiendo perdón y restauración después de la debilidad y las caídas. Estos argumentos fueron: *primero*, que Israel era propiedad de Dios, y que sus tratos en el pasado lo habían demostrado (v. 11); en *segundo* lugar, que la propia Gloria de Dios estaba implicada en la liberación de Israel ante el enemigo (v. 12); y, en *tercer* lugar, que las promesas de gracia de Dios fueron pronunciadas para la salvación de ellos (v. 13). Y Dios nunca rechazó aceptar tales súplicas (v. 14).

Pero, a pesar de haber sido informado sobre la situación del campamento de Israel, Moisés no podía estar preparado para presenciar la escena que halló ante él, cuando, al dar la vuelta a un promontorio,²⁰ apareció completamente ante su vista la muchedumbre enardecida en su festividad licenciosa. El contraste fue demasiado grande, y «ardió la ira de Moisés, y arrojó las tablas de sus manos, y las quebró al pie del monte» (v. 19). No es necesario suponer que lo que sigue en el texto sagrado es relatado en un orden cronológico estricto. Sea suficiente, que, después de una breve pero severa reprobación de Aarón, Moisés tomara su lugar «a la puerta del campamento» convocando a los que estaban «por Jehová». Todos los hijos de Leví obedecieron, y recibieron indicaciones de ir por el campamento y «matar cada uno a su hermano, y a su amigo y a su pariente» (v. 27). En ese día terrible murieron 3.000 hombres, o más, cayendo bajo la espada de Leví. En cuanto al becerro de oro, su marco de madera fue quemado en el fuego y su capa de oro fue triturada hasta convertirse en polvo, y derramado en el arroyo que descendía de Sinaí.²¹ Israel tenía que beber del mismo, simbolizando con ello que cada uno debía recibir y llevar el fruto de su pecado, como también más adelante, la mujer sospechosa de adulterio recibió la orden de beber del agua que había lavado la escritura de las maldiciones de su pecado.²²

Aquí nos encontramos con un detalle que requiere un estudio más especial de lo que ha recibido hasta ahora. Como se suele entender generalmente, la muerte de estos 3.000 es un hecho inexplicado. ¿Por qué solo *esos* 3.000? ¿Acaso cayeron simplemente porque se hallaban casualmente más cerca, sobre la base, sugerida por otros, de diezmar a unas huestes que ofendían? ¿Por qué no acudió nadie en su defensa? Este castigo indiscriminado no parece concordar muy bien con los tratos divinos. Pero el texto, según nos parece, nos ofrece pequeñas indicaciones sobre la explicación correcta. Cuando Moisés se puso en pie en el campamento de Israel y convocó a los que estaban de parte de Jehová, leemos que «el pueblo estaba desnudo» (v. 25), o desenfrenado, *licencioso* (comp. v. 6; 1 Co. 10:7, 8). En pocas palabras, estaban ante él unos hombres, recién llegados de sus orgías, en un estado de actitud licenciosa, a quienes ni siquiera la aparición y las palabras de Moisés habían logrado hacer volver sobrios en silencio, vergüenza y arrepentimiento. Éstos, según lo entendemos nosotros, todavía se agolpaban en el camino abierto del campamento, que tan recientemente había resonado con sus voces; éstos fueron hallados por los vengadores levitas, en su paso, espada en mano, de puerta en puerta, como el ángel destructor en Egipto en la noche de la pascua; y éstos fueron los 3.000 que cayeron aquel día, mientras que la gran multitud ya se había retirado al silencio de sus tiendas en un arrepentimiento rezagado y en temor, al ver a aquél cuya presencia representaba la cercanía del Dios santo y celoso, cuyos terribles juicios podían temer con toda razón.

La súplica de Moisés

Así terminó el día de la vuelta de Moisés entre los suyos. Por la mañana les reunió para hablar con ellos, esta vez no con ira, mas con dolor, sobre el gran pecado de ellos. Luego, volviendo de ellos al Señor, suplicó el perdón para sus hermanos, con una intensidad de amor y una negación de sí mismo (vv. 31, 32), que no han sido igualados por ningún hombre excepto San Pablo.²³ Consiguió obtener que el pueblo no fuese destruido y que no cesara el pacto; pero Dios no iba a estar personalmente en medio de un pueblo tan incapaz de soportar su santa

²⁰ «A menudo al descender por ella» (la llamada «Colina del Becerro de Oro», cerca del lugar donde se dio la Ley), «mientras las laderas de la hondonada escondían las tiendas de mi mirada, oí el sonido de voces que subía, y pensé cómo Josué dijo a Moisés cuando éste descendía del monte, “Alarido de pelea hay en el campamento”».

²¹ Deuteronomio 9:21. El lector erudito encontrará toda propuesta posible en Bocharti Hieroz, vol. I, pp. 349, etc.

²² Números 5:24.

presencia; en adelante enviaría un ángel creado como su guía. Y a pesar de ello, este pecado pesaría en la balanza en el día de la visitación, la cual, sin duda alguna, causaría otra rebelión de ese pueblo. Las primeras palabras de la frase final, que sus cuerpos debían caer en el desierto,²⁴ ya fueron mencionadas, por así decirlo, en esta advertencia del Señor en la mañana después de la muerte de los 3.000: «pero en el día de la visitación, yo visitaré en ellos su pecado». «Así», con las palabras de la Escritura (v. 35), «Jehová hirió al pueblo, porque habían hecho el becerro que formó Aarón».²⁵

El perdón por gracia de Dios

El hecho que Dios no iba a ir personalmente con Israel por la dureza de cerviz de ellos fue recibido, ciertamente, como una «mala noticia».²⁶ El relato del arrepentimiento del pueblo y del perdón por gracia de Dios forma una de las partes más preciosas de esta historia. La primera manifestación de su dolor piadoso fue el dejar sus «atavíos» o adornos, no solo temporalmente, sino permanentemente. Así leemos: «Entonces los hijos de Israel se despojaron de sus atavíos desde el monte Horeb en adelante» (33:6).²⁷ Podemos decir que Israel estuvo en luto permanente siempre, a partir de su gran pecado nacional. Luego, dado que el Señor ya no estaba personalmente en medio de Israel, Moisés sacó la tienda (probablemente la suya) fuera del campamento, para recibir allí los mensajes divinos, cuando «la columna de nube descendía», «y Jehová hablaba con Moisés». Moisés la llamó «tienda de encuentro» (traducido en algunas versiones castellanas «el tabernáculo de Reunión»: v. 7). Prácticamente no es preciso decir que éste no era «el tabernáculo» (como se podría suponer), porque este último todavía no había sido construido. A esta «tienda de reunión» acostumbraban a salir todos los que eran del verdadero Israel, y que consideraban a Jehová, no meramente como su Dios nacional, sino que le honraban personalmente y sentían la necesidad de Él. Esto no debe ser tenido como una protesta o un acto de separación por su parte, sino como evidencia de arrepentimiento verdadero y de su deseo de encontrarse con el Dios que ya no se hallaba más en el campamento de Israel. Además, todo el pueblo, cuando veía la columna de nube que descendía hacia Moisés, «se levantaba y adoraba». En términos generales, este período fue tal vez el de mayor suavización de corazón de toda la travesía de Israel por el desierto.

Y Dios lo respetó con gracia. Ya había asegurado a Moisés que permanecía bajo una relación especial con él («Yo te he conocido por tu nombre»), y que su oración por Israel había sido escuchada («has hallado también gracia en mis ojos»). Pero la primera sentencia quedaba en pie, que un ángel, y no Jehová personalmente, sería el guía futuro de Israel. Bajo estas circunstancias Moisés suplicó a Jehová que le mostrara Su camino, es decir, su propósito actual para con Israel, añadiendo que si Dios les llevaba a la Tierra Prometida, él «consideraría que este es tu pueblo», y Él su Dios y Rey. Esta petición también fue escuchada, y el Señor prometió una vez más que su propia presencia iría con ellos, y que Él mismo les iba a dar el resto de Canaán (v. 14; comp. Dt. 3:20; He. 4:8). Y Moisés dio gracias con otra oración, incluso más fervorosa que antes, por la bendición concedida en ese momento (vv. 15, 16).

Pero una cosa resultó dolorosamente evidente a Moisés en todo lo sucedido. Por muy fiel que fuese en la casa de su Señor,²⁸ no era más que un siervo; y el siervo no conoce la voluntad de su señor. La amenaza de destrucción si Jehová permanecía en Israel, y la alternativa de mandarles un ángel, debieron echar cierto

²³²³ Romanos 9:3. «No es fácil», escribe Bengel «valorar el amor de un Moisés o un Pablo. Nuestra pequeña medida de capacidad apenas lo puede entender, como tampoco un niño puede comprender el coraje de un héroe».

²⁴²⁴ Números 14:29.

²⁵²⁵ El texto no implica necesariamente que se mandara sobre el pueblo ninguna otra «plaga» en aquel momento.

²⁶²⁶ Éxodo 33:4.

²⁷²⁷ Traducción literal.

abatimiento sobre su mediación futura. Se trataba ciertamente de un siervo, por muy altamente favorecido que fuese, no un hijo.²⁹ Esto sí podía comprenderlo: el Ser y el Carácter del Dios de Israel; ver su gloria, pero no su aspecto.³⁰

La visión de la Gloria del Señor concedida a Moisés

Entonces todo quedaría claro, y, con una luz más completa, la seguridad más gozosa llenaría su corazón. Que éste era el significado real de la oración de Moisés, «Te ruego que me muestres tu gloria» (v. 18), lo avala el modo en que el Señor respondió. «Y Él respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti.» Entonces se le enseñó a Moisés que el más profundo misterio de la gracia divina no yacía en los tratos *nacionales* de Dios, sino en los *individuales*, en misericordia soberana. «Tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente» (v. 19). No obstante, ningún hombre podía ver el *rostro* (el resplandor total de Jehová). Ni la carne ni el espíritu, en cuanto habitaba en la carne, podía soportar una gloria así. Al pasar esa gloria, Dios mantendría a Moisés en una hendidura de la roca, tal vez en la misma en la cual se concedió una visión semejante a Elías,³¹ y allí le daría sostén, o le «cubriría» con su mano. Moisés sólo podía ver las «espaldas» (el resplandor posterior de su gloria, los reflejos luminosos de lo que Jehová era en realidad). Pero lo que presencié Moisés, escondido en la hendidura de la roca, y Elías, el representante de los profetas, vio más claramente, escondiendo su rostro bajo el manto, mientras adoraba, aparece revelado completamente en el Rostro de Jesucristo, en quien «habita corporalmente toda la plenitud de la deidad».

Capítulo 13

(Éxodo 34–40)

Una vez restaurada felizmente la relación del pacto entre Dios e Israel, Moisés recibió instrucciones para llevar otras dos tablas al monte (en esta ocasión preparadas por él) en lugar de las que había roto, para que Dios pudiese escribir de nuevo las «diez palabras».¹ Otra vez estuvo cuarenta días y cuarenta noches en Sinaí sin comer ni beber (34:28).

Moisés en el monte por segunda vez

Los mensajes que recibió fueron precedidos por esa gloriosa visión del resplandor de Jehová, que le había sido prometida. En ninguna parte se nos dice lo que *vio*; solamente lo que *oyó*, cuando Jehová «proclamó» ante él lo que Lutero designa adecuadamente como «el sermón sobre el nombre de Dios». Descubría su ser más interior, como el del amor inexplicable (siendo la acumulación de términos la presentación del amor en todos

²⁸ Hebreos 3:5.

²⁹ Hebreos 3:5, 6.

³⁰ Éxodo 33:18.

³¹ 1 Reyes 19:9.

¹ Éxodo 34:1–4.

sus aspectos). Y, usando las palabras de un escritor alemán reciente: «Del mismo modo que Jehová proclamó en esta ocasión, también lo manifestó entre los israelitas en todo tiempo, desde el monte Sinaí hasta que los llevó a la tierra de Canaán; y desde allí hasta que los sacó de entre los paganos. Incluso ahora, en su destierro, está “guardando misericordia para miles, que se vuelven al Redentor que sale de Sion”».

Cuando Moisés comprendió plenamente de este modo el carácter de Jehová, pudo interceder una vez más por Israel, convirtiendo ahora en una súplica para el perdón incluso la razón que pareció haber hecho peligrosa la presencia de Jehová en Israel: que eran un pueblo duro de cerviz (v. 9). De este mismo modo el Señor, cuando hablaba con Noé, hizo del pecado del hombre, el cual había provocado primero el juicio, la base de la paciencia futura.² Y ahora Dios, una vez más, confirmó en su gracia su pacto con Israel. Al hacerlo, les recordó las dos condiciones, una negativa, la otra positiva, pero ambas relacionadas estrictamente entre sí, y ambas aplicables al tiempo en que Moisés ya no estaría e Israel hubiese tomado posesión de la Tierra Prometida. Estas dos condiciones debían ser observadas siempre, si se iba a mantener el pacto. Una era evitar todo contacto con los cananeos y su idolatría (vv. 11–16); la otra, observancia del servicio de Jehová del modo indicado por Él mismo (vv. 17–26).

A su regreso resplandece su rostro

Otra confirmación del mensaje divino que Moisés trajo del monte, apareció a su vuelta en medio de Israel. Sin saberlo él, el reflejo de la gloria divina había permanecido en él, y «la piel de su rostro era resplandeciente³ (lanzaba rayos) por haber hablado (Dios) con él».⁴ Al asustarse Aarón y los hijos de Israel de este reflejo de la gloria divina, Moisés tenía que cubrirse el rostro cuando hablaba con ellos, y sólo se descubría cuando conversaba con el Señor. A esto se refiere el apóstol⁵ cuando compara la gloria del Antiguo Testamento en el rostro de Moisés, «el cual había de perecer» (al menos con la muerte de Moisés) y que estaba relacionado con lo que era simplemente el «ministerio de muerte», con «el ministerio del Espíritu» y su grande y perdurable gloria. Además, el velo con el que Moisés debía cubrir su rostro representaba simbólicamente el velo que cubría el Antiguo Testamento, el cual desaparece (solamente) en Cristo» (2 Co. 3:13, 14).

Construcción del tabernáculo

Ahora todo estaba dispuesto para la construcción del tabernáculo y de todo lo necesario para sus ceremonias. Podemos entender, especialmente a la luz del trabajo que les esperaba, por qué se ordena de nuevo el descanso del sábado.⁶ Luego se hizo proclamación para obtener las contribuciones voluntarias de todo lo necesario, a la cual el pueblo respondió con tantas «ofrendas voluntarias» (35:29), que pronto se recogió no solamente el material «abundante» sino que «sobraba» «para toda la obra».⁷ La cantidad total de oro y plata

² Génesis 6:5, 6.

³ La palabra hebrea se deriva de un cuerno, y algunas versiones de hecho traducen: «no sabía que su rostro estaba adornado con cuernos». De aquí viene la representación de Moisés con cuernos en su frente.

⁴ Traducción literal.

⁵ 2 Corintios 3:7.

⁶ Éxodo 35:2, 3.

⁷ Éxodo 36:5–7.

empleada se menciona con exactitud en Éxodo 38:24–26. La suma total de oro alcanza en valores actuales por lo menos 131.595 £, y la de plata sobre 75.444 £, y ambas juntas 207.039 £. Y es preciso tener en cuenta que esta cantidad no indica todo lo que ofreció Israel, sino solamente lo que se usó. En cuanto a la plata, o se ofreció una cantidad inferior o no se requirió nada, porque las 75.444 £ de plata representan la cantidad exacta del «rescate»⁸ que tuvo que pagar cada israelita en su primer censo (38:26). Pero el pueblo no solo trajo oro, plata y otros materiales. Todos los hombres «sabios de corazón» «cuyos corazones estimuló el Señor» (es decir todos aquellos que comprendieron dicha labor, y cuyo celo fue encendido por su amor por el santuario de Dios) se pusieron manos a la obra, según su habilidad, bajo la dirección de Bezaleel, el nieto de Hur y Aholiab de la tribu de Dan. Pero lo que más nos impresiona de este relato sagrado es la evidencia de la devoción espiritual, que apareció tanto en los regalos como en el trabajo del pueblo. «Y vio Moisés toda la obra, y he aquí que la habían hecho como Jehová había mandado; y los bendijo.»⁹

Realizado por unas manos tan deseosas, el trabajo entero fue terminado en un período de tiempo increíblemente corto. Al comparar Éxodo 19:1, que determina la llegada de Israel al monte Sinaí en el tercer mes (del primer año), con Éxodo 40:2, que nos informa que el tabernáculo estaba dispuesto para ser establecido «en el primer día del primer mes» (del segundo año), encontramos que se dio un intervalo de nueve meses.

No obstante, a esto debemos deducir dos períodos de cuarenta días, durante los cuales Moisés estuvo en el monte, como también los días en que Israel se preparó para el pacto, y los que pasaron durante su ratificación y la entrega de la ley, y también el intervalo entre la primera vez que Moisés subió al monte y la segunda. Así todo el trabajo de elaboración relacionado con el tabernáculo y sus ceremonias debió realizarse en un período temporal comprendido en seis meses. Y ahora que «el tabernáculo estaba edificado», Moisés colocó, primeramente, dentro del Lugar Santísimo, el Arca que mantenía «el testimonio», y la cubrió con el propiciatorio; a continuación, dispuso el Lugar Santo, al norte, la mesa de los panes de proposición, colocando «sobre ella por orden los panes delante de Jehová»; luego, al sur, «el candelero», encendiendo sus lámparas ante el Señor; y finalmente «el altar de oro» «delante del velo» del Lugar Santísimo, «y quemó sobre él incienso aromático». Una vez hecho todo esto, y colgada la cortina a la entrada del tabernáculo,¹⁰ fue colocado el altar del holocausto, «a la entrada del tabernáculo», y «la pila» entre ésta y el altar, aunque posiblemente no estuviera en línea recta, sino un poco a un lado del altar del holocausto. Y del altar subía el humo del holocausto y de la ofrenda de carne, y la pila estaba llena de agua, donde Moisés, Aarón y sus hijos se lavaban las manos y los pies.

Su consagración por medio de la presencia vista de Jehová

Todo estaba prácticamente preparado: medios, ordenanzas y canales de bendición designados, y todo estaba esperando. Sólo se requería una cosa; pero precisamente de ella dependía el significado y la eficacia de todo lo demás. Pero Dios fue fiel a su promesa. Y en su espera creyente Israel miró hacia arriba, «una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo». Fuera, visible por todos, permanecía «sobre el tabernáculo» esa nube y columna, en las que Jehová les había estado guiando hasta entonces, y seguiría haciéndolo. Porque, al entretenerse la nube de día y el aspecto de fuego de noche sobre el tabernáculo, los hijos de Israel «moraban en sus tiendas», «y no se movían». Pero «cuando se alzaba», el campamento de Israel era desmontado velozmente, y seguían a su guía divino, viajando (comp. Nm 9:15–23). Era una presencia de Jehová constante, visible y que los guiaba entre su pueblo profesante, reposando sobre la tienda exterior que cubría el tabernáculo. Pero dentro del tabernáculo propiamente dicho, había otra presencia inalcanzable. Porque «la gloria de Jehová llenaba el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la

⁸ Éxodo 30:12.

⁹ Éxodo 39:43.

¹⁰ Éxodo 40:28.

nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba».¹¹ Posteriormente se retiró al Lugar Santísimo, donde solo podía entrar, una vez al año, el sumo sacerdote; esa ocasión era en el día de la expiación y para este mismo propósito, y allí reposaba entre los querubines de gloria, sobre el propiciatorio, que cubrían el arca con el testimonio.

Porque «no se había manifestado el camino al lugar santísimo». «Pero estando ya presente Cristo, como sumo sacerdote de los bienes venideros, por otro más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por medio de la sangre de machos cabríos ni de becerros, sino entró una vez para siempre en el lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención para nosotros».¹²

Capítulo 14

(Levítico)

La finalidad del Libro de Éxodo es contar cómo el Señor Dios redimió y puso aparte «un pueblo concreto» para sí mismo. En consecuencia, termina con la construcción del tabernáculo y la santificación del mismo por la presencia de Jehová en el Lugar Santo. No obstante, todavía era necesario mostrar los otros aspectos del pacto. Porque las provisiones y los medios de gracia deben ser aceptados y usados por aquellos para los cuales fueron designados, y la «separación» del pueblo por Jehová implicaba, en contrapartida, la consagración de parte de Israel.

Análisis del libro de Levítico

Y esto forma la base del tema del Libro de Levítico,¹ el cual ha sido descrito adecuadamente por un escritor alemán reciente como «el código que legisla la vida espiritual de Israel, visto como el Pueblo de Dios». Para resumir su contenido general: en la primera parte (1–16) nos explica cómo Israel debía *acercarse* a Dios, junto con lo que no era coherente con tales acercamientos, de modo simbólico; y en la segunda parte (17–27) cómo, habiendo sido hechos cercanos a Dios, el pueblo debía mantener, gozar y mostrar el estado de gracia del cual habían llegado a ser participantes. Evidentemente, todo esto es simbólico, y debemos considerar las indicaciones y las ordenanzas como portadores en forma exterior de muchas verdades espirituales. Incluso tal vez podamos ir tan lejos como decir que la Primera Parte de Levítico muestra, de modo simbólico, la doctrina

¹¹Éxodo 40:34, 35.

¹²Hebreos 9:8, 11, 12.

¹El Libro de *Levítico*, o sobre las ordenanzas levíticas, deriva su nombre del término griego correspondiente en la traducción de la 70, y su nombre latino en la Vulgata. Corresponde a la designación rabínica de la «Ley y los Sacerdotes», y «Libro de la Ley de las Ofrendas». Entre los judíos se conoce normalmente como *Vajikra*, por ser la primera palabra del texto hebreo: «Vajikra», «Llamó».

de la *justificación*, y la Segunda Parte, la de la santificación; o, más acertadamente: el camino de *acceso a Dios*, y la santidad que resulta de dicho acceso.

Ya se ha señalado que el Libro de Levítico consta de dos partes; una que termina con el capítulo 16; la otra, con mayor exactitud, en el 25; el capítulo 26 es una conclusión general, indicando las bendiciones de la adhesión fiel al pacto, mientras que el capítulo 27, que trata el asunto de hacer votos al Señor, forma un *apéndice* altamente apropiado. Al finalizar el libro propiamente dicho,² y el capítulo que hemos llamado *apéndice*, por falta de otro nombre mejor (26:34), encontramos expresiones que indican el propósito del todo, y que el Libro de Levítico forma una parte especial e independiente del Pentateuco. Y repetimos: el Libro de Levítico es para Israel como pueblo de Dios; es el libro de los estatutos de la vida espiritual de Israel; y sobre esta doble base, no puede ser sólo legal, en el sentido de ley común, ni tampoco meramente ceremonial, sino en todo su contenido *simbólico y figurativo*. En consecuencia, sus verdades más profundas se aplican a todos los tiempos y a todos los hombres.

La Primera Parte (1–16), que cuenta a Israel *cómo acercarse a Dios a fin de tener comunión con Él*, empieza adecuadamente con una descripción de los *diversos tipos de sacrificios*.³ Luego trata sobre el *sacerdocio*.⁴ El carácter simbólico de todo ello, y por ello la necesidad de una adhesión más cerrada a las indicaciones dadas, se ilustran a continuación con el juicio que cayó sobre los que ofrecieron incienso en «fuego extraño».⁵ Del sacerdocio el texto sagrado pasa a *los adoradores*.⁶ Éstos deben estar *limpios –personalmente* (11:1–47), en su *vida familiar*,⁷ y *como congregación*.⁸ Por encima, y más allá, de todo esto, hay el *gran día de la expiación*,⁹ con el cual concluye la *primera parte* del libro, que trata del acceso a Dios.

La *Segunda Parte* del Libro de Levítico, que describe, de modo simbólico, la *santidad* que corresponde al pueblo de Dios, trata primeramente la *santidad personal*,¹⁰ luego la *santidad en la familia*,¹¹ la *santidad en las relaciones sociales*,¹² y la *santidad en el sacerdocio*.¹³ De allí el texto sagrado procede con las *fiestas santas*.¹⁴ Del mismo modo que el deber de adhesión íntima a las instrucciones divinas en relación con el sacerdocio fue

² Levítico 26:46.

³ Levítico 1–7

⁴ Levítico 8–10

⁵ Levítico 10:1–6.

⁶ Levítico 11–15.

⁷ Levítico 12.

⁸ Levítico 13–15.

⁹ Levítico 16.

¹⁰ Levítico 17.

¹¹ Levítico 18.

¹² Levítico 19, 20.

ilustrado con el juicio de Nadab y Abiú,¹⁵ también ahora el deber solemne, de la incumbencia de todo el pueblo de Israel, en tratar el Nombre de Jehová como santo, se muestra con el castigo de uno que lo blasfemó.¹⁶ Finalmente, Levítico 25 describe la *santidad de la tierra*. Así, pues, la Segunda Parte habla más concretamente de la *consagración*. Como la Primera Parte, describiendo el acceso a Dios, termina en la ordenanza del Día de la Expiación, así la segunda termina con el Año de Jubileo. Finalmente, Levítico 26 hace hincapié en la bendición unida a la observancia fiel del pacto; mientras que Levítico 27, yendo más allá de las exigencias y consagraciones comunes, habla sobre las ofrendas voluntarias del corazón, representadas por los votos.

El pecado de Nadab y Abiú

Ahora solo queda describir los dos ejemplos ilustrativos ya citados; uno en relación con el sacerdocio, el otro con el pueblo. Aarón y sus hijos acababan de ser consagrados solemnemente en su oficio santo, y la ofrenda traída se había consumado delante de todo el pueblo con un fuego de la presencia de Jehová, para probar su aceptación de la misma.¹⁷ Por ello era altamente necesario enviar una señal y un castigo público sobre cualquier transgresión de la ordenanza del Señor, especialmente por ser cometida por sus sacerdotes. Pero *Nadab y Abiú*, los dos hijos mayores de Aarón, intentaron ofrecer «fuego extraño, que Él nunca les mandó».¹⁸ Algunos escritores infieren por la prohibición de vino o cualquier bebida alcohólica a los sacerdotes durante el tiempo de su ministerio, que sigue inmediatamente el relato de este suceso (10:8–11), que estos dos sacerdotes habían estado bajo una influencia similar en el momento de su osado intento. El asunto es de poca importancia. No es fácil decir con exactitud lo que implica el «fuego extraño». Claramente, ambos iban a ofrecer incienso en el altar de oro (v. 1), y también resulta evidente que el servicio que estaba a punto de ser llevado a cabo no había sido prescrito por el Señor. Porque una comparación entre los vv. 12 y 16 muestra que se dio entre el sacrificio ofrecido por Aarón¹⁹ y la comida festiva que venía después del sacrificio; mientras que el incienso sólo debía ser quemado en los sacrificios de la mañana y la noche. Además, podría ser que también tomaran «fuego extraño» en el sentido de tomar las ascuas procedentes de cualquier otro lugar distinto del altar del holocausto. En la ceremonia del Día de la Expiación se ordena explícitamente hacerlo,²⁰ y es una inferencia justa pensar que las mismas indicaciones se aplicaban cada vez que se ofrecía incienso. En todo caso, sabemos que tal era la norma invariable en el templo en tiempos de Cristo. Pero a Nadab y Abiú no les fue permitido realizar su propósito. El mismo fuego, que hacía poco tiempo había consumido el sacrificio aceptado,²¹ ahora les golpeó, «y murieron en

¹³ Levítico 21, 22.

¹⁴ Levítico 23, 24.

¹⁵ Levítico 10:1–6.

¹⁶ Levítico 24:10 hasta el final.

¹⁷ Levítico 9.

¹⁸ Levítico 10:1.

¹⁹ Levítico 9

²⁰ Levítico 16:12.

²¹ Levítico 9:24.

presencia de Jehová», es decir, delante de su lugar de morada; posiblemente en el patio (comp. Lv. 1:5), justo a la entrada del Lugar Santo. Así, justo en el mismo día de su consagración en el sacerdocio, los hijos de Aarón perecieron, porque no habían santificado al Señor en sus corazones, antes le habían ofrecido un culto de diseño propio, en vez de aquel incienso santo quemado por fuego del altar, que simbolizaba la oración, ofrecido en base a un sacrificio aceptado. Y esta lección doble la enseñó el Señor mismo en la explicación de su juicio (10:3). En cuanto a lo que al sacerdocio se refiere, «Me santificaré en aquellos que están cerca de mí,²² y» (en cuanto se refiere al pueblo) «me glorificaré delante de todo el pueblo». En otras palabras, si los que habían sido consagrados a Él no iban a santificarlo en sus corazones y sus vidas, Él se santificaría a sí mismo en ellos por medio de los juicios contra ellos (comp. también Ez. 38:16), y así glorificaría Su nombre en presencia de todos, como el Santo, que no puede ser provocado a ira impunemente.

Aarón fue solemnizado tan profundamente, que, usando el lenguaje bíblico, «guardó su paz». De sus labios no escapó ni una sola palabra de queja; tampoco muestras de duelo, o de parte de sus hijos, pudieron echar la sombra de los sentimientos personales, o de pesar latente, sobre esta vindicación ejemplar de la santidad divina (10:6). Solamente a sus «hermanos, toda la casa de Israel» se les permitió «lamentarse por el incendio que Jehová hizo» (de su ira).

Juicio contra el blasfemo

El relato del juicio del blasfemo²³ fue insertado en el libro de Levítico en el lugar donde lo hallamos, ya sea porque se dio cuando las leyes recogidas allí fueron entregadas, o porque es una introducción y una ilustración adecuada sobre el deber de honrar a Jehová, lo cual tiene su más completa expresión en el reposo sabático y en la disposición del año del jubileo, ordenado en Levítico 25. También da un nuevo ejemplo de los peligros de Israel por la presencia entre ellos de «la multitud mezclada» que les había seguido desde Egipto.²⁴ No hay razón para dudar del punto de vista judío, que los otros ocupaban una zona aparte en el campamento; dado que los hijos de Israel estaban dispuestos según sus tribus, «cada uno junto a su bandera, bajo las enseñas de las casas de sus padres».²⁵ Pero como que el blasfemo era solo el hijo de una madre danita —Selomit, la hija de Dibri— siendo su padre un egipcio,²⁶ no se le debió permitir plantar su tienda en medio de la tribu de Dan. La tradición hebrea también añade que esta había sido la causa de la pelea, cuando el blasfemo «salió entre los hijos de Israel; y este hijo de mujer israelita y un hombre de Israel lucharon juntos en el campamento». Finalmente, añade que al negarle Moisés su intención de habitar entre los danitas, el hombre «blasfemó el Nombre²⁷ (de

²² Levítico 10:3. Traducción literal.

²³ Levítico 24:10–14.

²⁴ Éxodo 12:38.

²⁵ Números 2:2.

²⁶ Una tradición judía muy antigua cuenta que el padre de este blasfemo era el egipcio a quien Moisés mató por maltratar a un hebreo (Éx. 2:11, 12). Se añaden detalles legendarios sobre las anteriores ofensas de ese egipcio, que no es necesario repetir aquí. Su objetivo evidente es, por un lado, excusar la ira de Moisés y, por otro lado, explicar el hecho que un egipcio era el padre de un hijo de una madre hebrea.

²⁷ Los Rabinos y la versión de los 70 traducen la expresión «blasfemó» por «pronunció claramente», y el tradicionalismo judío ha basado en esto la prohibición de pronunciar jamás el nombre Jehová; una ordenanza tan bien guardada hasta tal punto que la pronunciación exacta de esta palabra no se conoce con seguridad. Muy probablemente debería pronunciarse Yavé. En nuestra versión inglesa, como en la 70 y la Vulgata, se representa por «el SEÑOR»,

Jehová), y maldijo». Sea cual sea el contenido de verdad, si es que hay alguno, en esta tradición, el crimen en sí fue muy grave. Si incluso maldecir a los padres recibía la muerte, ¿qué castigo podía ser demasiado severo contra alguien que había «ultrajado» a Jehová y «maldecido»? Pero, precisamente por tratarse de un caso demasiado solemne, Moisés no se apresuró a dar un veredicto sobre el mismo (comp. el aplazamiento correspondiente en Números 15:34). «Le pusieron en prisión para tomar una decisión sobre ellos (es decir, sobre los blasfemos), según la boca (o la orden) de Jehová.»²⁸ Así, por indicación divina, sacaron al blasfemo del campamento; los que habían oído su blasfemia pusieron «sus manos sobre la cabeza de él», como si intentaran apartar la blasfemia lejos de ellos y colocarla sobre la cabeza del culpable (comp. Dt. 21:6); y toda la congregación se unió en el juicio lapidándolo.

Pero la ley general que decretaba el castigo de la blasfemia²⁹ debía ser aplicada a los israelitas nativos y a los extranjeros, como sucedía con todos los crímenes que comportaban castigo retributivo (en especial los que atentaban contra la vida de la persona) que debían ser tratados del mismo modo, tanto si el culpable era judío como extranjero. Éste es el objetivo de la repetición de estas leyes en relación con esto.³⁰ Porque Jehová no era una deidad nacional, como los dioses de los paganos; tampoco disfrutaba Israel de privilegios especiales en caso de ofensas; sino que Jehová era el Santo de Israel, y la santidad fue Su casa para siempre.

Capítulo 15

(Números 1–4; 10:1–11)

El Libro de Números es casi como una crónica de los acontecimientos principales durante los treinta y ocho años que pasaron entre la parada de Israel en el desierto de Sinaí y su llegada a la frontera de Canaán. Lo que sucedió durante su viaje al monte Sinaí tenía como finalidad preparar al pueblo para los solemnes sucesos promulgados allí. De modo similar, la travesía de treinta y ocho años fue concebida para hacer a Israel apto para tomar posesión de la Tierra de la Promesa. La historia exterior del pueblo durante ese período evidenciaba, por un lado, el constante cuidado y misericordia de Jehová, y por otro lado, Su santidad y Sus juicios; mientras que las leyes y ordenanzas que se les dieron eran necesarias para la correcta organización de la nación de Israel en sus relaciones futuras. Un análisis breve de todo este libro mostrará la relación de todo ello.

Análisis del libro de Números

En general, el Libro de Números parece estar formado por *tres partes*; la *primera*,¹ detalla *los preparativos para la travesía* partiendo de Sinaí; la *segunda*,² *la historia de los viajes* de Israel por el desierto; y la *tercera*,³ *los diversos acontecimientos al este del Jordán*.

escribiendo esta última palabra en mayúsculas.

²⁸ Traducción literal.

²⁹ Levítico 24:16.

³⁰ Levítico 24:17–22.

¹ Números 1; 10:1.

² Números 1; 10:10.

Si examinamos cada una de estas partes por separado, encontramos que la Primera Parte, *consta de cuatro secciones*, detallando:

1. Los números y la disposición exterior de cada una de las tribus,⁴ y el nombramiento de los levitas para su servicio (3, 4);
2. Leyes sobre el orden superior espiritual del pueblo, culminando con la bendición sacerdotal (5, 6);
3. Los tres últimos acontecimientos antes de dejar el monte Sinaí (7, 8, 9:1–14);
4. Las señales de la partida en el desierto (9:15–10:10).

La *Segunda Parte* cuenta la historia de la *travesía* de Israel, en *sus tres fases*:

1. Desde Sinaí a Parán, cerca de Cadés, relatando todo lo que sucedió allí (10:10–14);
2. Desde el anuncio de la muerte de la generación que había salido de Egipto hasta la reunión del pueblo en Cadés en el año cuarenta después del éxodo (15–19);
3. La travesía desde Cadés al monte Hor, con los acontecimientos durante su curso (20, 21).

Finalmente, la Tercera Parte *consta de cinco secciones* que detallan:

1. Los intentos de Moab y Madián contra Israel (22–25);
2. Un nuevo censo y las ordenanzas relacionadas con el mismo (25–27);
3. Ciertas leyes sagradas en vistas a su asentamiento en Palestina (28–30);
4. La victoria contra Madián, la división del territorio obtenido, juntamente con un repaso del pasado (31–33:49);
5. Algunas indicaciones prospectivas sobre la posesión de la Tierra de la Promesa (33:50–36).⁵

El censo de Israel y el de los levitas

Antes de partir del campamento en el monte Sinaí, Dios indicó a Moisés y Aarón que hicieran un censo de todos los que formaban la hueste de Israel; con las palabras de la Escritura: «todos los que pueden salir a la guerra», «sus ejércitos»,⁶ es decir, «todos los varones de veinte años arriba». Para ello debieron ser ayudados por un delegado de cada tribu, «cada uno jefe de la casa de sus padres» (1:4); o, como son designados en el 5:16, «los nombrados (representantes) de entre la congregación, príncipes de las tribus de sus padres, capitanes de los millares de Israel».⁷

Esta última expresión indica que el censo fue realizado según el plan propuesto por Jetro,⁸ por medio del cual Israel fue estructurado en grupos de mil, cien, cincuenta y diez. Esto también explica los números extraños

³ Números 22–26.

⁴ Números 1, 2.

⁵ Hemos seguido básicamente la estructuración de Keil, que concuerda con la de los comentaristas más modernos. En cuanto a nuestras notas sobre el censo de las tribus, también hemos usado la misma ayuda.

⁶ Números 1:3.

⁷ Éste es el significado real del fragmento.

⁸ Éxodo 18:21, 25.

asignados a cada tribu como resultado final del censo. Evidentemente, el censo se llevó a cabo sobre la base de la lista realizada nueve meses antes para el «dinero del rescate».⁹

Dicha lista produjo un total de 603.550,¹⁰ que es precisamente la misma cifra que la de Números 1:46. Es probable, pues, que fuese básicamente solo una reestructuración y un registro del pueblo según sus tribus, en grupos de mil, cien, cincuenta y diez, realizada con la colaboración de los jefes hereditarios de las tribus.

El número citado de hombres capaces de llevar armas implicaría, si pudiéramos aplicar resultados estadísticos modernos, una población total de dos millones. Treinta y ocho años más tarde, justo antes de entrar en posesión de la tierra, se llevó a cabo un segundo censo,¹¹ que dio un número total de 601.730 capaces de llevar armas (26:51), mostrando un descenso de 1.820 durante los años de travesía por el desierto.

Estructurando estos dos censos según las tribus, y colocándolos uno junto al otro, recogemos cierta información interesante:

Primer Censo (Éx. 30; Nm. 1)			Segundo Censo (Nm. 26)
RUBÉN	46.500	(Príncipe <i>Elisur</i> «Mi Dios la roca»)	43.730
<i>Simeón</i>	59.300	(Príncipe <i>Seluíel</i> «Dios mi salvación»)	22.200
<i>Gad</i>	45.650	(Príncipe <i>Elíasaf</i> «Mi Dios que reúne»)	40.500
JUDÁ ¹²	74.600	(Príncipe <i>Naasón</i> «El adivinador»)	76.500
<i>Isacar</i>	54.400	(Príncipe <i>Natanael</i> «Dios el dador»)	64.300
<i>Zabulón</i>	57.400	(Príncipe <i>Eliab</i> «Mi Dios el padre»)	60.500
EFRAÍN	40.500	(Príncipe <i>Elísamá</i> «Mi Dios que escucha»)	32.500
<i>Manasés</i>	32.200	(Príncipe <i>Gamaliel</i> «Mi Dios recompensador»)	52.700
<i>Benjamín</i>	35.400	(Príncipe <i>Abidán</i> «Mi Padre es juez»)	45.600
DAN	62.700	(Príncipe <i>Ahiezer</i> «Mi Hermano es socorro»)	64.400
<i>Aser</i>	41.500	(Príncipe <i>Pagiel</i> «Mi Hado es Dios» o «Mi oración es Dios»)	53.400
<i>Neftalí</i>	53.400	(Príncipe <i>Ahirá</i> «Mi Hermano es Amigo»)	45.400
	603.550		601.730

⁹ Éxodo 30:11–16.

¹⁰ Éxodo 38:26.

¹¹ Números 26.

¹² Los nombres impresos en mayúsculas son los de los portadores-generales (ver más adelante). Se verá que de los doce príncipes el de Judá tiene un nombre peculiar. El nombre *Naasón* se deriva de una *serpiente*. Sin entretenernos en especulaciones ilusorias, podemos sugerir que esto puede ser una referencia profética al Gran Profeta que iba a herir la cabeza de la *serpiente*. Con esto también concuerda el nombre de su padre *Aminadab*, «mi pueblo es noble».

Una comparación de estas cifras evidenciará que, mientras unas tribus crecieron notablemente otras disminuyeron de forma notable, durante los treinta y ocho años de travesía. Así, por ejemplo, Isacar creció 19 %, Benjamín y Aser 29 %¹³, y Manasés aproximadamente 63 %; mientras que Rubén decreció 6 %, Gad 12 %, Neftalí 15 %, y Simeón casi 63 %. Algunos intérpretes han relacionado los notables descensos en estas tribus con el juicio debido al servicio de Baal Peor; el hecho que Zimri, un príncipe de la tribu de Simeón, había sido un transgresor tan notable¹⁴ llevando a la inferencia que la tribu misma también estuvo ampliamente implicada en el pecado.

También se ha notado que los levitas fueron tomados para el ministerio del santuario en lugar de los primogénitos de Israel.¹⁵ El número de estos últimos era de 22.273.¹⁶ Pero esta afirmación no debe implicar que, de entre todos los varones judíos, un total de más de un millón¹⁷ de todas las edades (desde el abuelo hasta el niño recién nacido) solo había 22.273 «primogénitos». Es evidente que esta cifra indica únicamente el número de primogénitos desde su salida de Egipto.

En cuanto a los que nacieron antes del éxodo se nos dice con claridad:¹⁸ «mío es todo primogénito; desde el día que yo herí a todo primogénito en la tierra de Egipto, santifiqué para mí todos los primogénitos de Israel». Por esto, la nueva santificación de los primogénitos de Israel y su sucesivo censo en vistas de la substitución de los levitas en su lugar debió originarse después de la noche de la Pascua. Así los 22.273 primogénitos, que fueron substituidos por los levitas, representan a los que nacieron después de salir de Egipto. Si este número parece proporcionalmente demasiado elevado, debemos recordar que las medidas de opresión de Faraón debieron tender a disminuir el número de casamientos durante la última parte de la estancia de Israel en Egipto, mientras que las perspectivas de una libertad cercana los aumentaría inmensamente.¹⁹ Además, es bien sabido que incluso ahora la proporción de niños en comparación con niñas es mucho mayor entre los judíos que entre los gentiles.²⁰ Bajo esta luz, el relato de la Escritura sobre este tema no presenta dificultad alguna al lector cuidadoso.²¹

Como ya se ha explicado, los levitas no fueron censados con las otras tribus, sino separadamente,²² y designados ministros de Aarón el sacerdote «para el servicio del tabernáculo», en lugar de los primogénitos de Israel (3:5–13). Al no ser considerados como parte del ejército, fueron contados «desde un mes arriba», siendo el número de sus varones de 22.000, el cual en el segundo censo (después de la travesía de treinta y ocho años) aumentó hasta 23.000.²³ Esta cifra se interpreta como implicando unos 13.000 hombres, de veinte años arriba (un número inferior a la mitad de la más pequeña de las tribus (Benjamín, 35.400). Con estos cálculos

13¹³ Las variaciones de las cifras de población son muy notables.

14¹⁴ Números 25:6–14.

15¹⁵ Números 3:11, 12.

16¹⁶ Números 3:43.

17¹⁷ Siendo el número total de unos dos millones, un millón de varones sería la proporción común.

18¹⁸ Números 3:13; 8:17.

19¹⁹ Resulta poco seguro sacar conclusiones definitivas en base a *datos estadísticos actuales* en cuanto al estado de Israel en esa época. Pero no hay nada tan notable como la influencia de las circunstancias exteriores sobre el número anual de bodas. Así, en Austria, hubo 361.249 bodas en una población de 36.500.000 habitantes en 1851; mientras que en 1854, con un censo superior a 37 millones, se dieron solamente 279.202. En Inglaterra la población aumentó en un millón de 1866 a 1869, mientras que en el último año hubo casi 11.000 bodas menos que en el primero.

concuera la afirmación²⁴ que el número de levitas «desde el de edad de treinta años arriba hasta el de edad de cincuenta años, todos los que entraban para ministrar en el servicio», eran un total de 8.580.²⁵ Parece ser que la misma proporción entre Leví y el resto del pueblo continuó al pasar el tiempo, según entendemos por los resultados del censo realizado por el rey David,²⁶ cuando Leví solamente había aumentado de 23.000 a 38.000, mientras que el resto de las tribus habían aumentado más del doble. Los levitas fueron estructurados en familias según sus antepasados, Gersón, Coat y Merari, los tres hijos de Leví.²⁷ Los gersonitas (a su vez divididos en dos familias, y con un total de 7.500), bajo su líder Eliasaf («Mi Dios que reúne»²⁸) estaban encargados del «tabernáculo», o mejor dicho, «del lugar de morada»; de «la tienda»; de «su cubierta»; y de «la cortina de la puerta del tabernáculo de reunión»; como también de «las cortinas del atrio» (donde se hallaba el tabernáculo); de las cortinas de su puerta; y de todas las cuerdas necesarias para dichas «cortinas». Hemos prestado especial atención a la traducción de este fragmento, porque demuestra que la idea general, que coloca las cortinas «del lino torcido, y azul, y púrpura, y escarlata»,²⁹ fuera de las tablas que formaban la estructura del tabernáculo, es totalmente errónea. Evidentemente, estas cortinas, y no las tablas, constituían «el tabernáculo», o mejor «la

20²⁰ La proporción de niños y niñas nacidos en Inglaterra varía curiosamente de año en año, y en diferentes condados. La proporción más baja de niños fue en Huntingdonshire en 1868, cuando descendió hasta 94.3 niños por 100 niñas. Pero la proporción media durante los diez últimos años da de 102 a 106 niños. (Este último dato corresponde a Cornwall) por 100 niñas. En 1832 la proporción en Ginebra era de 157 niños por cada 100 niñas. Entre los judíos en algunos lugares la proporción *media* ha sido, durante una media de 16 años, de 145 niños por 100 niñas. El lector interesado en estos temas puede consultar mi artículo: «On certain Physical Peculiarities of the Jewish Race», en la *Sunday Magazine* de 1869, pp. 315, etc.

21²¹ Las opiniones de los judíos sobre la redención de los primogénitos en los tiempos de Cristo diferían de los de la Biblia. Ver mi *Temple, its Ministry and Services at the time of Christ*, p. 302.

22²² Números 3:15.

23²³ Números 3:39; 26:62.

24²⁴ Números 4:48.

25²⁵ No podemos entrar aquí en más detalles numéricos. Pero sí podemos afirmar, y afirmamos, que toda supuesta dificultad sobre este tema desaparece ante un estudio cuidadoso del Texto Sagrado.

26²⁶ 1 Crónicas 23:3.

27²⁷ Números 3:14–43.

28²⁸ La importancia del significado de los nombres de «los príncipes», como indicadores de las esperanzas espirituales de Israel en Egipto, ya ha sido señalada en otro capítulo anterior.

29²⁹ Éxodo 26:1.

morada»;³⁰ ya que la «tienda», en el exterior de la estructura consta de once cortinas de pelo de cabra,³¹ y «las cubiertas» de todo esto eran dobles: una de piel de «carneros teñida roja», y la otra de «pieles de tejones».³²

Mientras que los gersonitas estaban encargados de «la morada», «la tienda» y las cortinas de la parte exterior, el cuidado de las «tablas de la morada», con todo lo que pertenecía a ellas, y de las «columnas del atrio a su alrededor» (en pocas palabras, de toda la estructura sólida exterior del tabernáculo y del atrio) cayó sobre los meraritas, bajo su jefe, Zuriel («Mi Roca es Dios»). Finalmente, el cargo más importante (el del contenido y los vasos del santuario) fue confiado a los coatitas, bajo su jefe Elizafán («Mi Dios mira alrededor»).

Preparación del campamento, y sus implicaciones simbólicas

Visto en su totalidad, el campamento de Israel formaba un cuadrado triple; un patrón simbólico, desarrollado en el Templo de Salomón, más avanzado todavía en el de Ezequiel, y finalmente en toda su plenitud en «la ciudad que se halla establecida en cuadro».³³ El cuadrado interior (aunque algo alargado y por ello imperfecto en su anchura [o comprensión], y tampoco teniendo una forma perfecta de cubo, exceptuando el Lugar Santísimo propiamente dicho [que era un cubo]) era ocupado por «la morada», cubierta por «la tienda», y rodeada por su «atrio». Alrededor de este cuadrado interior había otro, ocupado por los ministros del tabernáculo: al este, o a la entrada del atrio, Moisés, Aarón y los hijos de éste; al sur los coatitas, que tenían el cargo levítico más importante; al oeste los gersonitas; y al norte los meraritas. Finalmente, había un tercer recuadro exterior, que formaba el campamento de Israel. El este o lugar más importante lo ocupaba Judá, llevando el estandarte de la división. Con Judá estaban Isacar y Zabulón (los hijos de Lea), las tres tribus juntas formaban una hueste de 186.400 hombres. La sección sur era ocupada por Rubén, con el estandarte de esa división, acampando probablemente cerca de Zabulón, o en la esquina del sureste. Con Rubén estaban Simeón y Gad (los hijos de Lea y de Zilpá, la sierva de Lea), formando todos juntos una hueste de 151.450 hombres. La sección oeste estaba ocupada por Efraín, con el estandarte de su división posiblemente acampado cerca de Gad, o en la esquina suroeste. Con Efraín estaban Manasés y Benjamín (es decir los tres descendientes de Raquel), formando juntos una hueste de 108.100 hombres. Finalmente, la sección norte estaba ocupada por Dan, con su estandarte, acampando probablemente cerca de Benjamín, o en la esquina noroeste. Con Dan estaban Aser y Neftalí (los hijos de Bilá y Zilpá), formando una hueste de 157.600 hombres.

La travesía

Este también era el orden de marcha, Judá iba delante con su división, después Rubén, con su división, luego el santuario con los levitas según el orden de su campamento, con Efraín y Dan formando la retaguardia. El texto sagrado no describe las banderas llevadas por las cuatro tribus que lideraban. Según la tradición judía llevaban como emblemas «el aspecto de las cuatro criaturas vivientes», vistas por Ezequiel en su visión del Carruaje,³⁴ siendo el color del estandarte el mismo de la piedra preciosa que se hallaba en el pectoral del sumo

³⁰ Así debería traducirse tanto en Números 3:25 como en Éxodo 26:1, 5.

³¹ Éxodo 26:7.

³² Éxodo 26:14.

³³ Apocalipsis 20:9; 21:16. No podemos tratar este punto con más profundidad aquí, pero el simbolismo del cuadrado triple, y el significado simbólico de las visiones proféticas en Ezequiel y el Libro del Apocalipsis se presentarán rápidamente al estudioso de la Escritura.

³⁴ Ezequiel 1:10.

sacerdote, donde se habían grabado los nombres de las tribus que llevaban estandarte.³⁵ En cuyo caso Judá llevaría en su estandarte un león sobre un fondo rojo (la piedra sardia o el sardo), Rubén la cabeza de un hombre sobre un fondo rojo oscuro (el rubí o el carbunclo), Efraín la cabeza de un buey sobre un fondo de jacinto (el ligurio, según algunos, ámbar liguriano), Dan un águila sobre un fondo azul brillante, como el oro (el antiguo crisólito, tal vez nuestro topacio).

Todo esto suponiendo que los nombres fuesen grabados en el mismo orden en que las tribus acamparon. Pero Josefo y algunos rabinos colocan los nombres grabados en el pectoral en el mismo orden que el efod del sumo sacerdote,³⁶ es decir, «según su nacimiento». En dicho caso Rubén estaría sobre la piedra sardia o el sardo, Judá en el rubí o carbunclo, Dan en un zafiro, o tal vez lapislázuli (azul), y Efraín sobre ónice, o también un berilo; el color de las banderas, lógicamente, cambiaría en cada caso del modo correspondiente. Se supone que, en su totalidad, el campamento ocupaba unas tres mil millas cuadradas.

Como ya explicamos en capítulos anteriores, las órdenes de marchar o reposar eran dadas por medio de la nube donde se hallaba la presencia divina. Pero la señal real para caminar eran dos trompetas de plata usadas por los hijos de Aarón. Un aviso prolongado indicaba el comienzo de la marcha. Ante el primer aviso, debía avanzar hacia adelante la parte este del campamento, a la segunda las del sur, luego llegaba el tabernáculo y sus guardas, la parte oeste, y finalmente la parte norte del campamento, y Neftalí cerraba la retaguardia.

Por otro lado, cuando se convocaba una asamblea del pueblo, la señal era un toque de trompetas con tonos breves y agudos. En general, y para todos los tiempos, el toque de estas trompetas de plata, tanto en guerra, como en ocasiones de fiesta o gozo, tenían este significado espiritual: «seréis recordados delante de Jehová vuestro Dios».³⁷ En otras palabras, Israel era un ejército, y como tal era convocado por el toque de trompetas. Pero Israel era un ejército cuyo líder y rey era Jehová, y las trompetas que llamaban a dicho ejército eran trompetas de plata del santuario, tocadas por los sacerdotes de Jehová. De ahí que estos toques de trompeta trajeran a Israel, como ejército del Señor, en recuerdo ante su Dios y rey.

Capítulo 16

(Números 7–9)

Se recogen tres acontecimientos más antes de que el campamento de Israel parta del monte Sinaí, aunque, por alguna razón especial, tal vez no se dieran en el orden exacto en que aparecen, por alguna razón especial, en el texto sagrado. Estos sucesos fueron: *las ofrendas* de ciertos dones de parte de «*los príncipes*» de Israel:¹ la *separación real de los levitas* para el servicio por cuya causa ya habían sido designados;² y una *segunda celebración de la Pascua*.³

³⁵ ³⁵ Éxodo 28:15–21.

³⁶ ³⁶ Éxodo 28:10.

³⁷ ³⁷ Números 10:1–10.

¹ Números 7.

² Números 8.

³ Números 9:1–14.

Las ofrendas de los «príncipes»

Las ofrendas de los príncipes empezaron inmediatamente después de la consagración del tabernáculo.⁴ Pero su registro se inserta en Números 7, en parte para no interrumpir la serie consecutiva de las ordenanzas levíticas, que naturalmente venía después del relato de la consagración del tabernáculo,⁵ y por otra parte porque una de las ofrendas de los príncipes hacía especial referencia al viaje por el desierto, que estaba a punto de ser reiniciado. Probablemente esas ofrendas se presentaran en algunos de los días en los cuales parte de las ordenanzas levíticas eran también proclamadas. Sabemos que la presentación de dones de parte de los príncipes ocupó, en total, todas las mañanas de doce o trece días.⁶

En el primer día⁷ trajeron en común «seis carros cubiertos y doce bueyes», para el transporte del tabernáculo durante los viajes de los hijos de Israel. Cuatro de estos carros con ocho bueyes fueron dados a los *meraritas*, que se encargaban de la estructura pesada y de las columnas; los otros dos carros y los cuatro bueyes a los *gersonitas*, que tenían la custodia de las cortinas. En cuanto a los vasos del santuario, debían ser llevados por los *coatitas* sobre sus hombros. Luego, durante los siguientes doce días «los príncipes» ofrecieron sucesivamente cada uno el mismo regalo, de modo que así «hubiese igualdad», anticipándose con ello también al principio del Nuevo Testamento.⁸ Cada ofrenda constaba de un «plato de plata» de unas cuatro libras y media, un «jarro de plata» de unas dos libras y cuarto, ambos llenos de harina fina mezclada con aceite para ofrenda de carne, y una «cuchara de oro» de un tercio de una libra de peso, «llena de incienso». Estos dones fueron acompañados por ofrendas de holocausto, de expiación y de paz, que sin duda se sacrificaban cada día, al ser presentados los vasos en el santuario. Y al traer sus ofrendas preciosas, con humilde confesión de pecado sobre sus sacrificios, con acción de gracias y oración, el Señor demostró, en su gracia, su aceptación hablando a Moisés «desde el propiciatorio», «de entre los querubines».⁹

Separación de los levitas

El segundo acontecimiento fue *la separación formal de los levitas*,¹⁰ que fue precedida por importantes instrucciones dadas a Aarón en cuanto a encender el candelero de siete brazos en el santuario. A fin de hacer más claro el significado de este símbolo, se añadió: «las siete lámparas alumbrarán hacia adelante del candelero»; esto implica que cada una de las siete lámparas (el número también es significativo) debe ser colocada de modo que den su luz sobre la oscuridad hacia adelante del candelero. Cada una por separado, pero todas ellas formando parte de un solo candelero en el Lugar Santo, y quemando el mismo aceite sagrado, debía resplandecer en la oscuridad hacia adelante del candelero. Porque la luz del candelero era un símbolo de la

⁴ Levítico 8:10; 9:1; comp. Números 7:1.

⁵ Levítico 11 hasta el final del libro.

⁶ Con la ayuda de la Paragraph Bible sería fácil disponer las ordenanzas levíticas (Lv. 9 –final) en doce o trece secciones correspondientes a dicho número de días.

⁷ Números 7:1–9.

⁸ 2 Corintios 8:14.

⁹ Números 7:89.

¹⁰ Números 8:5, etc.

misión de Israel como pueblo de Dios, y los levitas sólo eran representantes de todo Israel, habiendo sustituido a sus primogénitos.¹¹ En este relato, los levitas no fueron tampoco «santificados» de modo especial, como lo habían sido los sacerdotes,¹² sino simplemente «lavados» para su ministerio, y después de esto fueron presentados al Señor. La primera parte del servicio simbólico consistía en rociarlos con «agua del pecado» (generalmente traducido por «agua de la expiación»), con la doble finalidad de confesar la contaminación del pecado e indicar su expulsión. Después de esto debían afeitarse todo su pelo y lavar sus ropas. Entonces los levitas estaban «sin pecado» (purificados) (8:21),¹³ en cuanto a lo que afectaba a su persona. Luego seguía la dedicación al trabajo. Con esta finalidad los levitas fueron conducidos «delante del tabernáculo» (8:9), es decir, probablemente en el atrio exterior, llevando con ellos dos novillos; uno para el holocausto, el otro para una ofrenda de expiación, y cada uno de ellos con su ofrenda. El pueblo, por medio de sus representantes (los príncipes), pusieron sus manos sobre ellos, para constituirlos como substitutos y representantes. Luego Aarón los llevó «delante de Jehová» (v. 10), es decir, al Lugar Santo, y «los ofrecieron como ofrenda de los hijos de Israel» (probablemente llevándolos al altar y hacerles regresar de nuevo), después de lo cual, los levitas debían poner sus manos sobre los sacrificios que ahora ofrecía Aarón, quien de este modo «hizo expiación por ellos» (v. 21). El significado de todos estos símbolos resultará suficientemente claro. «Y así vinieron después los levitas para ejercer su ministerio en el tabernáculo de reunión» (v. 22).

Segunda celebración de la Pascua

El tercer suceso que se narra es la segunda celebración de la pascua en el aniversario de la liberación de Israel de Egipto, «a su tiempo, conforme a todos sus ritos y conforme a todas sus leyes la celebraréis».¹⁴ Llamamos en especial la atención a cómo el Señor dirigió todos los detalles de nuevo: repitiendo de modo explícito aquí la orden de «observar la pascua» tal vez para obviar la posibilidad de tales errores como que la pascua no se observaba de año en año. De nuevo, cuando ciertos hombres «contaminados por un cuerpo muerto» se quejaron de que habían sido excluidos de la fiesta por este mismo hecho, Moisés no tomó una resolución sobre el asunto él solo, sino que llevó su caso delante de Dios. Las instrucciones dadas fueron que, bajo tales circunstancias o situaciones parecidas, la pascua debía ser observada exactamente un mes más tarde, añadiendo al mismo tiempo, para guardarse contra cualquier negligencia voluntaria, no por obligación, que cualquiera que no cumpliera la ordenanza sin tales razones debía ser «cortado de entre su pueblo».¹⁵ Porque, ya que el valor de los ritos simbólicos dependía de su entereza, de modo que si una parte de los mismos, por pequeña que fuera, se omitía, el todo quedaba anulado, así, por otro lado, el cumplimiento de Israel de los ritos prescritos debía ser completo en todos los detalles para asegurar los beneficios prometidos a la obediencia de fe. Pero no recibir estos beneficios debía dejar a un israelita fuera del pacto, o exponerlo al juicio divino. Además, al ser causado por incredulidad o desobediencia, implicaba el castigo merecido por la rebelión contra Dios y su palabra.

¹¹11 Números 3:11–13.

¹²12 Leemos en Éxodo 29:1, con referencia a Aarón y sus hijos, «Esto es lo que harás para consagrarlos, para que sean mis sacerdotes» (literal: «consagrarlos para que sacerdoteen para mí», usando la palabra «sacerdote» como un verbo). En el caso de los levitas no hubo ni consagración ni sacerdocio, sólo lavamiento para el ministerio o servicio. Es evidente, el sacerdocio aarónico señalaba a Cristo y cesó con el mismo, nuestro único Sumo Sacerdote.

¹³13 Ésta es la traducción literal del término hebreo, que es el mismo que usa David en Salmos 51:9.

¹⁴14 Números 9:3.

¹⁵15 Números 9:13.

Capítulo 17

(*Números 10:29–11*)

Finalmente, el día veintiocho del segundo mes,¹ se recibió la señal de marchar de Sinaí.

Salida de Sinaí

La nube que había estado posada sobre el tabernáculo se movió; las trompetas de plata de los sacerdotes convocaron a «los campamentos» de Israel en su marcha, y al empezar el arca su caminar, Moisés, con una gozosa confianza de fe, pronunció esas palabras mezcladas de oración y alabanza que, marcando el progreso de Israel hacia la Tierra de la Promesa, han sido desde entonces más la señal de todo movimiento hacia adelante de la iglesia.²

Levántate Jehová, sean esparcidos tus enemigos:

Y huyan de tu presencia los que aborrecen.

El destino general de Israel era, en primer lugar, «el desierto de Parán», un nombre conocido por mucho tiempo.³ Se puede decir que este trayecto ocupaba toda la parte del norte de la península del Sinaí, entre el llamado Arabá⁴ al este, y el desierto de Shur al oeste,⁵ que separa Filistea de Egipto. Allí Israel se hallaba encerrado por los descendientes de Esaú; por un lado los edomitas, cuyo país yacía al este del Arabá, y por el otro los amalecitas, mientras que directamente delante de ellos los amorreos. Toda esa región todavía ahora tiene el nombre de Bádiet et Tíh, «el desierto del error». Su sección del sur parece ser introducida como en cuñas dentro de la península de Sinaí propiamente dicha, de la cual es separada por un círculo de arena. Ascendiendo desde el llamado Tor, que había sido el escenario del primer año de peregrinación de Israel y de la legislación sinaítica, el Tíh podía ser alcanzado por medio de uno de los varios pasos por las montañas que forman su frontera meridional. El Et Tíh propiamente dicho «es una meseta de piedra caliza de superficie irregular».⁶ Se puede describir generalmente como «llanuras abiertas de arena y grava ... rotas por unos pocos valles», y en la actualidad se halla «casi sin agua, con la excepción de unas pocas fuentes, situadas en los vadis más grandes», las cuales no obstante, producen más bien una mezcla de arena y agua que de agua propiamente dicha. «El terreno es en su mayor parte duro e improductivo, y en muchos lugares está cubierto con una alfombra de pequeños pedernales, que están tan gastados y pulidos ... que parecen pedazos de vidrio negro.» Pero en la primavera, se da aun aquí un herbaje escaso, mientras que en los vadis más grandes siempre hay suficiente cantidad para los camellos, e incluso «algunos pedazos de terreno cultivable». Tal era ese «desierto

¹Es decir, el mes después de la Pascua; probablemente a mediados de mayo.

²Salmos 68:1. «Con la finalidad de armar a la iglesia con confianza, y fortalecerla con alegría contra violentos ataques de los enemigos» —*Calvino*.

³Génesis 14:6; 21:21.

⁴El profundo valle que va desde el Mar Muerto hasta el golfo de Akabá.

⁵Génesis 16:7; Éxodo 15:22.

⁶Si no se dice lo contrario, las citas entre comillas son de Palmer, *Desert of the Exodus*.

grande y espantoso, lleno de serpientes ardientes, y de escorpiones,⁷ y de sed, donde no había agua»,⁸ por el cual Jehová su Dios guió a Israel.

Una retrospectiva aún más temprana de parte de Moisés nos ofrece todavía más vivos los acontecimientos que vamos a describir. Dirigiéndose a Israel, les recuerda:⁹ «Salidos de Horeb, anduvimos todo aquel grande y terrible desierto que habéis visto, por el camino del monte del amorreo, como Jehová nuestro Dios nos lo mandó; y llegamos hasta Cadés-barnea». Este «monte de los amorreos» es el lugar más interesante de Et Tih, o «desierto del error». Llegados allí, parecía como si Israel ya estuviese a punto de tomar posesión de la tierra prometida. Por ello, los espías salieron a ver la tierra. Pero también aquí se pronunció la frase que condenaba a toda esa generación incrédula, de corazón débil para que cayeran en el desierto, y por ello Israel tenía que volver a empezar desde cero, al final de su travesía de cuarenta años, en su viaje de posesión. «El monte de los amorreos» es una meseta al noreste del Et Tih, de unas setenta millas de longitud por cuarenta o cincuenta de ancho, que se extiende hacia el norte acercándose a Beerseba. Contiene muchos lugares que nos resultan conocidos por la historia de los patriarcas, y también hechos notorios posteriores. Según la descripción de los viajeros, nos hallamos literalmente ante una tierra en ruinas, muchas de ellas con fechas muy antiguas hasta llegar al tiempo de Éxodo o incluso anteriores. Aun el antiguo nombre de los amorreos se conserva todavía hoy por todas partes como ‘Amir y ‘Amori. Deja una impresión especial en la mente encontrar no sólo los antiguos nombres de la Escritura de ciudades que continuaron todos esos miles de años, sino oír que precisamente los pozos cavados por Abraham e Isaac aún conservan su nombre original. A mitad de camino aproximadamente hacia Beerseba la naturaleza de toda la escena cambia. En vez de desierto nos encontramos con anchos valles, con muchas y cada vez más numerosas evidencias de población anterior en el lugar. Sin duda alguna, nos encontramos, en el *Negueb*, o «país del sur», que se extiende desde Cadés a Beerseba. Si «algunos restos de piedras primitivas» que se hallan por toda la península del Sinaí han sido considerados por los viajeros más recientes como indicadores de los viajes, o mejor dicho de las paradas más prolongadas de Israel en «el desierto», hay un tipo que merece especial mención. Se trata de las conocidas por «Hazerot», o «círculos vallados», que constan de una «pared baja de piedras donde se han introducido gruesos manojos de espinosa acacia, formando las ramas entretejidas y los largos pinchos, como agujas, un seto perfecto e impenetrable alrededor del campamento» de tiendas y rebaño que guardaban. Estas «Hazerot», tan mencionadas en la Escritura, abundan en esta región.

Travesía al desierto de Parán

Éste era pues el objetivo y la línea de la travesía que Israel había de emprender, cuando, ese día de principios del verano, el arca y el ejército del Señor avanzaban alejándose del pie del Sinaí. Después de una petición reiterada de Moisés, Hobab, el cuñado de Moisés, aceptó acompañar a Israel, y actuar como su guía en el desierto, con la fe de participar posteriormente de «el bien que Jehová» había de hacer a su pueblo.¹⁰ Esto se comprende gracias a textos como Jueces 1:16; 1 Samuel 15:6; 27:10; 30:29. A pesar del hecho que la columna de nube era el guía real del pueblo de Israel en todos sus viajes, el conocimiento del lugar por parte de Hobab resultaba ser, sin duda alguna, de gran utilidad para indicarles la localización de fuentes y pastos. Y así es siempre. El movimiento o la parada de la nube debe ser nuestro único guía; pero, bajo sus indicaciones,

⁷ «Durante el día atrapamos y pusimos en botellas un grande especimen de cerastas, o serpiente cornuda, una especie muy venenosa, que abunda en el desierto» –*Desert of the Exodus*, p. 310.

⁸ Deuteronomio 8:15.

⁹ Deuteronomio 1:19.

¹⁰ Números 10:32.

debemos buscar con diligencia y agradecer los mejores medios que la habilidad o el conocimiento humano puedan aportar.

Así, Israel viajó durante tres días sin hallar «un lugar de reposo». Por entonces ya debían haberse introducido plenamente en aquel «grande y terrible desierto». El calor abrasador del sol de mayo reflejado por un suelo como aquel, las fatigas de una travesía de esas características, con una probable escasez de agua y la necesidad de pastos para sus rebaños; todo esto se combinaba para deprimir a aquellos cuyos corazones no eran fuertes en la fe y no estaban repletos del deseo de alcanzar el nuevo país. Detrás, y a su alrededor, quedaba el grande desierto, y, hasta donde alcanzaba la vista, no había ningún «lugar de reposo» delante de ellos. En verdad, antes de heredar las promesas, Israel debía pasar por una prueba de fe análoga a la que Abraham había soportado. Solo que en su caso cada victoria había sido realizada con mayor ánimo, mientras en el caso del pueblo cada fracaso recibía advertencias más fuertes, hasta que al final llegó el juicio que impidió a la generación incrédula tener su parte del disfrute de la promesa. Tres días de camino bajo tales dificultades,¹¹ y «el pueblo era como los que se quejan del mal a los oídos de Jehová».¹² Pero al repercutir esto directamente en Su guía, desagradó al Señor, y un fuego enviado por Jehová «consumió uno de los extremos del campamento». Ante la intercesión de Moisés «el fuego se extinguió». Pero la lección que se podía aprender, y la advertencia comunicada por el juicio que empezó en el extremo del campamento, fue pasada por alto. Incluso el nombre de Taberá (quemar), con el cual Moisés intentó perpetuar la memoria de este acontecimiento, fue desatendido. La extinción del fuego pudo embotar su sensibilidad espiritual, como antes el cese de las plagas endureciera el corazón de Faraón y su pueblo. De este modo, Taberá pronto se convirtió en Kibrot-hattaavá,¹³ y el fuego de la ira que había quemado el extremo atacó ferozmente el interior del campamento.

En Taberá y Kibrot-hattaavá

El pecado de Israel en Kibrot-hattaavá fue causado por la codicia, y se manifestó por medio del desprecio de las provisiones de Dios y el deseo de las de Egipto. La «multitud mezclada» que había salido con Israel fueron los primeros en sentir la codicia. Desde ellos se extendió también entre Israel. La antigua miseria de Egipto (incluso su cruel esclavitud) parecía haber sido prácticamente olvidada, y en sus mentes acudían sólo los más bajos pensamientos sobre la abundante provisión que había suplido sus deseos carnales. Este cuestionar impaciente de codicia decepcionada, «¡Quién nos diera a comer carne!», que se repetía incluso llorando, puede ser explicado solamente en dicho estado de sentimientos. Pero si existía, era natural que también la provisión misericordiosa de Dios del maná fuese desdeñada. Como si intentara destacar aún más su pecado, la Escritura repite aquí la descripción del maná, y de su provisión milagrosa.¹⁴ Cuando Moisés encontró que el «llorar» no se limitaba a ninguna clase en particular, sino que se hallaba extendido de modo generalizado en el pueblo (11:10), y que «la ira de Jehová se encendió en gran manera», su corazón se estremeció. No obstante, como ya ha sido observado, llevó su queja al Señor en oración, y por ello no usó palabras de incredulidad, sino un lenguaje de total depresión. Cuando se comprenden correctamente sus palabras de «¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Lo engendré yo?» implicaban que no era él su padre y su proveedor, sino que lo era Dios,¹⁵ y por ello

¹¹ La distancia de «tres días de camino» (Nm. 10:33) no nos permite aceptar la teoría del Profesor Palmer, que identifica Taberá con la actual Erweist el Ebeirig. *Desert of the Exodus* pp. 257, 312.

¹² Números 11:1.

¹³ La situación de ambos lugares es evidentemente la misma, según se manifiesta con la omisión de Taberá de la lista de acampadas en Números 33:16.

¹⁴ Números 11:7–9.

¹⁵ Éxodo 4:22; Isaías 63:16.

debían echar sus preocupaciones sobre el Señor. Pero, a pesar de ello, la prueba de Moisés se había convertido en este caso en tentación, aunque Dios le dio «con la tentación una salida».

El Señor iba a hacer dos cosas como respuesta a la súplica de Moisés. En primer lugar, en su tierna misericordia, iba a animar a su siervo, y luego manifestaría Su poder y santidad. Con este doble objetivo en vista, Moisés recibió instrucciones de colocar siete ancianos de Israel (probablemente en un semicírculo) alrededor de la entrada del tabernáculo. Estos «ancianos» debían ayudar a Moisés en adelante a llevar la carga del pueblo. Había deseado ayuda, y ahora la recibía, a pesar de que pronto experimentaría que la ayuda del hombre era vana, y que sólo Dios era el verdadero ayudador. Y luego, para mostrar a la vista de todos los hombres que él había designado dicha ayuda, aunque sólo como ayuda para Moisés, Dios «descendió en una nube», habló a Moisés, y entonces puso su espíritu sobre aquellos «ancianos». Como manifestación de este nuevo don «profetizaron», por lo que no debemos entender la predicción de sucesos futuros, sino probablemente ese «hablar en el espíritu» que también es designado como «profetizar»¹⁶ en el Nuevo Testamento. Además, para que el pueblo no lo relacionara con algún poder milagroso inherente en Moisés, descendió el mismo espíritu, con el mismo efecto sobre dos (Eldad y Medad) que habían sido «escritos», es decir, designados para el oficio, pero que por alguna razón no habían podido aparecer en la puerta del tabernáculo. La lección, lógicamente, era necesaria, porque incluso Josué había entendido mal el asunto. Cuando descubrió que Eldad y Medad profetizaban «en el campamento», pensó que la autoridad de su señor estaba comprometida, y deseó «privárselo», porque esos hombres no habían recibido el don por medio de Moisés. Aquí se nos recuerda la conducta parecida de Juan, que quería prohibir a uno «echar fuera demonios» en nombre de Cristo, porque dicha persona no iba con los otros discípulos, y la del Señor rechazando dicho celo equivocado;¹⁷ un error repetido demasiado a menudo, y una reprensión demasiado olvidada en la iglesia cristiana de todos los tiempos. Los sentimientos de Moisés eran muy diferentes. Como siervo fiel, negaba cualquier honor para sí mismo, y sólo expresaba el deseo ferviente que los mismos dones espirituales fuesen compartidos por todo el pueblo del Señor.

Todavía faltaba algo. Dios iba a manifestar su poder haciendo provisión de las necesidades del pueblo, y Su santidad sería cumplida tomando venganza por la codicia de ellos. La lección era particularmente necesaria, porque incluso Moisés había cuestionado, en su primera noticia, la promesa completa de provisión de carne para todo el pueblo en cantidades suficientes para durar un mes.¹⁸ Y de nuevo Dios demostró cuán fácilmente puede producir resultados naturales por medio de lo que nosotros llamamos medios naturales. Como explicamos en un capítulo anterior, en la primavera las codornices emigran en grandes cantidades desde el interior de África hacia el norte. Un viento oriental, soplando del Golfo Árabe, las condujo, en inmensas cantidades, justamente sobre el campamento de Israel. Allí cayeron agotadas por el vuelo, y quedaron a la distancia de un día de camino «a este lado y al otro», en algunos lugares a la altura de dos codos de altura. Es la misma lección que hemos aprendido tan frecuentemente en esta historia. El «viento» que trajo las codornices «salió del Señor», y el número de aves era muy superior a lo que se veía generalmente, aunque un vuelo semejante y un descenso de pájaros similar no son poco comunes. Y así Dios puede, con medios impensados, enviar liberación repentina; sin esperarla ni siquiera uno como Moisés. Pero en cuanto a Israel, habían sido más que satisfechos sus deseos. La provisión de carne ofrecida de este modo no solo era suficiente para el presente, sino que era tanta que la mayor parte fue conservada para uso posterior (11:32). Así demostró Dios la locura de los que murmuraron contra sus provisiones o cuestionaron su habilidad. Todavía quedaba castigar la presunción y el pecado de su conducta.

«Aún estaba la carne entre los dientes de ellos, antes que fuese masticada, cuando la ira de Jehová se encendió en el pueblo, e hirió Jehová al pueblo con una plaga muy grande. Y llamó el nombre de aquel lugar Kibrot-hattaavá (las tumbas de la codicia), por cuanto allí sepultaron al pueblo codicioso. Pero cuán

¹⁶¹⁶ 1 Corintios 12; 14.

¹⁷¹⁷ Marcos 9:38; Lucas 9:49.

¹⁸¹⁸ Números 11:18–23.

profundamente afectara este juicio a los corazones de la gente pía de Israel se aprecia en textos tales como Salmo 78:26–31, mientras que su lección permanente para todos los tiempos es resumida con las siguientes palabras: «Él les dio lo que pidieron; mas envió pobreza a sus almas».¹⁹

Capítulo 18

(*Números 12–14*)

Hasta ese momento el espíritu de rebelión de parte del pueblo había sido dirigido directamente contra Jehová. Si Moisés se había quejado recientemente sobre los continuos juicios en relación con los que él no estaba emparentado de cerca,¹ ahora iba a experimentar toda la amargura de esto: «Serán enemigos del hombre, los de su casa».² Desde Kibrot-hattaavá Israel viajó hasta Hazerot, un lugar muy difícil de identificar por la gran cantidad de «cerros vallados» en esa región.³

Murmuración de María y Aarón

Aquí María, y (aparentemente ante la instigación de la misma)⁴ Aarón también, «habló contra Moisés», como se añade, «a causa de la mujer cusita que había tomado», refiriéndose muy probablemente a un segundo matrimonio de Moisés después de la muerte de Séfora. Por vez primera nos encontramos con el orgullo de Israel por su nación según la carne y el menosprecio de las demás naciones, que aparece por toda su historia posterior, y en la proporción con la cual han malentendido el significado espiritual de su llamamiento. Así, según comenta Calvino, María y Aarón ahora, de hecho, se enorgullecían de ese don profético que debía haberles llenado de un sentimiento de profunda humildad.⁵ Pero Moisés no era como cualquier otro profeta, aunque en su extrema humildad no vindicase su propia posición (12:3). Él «era fiel», o aprobado, «a aquel que le había designado»,⁶ no solamente en un solo punto, sino «en toda la casa» de Jehová, es decir, todo lo que pertenecía al reino de Dios. Y el Señor ahora vindicó a su siervo tanto por medio de declaración pública como por medio del castigo de María con lepra. Ante la súplica de Aarón, que tenía la culpa de su hermana y la suya propia, y la intercesión de Moisés, se eliminó el castigo. Pero el aislamiento de María del campamento de Israel serviría de ejemplo

¹⁹ Salmos 106:15.

¹ Números 11:12.

² Mateo 10:36.

³ Por las razones mencionadas en un capítulo anterior no podemos aceptar la identificación del Profesor Palmer de Hazerot con Ain Hadherah, por interesantes que resulten los detalles. Ver *Desert of the Exodus*, vol. I, pp. 256, 259, y vol. II, pp. 289, 313, etc.

⁴ Lo entendemos así por la mención en primer lugar de María, y por el hecho que Números 12:1 se traduce literalmente así: «Y ella habló, María, contra Moisés».

⁵ Números 12:2.

⁶ Números 12:7.

para todos de cómo uno que se había enorgullecido de unos privilegios mayores que los demás podía ser expulsado incluso de la comunión normal del campamento de Israel.

Tras pasar los siete días de la separación de María, Israel reinició su marcha hacia la tierra prometida. Cuando ya habían casi alcanzado los límites de la tierra, sucedió algo que se convirtió en el punto crucial de la historia de esa generación, pero que iba a ser símbolo de todo el futuro de Israel. Porque como esa generación rechazó en su incredulidad entrar en la tierra prometida cuando la posesión de la misma estaba a su alcance, y como se rebelaron contra Dios y despreciaron la autoridad de Moisés, así también sus hijos rechazaron el cumplimiento de las promesas en Cristo Jesús, desconocieron a aquel a quien Dios había exaltado como príncipe y salvador, y gritaron: «Fuera con ese, fuera con ese». Y como los cuerpos de los que se habían rebelado cayeron en el desierto, así un juicio espiritual similar cayó sobre ese terrible grito: «Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Pero, bendito sea Dios, porque como la misericordia estaba reservada para la descendencia de esa generación rebelde, así también, en el tiempo previsto por Dios, Israel volverá de nuevo al Señor y disfrutará de las promesas hechas a los padres.

El escenario de este suceso eternamente memorable fue «el desierto de Parán», o, para definir el lugar más exactamente: *Cadés-barnea*.⁷ El lugar fue identificado primeramente por el Dr. Rowlands y Canon Williams,⁸ y desde entonces ha sido descrito en su integridad por el Profesor Palmer, para que podamos seguir el avance paso a paso. Cadés es la moderna *'Ain Gadis*, o fuente de Cadés, y yace en aquella meseta en el noreste del desierto de Parán, que formaba la fortaleza de los amorreos.⁹ Un poco al norte comienza el Negueb o «país del sur» de Palestina,¹⁰ el cual, como ya hemos explicado, llega hasta más o menos Beerseba, y donde empieza realmente la Tierra Prometida. La región es adecuada para el pastoreo, y muestra abundantes indicios de haber sido habitada, y, en el norte, también hay evidencias de antiguo cultivo de viñas. Aquí, y no en los alrededores de Hebrón, como se suele suponer, debemos buscar el valle de Escol,¹¹ de donde los espías trajeron, a su retorno, los racimos de uvas, como muestras de la productividad del país. Cadés propiamente dicha se halla al pie del precipicio de donde brota 'Ain Gadis. Al este hay una cordillera de montañas, al oeste se extiende una ancha llanura, donde los cananeos se habían reunido esperando el avance de Israel. Por ello, si los espías debían «subir al Negueb» («país del sur»), tenían que «subir por la montaña»,¹² para evitar las huestes de Canaán. Al proceder de ese modo dieron un rodeo, pasando al sur de 'Ain Gadis, a través de lo que se conoce en la Escritura como el Desierto de Zin (13:21), de donde subieron a las montañas. Hasta este punto parece necesario comprender la situación del relato.

Los espías son enviados a Canaán

⁷Números 13:26; Deuteronomio 1:19.

⁸El mérito del descubrimiento pertenece indiscutiblemente al Dr. Rowlands y Canon Williams. Ver Williams, *Holly City*, vol. I, p. 464.

⁹Cadés antes se llamaba En *Mishpat*, «Pozo de Juicio», Gn. 14:7. La aparición de En en el nombre antiguo lo identifica mejor con el 'Ain Gadis de Canon Williams, el Sr. Wilton y al Profesor Palmer.

¹⁰¹⁰La traducción «sur», puede confundir al lector en general.

¹¹¹¹ Escol significa en hebreo un racimo de uvas.

¹²¹² Números 13:17, 22.

Pero volvamos a nuestro tema. En Deuteronomio 1:22 se nos da a entender que la propuesta de enviar espías «para inspeccionar la tierra» había sido sugerida originalmente por el pueblo. Moisés dio su consentimiento, con el permiso del Señor,¹³ añadiendo, no obstante, una exhortación a «esforzarse» (Nm. 13:20), para que esto no se asociara con temor del pueblo de la tierra. Doce personas, aparentemente las más aptas para el trabajo, (espiritual y naturalmente) fueron escogidos de los «gobernantes» de las tribus.¹⁴ De ellos solamente conocemos a *Caleb* y *Josué*, el «ministro de Moisés», cuyo nombre Moisés había cambiado de *Oseas*, que significa «ayuda», a Josué, o «Jehová es ayuda». Habiendo pues recibido los espías indicaciones detalladas y precisas, salieron del campamento de Israel en «el tiempo de las primeras uvas», es decir, hacia finales de julio. Hasta aquí actuaron con éxito. Eludiendo a los cananeos, entraron en Palestina, e inspeccionaron la tierra hasta su frontera más septentrional, «hasta Rehob, entrando en Hamat», llegando del norte, no iban a provocar sospechas. A continuación, descendieron por Hebrón y exploraron la ruta que llevaba al Negueb por el lado occidental de las montañas. «En uno de estos extensos valles (tal vez en vadi Hanein, donde millas de viñedos incluso ahora deleitan nuestra vista) cortaron el racimo gigante de uvas, y recolectaron las granadas y los higos, para mostrar cuán buena era la tierra que el Señor les había prometido en heredad».¹⁵

El «mal informe» de los espías

Tras una ausencia de cuarenta días, los espías volvieron al campamento. El informe y las muestras de la fertilidad de la tierra que trajeron confirmaban perfectamente la promesa inicial de Dios a Israel.¹⁶ Pero ellos añadieron:¹⁷ «Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas; y también vimos allí a los hijos de Anac»,¹⁸ a los cuales, por su temor, parecen haber identificado (v. 33) con los *Nefilín* del mundo antediluviano.¹⁹

Este habitante produjo un terror inmediato, y Caleb intentó calmarlo en vano. Su contradicción sólo causó palabras más fuertes de parte de los otros «espías», culminando con la afirmación que, aunque Israel tuviese que poseer la tierra, se trataba de una tierra que «traga a sus moradores», es decir, un país rodeado y poblado por razas feroces en un estado constante de guerra por obtener su posesión. Así, los más dignos de confianza y los más valientes de entre las tribus, con la sola excepción de Caleb y de Josué (cuyo testimonio puede ponerse a un lado sobre la base de su relación íntima con Moisés), ahora estaban declarando su ineptitud para conquistar o poseer la tierra, por cuya causa habían abandonado las comodidades de Egipto y pasado por dificultades y peligros del «grande y terrible desierto».

13¹³ Números 13:1.

14¹⁴ No de los «príncipes», según se comprende por la comparación de nombres. Compárese Números 13:4–15 con 1:5, etc; 7:12, etc.

15¹⁵ Palmer, *Desert of the Exodus*, vol. II, p. 512.

16¹⁶ Éxodo 3:8.

17¹⁷ Números 13:28.

18¹⁸ Literalmente «Los Anac», probablemente una raza o tribu, tal vez descendientes de los habitantes de Palestina antes que tomaran posesión de ella los cananeos. El significado de Anak es probablemente «de cuello largo».

19¹⁹ Génesis 6:4. Traducidos generalmente en castellano por «gigantes», en Números 13:33.

Rebelión del pueblo y juicio contra ellos

A continuación llegó una noche de completa desmoralización; el resultado fue una rebelión abierta contra Moisés y Aarón, rebelión directa contra Jehová, y la propuesta de elegir un nuevo líder y volver a Egipto. En vano «se postraron sobre sus rostros» Moisés y Aarón delante de Dios a los ojos de toda la congregación; en vano Josué y Caleb «rasgaron sus vestidos» en muestras de su duelo, y suplicaron al pueblo que recordase que la presencia de Jehová con ellos implicaba algún tipo de éxito. El pueblo excitado solamente «hablaba» de apedrearlos, cuando de pronto «la gloria de Jehová se mostró en el tabernáculo de reunión a todos los hijos de Israel».²⁰ El Señor ya casi había procedido a destruir a todo el pueblo en el acto, cuando Moisés intercedió de nuevo; una figura del gran Guía y Mediador de su pueblo. Con unas súplicas mucho más apremiantes que nunca, luchó con Dios; su lenguaje consistente, en su intensidad, en frases abruptas, amontonando petición sobre petición, pero todo ello sobre la base de la gloria de Dios, sobre sus tratos pasados, y especialmente sobre la grandeza de su misericordia, repitiendo al hacer esto las mismas palabras que el Señor había utilizado, en su condescendencia, para revelar su más interno Ser, al proclamar su «Nombre» delante de Moisés.²¹ Una súplica tal no podía ser ignorada. Era típica de una gran súplica y del gran suplicador. Pero como cuando posteriormente Israel reclamó sobre ellos y sus hijos la sangre de Jesús, así los juicios largos y dolorosos debían caer sobre los duros de cerviz y rebeldes, aunque al final todo Israel tuviese que ser salvado, y así fue en Cadés. El número de años de su vagar por el desierto correspondería al de los días empleados por los espías para inspeccionar la tierra, y de toda esa generación que saliera de Egipto, de veinte años arriba, ni siquiera uno debía entrar en la tierra de la promesa,²² sino que sus cuerpos debían caer en el desierto, con las solas excepciones de Caleb y Josué.²³ En cuanto a los otros diez exploradores de la tierra, la destrucción rápida les sorprendió, y «murieron de plaga delante de Jehová».

Este principio de juicio divino, junto con la evidencia abundante de su realidad (especialmente en la destrucción inmediata de los diez espías, mientras que Caleb y Josué eran guardados con vida) produjo un efecto tan extraño y poco buscado, que casi no lo comprenderíamos, si no fuera por la experiencia similar en todas las edades de la iglesia. Quedaba bastante claro lo que hubiesen obtenido sin dar lugar a la duda, simplemente por continuar avanzando. Ayer esa tierra de la promesa (con toda su belleza y todas sus riquezas) tan cerca del alcance de su mano como para ser casi visible desde las cadenas montañosas, era literalmente suya. Hoy la habían perdido. Ninguno de ellos debía ni siquiera verla. Y además, sus cuerpos debían caer en el desierto. Todo esto por no haber avanzado el día anterior. Que lo hagan así hoy. Si habían actuado mal, déjales hacer lo contrario hoy, y lo harán bien. Además, fue a Israel a quien Dios confió su palabra, y como Israel Él lo hubiese introducido en la tierra. Todavía eran Israel: que avancen ahora y tomen la porción de Israel. Pero no fue así; y nunca sucede así en circunstancias parecidas. El mal de nuestra rebelión e incredulidad no se soluciona haciendo todo lo contrario. Todavía es el mismo espíritu, el que provocó lo primero y el que causa la reacción. La obediencia que no nace de una fe sencilla es de la confianza en uno mismo, y se trata simplemente de otro tipo de incredulidad y justicia propia. No es cuestión de hacer esto o aquello, ni las circunstancias externas de pertenecer a Israel, lo que asegura la victoria contra el enemigo, la seguridad, o la posesión de la

²⁰ Números 14:10.

²¹ Éxodo 33:17, 19.

²² Es interesante saber que Números 14:21 debería traducirse como sigue: «Pero tan cierto como que yo vivo, y toda la tierra se llenará de la gloria de Jehová».

²³ Al no ser censada con los demás, la tribu de Leví (Nm. 1) no parece haber caído bajo el designio de los que debían morir en el desierto (Nm. 14:29). Compárese Josué 14:1, etc. Los rabinos enumeran literalmente diez tentaciones de parte de Israel (Nm. 14:22); casi huelga decir de modo muy arbitrario.

tierra. Es que «Jehová está en medio de nosotros».²⁴ Y la victoria es siempre la de la fe. No una promesa muerta para los descendientes de Jacob según la carne, sino la presencia del Dios vivo en medio de su Israel creyente es lo que les aseguraba los beneficios del pacto. Y la determinación de Israel de subir por la mañana, y así reparar el pasado, revelaba una gran ignorancia e ineptitud espiritual, e implicaba tanta rebelión y pecado como su debilidad de ánimo y rebelión ante el informe de los espías.

Derrota de Israel «hasta Hormá»

En vano Moisés discutió contra estas consideraciones ante el pueblo. El pueblo «se levantó por la mañana y subió a la cumbre de la montaña», aunque Moisés y el arca del pacto de Jehová se quedaron en el campamento. Desde Cadés hay sólo unas veinte millas hasta Hormá, donde posteriormente sus enemigos «los hirieron y los derrotaron». Según describen los viajeros, el ejército debió ser recibido por una creciente fertilidad, actividad agraria y civilización en su avance por el Négueb. Los israelitas de hecho se estaban acercando a lo que podía haber sido considerado como la tierra de su casa (algo sagrado para ellos por su asociación con Abraham e Isaac). Porque un poco al norte de Hormá se hallan los pozos de Rehobot, Sinat y Beerseba, los cuales fueron cavados por Abraham e Isaac, cuya memoria se ha conservado hasta hoy con los nombres de Ruheibé, Sutné y Bir Sebá. Abraham mismo «partió a la tierra del Négueb, y acampó entre Cadés y Shur»,²⁵ e Isaac le había seguido en sus pasos.²⁶ Y de los siguientes pobladores de la tierra, los amorreos, encontramos constantemente recuerdos, y en ningún otro lugar tan claramente como en los alrededores inmediatos de Hormá. Por Jueces 1:17, sabemos que la ciudad, o probablemente el fuerte que la dirigía, había tenido en principio el nombre de Sefat, que simplemente significa «atalaya». El nombre Hormá, o «prohibición», probablemente le fue dado más tarde, cuando, después del ataque del rey Arad, Israel «hicieron el voto» de destruir totalmente las ciudades de los cananeos (Nm. 21:1–3). Pero como han indicado el Dr. Roelands y Canon Williams, el nombre Sefat ha sido conservado en las ruinas de Sebaita, mientras que el Profesor Palmer ha descubierto, por los alrededores la antigua «atalaya», que era un fuerte asentado sobre la cumbre de un monte que domina Sebaita. Es muy interesante encontrar, entre las ruinas de fortificaciones posteriores, los restos primitivos que no sólo determinan el lugar antiguo de Sefat, sino que también pueden representar el mismo fuerte detrás del cual los amorreos y los cananeos se defendieron contra Israel, y de donde salieron hacia esta guerra. Como si se tratara de no equivocarse en la identificación de este «monte de los amorreos», el valle que se halla al norte de Sebaita lleva hasta hoy el nombre de Dheigat el ‘Amerin, u Hondonada de los amorreos, y la cadena de montañas al suroeste del fuerte se llama Rash Amir, «cabeza» o cumbre «de los amorreos».²⁷

Israel se había levantado para subir a esa cumbre del monte sin la presencia de Jehová, sin el arca del pacto, y sin Moisés. Ayer recibieron la lección que su debilidad aparente sería fuerza real, si Jehová estuviese entre ellos. Hoy tuvieron que descubrir, con una experiencia amarga, esta verdad exterior e igualmente dolorosa: su fuerza aparente era debilidad real. Heridos y derrotados por sus enemigos, escaparon «hasta Hormá».

Capítulo 19

(Nm. 15; 33:19–37; Dt. 1:46; 11–15; Nm. 16–17)

²⁴²⁴ Números 14:42.

²⁵²⁵ Génesis 20:1.

²⁶²⁶ Génesis 26:17 hasta el final.

²⁷²⁷ *Desert of the Exodus*, vol. II, p. 380.

Ahora tenían que pasar «errando» más de treinta y siete años en «el desierto de Parán», hasta que surgiera una nueva generación para entrar en posesión de la tierra de la promesa. De este largo período casi se menciona un solo hecho en la Escritura. Como observa un escritor alemán: Estando la hueste de Israel condenada a juicio, dejó de ser el objeto de la historia sagrada, mientras que la generación naciente, en la cual se centraban la vida y la esperanza de Israel, todavía no tenía historia propia. Y así notamos este período más bien por la muerte de los antiguos que por la vida de los nuevos, y el errar de Israel por las tumbas que dejaron atrás al caer sus cuerpos en el desierto.

Los treinta y ocho años en el desierto

No obstante, podemos recoger las pocas noticias dispersas por la Escritura. Primeramente, sabemos que Israel «estuvo en Cadés por muchos días»,¹ y que de allí tomaron la dirección de «camino del Mar Rojo». ² Su parada más alejada parece haber sido Ezyón-gáber, que, según sabemos, estaba en el llamado Golfo Elanítico del Mar Rojo. De allí volvieron, al final de su travesía de cuarenta años, una vez más al «desierto de Zin, que es Cadés». ³ Las «estaciones» de su travesía desde Cadés a *Ezyón-gáber* se marcan en Números 33:18–35. Hay diecisiete, desde *Ritmá* (un nombre derivado de *retem*, un arbusto de retama). Si lo entendemos de forma correcta, éste fue el lugar original del campamento de Israel cerca de Cadés. De hecho, hay una llanura cerca de Ain Gadis o Cadés que lleva el nombre de Abu Retemet hasta nuestros días.

En cuanto a Cadés mismo (o el Lugar Santo, el lugar de «santificación») que originalmente se llamaba En Mispat, «pozo de juicio»,⁴ imaginamos que obtuvo su peculiar nombre de los acontecimientos transcurridos allí, la designación adicional de Barnea (Cadés Barnea) respondiendo a un antiguo nombre, o más probablemente con el significado de «la tierra del movimiento hacia adelante y hacia atrás». ⁵ Suponemos que el campamento en el «valle de retama» fue muy probablemente determinado por la existencia y promesa de vegetación en el lugar, lo cual, sin duda, era debido a la presencia de corrientes de agua. Además, el examen de los nombres de las diecisiete estaciones ocupadas por Israel durante su travesía muestra que todos los campamentos fueron escogidos de modo similar en los alrededores de cierta vegetación y agua.

Así tenemos *Rimón-peres*, «el puente de las granadas» (tal vez sea el lugar donde la rebelión de Coré causó un castigo tan terrible); *Libná*, «blancura», probablemente por los álamos blancos que hay allí; *Rissá*, «rocío»; *Monte Séfer*, «el monte de la belleza», o «de la piedad»; *Mitcá*, «dulzor», refiriéndose al agua; *Hasmoná*, «grasa», «fertilidad», donde incluso hasta nuestros días se halla un estanque de agua corriente dulce, con abundante vegetación a su alrededor; *Bene-jaacán*, o como aparece en Deuteronomio 10:6,⁶ *Beerot-bené-*

¹ Deuteronomio 1:46.

² Deuteronomio 2:1.

³ Números 33:36.

⁴ Génesis 14:7.

⁵ O «errar», o «ser sacudido». El Obispo Harold Browne sugiere la cuestión sobre si hay una alusión a esto en Salmos 29:8; «El Señor hace temblar el desierto de Cadés».

⁶ En Deuteronomio 10:6, 7, aparecen cuatro de estas estaciones, pero en orden inverso al de Números 33. Es evidente, en Números 33 tenemos los campamentos desde Cadés a Ezión-gaber durante el año treinta y siete de su travesía; mientras que Deuteronomio 10:6, 7 la referencia es a la marcha desde Cadés al monte Hor en el año cuarenta (después de su segunda estancia en Cadés) del viaje de Israel para tomar posesión de la tierra. Pero la aparentemente extraña

jaacán, «los pozos de los hijos de Jaacán», probablemente los pozos que los jaacanitas habían cavado al ser expulsados por los edomitas de sus casas originales;⁷ *Jotbata*, «bondad»; y *Abroná*, probablemente «vados». Los otros nombres se derivan de particularidades del paisaje, o de acontecimientos especiales, como *Ceelatá*, «reunión»; *Macelot*, «asambleas»; *Haradá*, «lugar de terror», etc.⁸

La primera impresión que recibimos, tanto por el número reducido de estaciones como por su situación, es que los campamentos fueron ocupados sucesivamente en períodos largos. Y además, por el lenguaje peculiar de algunas expresiones en el original, inferimos que el pueblo estuvo esparcido por varias partes durante esos treinta y ocho años, mientras el tabernáculo y los levitas formaban una especie de campamento central y lugar de encuentro. También resulta claro que la región por donde erraban los israelitas, en esa época podía mantener semejante población nómada con sus rebaños y manadas. De hecho la presencia de agua, en cualquier momento, convertiría el desierto en un fértil jardín o huerto. En este aspecto, el conocimiento de la irrigación que Israel había adquirido en Egipto, debió resultar de gran ayuda. Finalmente, el pueblo no estaba del todo aislado. No solo se hallaban cercanos a lo que podríamos llamar la vía principal entre el oriente y Egipto, sino que también tenían contacto con otras tribus, como Bene-jaacán. Deuteronomio 2:26–29 parece implicar que en ciertas ocasiones podían comprar provisiones y agua, mientras que Deuteronomio 2:7 indica que a Israel no solo «no le faltó nada» durante «estos cuarenta años», sino que había aumentado grandemente en pertenencias y riquezas. Textos como Deuteronomio 8:14, etc.; 29:5 y Nehemías 9:21 demuestran el modo sorprendente con el que Dios cuidó todas las necesidades de su pueblo durante ese período; y no cabe duda alguna de que en la representación profética del futuro, especialmente por Isaías, se da una retrospectión frecuente a los tratos de la gracia de Dios con Israel en el desierto.⁹

El violador del sábado

La narración de estos treinta y ocho años es breve y contiene dos acontecimientos; ambos en rebeldía contra el Señor. El primero refiere el relato de un hombre que violó abiertamente la ley divina recogiendo «leña en día de sábado».¹⁰ Aunque dicho «pecado soberbio» había sido condenado a muerte,¹¹ al transgresor le «pusieron en

introducción de los vv. 6 y 7 en Deuteronomio 10, interrumpiendo un relato bastante distinto, requiere cierta explicación. En los vv. 1–5 Moisés recuerda al pueblo cómo Dios restableció su pacto en respuesta a su oración. Los vv. 6 y 7 se introducen pues para mostrar que no solo el pacto, sino también el oficio mediador del sumo sacerdote había sido igualmente concedido de nuevo. Dios no solamente lo continuó con Aarón, sino que ante su muerte en Mosera, Eleazar fue investido con este oficio, y las tribus continuaron su avance bajo su ministerio. En lugar de explicar todo esto con detalle, Moisés simplemente recuerda a los hijos de Israel (vv. 6 y 7) los hechos históricos del caso, los cuales debían hablar por sí mismos.

⁷ Génesis 36:27; 1 Crónicas 1:42.

⁸ Muchas de estas estaciones han sido identificadas; por lo menos con un elevado grado de probabilidad. Pero un relato de varias propuestas de exploradores modernos nos implicaría en una explicación demasiado detallada.

⁹ Ver *Speaker's Commentary*, vol. II, p. 720, nota. La indicación más clara de esto se halla en Isaías 43:16–21. Pero pienso que es un error ver en el Salmo 74:14 una alusión a la provisión de pescado del Golfo Elanítico del Mar Rojo, aunque es cierto que varios campamentos de los israelitas se asentaron cerca de sus orillas o en sus costas.

¹⁰ Números 15:32–36.

¹¹ Éxodo 31:14, etc.; 35:2.

la cárcel» en primer lugar, en parte para honrar al Señor pidiéndole especialmente su instrucción, puesto que se había dado sólo el castigo pero no el modo de ejecución, y en parte tal vez para impresionar a todo Israel sobre la solemnidad del asunto. Ciertamente, la observación debida del día del Señor era, desde cualquier punto de vista, una cuestión de la más profunda importancia para Israel, y el transgresor, por indicación divina, fue sacado «fuera del campamento, y lo apedrearón, y murió». No se nos dice cuándo sucedió esto exactamente. Aparentemente se introduce aquí como ejemplo e ilustración, inmediatamente después de la advertencia contra «pecados de soberbia» (literalmente, «pecados con mano alzada», es decir, contra Jehová). Estos pecados en menosprecio abierto de la palabra de Dios incurrían en el castigo de ser «cortado» del pueblo del Señor.

La contradicción de Coré y los que se añadieron a él

Tampoco se nos da fecha exacta alguna para determinar el otro ejemplo de rebelión, mucho más grave, de Coré y sus compañeros,¹² en la cual, posteriormente, se vio implicado todo el pueblo.¹³ No obstante, hay ciertas razones para suponer que sucedieron al inicio de su travesía; tal vez incluso en Rimmon-perez, como ya ha sido sugerido. Los cabecillas de esta rebelión fueron Coré, un levita (descendiente de Izhar, hermano de Amram,¹⁴ y por lo tanto familiar cercano de Aarón) y tres rubenitas, Datán, Abiram y On. Pero como que el último no es citado de nuevo, podemos suponer que pronto se separó de la conspiración. Estos hombres consiguieron ser seguidos nada menos que por doscientos cincuenta príncipes de entre las tribus,¹⁵ todos ellos pertenecientes al consejo de representantes nacionales, y «hombres de renombre», o, según deberíamos traducirlo, líderes famosos. Así, el movimiento tomó unas dimensiones enormes, y puso de manifiesto una falta de afecto y de satisfacción generales. Los motivos de esta conspiración son bastante claros. Se trataba simplemente de celos y ambición decepcionada, a pesar del hecho que los rebeldes usaban palabras de una alta espiritualidad. Como descendiente de un familiar de Aarón, a Coré no le gustaba, y tal vez codiciaba, lo que a él le parecía la supremacía de Aarón, la cual él no podía justificar en modo alguno. Pero también sufría un agravio personal. Es cierto que era un miembro de esa familia de coatitas a quienes había sido encomendado el cargo levítico principal en el santuario, pero entonces los coatitas constituían cuatro familias,¹⁶ y el liderazgo de todo ello no fue confiado a las ramas más antiguas, sino a las más jóvenes, los uzielitas (Nm. 3:30). ¿No había un mal manifiesto, pues, y una injusticia en esto, afectando probablemente a Coré de modo personal? No obstante, es un buen testimonio en favor de los levitas el hecho que Coré no consiguiera engatusar a ninguno de ellos en la conspiración. Pero cerca de las tiendas de los coatitas y de Coré se hallaba el campamento de la tribu de Rubén, que estaba al mando de la división sur del campamento. Es posible que (y ciertamente el relato de su castigo parece implicarlo) la tienda de Coré y las de los príncipes rubenitas, Datán, Abiram y On, se hallaban de forma contigua. También Rubén *tenía* un agravio: ¿no era Rubén el primogénito de Jacob, quien consecuentemente debía ostentar el liderazgo entre las tribus? No resultaba difícil encender la llama de los celos en un seno oriental. ¿Qué derecho tenía Moisés, o la tribu de Leví por él representada, para tener la supremacía en Israel? Sin duda era un gran mal y una usurpación intolerable, primeramente con respecto a Rubén y luego a todas las demás tribus. Esto explica la dispuesta participación de tantos príncipes en la conspiración, la protesta de Moisés ante Coré (16:8–11), y su apelación indignante a Dios contra los cargos implicados de los rubenitas (v.

¹²¹² Números 16.

¹³¹³ Números 16:41–50.

¹⁴¹⁴ Éxodo 6:18.

¹⁵¹⁵ La constatación de que Zelofehad, un manasita, «no estuvo en la compañía de Coré» (Nm. 27:3), implica que sus compañeros de conspiración pertenecieron a diversas tribus.

¹⁶¹⁶ Números 3:27.

15). Ciertamente, los conspiradores afirmaron de forma explícita estas ideas como sigue (v. 3): «Basta ya de vosotros» (es decir, vosotros, Moisés y Aarón, ya habéis ostentado durante suficiente tiempo el sacerdocio y el gobierno; «Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová, ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la convocación¹⁷ de Jehová?» Se observará que el pretexto esgrimido para encubrir sus motivos ambiciosos y egoístas es el de una espiritualidad superior, la cual no reconocía ninguna otra espiritualidad que la de todo Israel. Pero, como demostraremos a continuación, su reclamación no estaba basada en el servicio mediador típico del sumo sacerdote, sino que se basaba en el estado de Israel según la carne.

Toda esta historia es muy triste: el juicio posterior es tan terrible (sin ningún otro paralelo exceptuando el que cayó sobre Ananías y Safira en el Nuevo Testamento) y la rebelión en sí es citada con tanta frecuencia en la Escritura, que requiere una consideración especial. La rebelión de Coré, según se la conoce generalmente, por su instigador inicial, fue, sin lugar a dudas, un acto de oposición directa contra el designio de Dios. Pero esto no es todo. El principio expresado por sus palabras (v. 3) era absolutamente opuesto a todo el diseño del pacto, y, caso de haber sido llevado a la práctica, hubiese trastornado su carácter como figura. Ciertamente, era verdad que todos los israelitas eran santos y sacerdotes, pero no en virtud de su nacimiento o su estatus nacional, sino por medio del sacerdocio ejemplar de Aarón, quien «les acercaba» y era su intermediario con Dios. De nuevo, este sacerdocio de Aarón, como con todas otras elecciones parecidas (tales como el lugar y el momento en los cuales Dios debía ser adorado, la composición del incienso, o los sacrificios) dependía en primera instancia del designio de Dios, aunque podían existir razones secundarias y subordinadas. «Y hará que se acerque a Él; al que Él escoja» (16:5); «el varón a quien Jehová escoja, aquél será el santo» (v. 7). Cualquier otro servicio, fuego o lugar distinto de los escogidos por Dios, por muy buena que fuese la intención que los acompañase, sería un servicio «extraño», un fuego «extraño», y un lugar «extraño». Esto era indispensable por lo que se refiere al significado ejemplar de todas estas disposiciones. Era el designio de Dios lo que era considerado aquí, y no la adaptación física de una persona o cosa. Si no fuese así, hubiesen sido *secuencias* naturales, no *figuras* (constituyendo un servicio racional más bien que divino). Era la naturaleza de un símbolo que Dios designara el emblema terrenal con el cual Él relacionaría la realidad espiritual. En el preciso instante en que Israel se apartase en un solo detalle, por diminuto que fuese, no solo se rebelaba contra el designio de Dios, sino que destruía el significado de la totalidad substituyendo lo divino por lo humano y lo natural. Por así decirlo, las figuras eran los espejos de la distribución de Dios mismo, los cuales mostraban como presentes las realidades espirituales con todas sus bendiciones. Todas estas figuras cesaron en Cristo, porque la realidad a la cual señalaban ha llegado.

Esta digresión me pareció necesaria, tanto para obtener una comprensión correcta de la historia de Coré como de las disposiciones del Antiguo Testamento. Pero volviendo a nuestro tema, la mañana después de la explosión de la rebelión, Coré y sus doscientos cincuenta asociados se presentaron, como propusiera Moisés, a la puerta del tabernáculo. Allí «tomó cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, y echaron en ellos incienso». Ciertamente, Coré se había ganado una influencia tal, que podía reunir allí a «toda la congregación» como contra Moisés y Aarón. La ira de Dios, cuya gloria apareció visiblemente ante todos ellos, estaba a punto de consumir a «esa congregación», cuando la intercesión de Moisés y Aarón prevaleció de nuevo. En estas palabras: «Dios, Dios de los espíritus de toda carne, si pecó un solo hombre, ¿tomarás ira contra toda la congregación?» (como nota Calvino) Moisés hizo su súplica «ante la gracia general de la creación», orando para que «visto que Dios era el Creador y Hacedor del mundo, no destruyera al hombre que él mismo había creado, sino que tendría pena de la obra de sus manos». Y así hay un ruego de misericordia, y un privilegio inexplicable incluso en el hecho de ser criaturas de Dios.

17¹⁷ Traducimos literalmente «convocación». En este capítulo se usan dos términos distintos. Uno (*elah*) significa, literalmente, congregación, y puede decirse que designa a Israel como la iglesia exterior visible. El otro término es *kahal*, literalmente «los llamados», o la convocación, y se refiere al carácter espiritual de Israel como llamados por Dios. Así, la distinción entre una iglesia visible y una espiritual tenía su equivalente en el Antiguo Testamento. En este capítulo el término *kahal* aparece solamente en el versículo 3, y de nuevo en el 33.

Dejando a los rebeldes con sus incensarios a la puerta del tabernáculo (tal vez llenos de pánico) Moisés fue a las tiendas de Datán y Abiram, acompañado por los ancianos y seguido por la congregación.¹⁸ El día anterior, los dos rubenitas se habían negado a encontrarse con Moisés, y le enviaron una respuesta insultante, sugiriendo que él solo intentaba causar la ceguera del pueblo.¹⁹ Y ahora, cuando Datán y Abiram, con sus esposas e hijos, salieron a la puerta de sus tiendas como para desafiar las acciones de Moisés, el pueblo recibió primeramente la instrucción solemne de apartarse de ellos. A continuación se anunció un nuevo juicio nunca oído, y fue ejecutado inmediatamente. La tierra abrió su boca y se tragó los rebeldes y sus familias, con todo lo que les pertenecía, es decir, con todo lo que había tomado parte en su crimen. En cuanto a Coré, parece ser que le sucedió lo mismo. Pero se da un testimonio enfático también sobre la verdad de la declaración de Dios, que no castiga al hombre por los pecados de sus padres,²⁰ y de la piedad de los levitas, en el hecho que los hijos de Coré no participaron en la rebelión de su padre, y consecuentemente no murieron con él.²¹ Y no solo esto, porque además de ser Samuel y posteriormente Hemán descendientes de Coré,²² entre ellos también se hallaban algunos de los «dulces cantores de Israel», cuyos himnos, inspirados divinamente, eran destinados a la iglesia de todos los tiempos. Y todos los salmos «de los hijos de Coré» tienen esta característica común, que resuena como un eco de la lección aprendida con el solemne juicio sobre su casa, que su carga es la alabanza del rey que está entronizado en Jerusalén, y el deseo de los servicios del santuario de Dios.²³ Pero, en cuanto a los «doscientos cincuenta hombres que ofrecieron incienso», «salió fuego de delante del Señor y» los consumió, como, en otra ocasión anterior, destruyera a Nadab y Abiú.²⁴ Sus incensarios, que habían sido «santificados» por ser presentados ante el Señor,²⁵ fueron convertidos en lugares para cubrir el altar de holocaustos, para que constituyeran un memorial continuo para los hijos de Israel del suceso y de su enseñanza.

Murmuración del pueblo

Esta señal ejemplar de Dios sobre los rebeldes había impresionado claramente al pueblo que lo presenció con un terror repentino, pero no les llevó al arrepentimiento²⁶ que es el resultado de un cambio de corazón. La impresión desapareció, y a la mañana siguiente solo quedaba la idea de que muchos príncipes de tribus, los cuales habían intentado encontrar la independencia de la tribu, habían sido cortados por causa de Moisés. El

¹⁸¹⁸ Por lo que se dice en Números 16, y la referencia en Números 26:10, 11, creo poder inferir que Coré siguió en el séquito, tal vez para ver qué iba a pasar, dejando los doscientos cincuenta príncipes a la puerta del tabernáculo. Podemos tener una mejor apreciación de toda la escena si la tienda de Coré se hallaba junto a las de Datán y Abiram.

¹⁹¹⁹ La traducción literal de 16:14 sería: «¿Sacarás tú los ojos de esos hombres?».

²⁰²⁰ Jeremías 31:30; Ezequiel 18:19, 20.

²¹²¹ Números 26:11.

²²²² 1 Samuel 1:1; 1 Crónicas 6:33–38.

²³²³ Los siguientes salmos son los once designados como los de los hijos de Coré: Salmos 42, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 84, 85, 87 y 88. A continuación ofrecemos una lista de referencias posteriores a la historia de los hijos de Coré: 1 Crónicas 9:19; 12:6; 26:1–9; 2 Crónicas 20:19; Nehemías 11:19.

²⁴²⁴ Levítico 10:2.

²⁵²⁵ Números 16:37.

pueblo argumentaba que esos hombres habían muerto por su causa; y el duelo en las tiendas de los príncipes, la desolación que marcaba lo que el día anterior era la vivienda de Coré, Datan y Abiram, sólo contribuía a aumentar el dolor del sentimiento de que con este suceso se había sellado sobre la nación un yugo de esclavitud. Porque no reconocían el propósito y el significado de Dios; esto hubiese requerido discernimiento espiritual; era necesario que el juicio hubiese procedido de Jehová, pero vino, aunque no por la instigación de Moisés y Aarón, sí para vindicarlos. En su ingratitud olvidaron incluso que si no hubiese sido por la intervención de estos dos, toda la congregación hubiera perecido en la negación de Coré. Esa generación demostró así de claro la justicia de la sentencia divina que no entraría, ninguno de ellos, en la tierra de Canaán, y su conducta resultó ser enteramente inadecuada (como lo fuera antiguamente la de Esaú) para heredar las promesas.

Pero en cuanto a Moisés y Aarón, cuando la congregación estaba de nuevo reunida contra ellos con esta cruel e injusta acusación en sus labios, «Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Jehová», casi instintivamente «pusieron su rostro hacia el tabernáculo de reunión»,²⁷ como el lugar de donde procedía su ayuda y hacia donde dirigían su súplica. No miraron en vano. La nube que cubría el tabernáculo era más densa y estaba más cercana que anteriormente, y de ella brotó visiblemente la gloria de Jehová. Y al entrar Moisés y Aarón en el tabernáculo, «Jehová habló a Moisés, diciendo: Apartaos de en medio de esta congregación, y los consumiré en un momento. Y ellos se postraron sobre sus rostros». Pero ¿qué podía suplicar Moisés? Sabía que «el furor ha salido de la presencia de Jehová; la mortandad ha comenzado». ¿Qué podía decir? Ya había consumido todos los argumentos posibles en la rebelión en el monte Horeb,²⁸ luego en Cadés,²⁹ y apenas el día anterior con la negación de Coré. Ya no quedaba ninguna súplica parecida, ni de ningún otro tipo.

La plaga y cómo fue retenida

Era entonces, en el momento de mayor necesidad, cuando todo argumento imaginable por la fe ya había sido echado fuera, e Israel estaba *perdido*, que la suficiencia total de la provisión divina apareció en su carácter vicario y mediador. Aunque no fue más que ejemplar, resultó ser suficiente. El incienso encendido en los carbones tomados del altar del holocausto, donde se llevarán los sacrificios, simbolizaba la intercesión mediadora aceptada de nuestro gran sumo sacerdote. Y ahora, cuando no quedaba súplica alguna sobre la tierra, prevaleció esta súplica ejemplar de Su justicia e intercesión perfectas. Nunca jamás, ni antes ni después, fue predicado el evangelio así en el Antiguo Testamento³⁰ como cuando Aarón, por indicación de Moisés, «corrió en medio de la congregación», «y puso incienso, e hizo expiación por el pueblo» (16:47). Y al ponerse en pie con el incensario «entre los muertos y los vivos», «la mortandad», que ya se había llevado nada menos que a 14.700 hombres, «cesó». Así pues, si la toma de posesión de las funciones sacerdotales había provocado la plaga, ahora el ejercicio del sacerdocio ejemplar la eliminó.

La vara de Aarón reverdeció, floreció y produjo fruto

²⁶²⁶ Salmos 4:4.

²⁷²⁷ Traducción literal.

²⁸²⁸ Éx. 32:31.

²⁹²⁹ Nm. 14:13, etc.

³⁰³⁰ El único caso parecido es el de la serpiente de bronce, la cual representaba otra parte de la obra de nuestro redentor. Incluso las profecías de Isaías no fueron tan claras como los dos sermones, como podríamos decir, por acción externa; uno declaraba el significado simbólico del sacerdocio aarónico, y la eficacia de lo que era indicado por el mismo; el otro, el carácter y la integridad de la provisión de Dios para la eliminación de la culpa.

Pero la verdad que ahora Dios había enseñado al pueblo no debía ser evidenciada sólo por el juicio. Después de la tormenta y el terremoto llegó la «voz apacible y suave», y la importancia del contenido simbólico del sacerdocio aarónico fue presentada bajo un símbolo hermoso. Por orden divina, se colocó, en el lugar santísimo, delante del arca del pacto, una vara por cada una de las doce tribus, con el nombre respectivo de sus príncipes.³¹ Y a la mañana siguiente, cuando Moisés entró en el santuario, «y he aquí que la vara de Aarón de la casa de Leví había reverdecido, y echado flores, y arrojado renuevos, y producido almendras». La enseñanza simbólica de esto era clara. Cada una de esas «varas» era un cayado de gobernante, el emblema de una tribu y de su gobierno. Ésta era la posición natural de todos los príncipes de Israel. Pero sus varas, como la de Aarón, *habían sido cortadas de la rama madre* y, por tanto, incapaces de reverdecer, echar flores o producir fruto en el santuario de Dios. Desde un punto de vista natural, pues, no había ni una sola diferencia entre Aarón y los demás príncipes; todos eran igualmente incapaces de tener una nueva vida de producción de fruto. Lo que hacía de la vara de Aarón una vara distinta de las demás era la elección de Dios y el don milagroso concedido a la misma. Y entonces, de modo simbólico en la antigua dispensación, pero realmente en la nueva, esa vara produjo al mismo tiempo ramas, flores y hasta fruto (estos tres aspectos combinados, y apareciendo todos simultáneamente). Y así esos príncipes «tomaron cada uno su vara»; pero la vara de Aarón fue llevada de nuevo ante el arca del pacto, y permaneció allí «por señal».³² Tampoco carece de significado profundo la elección del almendro, por ser el primer árbol que florece. Porque el almendro, precisamente por ser el primero en producir flor y fruto, se llama en hebreo «*el despertador*» (*shaked*, comp. Jer. 1:11, 12). Así, como el «despertador de la mañana», el sacerdocio aarónico, con sus flores y su fruto, era una representación simbólica del sacerdocio mejor, cuando el Sol de Justicia salga «con salvación bajo sus alas».³³

Capítulo 20

(*Números 20–21:1–3*)

Fue, pues, muy adecuado, al finalizar los treinta y siete años de travesía, que Israel tuviese que reunirse de nuevo en Cadés.

Segunda reunión de Israel en Cadés

Allí habían sido esparcidos, cuando el mal informe de los espías les indujo a la incredulidad y la rebelión; y desde allí había llevado la antigua generación su sentencia de muerte de regreso al desierto, hasta que se cumplieron todos sus términos al pasar aquel largo período de años. Ahora había una nueva generación en Cadés. El nuevo comienzo debía partir desde el mismo lugar donde los antiguos cayeron. Dios es fiel a su propio propósito; *Él* nunca se tira atrás. Si lo antiguo fue interrumpido, lo fue por la incredulidad y rebelión humanas, no por el fracaso de parte de Dios; y al proseguir de nuevo con su obra, fue en el lugar exacto donde

³¹³¹ Según el punto de vista más corriente, se presentaron doce varas, contando a Efraín y Manasés como una sola tribu, la de José. Según otros, había doce varas, excluyendo la de Leví, que llevaba el nombre de Aarón.

³²³² Parece ser que tanto el maná como la vara de Aarón se perdieron cuando se devolvió el arca de las ciudades filisteas (ver 1 R 8:9). Esta pérdida fue profundamente significativa, a modo de comentario de Dios en silencio sobre el estado de Israel.

³³³³ La significación de las secciones de Levítico, como siguen en Números 17, será advertida por el lector atento. Pero no podemos continuar con más detalles aquí.

había sido cortada. Y el hombre también debe volver al lugar donde se ha apartado de Dios, y donde se ha pronunciado la sentencia contra él, antes de ponerse en el nuevo camino hacia la tierra prometida. Pero qué solemnes pensamientos debieron pasar por la mente de esta nueva generación, al ponerse de nuevo a viajar partiendo del punto en que sus padres habían sido rechazados. Puesto que Él había santificado su nombre en Cadés con el juicio, ¿lo santificarían ellos ahora con su fe y su obediencia de corazón?

Además de Josué y Caleb, a quienes se había prometido de modo especial la entrada en la tierra, sólo quedaban tres personas pertenecientes a la antigua generación. Se trataba de María, Moisés y Aarón. Y entonces, justamente al inicio de este nuevo comienzo, y como para recordarles el pasado de un modo mucho más solemne, María, quien les había dirigido en su himno de gratitud y triunfo en su primera entrada en el desierto,¹ fue tomada. Solo fueron dejados Moisés y Aarón; peregrinos fatigados y agotados que iban a empezar un nuevo viaje con nuevos peregrinos, que tenían que aprender desde cero los tratos de Jehová. Y esto nos puede ayudar a comprender lo que sucedió al inicio de su peregrinación. Israel se hallaba en *Cadés*, o mejor dicho en el desierto de Zin, aplicándose el nombre de Cadés probablemente a toda la región además de al lugar concreto. Tanta gente reunida en un solo lugar pronto se quedaría sin agua. Debemos recordar también, que la nueva generación conocía las maravillas del Señor sobre todo de oídas, pero también por sus juicios, por lo que habían visto de su eliminación de todos los que habían salido de Egipto. En su dureza de corazón, les parecía que su situación no tenía esperanza y que iban a sufrir el mismo destino que sus padres. Observemos algo de esta falta de ánimo sin fe en su clamor: «¡Ojalá hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová!»;² es decir, por medio del juicio divino, durante esos años de travesía. El recuerdo del pasado con sus desengaños parece tomar voz en sus quejas (20:5). Es como si contrastasen la morada en Egipto, y las esperanzas levantadas al salir de allí, con el desengaño de ver la buena tierra al alcance de la mano, y luego ser enviados de vuelta para morir en el desierto. Así el pueblo se rebeló contra Moisés y Aarón.

Parece ser que algunos sentimientos parecidos se apoderaron de Moisés y Aarón (solo que en una dirección diferente). El pueblo no esperaba el éxito, y se rebeló contra Moisés y Aarón. Con ellos como guías, no tomarían posesión de la tierra de la promesa jamás. Por otro lado, Moisés y Aarón también perdieron la esperanza del éxito, y se rebelaron, por así decirlo, contra el pueblo. Un pueblo tan incrédulo, que se rebelaba en el comienzo mismo, no podría nunca entrar en la tierra. El pueblo sentía como si sus perspectivas no tuvieran esperanza, y así lo pensaron también Moisés y Aarón, aunque sobre una base distinta. Como hemos dicho, el pueblo se rebeló contra Moisés y Aarón, y Moisés y Aarón contra el pueblo. Pero en el fondo, la base de la desesperación y rebeldía, tanto de parte del pueblo como de Moisés, era exactamente la misma. En ambos casos se trataba realmente de incredulidad con respecto a Dios. El pueblo había mirado a Moisés y no a Dios como su guía hasta la tierra, y había perdido la esperanza. Moisés miró al pueblo tal como ellos eran en sí mismos, en vez de pensar en Dios que les estaba enviando hacia adelante, seguro en su promesa, la cual iba a cumplir sin lugar a dudas. Esto se evidenció rápidamente en la conducta y las palabras de Moisés. Según las instrucciones divinas, Moisés debía ponerse a la vista del pueblo en «la peña a vista de ellos» con «la vara de delante de Jehová»; sin duda alguna se trataba de la misma vara con la cual había realizado los milagros en Egipto, y bajo cuyo golpear había brotado ya en otra ocasión agua en Refidim.³

El pecado de Moisés y Aarón

Generalmente se piensa que el pecado de Moisés, del que participó asimismo Aarón, consistía en el *golpear* la roca (y en hacerlo dos veces) en vez de *hablar* simplemente a la roca, «y ella dará su agua»; y también en las palabras apremiantes y poco apropiadas que usó en esa ocasión: «¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer

¹ Éxodo 16:2.

² Números 20:3.

³ Éxodo 17:6.

salir aguas de esta peña?»⁴ Pero resulta difícil aceptar esta opinión. Por un lado, cuesta imaginar que la incredulidad indujera a Moisés a golpear en vez de hablar a la roca, como si lo uno fuese más eficaz que lo otro. Por otro lado, parece raro que Moisés recibiera instrucción de «tomar la vara», si no debía usarla, mucho más teniendo en cuenta que este había sido el modo de actuar sancionado por Dios en Refidim.⁵ Finalmente, si ésta es la explicación, ¿en qué quedaba implicado Aarón en el pecado de Moisés? Evidentemente, al golpear la roca dos veces, como leemos en Salmos 106:32, 33, Moisés demuestra que le irritaron, y que «le amargaron el espíritu». Esto también se traslucía en su lenguaje, el cual la Escritura describe así: «habló inconsideradamente con sus labios»; o, según el significado literal de la palabra, «murmuró».⁶ Es necesario observar que Moisés *no es culpado en ninguna parte en la Escritura* por haber golpeado la roca en lugar de hablar, mientras sí que se afirma explícitamente que el pueblo «le irritaron en las aguas de la disensión, y le fue mal a Moisés por causa de ellos».

El otro aspecto del pecado de Moisés fue expresado explícitamente por el Señor mismo más tarde, cuando pronunció su sentencia contra Moisés y Aarón, que no iban a meter «esta congregación en la tierra que les» había dado, por esto: «Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel» (20:12). Así, en su rebelión contra Moisés y Aarón, el pueblo no había creído que Jehová los llevaría a la tierra que les había dado; mientras que, por su enfado contra el pueblo, Moisés y Aarón no creyeron en Dios, para santificarle en Su poder y gracia ante los ojos de los hijos de Israel. Israel falló como pueblo de Dios; Moisés lo hizo como mediador. Hasta ese momento Moisés había sido fiel, ante toda provocación, como mayordomo en su cargo, y había suplicado a Dios y había prevalecido, porque creía. Pero entonces, por vez primera, Moisés falló, como todos fallamos, por la incredulidad, al mirar al pecado del pueblo e inferir del mismo la imposibilidad de su herencia de las promesas, en vez de mirar a la gracia y el poder de Dios que hizo todas las cosas posibles, y a la seguridad de la promesa. Al contrario que Abraham en circunstancias similares, «titubeó ante las promesas». Y habiendo fracasado como mediador del pueblo por causa de la incredulidad, su oficio debía cesar y la dirección de Israel para entrar en la tierra debía recaer sobre otro.

Solamente en este sentido podemos aceptar la afirmación común, que el pecado de Moisés fue *oficial* más bien que *personal*. Estos dos aspectos (oficio o trabajo y persona) no pueden ser separados con respecto a la responsabilidad o el deber. Deberíamos pensar en Moisés y Aarón como peregrinos ancianos, cansados por el largo camino por el desierto, con los pies doloridos por su dureza y sus piedras, cuya fuerza decayó momentáneamente al reanudar una vez más el viaje, y que en su fatiga tropezaron en la roca de oprobio. No obstante, hay pocos sucesos tan cargados de sentimiento como este «murmurar» en las aguas de Meribá. Su paralelo real no se halla en el Antiguo, sino en el Nuevo Testamento. Es cierto que en situaciones similares Elías también perdió su esperanza en Israel, y fue llevado al «monte de Dios», donde iba a aprender la misma lección que Moisés, antes de ser despojado, como Moisés, de su oficio. Pero la contraparte completa de la tentación de Moisés se nos muestra en la historia de Juan Bautista, cuando dudando de la obra del Mesías (no de la persona) y perdiendo toda esperanza, por lo que veía y oía del cumplimiento de la promesa en aquella época y entre esa generación, envió sus discípulos en esa memorable embajada, precisamente antes de que él también fuese despojado de su oficio. No es éste el lugar para seguir sobre este tema. Será suficiente destacar por un lado a

⁴ El gran intérprete rabínico Rashi explica el doble golpe con la suposición de que Moisés acudió a otra roca por error, cuando, al golpearla, sólo salieron unas pocas gotas, pero en el segundo golpe brotó abundancia de agua. Cree que el pecado de Moisés reside en su golpear en vez de hablar; porque en cuyo caso el pueblo diría: Si la roca que no habla, ni oye, ni necesita alimentos, obedece la voz de Dios, mucho más nosotros seremos responsables de hacerlo. El Targum de Jerusalén afirma que, con el primer golpe, brotó sangre de la roca.

⁵ Éxodo 17:6.

⁶ La palabra, tanto escrita *bat* o *bada*, significa hablar estúpida o alocadamente, murmurar, o también hablar con orgullo.

Moisés, Elías y Juan Bautista y, por el otro, a Josué, Eliseo y nuestro bendito Señor, como las figuras y contrafiguras presentadas en la Escritura.

Embajada a Edom

Antes de dejar Cadés, Moisés envió mensajeros al rey de Edom, y también, según vemos en Jueces 11:17, al rey de Moab,⁷ cuyos dominios estaban al norte de Edom, pidiendo permiso para que Israel pasase por sus países. Una mirada al mapa nos demostrará que ésta hubiese sido la ruta más directa, si Palestina debía ser abordada desde el otro lado del Jordán en Jericó. Ciertamente, era la ruta más sencilla, puesto que evitaba el contacto con los que tenían el Negueb, o país del sur, que hacía treinta y siete años que había tenido un encuentro hostil con Israel y les había derrotado como señal.⁸ En vano también, limitó su petición para usar el camino normal de las caravanas («la ruta del rey») sin pararse ni a la derecha ni a la izquierda, añadiendo la promesa de pagar el uso de los pozos.⁹ Los hijos de Esaú no solo se negaron, sino que incluso reunieron un ejército apresuradamente para controlar sus fronteras. Entre tanto, mientras los mensajeros de Moisés iban en su embajada, el campamento de Israel avanzó hasta lo que puede describirse como «el extremo de la frontera» de Edom. A un día de camino al este de Cadés, a través del ancho vadi Murreh, se alza repentinamente una montaña notable, bastante aislada y prominente descrita por Canon Williams como «de forma singular», y el Profesor Robinson compara con «una ciudadela elevada». Su nombre actual Moderah conserva el antiguo nombre bíblico Moserah, el cual, por la comparación de Números 20:22–29 con Deuteronomio 10:6, sabemos que se trataba simplemente de otra designación del monte Hor. De hecho, «monte Hor» o *Hor-ha-Hor* («montaña, la montaña») significa «la montaña notable». Ésa era la ruta normal para Israel, si esperaban atravesar Edom por la ruta del rey (la actual vadi Ghuweir), la cual les hubiese llevado por Moab, fácil y directamente, al otro lado del Jordán. Era natural que esperasen allí la respuesta del rey de Edom. Porque mientras Moderah queda en la misma frontera, pero todavía fuera de Edom, también se halla a la entrada de diversos vadis o carreteras, que van de allí hacia el este, sur y sureste, de modo que los hijos de Israel podían haber tomado cualquier ruta indicada por las circunstancias. Además, por la altura de Moderah, podían divisar cualquier movimiento hostil que pudiese ser emprendido contra ellos, bien desde el este de Edom, o del norte y el oeste de parte de los amalecitas y cananeos. De lo que hemos dicho se deducirá que consideramos que se trata del monte Hor donde murió Aarón.¹⁰

Muerte de Aarón

Con esta velocidad, a un día de camino del lugar del pecado, se ejecutó la sentencia divina sobre Aarón. Hay una grandeza solemne respecto a este relato, propia de la ocasión y de acuerdo con la localidad. A la vista de toda la congregación estos tres, Moisés, Aarón y Eleazar, ascendieron al monte. Aarón fue a su propio funeral vestido con todos sus hábitos sacerdotales. Él lo sabía, y también lo sabía todo el campamento, los cuales, por última vez, miraron con reverencia y en silencio a la venerable figura de aquel que les había ministrado las cosas santas durante esos largos cuarenta años.¹¹ No hubo despedida alguna. En ese sacerdocio simbólico todo dependía de la continuidad del oficio, y no de la persona. Y por ello, sobre el monte, Aarón fue desprovisto de sus vestiduras sacerdotales en primer lugar, y después su hijo Eleazar fue investido formalmente con las mismas. Así el sacerdocio no cesó ni siquiera un momento, cuando murió Aarón. Y luego, ya no como sacerdote, sino simplemente como un miembro del Israel de Dios, fue «reunido a su pueblo». Pero la mano de Dios ha cubierto lo que pasó entre los tres sobre el monte con el velo del silencio. Y así el nuevo sacerdote, Eleazar, descendió de la solemne escena del monte Hor para administrar en medio de una congregación acallada

⁷ No se menciona en la Escritura la respuesta del rey de Moab porque, ante la negación de Edom, su permiso hubiese sido inútil, puesto que el camino a Moab pasaba por Edom.

⁸ Números 14:44, 45.

⁹ Números 20:14–17.

y conmovida por el temor. «Y viendo toda la congregación que Aarón había muerto, le hicieron duelo por treinta días todas las familias de Israel.» Pero entonces ya estaban conservadas graves noticias para Israel.

Retirada de Israel del territorio de Edom

Los mensajeros volvieron de Edom con el rechazo total del permiso para cruzar su país. Y no solo esto, sino que el gran ejército de Edom se estaba reuniendo en la frontera, cerca del campamento de Israel. Si, según la orden divina, Edom no tenía que ser atacado, Israel debía emprender la *retirada* rápidamente. La ruta normal desde el monte Hor «para rodear la tierra de Edom», a fin de avanzar hacia el norte, pasando por el este de Edom, hubiese llevado a Israel directamente hacia abajo por el vadi El-Jeib, y a través de la parte norte del Arabá. Pero esta ruta tocaba la frontera occidental de Edom, según comprendemos por el relato de la Escritura, donde el ejército de Edom estaba *escalonado*. Para esquivarles, resultó necesario en primer lugar rehacer sus pasos de nuevo a través de una parte del vadi Murreh, para continuar desde allí hacia el sur por medio de lo que ahora se conoce como «las montañas de 'Azâ-zimeh», el antiguo ducado de Temán, o monte Parán. Gracias a este desvío, Israel iba a llegar al Arabá por un punto mucho más al sur de lo que Edom esperaba, pasando por los modernos vadis Ghudhâghidh y 'Adbeh. De hecho, vemos en Deuteronomio 10:7 que Gudgoda y Jobatán fueron las dos estaciones alcanzadas después de la retirada del monte Hor. Pero precisamente en el lugar donde las huestes de Israel debían ir hacia el sur desde vadi Murreh, también se hallaba casi en línea recta frente al territorio del rey de Arad. Evidentemente, había sido ya informado de que Edom no había permitido el paso de Israel por su tierra, y al hallarlos al lado de su territorio, debió pensar que iban a invadirlos.

Ataque del rey cananeo de Arad

¹⁰¹⁰ El yacimiento tradicional del monte Hor es Jebel Harûn, cerca de Petra, la capital de Edom. Afirmar implica rechazar una suposición según la cual Israel había pedido permiso para atravesar Edom, y luego, sin esperar respuesta, se introdujo hasta el centro de Edom y acampó durante treinta días cerca de su capital. Además, es difícil comprender el objetivo de ir tanto al sur, si Israel esperaba (y así era en aquel momento) pasar por el vadi practicable más cercano, el camino que llevaba hacia el norte por Edom y Moab al vado del Jordán. En dicho caso Jebel Harûn quedaría muy alejado del camino. Finalmente, resulta imposible distribuir la sucesión cronológica de los hechos dada en la Biblia, excepto suponiendo que Moderah era el monte Hor. Porque, si el campamento de Israel se hubiese hallado cerca de Petra, no podía haber existido razón alguna para que el rey de Arad temiera su paso por su territorio (Nm. 21:1), aunque parece muy poco probable que descendiera tan lejos al sureste hasta Petra para atacar a Israel. En consecuencia, los intérpretes que consideran a Jebel Harûn como el monte Hor están obligados a suponer que el ataque del rey de Arad tuvo lugar con anterioridad, es decir, en el período indicado por Números 20:22. Pero en dicho caso resulta difícil imaginar cómo pudo haber oído el rey que Israel estaba « viniendo por el camino de los espías », viendo que estaban tomando exactamente la dirección opuesta, y acababan de pedir permiso para atravesar Edom. Contra estas razones de peso solamente tenemos la autoridad de la tradición en favor de Harûn. Por otro lado, todo se ve fácil y se entiende claramente, si consideramos a Moderah como el monte Hor; y todo el relato en su orden cronológico bíblico aparece justo como podíamos suponerlo. El lector que desee más información puede consultar la obra admirable del reverendo E. Wilton en *The Negeb or South Country of Scripture* (pp. 126–134), y el mapa excelente que la acompaña.

¹¹¹¹ Según Números 33:37, etc. Aarón murió el primer día del quinto mes del año cuarenta después del Éxodo, y a la edad de ciento veintitrés años.

«Cuando el cananeo, el rey de Arad, que habitaba en el Negueb»¹² (o país del sur), «oyó que venía Israel por el camino de Atarim» (probablemente, «el camino de los comerciantes», el de la caravana);¹³ «peleó contra Israel, y tomó de él prisioneros» (que cayeron seguramente en la retaguardia). El suceso se refiere con una doble finalidad: para demostrar la enemistad no provocada de Canaán contra Israel, y la fidelidad de Dios. Porque Israel, en aquella ocasión, «hizo voto» para destruir totalmente las ciudades de los cananeos. Y Dios escuchó la voz de Israel. Muchos años más tarde les concedió la victoria pedida en oración,¹⁴ cuando el nombre de Hormá o destrucción total, dado como anticipación profética de la fidelidad de Dios, se convirtió en realidad.¹⁵

Capítulo 21

(Nm. 21:3–35; 33:35–49; Dt. 2–3:11)

La oposición de Edom y el ataque no provocado del rey cananeo de Arad debieron convencer a Israel que las dificultades más graves de su travesía acababan de comenzar. Resultaba bastante natural que sus poderosos vecinos, durante los treinta y ocho años que estuvo Israel esparcido por la península Sinaítica, les dejaran tranquilos, como también lo están los beduinos en la actualidad.¹ Pero cuando el pueblo se reunió de nuevo y avanzaba como un ejército, las noticias de todas las cosas maravillosas que Dios había hecho en su favor, comunicadas con todo tipo de detalles como es típico de oriente, excitaron un terror mixto y una determinación de resistir contra ellos. Lo segundo tal vez sucediera en primer lugar, y lo primero como consecuencia de la vanidad de su resistencia y de cerciorarse que el Dios de Israel era más fuerte que las divinidades de toda otra nación. Los habitantes idólatras de oriente debieron naturalmente pensar de ese modo; y el conocimiento de este hecho nos ayudará a comprender mejor el relato de la Escritura.

Viaje de los hijos de Israel al «desviarse» del territorio de Edom

La dirección general de la marcha de Israel, a fin de «rodear» la tierra de Edom, fue en primer lugar hacia la cabeza del golfo Elanítico del Mar Rojo, o el golfo de ‘Akabah. Desde allí, a unas horas de camino hacia el norte de Ezion-gaber (la espina dorsal del gigante), debieron introducirse en las montañas, y luego seguir al norte, caminando hacia Moab «por el camino que pasa entre Edom y la meseta caliza del gran desierto oriental»² (comp. Dt. 2:8). Probablemente estaban dispuestos a contender por cada nuevo avance hacia el norte.

12¹² Traducción literal. Arad es el moderno Tell Arad, a unas veinte millas al sur de Hebrón. Los nombres se aferran muy tenazmente a los lugares en oriente.

13¹³ Así lo traduce con acierto Wilton, y no «el camino de los espías», es decir, de los doce hombres que habían ido, treinta y ocho años antes, a espiar en la tierra. Otros traducen, «el camino batido».

14¹⁴ Jueces 1:17.

15¹⁵ Algunos comentaristas imaginan que ya desde el principio obtuvo Israel una gran victoria sobre los cananeos. Pero dicha suposición es incompatible tanto con el relato que estamos tratando como con otras porciones de la Escritura.

¹ Esto se expone claramente en el libro de Palmer *Desert of the Exodus*, parte II. pp. 517, etc.

² *Desert of the Exodus*, vol. II. p. 523.

Pero la primera parte de su viaje implicaba otro tipo de prueba. Esa profunda depresión del Arabá por la que andaban (muy calurosa, sin vegetación, desolada, árida y con terribles tormentas de arena) era básicamente «aquel grande y terrible desierto», recordado posteriormente por Moisés al pueblo. Así, con el agotamiento del camino,³ la falta de agua y cualquier tipo de comida exceptuando el maná, «se desanimó el pueblo», «y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés».

Las «serpientes ardientes» y la «serpiente de bronce»

El juicio de «las serpientes ardientes» enviado por el Señor como castigo, y por causa del cual murieron muchos se parecía notablemente a sus anteriores tratos. Una vez más no creó nada nuevo para ejecutar su propósito, sino que simplemente dispuso soberanamente de lo que ya existía. Los viajeros confirman notablemente y describen de modo evidente el carácter venenoso de las serpientes de aquella región.⁴ Uno de ellos escribe así las cercanías del golfo: «La arena de la orilla mostraba rastros de serpientes a cada lado. Se habían arrastrado por allí en varias direcciones. Algunas marcas parecían haber sido dejadas por animales de por lo menos dos pulgadas de diámetro. Mi guía me dijo que las serpientes eran muy comunes en estas regiones». Otro viajero, siguiendo exactamente la ruta de los hijos de Israel, afirma: «Por la tarde una serpiente grande y muy jaspeada se nos apareció, cubierta de manchas *ardientes* y líneas en espiral, que pertenecía, obviamente por la formación de sus dientes, a una de las especies más venenosas... Los beduinos dicen que estas serpientes, a las que temen mucho, son muy numerosas en ese lugar».⁵ Del hecho que la serpiente de bronce también es llamada «ardiente» (*Saraph*), deducimos que esta expresión describe más bien el aspecto de estas «serpientes de fuego» que el efecto de su picadura.

En este relato encontramos dos cosas muy notables: el rápido arrepentimiento de Israel, expresado con un lenguaje poco común de humildad,⁶ y la maravillosa enseñanza del símbolo, por medio del cual los que habían recibido la picadura mortal obtenían la restauración a la vida y la salud. Moisés recibió instrucciones de hacer una serpiente ardiente de bronce, y colocarla sobre un palo, y todo aquel que la miraba era curado inmediatamente. Por la enseñanza de nuestro Señor⁷ sabemos que esto era una figura directa del Hijo del Hombre que debía ser levantado, «que todo aquel que en él cree no perezca, sino que tenga vida eterna». La sencillez del remedio (sólo alzar los ojos con fe), su acción *inmediata* y su *alcance completo* además de ser el único remedio, pero también el todo suficiente remedio para todo aquel que se hallase herido de muerte por la serpiente; todos estos aspectos encuentran su contraparte en el Evangelio. Pero para comprender bien tanto la figura como las palabras de nuestro Señor, debemos descubrir el modo en que Israel comprendía que se alzara la serpiente de bronce y el hecho que la curación procediera de esto. Sin lugar a dudas, Israel relacionó esta muerte por medio de las serpientes ardientes con la introducción de la muerte en el paraíso por medio de la serpiente.⁸ Y ahora se alzaba una serpiente de bronce, hecha a semejanza de la serpiente ardiente, pero *sin su picadura mortal*. Esto era para la curación de Israel. Resultaba claro entonces que el veneno mortal de la serpiente ardiente era eliminado por el hecho de alzar la serpiente de bronce. Todo esto debió refrescar en sus memorias la

³ Deuteronomio 1:19.

⁴ Para muchas ilustraciones de la Escritura, y muy adecuadas, remitimos al lector a Wilson, *Negueb*, p. 47, etc.

⁵ Kurtz, *History of the Old Covenant*, vol. III pp. 343, 344, traducción inglesa.

⁶ Nm. 11:7.

⁷ Jn. 3:14, 15.

⁸ Los Tárgumes de Jerusalén y de Jonatán, ambos, contienen una alusión a esto.

promesa hecha cuando se recibió la primera picadura venenosa de la serpiente, que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente, y al hacerlo su propio calcañar iba a ser herido. En este sentido, incluso el apócrifo Libro de la Sabiduría (16:6) designa a la serpiente de bronce como «un símbolo de salvación». Y así se nos enseña claramente que «Dios, enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado, y en lo concerniente al pecado, condenó al pecado en la carne»; que «al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado»;⁹ y que «llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero».¹⁰

El precioso significado de la figura es deducido como sigue por Lutero a partir de tres grandes peculiaridades de este «símbolo de salvación»: «En primer lugar, la serpiente que hizo Moisés según la orden de Dios tenía que ser de bronce o de cobre, es decir, de color rojo, y como esas serpientes ardientes, que eran rojas y ardientes en su picadura, pero sin veneno. En segundo lugar, la serpiente de bronce debía ser colocada sobre un palo a modo de señal» (comp. Co. 2:14, etc.). «En tercer lugar, los que querían ser sanados de la picadura de la serpiente ardiente debían alzar sus ojos y mirar a la serpiente de bronce, levantada sobre el palo» (percibir y creer), «de otro modo no podían ni recuperarse ni vivir». Un crítico alemán moderno anota de modo similar Juan 3:14: «Cristo es el antetipo de la serpiente, en cuanto que tomó sobre sí mismo el pecado y lo llevó en nuestro lugar; siendo el pecado el poder más nocivo de todos los poderes nocivos».

Es muy interesante seguir la travesía de Israel, cuando el avance de cada día les iba acercando más y más a la Tierra Prometida. Para ellos no se trataba de una tierra de ruinas y recuerdos, como lo es para nosotros, sino una tierra de belleza y esperanza. Para un pueblo que no había conocido nada más que «el desierto» durante toda su vida, la riqueza, fertilidad y variada belleza de Palestina, como ciertamente lo era entonces, debía poseer unos encantos que apenas podemos imaginar. En esos momentos, cada paso hacia adelante era, bajo la dirección de Dios, y en cierto sentido, un milagro, mientras que esta misma dirección y cada milagro formaban las prendas de los demás milagros que tenían que llegar. Las investigaciones de viajeros modernos¹¹ nos permiten casi acompañar a Israel en su marcha. Como ya hemos dicho, la gran tenacidad con la que se mantienen los nombres antiguos en oriente nos ayuda a descubrir los lugares exactos de las escenas bíblicas; mientras que, por otro lado, las descripciones de dichos lugares inundan de una vívidaluz el relato espiritual, y aportan pruebas de su exactitud.

El lector debe recordar que la ruta que tenía Israel por delante era en parte la misma que todavía es atravesada por las grandes caravanas de Damasco a la Meca. Los territorios por los que pasaron o donde entraron sucesivamente estaban ocupados como se dispone a continuación. En primer lugar, Israel rodeó la frontera *oriental* de Edom, dejándola a su izquierda. La frontera *occidental* de Edom, por la que Israel había intentado pasar al partir de Cadés,¹² podía haber sido defendida fácilmente contra los israelitas debido a su terreno montañoso y a los pocos pasos existentes. En cambio, la situación era muy diferente en el flanco *oriental*, el cual quedaba abierto ante Israel si no hubiesen recibido instrucciones divinas de no luchar contra Edom.¹³ Esto, no obstante, explica la actitud amistosa adoptada prudentemente por Edom en su frontera oriental,¹⁴ a pesar de que su ejército acababa de prepararse para la lucha en la frontera occidental. En *Ije*

⁹ 1 Corintios 15:21.

¹⁰ 1 Pedro 2:24.

¹¹ Obviamente, no podemos entrar aquí en la descripción de estos lugares como ilustración de la Biblia, por muy interesante que resulte. Para mayor información remitimos al lector, además de a las obras del profesor Robinson, Canon William, Sr. Wilton y Profesor Palmer, a Canon Tristram, *Land of Moab*, como particularmente ilustrativo de esta parte de nuestra historia.

¹² Números 20:18.

¹³ Deuteronomio 2:4–6.

Abarim,¹⁵ «las ruinas», o «los montes de los pasos», o «de las laderas» (tal vez «los montes laterales») los israelitas se estaban acercando al desierto que se hallaba al este de Moab. El arroyo o vadi Zared¹⁶ forma aquí la frontera entre Edom y Moab. Pero como que Israel había recibido también órdenes de no luchar contra Moab,¹⁷ dejaron su territorio sin tocarlo, y, continuando hacia el norte, pasaron a través del desierto de Moab, hasta que alcanzaron el río Arnón, el moderno vadi Mojib, que formaba la frontera entre los moabitas y los amorreos.

Israel entra en la tierra de los amorreos

El territorio de los amorreos se extendía desde Arnón a Jaboc. Originalmente había pertenecido a los moabitas;¹⁸ pero éstos habían sido expulsados al sur por los amorreos. No existía indicación divina alguna que impidiese a Israel luchar contra los amorreos, y cuando Sehón, su rey, se negó a dejar paso libre por su territorio, el pueblo de Israel recibió instrucciones de Dios para atacar, lo cual causó la destrucción de Sehón y la posesión de su tierra por Israel.

Junto al arroyo Zared (en la frontera del sur de Moab) los israelitas ya habían estado en línea recta con el Mar Muerto, dejándolo, evidentemente, bastante alejado a su izquierda. El río Arnón, que formaba la frontera entre Moab y los amorreos, también desembocaba en el Mar Muerto casi al otro lado de Hazazon-tamar, o Engadi. Esta extensión, que ahora tiene el nombre de el-Belkah, es conocida por el lector del Antiguo Testamento como la *tierra de Galaad*, mientras que en tiempos del Nuevo Testamento era la provincia de Perea. Finalmente, la región al norte de Jaboc y al este del Jordán era la antigua *Basán*, o la moderna Haurán. El hecho que el país al norte del Arnón, antes de ser tomado por los amorreos, perteneciera a Moab explica el nombre «Campos de Moab» aplicado a los montes de Galaad, del mismo modo que la parte occidental del Jordán también tenía el nombre de «campos de Moab», o mejor «tierras bajas de Moab».¹⁹ Los hijos de Israel todavía estaban acampados al *sur* del Arnón cuando enviaron una embajada a Sehón, solicitando paso abierto a través de su territorio. Canon Tristram ha dado una descripción sumamente viva de la abertura por la que fluye el Arnón. Su anchura se calcula a unas tres millas de cresta a cresta, y su profundidad de 2.150 pies desde la cumbre en la orilla sur, y de 1.950 desde la del norte. Evidentemente el ejército de Israel no podía cruzar el río por allí, pero sí más hacia el este, «en el desierto».²⁰ Probablemente esperaron hasta que volviera de Sehón el mensajero. El alto nivel alcanzado de ánimo y confianza en Dios, cuando llegaron las noticias de que Sehón,

¹⁴¹⁴ Deuteronomio 2:29.

¹⁵¹⁵ Tenemos motivos para suponer que *Abarim*, o «pasos», era un nombre general aplicado a las montañas que rodeaban el territorio de Moab.

¹⁶¹⁶ Números 11:12.

¹⁷¹⁷ Deuteronomio 2:9.

¹⁸¹⁸ Números 21:26.

¹⁹¹⁹ Números 22:1.

²⁰²⁰ Números 21:13.

con todo su ejército, se estaba acercando a su encuentro, se manifiesta incluso en esos extractos de obras poéticas que constituyen una peculiaridad del Libro de Números, y que fueron compuestos como estrofas de canciones de guerra alrededor de los fuegos del campamento.²¹ Desde la orilla del Arnón la ruta de Israel era sin duda hacia el norte hasta encontrar *Bamot o Bamot-baal*, «las cimas de Baal»,²² una de las estaciones posteriormente tomada por Balac y Balaam.²³ «Y desde Bamot (marcharon) al valle, que está en los campos de Moab (en la meseta de Moab), en la cima de Pisgá, y mira a la faz del desierto»,²⁴ es decir, sobre la extensión de tierra que va hacia la orilla noreste del Mar Muerto.²⁵

Desde esta meseta de las montañas del Arabim, de las cuales Pisgá y Nebo eran picos, Israel obtuvo su primera vista de la Tierra de la Promesa, y especialmente de ese misterioso Mar de Sal cuya superficie resplandeciente y alrededores de muerte debían provocar semejantes recuerdos y advertencias. Finalmente, pues, podía verse el objetivo final.

Victorias contra Sehón y Og

La batalla decisiva entre Sehón e Israel tuvo lugar casi al alcance de la vista del Mar Muerto. La victoria en Jahaz, donde Sehón fue herido «a filo de espada» (es decir, sin misericordia ni salvación), confirió a Israel la posesión de todo el país, incluido Hesbón y «todas sus hijas» (o ciudades hijas) desde el Arnón hasta el Jaboc superior (el moderno Nahr Ammán). Este último río formaba el límite entre los amorreos y los amonitas. Los amorreos no se habían introducido más allá de este punto porque «la frontera de los hijos de Amón era fuerte».²⁶ Y también Israel se abstuvo de continuar hacia adelante, no por las mismas razones que los amorreos, sino debido a una orden explícita de Dios.²⁷ Sin tocar, pues, el país de Amón, los israelitas prosiguieron hacia el norte y derrotaron a Og, rey de Basán, y también tomaron posesión de su territorio y de las montañas de Galaad.²⁸

Israel acampa en los «campos de Moab» junto al Jordán

Ahora todo el país al este del Jordán pertenecía a Israel, y no se podía disputar sobre el paso por el río.

²¹²¹ En Números 21 se citan al menos tres de esas «canciones». No podemos dar más detalles sobre estas interesantes composiciones aquí. Tampoco podemos enzarzarnos en mayores descripciones geográficas, o comparar la lista de estaciones en Números 21 con la del capítulo 33 y en Deuteronomio 2. Pero entre ellas prevalece la más perfecta armonía.

²²²² Números 21:19.

²³²³ Números 22:41.

²⁴²⁴ Traducción literal.

²⁵²⁵ Números 21:20.

²⁶²⁶ Números 21:24.

²⁷²⁷ Deuteronomio 2:19.

²⁸²⁸ Estos territorios y sus asentamientos antiguos han sido recientemente visitados y descritos por viajeros como Canon Tristram, el Profesor Palmer y otros.

Pero antes de entrar verdaderamente en su heredad, prometida desde hacía tanto tiempo, todavía quedaban algunas lecciones importantes por aprender. Tenía que suceder un acontecimiento que determinaría para siempre la relación entre el reino de Dios y el de este mundo. La misión de Moisés, el siervo del Señor, también debía llegar a su fin, y se debían realizar los preparativos necesarios para poseer y mantener la tierra de Palestina. Pero, desde un punto de vista estricto, todo esto pertenece a otro período de la historia de Israel. Cuando el campamento se hallaba en Sittim, «a este lado del Jordán junto a Jericó», esperando la señal para cruzar la frontera, la travesía de los hijos de Israel ya estaba prácticamente terminada.

LA RUTA DEL ÉXODO

La salida de los israelitas de Egipto constituye la historia del grupo emigratorio más numeroso de la historia. Partieron de la ciudad de real de Tanís o Ramesés, en dirección a Sucot (Éx. 12:37), lugar que o bien se corresponde con Pitón o se hallaba cerca de estos parajes. Esta localidad está ocupada en la actualidad por Tell el-Maskhutah, en el oasis Tumilat, a unos 51 km al sursureste de Tanís y a 18 km al oeste de Ismailía. Para alcanzar la tierra prometida los israelitas podían haber tomado la ruta más corta siguiendo el camino principal de la costa mediterránea, pero aquella era una ruta de invasiones y guerras, y estaba muy fortificada, lo cual suponía un camino demasiado arriesgado. Por esta razón se dirigieron a Sucot, a 50 km hacia el sudeste, donde instalaron su primer campamento. Después siguieron hacia Etam. Este lugar no ha sido identificado, pero se sabe que se hallaba en el límite del desierto (Éx. 13:20). Como para entonces habían cambiado las intenciones del faraón, los israelitas retrocedieron, tal vez como estratagema para desorientar a sus perseguidores egipcios, y acamparon entre Migdol y el «mar de los Juncos», hacia Baal-zefón, en Pi-hahiroth (Éx. 14:2; Nm. 33:7). No se ha podido determinar la situación de este campamento. Estaba en la orilla occidental del llamado «mar Rojo», y es por este sitio que atravesaron a pie este mar para llegar al desierto de Shur (Éx. 15:4, 22; Nm. 33:8); después se dirigieron hacia el monte Sinaí siguiendo la costa del mar Rojo (Éx. 16:1; Nm. 33:10, 15).

El «mar de los Juncos» recibe en hebreo el nombre de yam Suf, יָם סוּף. La traducción correcta ha dado lugar a mucha controversia, aunque se está de acuerdo en su significado, a saber, «mar de las cañas o de los juncos». Los griegos derivaron el nombre «mar Rojo», Erythrá Thalassa, ejruqra<qa>lassa, de Erythras, un fabuloso rey del que se creía que había reinado sobre un país situado sobre este mar (Estrabón, Geografía, 16:3, 5; 4:20; Plinio, Historia Natural, 6, 23, 28). Erythras se correspondería con Edom, que en hebreo significa «rojo», gente de piel cobriza, a saber, los edomitas y fenicios. Se supone también que el nombre puede provenir de los bancos de corales que llenan el fondo de este mar y que se hallan a lo largo de sus costas. El mar Rojo de los geógrafos modernos mide unos 2.400 km de longitud y unos 240 km de anchura. Limita al norte con los golfos de Aqaba y de Suez, bañando la península del Sinaí en sus dos costas. Es del todo imposible creer que el yam Suf que cruzaron los hebreos fue el mar Rojo, tal como lo conocemos hoy. El yam Suf mencionado en el texto bíblico parece que se refiere a la región pantanosa y de aguas bajas a través de las cuales se abrió siglos más tarde el famoso canal de Suez, a la altura de los actuales Lagos Amargos.

Atravesado el mar de los Juncos, los israelitas se adentraron en la península del Sinaí, siguiendo a lo largo de una ruta que conducía a las minas de cobre y turquesas, próximas a la punta de lanza de esta región, conocidas y explotadas por los egipcios desde la I dinastía, ya que representaban una fuente fundamental para el aprovisionamiento en metales de Egipto. Allí eran enviadas cuadrillas de esclavos sometidas al control de los soldados egipcios. Esto he llevado a algunos estudiosos a considerar bastante improbable la ruta indicada y la estancia de Israel en la península del Sinaí, dado la presencia de obreros y soldados egipcios. Desde un punto de vista estratégico sería el último lugar elegido para huir. Un papiro descubierto en 1930 que contiene el mapa más antiguo del mundo, nos muestra la ruta faraónica a través del desierto desde Egipto hasta las minas. No es muy probable, ciertamente, que los israelitas huidos de Egipto, permanecieran en un lugar tan transitado por sus enemigos. Pero la objeción no es insuperable. Como hizo notar John Bright, no es necesario suponer que una marcha en dirección a las minas, en cuyas proximidades se sitúa el monte de Sinaí, habría de llevar a los hebreos a un choque con las tropas egipcias, ya que los egipcios no tenían guarnición permanente en las minas. Los hebreos pudieron pasar sin ser molestados, excepto en los períodos intermitentes en que los equipos mineros estaban trabajando.

Roland de Vaux, *Historia antigua de Israel, desde los orígenes hasta la entrada en Canaán*. Cristiandad, Madrid 1975.

Mapa de la Península del Sinaí y regiones vecinas, mostrando la probable ruta del Éxodo.

PROBABLE RUTA DEL ÉXODO

- 1- Cruce del Mar Rojo
- 2- El pueblo hebreo recibe el maná
- 3- Moisés hace brotar agua de la roca
- 4- Lugar de la Alianza Mosaica
- 5- Espías enviados a Canaán

La escala es 1:3.200.000.

angelalbertoyjoanne@gmail.com